LA
LADRONA
DEL TIEMPO
KAYLA LAURELS

LA LADRONA DEL TIEMPO

KAYLA LAURELS

Mayo 2024
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de la obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía.

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia. La autora reconoce la condición de marcas registradas de diversas marcas citadas en la obra sin permiso de los derechohabientes. El uso de dichas marcas no significa una esponsorización de la obra por parte de sus propietarios.

Ilustración de portada: Shuterstock y Canvas...
Maquetación:Kayla Laurels.
Copyright © Kayla Laurels.
All right reserved.

Gracias por leer mis novelas.

Kayla Laurels no existiría sin lectores como tú. Por eso quiero agradecértelo regalándote un **cuaderno de lecturas**. Fue un proyecto que hice de forma personal, al que le tengo mucho cariño y pensé que no hay mejor forma de compartirlo con vosotros.

EL CUADERNO DE te ayuda a llevar un registro de tus lecturas, mediante 96 fichas dónde podrás anotar el título del libro, el autor, editorial, género, resumen, opinión, valoración y cita para recordar. Además de un calendario de fechas, un registro de libros prestados, libros que quieres leer, un top 10 de las mejores lecturas.

Escaneando este código QR llegarás a una página de suscripción que, una vez inscrito, tienes que confirmar la suscripción y se te enviará automáticamente el cuaderno por correo electrónico. Te prometo que no te voy a molestar con Spam, me gusta tan poco a mí como a ti. Solo te mandaré un email para avisarte que he sacado una nueva novela.

Un abrazo fuerte y un millón de gracias.

ESCANÉA EL QR Y OBTÉN EL REGALO

“No puedes volver atrás y cambiar el principio,
pero puedes comenzar donde estás y cambiar el final”
C. S. Lewis.

NOTA DE LA AUTORA

Antes de comenzar la lectura debes saber que, en las páginas de esta novela, te adentrarás en un universo de ficción que he creado con la magia de la escritura. Los escenarios que describo se basan en lugares reales, pero los personajes y sus vivencias son fruto de mi imaginación.

En esta novela encontrarás referencias a lugares y momentos históricos, te aclaro que cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. Mi objetivo no es replicar el mundo real, sino crear uno nuevo, lleno de posibilidades y sorpresas.

Espero que disfrutes de este viaje literario que he creado para ti. Te invito a dejarte llevar por la imaginación y a descubrir la gran historia de amor que se esconde entre estas páginas.

Disfruta de la lectura.
Kayla L.

PREFACIO

Siempre pensé que sabía lo que quería en la vida, hasta que conocí la historia de la ladrona del tiempo y mis prioridades cambiaron. En el momento en que decidí embarcarme en esta aventura, fui consciente de que no solo me llevaría a conocer la verdadera historia que está oculta al mundo, sino también a descubrir mi propio destino.

Jamás me imaginé que mi vida correría riesgo al intentar recuperar una reliquia de extraordinario valor, para así poder comprender los secretos que susurraban las olas del mar de Sancti Petri. Ni siquiera imaginé que experimentaría el pánico y la adrenalina a la vez. Porque ahora solo puedo contemplar los penetrantes ojos negros que me observan, apenas visibles tras el pasamontañas, que brillan con una ferocidad inquebrantable. Prometiendo una muerte segura, y se me hiela la sangre al ver su escalofriante determinación. No sé cómo voy a salir de esta situación y ni siquiera si lo haré con vida, pero no me importa porque el camino hasta aquí ha merecido la pena.

descargaepub.com

CAPÍTULO 1
ELISABETH

El canto agónico del gallo digital de Bruno irrumpe en mi sueño a las cinco de la mañana. Un sonido chirriante que simula el desgarrador canto de un gallo de granja, y este amenaza con convertir mi apacible mañana en un festival de ojeras y mal humor. Lo miro con desgana, debatiéndome entre la tentación de apagarlo de un manotazo y la cordura de despertar a Bruno para que lo haga él.

Giro mi rostro y veo que sigue en el jardín de los sueños, ajeno al jolgorio que hay en nuestra habitación. Le doy un manotazo en su pecho desnudo, con la esperanza de que, con un poco de suerte, Bruno se compadezca de mi sufrimiento y apague esa atroz melodía por sí mismo. Espero varios segundos y suelto un suspiro al ver que ni se inmuta.

Siendo sincera, no sé para qué sigo intentándolo, si cada día de los últimos nueve meses, parece que vivo en el mismo bucle temporal. Vuelvo a insistir y esta vez le doy un suave pellizco en la oreja acompañado de un susurro para que lo apague. En respuesta Bruno, gruñe y balbucea algo ininteligible. A la vez que se gira, se pone boca abajo y me pasa un brazo por encima, de forma que me deja inmovilizada. Suspiro, con una mezcla de frustración y resignación. Despertar cada mañana con esta hostilidad no puede ser bueno para la salud.

Me muevo bajo su brazo, hasta conseguir liberarme de él. Suspiro derrotada y pienso: ¿En qué momento nuestra relación se convirtió en esto? Volviéndose en una fría convivencia plagada de silencios y miradas esquivas, sin quedar ni rastro de lo que un día fuimos. Siete años juntos, que ahora parecen un espejismo. Es como una ilusión que se desvanece ante la cruda realidad porque avanzamos en direcciones opuestas.

Entiendo que la vida adulta trae consigo responsabilidades, pero ¿en qué momento la rutina se adueñó de nuestra felicidad? ¿En qué momento dejamos de reírnos? No recuerdo la última vez que me recibió con un beso al llegar a casa, ni la última noche que me acurrucó entre sus brazos. Por no hablar de mi vida sexual, que parecía que se había extinguido en la era de los dinosaurios.

La tensión en nuestra relación se palpa en el aire. Llevamos días de silencio, con miradas esquivas que han enrarecido el ambiente. Sin embargo, prefiero este amargo sabor a la decepción insípida de sentirme invisible a su lado. Duele reconocer que soy su última opción, que el trabajo se ha convertido en su amante y solo soy una mera sombra en su vida.

En menos de un mes, me ha dejado plantada dos veces, como a un árbol solitario en medio de una tormenta, y eso es frustrante. La primera vez que me dejó tirada fue hace unas semanas, en nuestro aniversario. No hubo excusas, simplemente una vez más antepuso el trabajo

a nosotros.

Una fecha grabada a fuego en mi memoria, no solo por su ausencia, sino porque teníamos reserva desde hace meses en el enigmático restaurante El Cuartel del Mar. Un lugar que se encuentra junto a la Torre del Puerco, con un salón orientado con vistas al mar que esa noche no me brindaron consuelo alguno. Llegué puntual, ilusionada, con la esperanza de celebrar nuestro día en un ambiente romántico. Pero su ausencia y que no me respondiera al teléfono solo me trajeron una punzada de dolor y una amarga ironía. Esperé dos horas, ahogando mis penas en una cara botella de vino. Cada sorbo era un brindis por la decepción, por la esperanza rota, porque Bruno nunca llegó. Finalmente, me marché a casa, con el corazón hecho pedazos y con un escueto mensaje para que lo disculpara y me prometía cenar otro día. En ese instante dejé de sentirme triste, y me reí con amargura. Bruno no tenía hora de volver a casa. Regresé a casa y me acosté a dormir la mona con el sabor agridulce de la decepción en la boca y una punzada de dolor me pellizcaba el alma. El sueño no llegó, solo el llanto silencioso y la certeza de que algo se había roto dentro de mí para siempre.

La segunda vez que me dejó plantada, fue hace apenas dos días. Este finde pasado intenté quemar el último cartucho de esperanza que me quedaba en una relación que se desmoronaba como una torre de naipes.

Lo encontré en el sofá, absorto en su trabajo, como siempre. Sin pensarlo dos veces, aparté su ordenador y me subí a su regazo sin previo aviso. Mis dedos se enredaron en su cabello rubio, y una fugaz sonrisa iluminó su rostro. Entonces lo besé, como en los viejos tiempos, buscando un refugio en sus labios y por unos segundos, lo encontré. Bruno respondió al beso, y la pasión se apoderó de nosotros. Pero la frágil atmósfera se rompió, como una pompa de jabón al chocar con la realidad. El teléfono de Bruno comenzó a sonar, irrumpiendo en nuestro momento. Su jefe, Josh, lo necesitaba en la oficina. ¿Sabéis qué hizo? Me apartó de su lado sin dudarlo un segundo y se marchó. Me dejó más tirada que una colilla olvidada en el cenicero de un bar. Me sentí una imbécil, como un cero a la izquierda en su vida. Pero lo que más me dolió fue su actitud al día siguiente. Se marchó temprano, sin ni siquiera despedirse y se disculpó, con una simple nota en la que me daba las gracias por comprenderlo.

¿Lo comprendía? ¡No! Claro que no.

Me sentí como una completa pánfila, porque era idiota si pensaba que aún nos quedaba algo. Nuestra relación se tambaleaba desde los cimientos, ¿y sabéis por qué yo me había convertido en su última opción? Porque su hambre de triunfo era insaciable. Su único objetivo era ascender a la velocidad del rayo y convertirse en el nuevo director de la segunda sede de la empresa aeronáutica más importante del país.

Desde entonces, nuestra relación se ha convertido en una mera convivencia entre dos viejos conocidos. Pero si algo tengo claro, es que en la vida hay otras prioridades antes que el trabajo o el dinero, ambas cosas van y vienen.

Contarle mis problemas a Raquel, mi amiga experta en divorcios, tampoco era de gran ayuda. Al principio, sus palabras resonaban en mi cabeza: Bruno me engañaba y yo tenía una enorme cornamenta. Era una posibilidad, pero la realidad se impuso. Bruno no tenía tiempo para tener una aventura. Vivía por y para el trabajo, porque se había convertido en el felpudo de su jefe Josh, un hombrecillo insaciable que exigía su atención las veinticuatro horas del día.

Como puedes ver, razones para estar enfadada con él no me faltan. Bruno no tiene ni un pelo de tonto, y sabe que las cosas están tensas. Pero le da igual, pasa olímpicamente de mí, y espera que se me pase el cabreo por arte de magia. Cosa que no va a pasar.

Ha pasado casi un mes desde nuestro aniversario, y no hemos tenido ni celebración de

aniversario, ni sexo de aniversario. Así que hace un par de noches estaba decidida a acabar con este sinsentido. Discutimos y le reproché todo lo que « NO » estaba pasando entre nosotros. Pero Bruno se mantuvo en silencio, y cuando me quedé callada me preguntó si ya había terminado con mi pataleta.

Así que esta vez fui yo la que se marchó, me fui a casa de mi abuela y me refugié en sus brazos, que eran como un bálsamo para mi malherido corazón. Necesitaba tiempo para dar el salto sobre el abismo que se abría bajo mis pies, aunque la decisión ya estaba tomada.

Así que esta es la historia de mi vida. Mi hermano se mete conmigo, diciéndome que mi relación está destinada al fracaso al igual que su matrimonio. A mis veinticinco años, me siento más sola que la estatua de la libertad, ¿qué puedo hacer? Largarme, pero aún no lo he hecho. Debo de reconocer, que ha llegado el momento de ser valiente, echarle ovarios y poner las cartas sobre la mesa. No nos queda nada, excepto un pasado al que no puedo seguir aferrándome.

La alarma ha dejado de sonar, y al cabo de unos minutos vuelve a la carga el gallo del exorcista. Sería más sensato levantarme y apagarlo, lo sé. Pero la última vez que lo hice, me levanté con esa intención, y me dejé el dedo meñique del pie en la esquina del canapé de la cama. Del golpe que recibí hasta perdí el sentido, todavía lo tengo tan negro, como una uva pasa. Así que como bien comprenderéis no pienso volver a levantarme, y que el karma me castigue de esa forma tan injusta.

Resignada, me hundo en la cama. Cierro los ojos y trato de ignorar el canto insistente. Tal vez, si me concentro lo suficiente, pueda volver a dormir y escapar por un tiempo de la realidad. Pero no lo logro.

Miro de nuevo a Bruno con la intención de despertarlo para que al fin se digne a apagar su alarma. Pero me distraigo observándole, tiene una finura que parece el Ken de Barbie, su pelo rubio ceniza, le cae sobre la frente y las espesas pestañas, enmarcan un rostro pulcro con unos labios rosados entreabiertos. Sonrío triste, y comprendo que lo he querido muchísimo. Pero si una persona después de tantos años no te tiene como prioridad, no te va a tener más adelante. Sin pensarlo dos veces, cojo con ganas las sábanas de su lado y lo destapo, dejando su cuerpo semi desnudo al descubierto.

—Bruno, haz el favor de apagar el despertador. —Le pido con la poca paciencia que me queda, y él se acurruca en posición fetal dándome la espalda—. ¡Bruno! ¡Es Josh! Te está llamando.

Mis palabras son infalibles. Mi novio se levanta ipso facto al escucharlas y apaga el despertador. Sonrío victoriosa y a la vez sorprendida. ¿Cómo una persona puede tener tanta influencia sobre otra? Bruno solo tarda unas milésimas de segundos en darse cuenta de que solo era una táctica desesperada para que apagase la alarma.

—Esa ha sido buena Eli. —Me sonríe soñoliento, con la cara del *meme* ese, que parece Julio Iglesias diciendo « *y lo sabes* » .

Se marcha metiendo la mano bajo el bóxer, rascándose el culo sin pudor alguno. Un gesto vulgar que dista mucho de ser un despertar sexy y placentero. Si estás sonriendo, te prometo que la sonrisa se te borra de un plumazo cuando ves que se dirige al baño, situado justo enfrente de nuestra cama, y se sienta en el váter sin siquiera cerrar la puerta.

Suspiro decepcionada, y cojo aire para intentar dormir de nuevo. Me quedo boca arriba mirando el techo, y pensando en que estoy completamente segura de que no soy la única mujer en este mundo, que siente decepción por su pareja. No se me olvidará una discusión que tuvimos hace unos meses, cuándo le dije que echaba de menos muestras de afecto y cariño, ¿sabéis qué

hizo? Se rio y me dijo que madurara de una vez. ¿Madurar? ¿Es que dar cariño tiene fecha de caducidad? ¡Tampoco pido tanto!

Con el tiempo, Bruno se ha convertido en un capullo insensible, tiene un máster en ironía y últimamente, no tengo paciencia para aguantarlo. No pienso decirle que cierre la puerta, mientras se dedica a ambientar el cuarto de baño, porque ya lo he intentado cientos de veces. Miro el reloj de mi mesita de noche y tan solo son las cinco y cuarto de la mañana.

¡Quiero dormir! Borrar este mal despertar, y comenzar mi día con buen pie. Pero el sueño se me ha ido. Sobre todo, porque es imposible centrarse en dormir, cuando tienes como banda sonora a Bruno dando un concierto en el retrete. ¡Qué asco!

Doy un salto de la cama y me pongo una rebeca de lana gorda que uso como bata. A pesar de que estamos al final de la primavera, por la noche caen las temperaturas y el fresco de la mañana es notable. Me calzo las zapatillas de estar por casa, y cuando paso por el lado del cuarto de baño me tapo la nariz con los dedos en pinzas. Me acerco para cerrar la puerta del baño y lo fulmino con la mirada.

—¿No te gusta mi olor? —Me pregunta divertido, justo cuando estoy cerrando la puerta.

—Eres asqueroso. —Es todo lo que le digo.

Como veis, Bruno es de todo menos romántico. A veces pienso: ¿Cuánta razón tenía Raquel? No sé dónde tuve los ojos cuando me enamoré de él. Pero por aquel entonces, solo era una chica soñadora, y me dejé embaucar por su carisma, la seguridad que desprendía y porque, por primera vez en mi vida, me sentí deseada por un chico. Reconozco que fueron años dorados. Sin embargo, ahora toda la luz que había en nosotros se ha apagado, y siento que camino a oscuras, dando palos de ciego.

CAPÍTULO 2
ELISABETH

Me siento en el sofá, y cojo mi *tablet* de la mesita del salón. La dejé ahí anoche, cuando leí la noticia de que me habían desestimado del último proceso de selección de una revista de fotografía al que me había inscrito. Aún no os lo he dicho, pero desde siempre he soñado con ser fotógrafa. Pero nunca he dado el paso de arriesgarme a abrir mi propio estudio, y que no salga bien. Así que trabajo en una empresa de electricidad, me paso el día llamando a clientes, y enviando facturas de luz. Lo reconozco, me acomodé a un trabajo basura con unas condiciones lamentables y un sueldo mediocre. Pero mejor dejemos ahora mi trabajo a un lado, y centrémonos en mis sueños.

Me apasiona la fotografía. Transmitir a través de imágenes, inmortalizar instantes y reflejar en ellas aquello que a simple vista puede pasar desapercibido. Hace años finalicé mis estudios de fotografía y sentí una profunda vocación por este arte. ¿No era eso suficiente? Al principio, lo creía así. Sin embargo, después de la novena negativa que he recibido en revistas, la duda comienza a apoderarse de mí. A pesar de ello, una voz interior me impulsa a seguir adelante, a no desistir.

De pequeña, mi abuela me regaló la que sería mi primera cámara de fotos, encendiendo en mí una chispa que jamás se ha apagado: la pasión por inmortalizar instantes. He realizado algunos reportajes para comuniones y bodas de amigos y vecinos, pero mis sueños hasta ahora no han podido ir más allá. Sin embargo, hace unas semanas vi que se abría el plazo para participar en el *National Geographic Traveller*, un concurso internacional que premia al ganador con una importante suma económica. Sé que he participado en otros concursos más asequibles sin éxito, pero como bien dice mi abuela, « *que el miedo a fallar no te impida jugar* » . No pierdo nada por intentarlo. Solo tengo que presentar varias fotografías y cruzar los dedos. Si ganase, con el premio podría abrir mi propio estudio y empezar a construirme un nombre en el mercado. En mis ratos de soledad, que no son pocos, me sumerjo en ese fantástico mundo donde todos mis problemas se esfuman. Edito mis fotos en mi tablet, ahogo mis penas y mi frustración de pareja, mientras las edito. Cuando lo hago, me siento bien conmigo misma, y una sonrisa de satisfacción me calienta el alma al contemplar mis instantáneas.

—Te han venido las musas gracias a mí, ¿verdad? —Canturrea el muy creído, a la vez que se pasea por el salón.

—No exactamente —replico, apartando la vista de la imagen que tengo frente a mí—.

Porque resulta que mi novio, un capullo sin miramientos, se despierta tres horas antes de entrar a trabajar sin importarle lo más mínimo perturbar el sueño de quien duerme a su lado—. Le reprocho molesta, y vuelvo a centrar mi atención en la imagen.

—¡Vamos, Eli! ¿Qué mejor despertar, que ver este cuerpo escultural? —Se alaba a sí mismo, a la vez que se pasa una mano por su tripa plana. No puedo evitar ponerle mala cara y tirarle un cojín.

—Me levanto temprano para cuidar esta figura, y tú deberías hacer lo mismo. Últimamente te pasas todo el día sentada frente a esa tablet, malgastando el poco tiempo que tienes libre, y te estás poniendo rechoncha.

Lo miro alucinada y cabreada de ver que tiene la poca vergüenza de decirme gorda en toda mi cara, y es palpable la poca fe que Bruno tiene en mí. La primera vez que le dije cuál era mi sueño, él se quedó mirándome como si me hubiesen salido tres cabezas, mientras aguantaba una carcajada. Aún recuerdo sus palabras hirientes, las mismas que me vuelve a repetir sin escrúpulos alguno.

—Eli, lo digo por tu bien… Fotografiar chorradas no pagará las facturas, a menos que fueras como una estrella fugaz que se ve a plena luz del día. Es imposible. —Me hiere sin remedio, pero alzo mi barbilla y le reto con la mirada.

—¡Pues pretendo ser esa estrella! Algún día me dedicaré de pleno a ello, ya lo verás. —Le respondo con más seguridad de la que siento.

Trago saliva, luchando por contener el nudo de fuego que se intensifica en mi garganta. Sus palabras son como dardos envenenados, no porque reflejen la realidad, sino porque me duele profundamente que él no crea en mí.

—Claro bizcochito.

Odio que me llame así y él lo sabe. En respuesta le tiro una zapatilla sin pensarlo.

—¡Estás loca! ¿Qué haces? Vaya humor te gastas tan temprano… — Me reprocha mirando el móvil.

—¡Estoy harta! ¡Harta del dichoso gallo! ¡Harta de tus idioteces de vida *healthy*! ¡Y harta, sobre todo, de tu falta de fe en mí! Te juro que un día de estos tiro el móvil por la ventana y estamos en un quinto. ¡Y a ver si algún día eres capaz de cerrar la puñetera puerta cuando cagas! ¡Qué no hueles a flores precisamente! —Exploto enfadadísima.

Mi cabreo parece hacerle gracia, y se aguanta una carcajada mordiéndose el labio inferior para disimular. Solo tengo que fijarme la mirada de incredulidad que se asoma en sus ojos verdes, junto con una sonrisa sarcástica.

—Vale, tranquila… —Me pide calma con las manos—. ¿Estás con la regla? Lo siento cielo, no lo sabía—. Se disculpa, aunque en sus palabras de afecto no hay arrepentimiento alguno. —¿Te preparo un café?

—Sí, gracias. —Le digo suspirando rindiéndome a este sinsentido, a la vez que me pellizco el puente de la nariz—**.** Bruno tenemos que hablar sobre lo nuestro, no podemos posponer esto más.

Pero se hace el sordo y lo pierdo de vista cuando entra en la cocina. Tonto no es, sabe que tenemos que acabar con esto cuanto antes y es imposible hacerlo, cuando él evita de todas formas poner las cartas sobre la mesa.

CAPÍTULO 3
ELISABETH

Llego tarde a trabajar, y no precisamente porque se me hayan pegado las sábanas. La verdadera razón es que he tenido que llevar a Bruno a su trabajo, porque su coche no arrancaba. Me entraron ganas de decirle, que lo recogiese su querido jefe y lo llevase en brazos al trabajo, pero ya habíamos tenido suficiente rifirrafe por hoy.

El resto de nuestro peculiar amanecer, continuó sin ningún altercado más. Bruno se bajó del coche hablando por teléfono con su jefe. Se despidió de mí con un guiño pícaro, de esos que antes me encantaban y me derretía a partes iguales, ahora en cambio solo me hace sentir utilizada, como si todo fuese una pieza más de su plan. Intento dejar de pensar en mi confusa relación, porque si me pongo a darle vueltas al asunto me deprimo. Así que llamo por el manos libres del coche a mi amiga, que responde al segundo tono.

—Buenos días, ¿cómo está mi fotógrafa favorita? —Me pregunta alegre.

—Buenos días Raquel, pues agobiada. —Le respondo triste.

—Déjame acertar con una sola palabra… Bruno —comenta risueña.

—No hay que ser muy lumbreras. —Suspiro—. Sabe que quiero dejar las cosas claras entre nosotros y lo evita haciéndose el tonto.

—¡Vamos Elisabeth! Tal vez, solo sea una mala racha, todo pasará y volveréis a ser los mismos.

—Ojalá tengas razón. —Le digo aferrándome a la poca esperanza que me queda—. Porque siento que nuestra relación está cayendo al vacío, convirtiéndose en una espiral sin sentido.

—No te preocupes que todo se solucionará, luego hablamos, ¿vale? Hoy tengo dos juicios y un cliente a las cinco. Te recojo sobre las ocho y vamos a tomarnos algo. —Me sugiere con cariño.

—Te espero a esa hora, gracias por todo lo que estás haciendo por Raúl. —Le comento con sinceridad, ya que ella le está llevando el divorcio a mi hermano de forma altruista.

—No me las des, somos amigas de toda la vida y tu hermano siempre ha estado ahí para cubrirnos el culo cuando lo hemos necesitado —añade con una risa cantarina.

—Aun así, gracias.

—Gracias a los curas. —No puedo evitar sonreír—. Te veo luego, que voy a entrar en los juzgados, ¿vale? Cuídate y espero que pronto te llegue el papel fotográfico para las fotos que me prometiste. —Me anima como siempre hace.

—Sí, debe de llegar hoy. Luego nos vemos.

Las conversaciones con Raquel, son balsámicas y no puedo sentirme más afortunada de tenerla. « ¡Venga Elisabeth, céntrate en algo positivo! » Me dice una vocecita en mi interior. Así que pensar en mi posible próximo ascenso, me saca una sonrisa.

Hace poco me pusieron un coche de empresa, cuando el mío a sus veinte años decidió no arrancar más, iba mejorando. No todo en mi trabajo era una caca. Soy comercial de una compañía eléctrica, no es para nada el trabajo de mi vida, pero me da para pagar facturas y comprarme algún capricho cuando me apetece. ¿Una ventaja de llevar cuatro años? Que si todo sale según lo previsto, me ascenderán a jefa de zona con un puesto fijo. ¿Una desventaja? Que en el caso de no ascender, tendré que seguir intentando conseguir cada día nuevos clientes, vendiéndoles una mentira más grande que decir que la Tierra es plana. Porque siendo sinceros, todas las compañías eléctricas son iguales, a fin de cuentas, son unos de los mayores ladrones de guante blanco de este país.

Aunque si quieres ganar un sueldo para vivir, tienes que dejar a un lado tus principios. Desde luego no es alentador, pero hace unos meses, surgió la oportunidad de promocionar y ser jefa de zona, eso consistiría en revisar los contratos y no tener que seguir haciendo el trabajo sucio. Por lo que desde entonces me estoy esforzando en conseguir aumentar la puntuación en las encuestas de calidad que realizan los consumidores, hago las horas extras que me piden e intento captar más nuevos clientes de los que me piden. Con eso me garantizo tener la oportunidad de promocionar, no es que sea la repera, pero si asciendo, me suben el sueldo y oye, algo es algo. Sobre todo, porque tendría más dinero para ahorrar y algún día abrir mi propio estudio de fotografía.

Camino por los pasillos de la empresa al trote, de forma que parezco el correcaminos de los « *Looney Tunes* » . Agarro con énfasis la chaqueta, la agenda, el bolso y los documentos que había a mi nombre en recepción, y me detengo en seco ante la puerta de la oficina.

¿Qué era lo que hacía que la vida mereciera la pena? Estaba claro que no era la mirada de desaprobación de mi jefe por llegar un minuto tarde. Doy los buenos días, y en su rostro se dibuja una mueca de desagrado como si mi voz fuera tan molesta, como golpear con una piedra una puerta de metal. Intento respirar con naturalidad, para que no se note que estoy asfixiada de la carrera que acabo de dar desde el aparcamiento.

Cuando llego a mi mesa, me espera el informe semanal de productividad y leo que desde hoy a final de mes tengo que captar quince nuevos clientes. Quince. ¡Están locos! Observo la mesa vacía de mi compañero Iván, y doy gracias a Dios de que no esté ahora mismo, para recordarme que así no conseguiré ascender.

Mi día no había comenzado con buen pie y eso solo significaba, que era un prefacio de lo que me esperaba en el resto del día. Iván no estaba en su mesa de trabajo porque estaba celebrando la gran noticia con todos. Solo tenía que sumar dos y dos, al ver que no había nadie más en la oficina.

Era difícil ignorar el bullicio que venía desde la sala de juntas. Suspiro derrotada y miro hacia la oficina de mi jefe, que ante mi mirada frustrada él ensancha su sonrisa, intuyendo que acabo de unir todas las piezas del puzle. Así que suelto mis cosas sobre la mesa y camino decidida hacia él. En este mismo instante, un fuego abrasador corre por cada resquicio de mi alma y el amor propio florece bravo, como un toro, ante una injusticia tan inminente.

—¿Dónde están todos? —Le pregunto incluso sabiendo la respuesta.

—Celebrando el ascenso de Iván, es el nuevo jefe de zona. —Habla en tono categórico.

Me cruzo de brazos, para evitar dar un golpe en la mesa. Pero no puedo soportar su sonrisa

petulante y me apoyo en su escritorio con mirada desafiante, sin dar crédito a lo que acaba de afirmar.

—¿En serio que el ascenso es para él? Sabes de sobra, que también merezco esa estabilidad laboral y necesito comprarme un coche. —Le reprocho desesperada.

—Eli, sabes que aquí no te va a faltar el trabajo.

—Pero después de tantos años, creo que me lo merecía —afirmo dolida.

—Si sigues así de bien y más adelante hay alguna posibilidad, podríamos estudiar mejorarte las condiciones… —Pero lo interrumpo, al ver que después de tanto tiempo y de todo lo que he hecho por esta empresa, la balanza no se va a decantar a mi favor.

—Muy bien. —Atajo con una sonrisa audaz—. Espero que encuentres a otra persona, que haga al menos la mitad del trabajo que hago yo.

—¿Me estás amenazando? —Me encara.

—Para nada, solo te deseo suerte. —Le vacilo, mis palabras salen al galope antes de que procese las consecuencias de ellas—. ¡Me voy!

Recojo mi dignidad que se encuentra por el suelo y le sostengo la mirada durante unos segundos, como si de un pulso se tratase. Pero cuando sé que no va a decir nada más, me doy la vuelta porque su orgullo chulesco, es demasiado grande como para rectificar de sus errores. Me merecía el puesto y no estoy exagerando, empecé hace años como becaría, me ganaba un dinero extra para pagar los estudios, pero fue mi perdición porque solo tienes que mirarme.

—¡Elisabeth! —Me llama mi jefe y un destello de esperanza se dibuja en mi rostro.

—Sí —respondo asomándome a la puerta de su oficina con esperanza, pensando que no todo está perdido.

—Deja las llaves del coche en recepción, ya te haremos llegar la baja voluntaria por email. —Me dice con frialdad.

En ese momento, siento que todo comienza a desmoronarse a mi alrededor o tal vez soy yo que estoy temblando. Me quedo con la cara partida, porque hasta el último instante pensé que había esperanza.

—Estupendo.

Es todo lo que le digo antes de desaparecer de su campo de visión, siento que me sube el calor y debo de estar más roja que un pimiento morrón. No por vergüenza, sino porque estoy cabreada. Me entran ganas de despotricar contra él. Aunque intento salir con una calma fingida, el abismo de lo que sucederá a partir de ahora se asoma como una borrasca en mi mente.

Cuando estoy en la calle, me doy cuenta del fallo garrafal de quedarme sin coche de empresa. ¿Y ahora qué? No voy a llamar a Bruno, porque no tiene coche y porque no tengo ganas de que me dé un sermón. Tampoco puedo llamar a Raquel, porque está en pleno juicio. Así que hago lo que he hecho toda mi vida cuando he tenido algún problema, llamar a mi abuela que responde en el segundo tono.

—Abuela, acabo de dejar mi trabajo. —Le informo echando la vista hacia el edificio del que acabo de salir.

—Bueno hija, no pasa nada. Más se perdió en la guerra, que se perdieron muchas vidas. —Me dice con tranquilidad.

Ella es así, siempre encuentra consuelo con esa frase hecha, que usa para cualquier tipo de situación. Hace tres meses cuando mi hermano llegó a casa, con una maleta de ropa y los papeles del divorcio, mi abuela lo miró con templanza y le soltó la misma frase, a la vez que le daba dos golpecitos como apoyo en la espalda.

—Sí abu, pero tengo que pagar facturas y no puedo vivir a costa de Bruno. —Le

explico.

—Bueno ya buscaremos solución, que Dios aprieta, pero no ahoga. —Me intenta animar con otra de sus frases—. Escribe a tu hermano, dile que si no tiene mucho lío en el trabajo se pase a recogerte. Por cierto, no ha llegado el paquete que me dijiste que tenía que llegar hoy.

—Pues esta mañana me avisaron que estaba en reparto. —Le comento, a la vez que pongo el móvil en altavoz y mientras le mando un *WhatsApp* a mi hermano para que venga a recogerme. Enseguida me contesta con un escueto mensaje, de que no puede porque se le ha complicado la mañana.

—Pásate por la frutería y compra cerezas, tu hermano me dijo que hoy recogía él a los niños y comen aquí. —Me pide y es casi más una orden que otra cosa. Porque mi abuela Felisa, es muy buena pero también muy mandona.

—Vale abuela, hasta ahora. —Me despido de ella.

—Ahora nos vemos Liz. —Solo ella me llama así y me saca una sonrisa.

Pido a través de la aplicación de taxis, que venga uno a recogerme. Mientras espero, decido ser valiente y llamar a Bruno, porque tarde o temprano se va a enterar. Me responde al primer tono de llamada y me sorprende que me lo haya cogido con tanta rapidez.

—Hola bollito. —Me saluda.

—Hola, esto… ¿Puedes hablar? —Le pregunto deseando que me diga que no y así posponer la conversación.

—Sí, cuéntame ¿pasa algo? —Me pregunta y me tomo unos segundos para armarme de valor. ¡Venga! ¡Allá vamos!

—Acabo de quedarme sin trabajo. —Suelto a la carrera y cierro los ojos, preparándome oír cómo me muestra su descontento.

—¿En serio? ¡Es genial Elisabeth! —Responde y no puedo evitar alzar las cejas incrédula—. Porque tengo grandes planes para nosotros, y estaba agobiado por lo que pudieras decir, pero ahora todo será más fácil. Mira te veo esta noche en el restaurante el Cuartel del Mar, a las nueve. Será una noche para recordar y celebrar, te tengo que colgar hasta lueguito.

No me da tiempo de decir nada, cuando oigo que se corta la llamada. Miro la pantalla del móvil, como si por arte de magia me fueran a aparecer ahí las respuestas de lo que acabo de oír.

Bruno no se ha enfadado, no me ha gritado y se ha alegrado de que me haya quedado sin empleo. Creo que debo de preocuparme, porque eso en él no es normal. Mientras voy en el taxi hasta el barrio dónde he crecido, sigo dándole vueltas a lo que acaba de suceder con mi novio. Es muy extraño que se lo haya tomado tan bien. Tal vez no me ha entendido y ha interpretado mal lo que le he dicho. Porque, ¿quién se alegra de una cosa así? Cuando el taxi se detiene, mi confusión crece al ver a mi hermano en la puerta de la casa fumando. Debería estar trabajando.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no has podido venir a por mí? —Le pregunto confundida.

—Me han despedido. —Me responde con una tranquilidad que me sorprende.

—¿Por qué?

—Porque mi jefe es gilipollas, el sábado me llevé a Marcos y a María conmigo, y hoy me han dado la carta de despido por llevar a mis hijos al trabajo.

—Será capullo tu jefe… —Mi hermano se encoge de hombros con indiferencia, y me hace un movimiento de cabeza para que yo le cuente mi historia.

—Me he quedado también sin trabajo. —Le suelto sin anestesia y una carcajada incrédula sale de sus labios—. Mejor os lo cuento a todos a la vez, para no repetir lo mismo tantas veces.

—Hoy no es nuestro día enana. —Me dice a la vez que me regala una sonrisa triste, y

camina conmigo en dirección a casa de mi abuela que está al lado de la de mi madre.
Mi abuelo construyó esta casa cuando mi madre y mis tías eran unas niñas, es una barriada muy tranquila de Chiclana. Mi madre cuando se casó, no se fue muy lejos, compró la casa de al lado. Por lo que a mi hermano y a mí nos ha criado mi abuela. Así que ella es una constante en nuestras vidas, sobre todo cuando falleció nuestro padre, mi madre se tuvo que poner a trabajar. Porque con lo que le quedaba de paga de viudedad, no llegábamos a final de mes. Desde entonces, trabaja cuidando a personas mayores y mi abuela se hizo cargo de nosotros, así que mi abu Felisa, es como mi segunda madre.

Cuando entramos en casa de mi abuela, es inconfundible oír el ruido tan característico de la olla express, mezclado con el olor del cocido. Nos encontramos a mi madre con mi abuela charlando en la cocina, y ambas se quedan mudas cuando nos ven. Mi madre sonríe con dulzura y mi abuela se desternilla de risa, mirándonos de forma alternativa a mi hermano y a mí.

—¡Vaya dos tenemos aquí! —Nos pincha con diversión.

—Mamá no te rías de ellos, porque Raúl le tiene que pasar la manutención de los niños a Micaela. —Le recuerda mi madre a mi abuela.

—Bueno Magda, todo tiene remedio menos la muerte. —Anima a mi madre—. A ella, le han hecho un favor quedándose sin trabajo. —Me señala a mí.

—Abuela, sabes que necesitaba ese trabajo. —Me quejo y ella se encoge de hombros indiferente.

—¿Qué necesitabas ese trabajo basura? Venga Liz, no te engañes. No hay mal que por bien no venga, ahora puedes proponerte perseguir tus metas y tú… —Señala con el dedo índice a mi hermano—. Ya puedes ir a hablar con el que haga falta y explicarles tu situación, en vez de venirte con el rabo entre las piernas. Desde luego, que no parecéis nietos míos. —Nos reprende con desaprobación saliendo de la cocina y sentándose en su mecedora, frente a la mesa camilla y niega para sí.

—Abu, no es tan fácil. Mi empresa es muy estricta y no creo que tenga solución, porque me ha despedido la de recursos humanos. —Le informa mi hermano.

—Bueno, te doy unos días para que lo soluciones y pidas que te readmitan, o sino me planto allí como Felisa que me llamo, y hago que el capullo de tu jefe, me atienda como Dios manda. —Le da un ultimátum a mi hermano.

Raúl guarda silencio, porque cuando mi abuela pronuncia «como Felisa que me llamo», sabemos que no hay forma posible de hacerla entrar en razón.

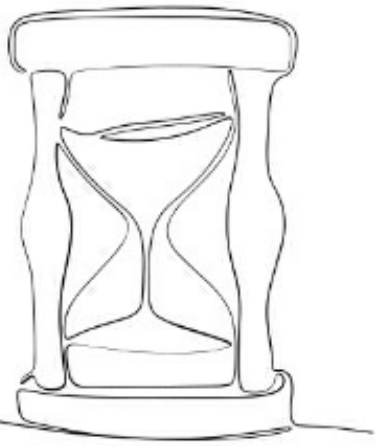
El resto del día continua como un día de lo más normal, con la excepción de que mi hermano y yo pertenecemos ahora a la empresa más grande del país, el desempleo. Después de comer, mi hermano se marcha a llevar a los niños a las extraescolares. Le escribo a Raquel contándole lo que me ha sucedido hoy y le doy la razón. Tal vez mi relación con Bruno solo esté pasando por una mala racha, ojalá sea eso. Le cuento lo bien que se lo ha tomado y no me pasa inadvertido que ella también se sorprende de ello. Finalmente, quedamos mañana para vernos.

El paquete con el papel fotográfico que estaba esperando no me ha llegado. Así que después de llamar una decena de veces, al teléfono de atención al cliente, de la empresa de paquetería y no obtener respuesta alguna, termino por abrir una incidencia a través de su web. Entonces me doy cuenta, de que es la misma empresa en la que mi hermano trabajaba.

El resto de la tarde me la paso en el sofá de mi abuela, editando con la *tablet* las fotos que voy a enviar al concurso de *National Geographic Traveller*, y con ello pierdo la noción del tiempo. Mi abuela no me interrumpe en toda la tarde y eso que la pillo varias veces observándome con gesto pensativo. Le he preguntado qué es eso que se calla, pero no me ha

respondido. En su lugar, me ha sonreído y ha seguido viendo la televisión sin prestarle demasiada atención. Pero la conozco bien y sé que tarde o temprano terminará contándomelo.

CAPÍTULO 4
CRONOS



Estaba hasta los cojones de día, el irresponsable de mi hermano no paraba de dar que hablar a la prensa. Muchos clientes potenciales de mi empresa me han retirado su confianza, al enterarse en las noticias de que mi hermano es el presunto culpable de estafar, con piezas falsas, en la última subasta realizada en nuestra galería. Solo de pensar en el disgusto que se va a llevar mi abuelo cuando lea las noticias, me enfurece. Lo vuelvo a llamar una vez más, pero su móvil está apagado.

¿Cómo ha podido permitir semejante descuido?

¿Cómo ha podido ser capaz de manchar así nuestro apellido?

Cuando lo pille me va a oír, porque estoy convencido de que ha delegado en alguien esa subasta y se han aprovechado, no me cuadra que haya falsificado tres monedas fenicias, con el fin de ganarse un dinero extra que no necesita.

La noticia ha saltado como una liebre delante de un montón de galgos a primera hora de la mañana. Como consecuencia, había perdido a dos de mis principales clientes a la hora del desayuno. Por no hablar de los inversores, que han pedido una reunión inminente y ni mencionar el caos que ha habido para cumplir hoy con las entregas de los paquetes. Me fastidia que, por su mala cabeza, haya salpicado también la reputación de mi empresa. Pero claro, mi día no podía ir a peor, cuando recibí un mensaje de Marisa recordándome que teníamos una cena esta noche con sus padres. Si llego a saber el día que me esperaba, mejor ni me levanto.

Apago el motor del coche y me quedo en la oscuridad del aparcamiento, me pellizco el puente de la nariz y me tomo unos segundos. Necesito mantener la calma y aparentar seguridad ante mis suegros durante toda la cena. Sobre todo, para darles una explicación convincente, cuando me saquen el tema de la prensa. Porque el colmo sería, que mi suegro que es el dueño de la gran multinacional *Nozona Gades*, cancelase el contrato de sus envíos con mi empresa, ya que es mi principal cliente. Si algo así sucediera, estoy casi seguro de que me llevaría a la quiebra. Miro la hora en la pantalla de navegación del coche y sé que llego tarde. Cojo mi móvil, que está en el asiento del copiloto, y abro la puerta para salir. En ese instante un golpe sordo suena en la chapa de mi puerta, y un quejido se oye como respuesta.

—¿Qué cojones? —Es todo lo que digo, cuando veo a una chica caída de rodillas en el aparcamiento—. ¡Disculpa! ¿Estás bien? —Le pregunto a la vez que me acerco a ella.

—¿Es qué no miras antes de bajarte del coche? ¿Tú ves normal cómo has abierto la puerta? ¡Lo qué me faltaba hoy! —Me grita con tanto ímpetu, que retrocedo por una milésima de segundo—. Gilipollas… —Masculla, es obvio que no soy el único que está de morros.

Mi primera intención, es pagar mi mal día con ella. Pero cambio de opinión, cuando me cruzo con una mirada negra como la noche. Siento la necesidad de apartarle de la cara su pelo castaño y así poder ver mejor su rostro. Porque me encuentro con una belleza que me deja cautivado y estupefacto. Unos pómulos marcados resaltan sus grandes ojos, que están abrazados por largas y espesas pestañas, que se mueven como si del batir de las alas de una mariposa se tratase, eso hace que se vea dulce e inocente cuando sus mejillas se sonrojan. Pienso que está avergonzada, pero enseguida comprendo de que estoy completamente equivocado y está así, de las malas pulgas que se gasta.

Algo desconocido brota en mi interior, disipando todas mis preocupaciones y sonrío divertido, con una seguridad que me sorprende. Mi mirada descarada parece pillarla desprevenida y pestañea confundida. Mis ojos se clavan en su boca entreabierta por unos labios carnosos, que hacen resaltar su nariz pequeñita.

—Lo siento no te había visto, de lo contrario no te habría empotrado con la puerta de mi coche te lo puedo asegurar. —Me muerdo la lengua y le lanzo una sonrisa pícara esperando que diga algo.

Sé que ha sonado mal, pero me divierte ver cómo reacciona. Debe estar preciosa cuándo sonríe, pero no puedo comprobarlo. Tan solo tarda unas milésimas de segundo, en encajar mis palabras y desinflar mi ego.

—No creo que sirvas ni para eso, porque estás riéndote de mí en vez de ayudarme.

No es hasta que me responde de esa forma borde, que no soy consciente de que sigo donde mismo y me estoy riendo. ¿Por qué lo hacía? Supongo que mi día estaba siendo una mierda, y me parecía que a ella no le estaba yendo muy diferente a mí.

Me acerco a la chica y le toco el tobillo para ayudarla a sacar el tacón, que se le ha metido en la rejilla de una alcantarilla. Su piel suave y perfumada me envuelve con sutileza, un olor a azahar me confunde, tengo la tentación de pegar mis labios a su piel como un imán. Pero me contengo y trago saliva para mantener la compostura. « Joder, no me reconozco » .

Le ofrezco mi mano, que no duda en coger y la ayudo a levantarse. Me quedo sujetándola por la cintura, durante unos segundos de más, y observo su rostro que está a pocos centímetros del mío. Alumbrados por la escasa luz que nos llega de la terraza del restaurante, me quedo cautivado cuando me percato de que no va maquillada o al menos no tanto como suele ir Marisa. Tal vez, es esa belleza natural que desprende que me deja mudo.

La chica parece sorprendida por un instante y siento como me analiza, pero enseguida vuelve a fruncir el ceño y da un paso hacia atrás. Debe medir uno sesenta y cinco frente a mi metro ochenta y cinco, porque a pesar de llevar tacones le saco casi dos cabezas de altura. Se separa de mí con irritación y es en ese instante cuando me fijo en su cuerpo lleno de curvas sensuales que hacen que se me corte la respiración. Madre mía, es una diosa. Trago saliva y cojo aire siendo consciente de que si no hablo en los próximos segundos voy a parecer un pánfilo.

—¿Puedes caminar bien o te has lastimado? —Le pregunto dando un paso hacia ella, sintiendo necesidad de volver a tocarla.

—No te preocupes, estoy bien y llego tarde. —responde con brusquedad, a la vez que se separa por completo de mí, y camina hacia el restaurante sin mirarme ni una sola vez más.

—Hasta luego. —Le digo intentando ser simpático.

Presiono mis labios esperando una respuesta y me meto las manos en los bolsillos del pantalón, intentando ordenar las emociones que se han despertado en mi interior y me hacen sentir incómodo.

—Hasta nunca. —Me responde sin ni siquiera mirarme y eso me hace sonreír.
Me quedo como un pasmarote, observando cómo se mueve con gracilidad y se va alejando de mí, hasta que la pierdo de vista cuando cruza las puertas para entrar en el restaurante.

Mi móvil comienza a vibrar y el nombre de Marisa aparece en la pantalla, lo cojo para responder, pero ya ha colgado. Tiene la manía de hacer eso, para avisarme de que están esperándome. Me ajusto la corbata, y cojo aire para armarme de valor e intentar torear la cena de esta noche saliendo victorioso.

El día no quiere dejar de sorprenderme, cuando en la mesa contigua a la nuestra, está la chica del aparcamiento sentada frente a un tipo que no le hace ni puto caso. « ¿Acaso es ciego? » . Desde luego que tenía que ser un idiota de campeonato, por estar más tiempo escribiendo en el móvil que disfrutando de su cita. Parece aburrida mientras juega con las olivas que les han puesto y no ha probado. No es feliz, de eso estoy seguro, pero, ¿quién lo es?

No soy capaz de disimular una sonrisa cuando nuestras miradas se cruzan, y ella me fulmina con la mirada. No es la única que se siente fuera de lugar, solo tengo que mirar a Marisa que está haciendo un directo en Instagram para sus seguidores, mientras que su padre me analiza con cara de besugo, al haberme pillado mirando con interés a aquella desconocida que me ha robado la atención en más de una ocasión en lo que llevábamos de noche.

Por un instante fantaseo con dejarlos plantados, y coger a esa chica misteriosa de la mano para huir juntos del restaurante. Pero la realidad es que no hay huevos suficientes para hacer algo así. El padre de Marisa carraspea irritado al ver que sigo mirando a la chica, vuelvo a fijar mis ojos en él y le sonrío con cordialidad, a la vez que me excuso de que he tenido un día muy complicado.

Mientras Marisa acaba de despedirse de sus seguidores, voy respondiendo con evasivas, a cada pregunta que me lanzan sus padres a la yugular. Afortunadamente Marisa es el ojito derecho de sus progenitores, y cuando por fin deja el móvil los hace entrar en razón de mi inocencia ante el escándalo que ha dado mi hermano. Mi empresa es independiente a la galería familiar que regenta mi hermano Damián, junto con mi abuelo. Dam, es un alma libre, que hace lo que le viene en gana y no piensa nunca en las consecuencias de sus actos.

—Y dime Cronos, ¿qué piensas hacer, para conservar a tus clientes después del escándalo de Damián? —Me pregunta el padre de Marisa, entrelazando sus manos sobre la mesa, mientras me lanza una mirada cargada de interés.

—Pues demostrar a mis clientes qué mi empresa no tiene nada que ver con la galería.

—¿Y si eso no es suficiente? —Me pregunta con soberbia la madre.

—Pues… En ese caso, no me quedará otra que demostrar la inocencia de mi hermano. Lo conozco bien y no sería capaz de hacer algo así, ha debido haber algún error. —Les explico con sinceridad.

—Claro, es lo más sensato, sobre todo porque te estás convirtiendo en una figura pública de la alta sociedad y cosas así acaban con un imperio. —Hace una pausa su padre y bebe un sorbo de su copa—. Además, se sepultaría tu reciente negocio. A fin de cuentas, te has hecho con todo un imperio a tus veintisiete años, eres muy joven y sabes que, gracias a tener el apoyo de mi empresa como cliente, has ido consiguiendo que otras también confíen en ti. Sería una pena perderlo todo. —Me dice en un tono amenazante que no me pasa inadvertido—. Afortunadamente voy a hacer la vista gorda, porque a pesar de todo vas a ser mi hijo... Ahora que os vais a casar.
Sus palabras me cogen por sorpresa, al igual que su sonrisa ladina. Su declaración me afecta,

como si un globo lleno de agua me explotase en todas mis narices. Parpadeó varias veces procesando la información, me atraganto y toso el sorbo de vino que estaba tomándome. Recibo varias palmaditas en la espalda, más fuertes de la cuenta, por parte de mi novia. Cuadro mis hombros intentando camuflar mi disconformidad, carraspeo para conseguir que mi voz salga y miro a Marisa, que tiene una sonrisa panorámica en su rostro.

—¿Casarnos? —pregunto atónito.

—Si *cariñín*, les he dicho a mis padres que aún no me lo has pedido oficialmente, pero ha llegado el momento de hacerlo público, ¿no crees? —Me anima mi novia con fingida inocencia, aplaudiendo con cursilería y le sonrío abochornado, a la vez que me aflojo un poco el nudo de la corbata.

Se está aprovechando de la situación, ya hemos hablado antes de este asunto y mi respuesta siempre ha sido clara y concisa. No pienso casarme. Pero ahora mismo me siento entre la espada y la pared, mi empresa depende en gran medida de la de su padre, joder.

—Muy bien cielo, están esperando que digas algo. —Me dice entre dientes.

—Verás yo… Bueno Marisa… —Balbuceo como un pez fuera del agua.

Mi suegra frunce el ceño y se incorpora con interés, mientras que su marido bufa impaciente. Me rasco el cuello nervioso y siento como Marisa entrelaza sus dedos con los míos, me da un apretón queriendo estrangularme la mano, a la vez que me pisa el pie con fuerza, como aviso de que no la vaya a dejar en evidencia.

—Claro que aún no hemos hecho oficial el compromiso, porque tenemos que hablar algunas cosas en privado —Respondo atropelladamente.

—¿Ves papá? Cronos será el hijo que nunca has tenido, puedes seguir confiando en su empresa, ¿a qué sí bizcochito? —Su tono agudo de advertencia me irrita, y odio que me llame así.

Pero justo cuando voy a responder ante lo que parece mi juicio final, el chico de la mesa de al lado se levanta. Por primera vez en toda la noche, mira durante más de un minuto seguido a la misteriosa chica del aparcamiento que lo observa entre sorprendida y atemorizada. Él se pone a su lado y clava la rodilla en el suelo.

Marisa se tapa la boca ante el asombro de lo que estamos presenciando, y no puedo evitar poner los ojos en blanco del aburrimiento. Lo que me faltaba, una pedida de mano para meter un poco más de presión. Todos los presentes estamos atentos a lo que sucede en esa mesa, pero para asombro de todos y bochorno de ella, él saca una caja mucho más grande de lo que todos los presentes esperábamos.

Tal vez le regala un anillo, con un pedrusco del tamaño de un plato de postre o… una risa divertida se me escapa cuando el tipo abre la tapa de la caja aterciopelada y veo su contenido. La chica desvía su vista un segundo para asesinarme con la mirada y se mueve incómoda en la silla. Se acerca al chico y lo toma del codo. Estamos relativamente cerca para oír que le pide por favor que se levante, pero el tipo toma aire y comienza a recitar lo que para mí es, la declaración de amor más patética y egoísta de la historia.

—Bollito, sé que siempre te quejas de nuestra relación, pero estoy trabajando para darte todo lo que necesitas. Por eso te entrego este regalo como ofrenda de paz, y así calentar tus pequeñas orejitas cuando me acompañes a vivir la aventura más grande de mi vida, que es ser el director de la nueva sucursal que vamos a abrir en ¡ESLOVAQUIA! —Hace una pausa, pero ella sigue mirándolo perpleja y sus mejillas comienzan a tomar un color rosado. Al ver que la chica no responde él continúa sin sentido del ridículo—. Sé que has tenido un día lleno de cambios, pero es mejor que te hayas quedado sin trabajo, porque ahora no hay nada que nos impida

marcharnos juntos y allí todo será diferente. Te lo prometo.
Saca de la caja unas orejeras blancas de pelitos, y las levanta hacia ella como si fuera a coronarla, poniéndoselas con sumo cuidado y posteriormente cogiéndole el rostro para darle un beso fugaz en los labios.

Después de la patética y muy original propuesta de mujer florero, terminamos la cena con fingida tranquilidad. Por suerte no volvimos a hablar del compromiso, ni de la empresa.

Así que cuando por fin salí del restaurante, con Marisa a mi lado, sentía que me ahogaba. Era una sensación extraña, nueva y desconocida para mí. Pero tener que mentir de que íbamos a casarnos, y ver a aquella chica perdida ante aquella propuesta de su novio, me hizo ver que hay personas que intentan manipular a otras a su antojo, como si de marionetas se tratase.

Marisa va quejándose de los tacones, y del suelo empedrado que hace que no pueda seguirme el ritmo. Así que me detengo y la miro alucinado, porque siento que todo es diferente. Es la primera vez que veo el tipo de mujer que tengo delante.

—¿Qué pretendes con decirles que estamos prometidos? —Le pregunto furioso.

—Cronos, no te enfades. Es algo que antes o después tenía que pasar y la situación de tu empresa ha favorecido un poco la balanza a mi favor, ya que llevas con evasivas demasiado tiempo. —Me recrimina con una sonrisa ladina.

—Vamos a ver, Marisa. —Le digo tomándola por los brazos, intentando mantener la calma—. No me quiero casar, porque eso no cambia nada en nuestra relación.

—No quieres compromiso, pero yo sí y nos vamos a casar, si quieres seguir conservando tu empresita. —Me recalca con claridad, a la vez que me clava su dedo índice en el pecho—. Todo en esta vida tiene un precio, así que ya puedes currarte una pedida de mano como Dios manda, y parecer un perfecto enamorado. Si no quieres que tu negocio se hunda en cuestión de segundos, tal como marque el número de mi padre y le cuente que pasas de mí.

—¿Te estás oyendo? No voy a seguir con esta falsa, no pienso casarme. —Le respondo con rotundidad cabreado.

—¡No puedes hacer otra cosa, ni tampoco puedes dejarme! —Me amenaza. —Llevamos el tiempo suficiente como para dar un paso más y vivir juntos TODOS LOS DÍAS, no solo cuando a ti te apetezca. Mis amigas están casadas y otras prometidas, ¿por qué yo no? —Grita histérica. Ese es el problema de Marisa, que siempre se compara con los demás y para colmo, suele salirse siempre con la suya.

—Sube al coche, no es el momento de hablar de esto aquí. —Cojo aire e intento no perder la poca cordura que me queda—. No quiero discutir contigo, mejor lo hablamos en otro momento. —Le digo, a la vez que le abro la puerta y la invito a pasar.

—Siempre actúas igual y todo porque no tienes un par de huevos para hablar claro, para dar un paso más y comprometerte, porque eres un cobarde de mierda. —Me brama con desprecio, a la vez que sube al coche y da un portazo en todas mis narices.
Me pellizco el puente de la nariz y tomo aire para armarme de paciencia. Subo al coche y lo arranco. El motor ruge feroz y aprieto mis dientes tensando la mandíbula, aguantándome a no seguirle el juego. Por un instante he pensado en dejarla aquí mismo y no tener que aguantar más este sin sentido.

Marisa se quiere casar, por no ser menos que sus amigas. Pero la vida no consiste en medirse con los demás, sino en marcar tu ritmo y disfrutar del camino. Sé que llevábamos un par de años juntos, que nos llevamos bien, follamos de vicio y siempre ha sido comprensiva cuando he viajado por trabajo. Porque ella, como modelo e *influencer*, también tiene que viajar y ausentarse.

Cuando la dejo en su casa, me acerco a ella para darle un beso que muere en su mejilla. Marisa no se digna ni siquiera a mirarme y baja del coche dando un sonoro portazo. Apoyo mi nuca en el reposacabezas de mi asiento, cierro los ojos y suspiro frustrado. Sé que esta noche no voy a pegar ojo, no solo por los problemas que tengo en la empresa, sino también por los que tengo en mi vida personal.

Aunque si algo tengo claro, es que no soy el único al que intentan manejar a su antojo. Hay muchas personas a las que les sucede igual, solo tengo que pensar en la chica del aparcamiento. Es obvio que está saliendo con el tío más gilipollas de la faz de la tierra, que solo la utiliza. Conozco bien a ese tipo de tíos, son egoístas y ella era un fin para su meta. Por alguna extraña razón, pensar en ella y en aquel encuentro efímero me calienta por dentro.

¿Acaso no me sucede lo mismo con Marisa?

Tal vez tenemos que darnos un tiempo para comprender lo que sinceramente queremos. Nunca antes me he planteado algo así, porque hemos ido avanzando sin etiquetas y sin presiones. Nos conocimos hace años, nos hicimos amigos y un día nos liamos, al final terminamos acostumbrándonos y reconozco que no tenemos una relación convencional. Aunque estoy con ella, puedo pasar semanas sin verla o hablar un par de veces cada unos cuantos días y me da igual, no la echo en falta… Es obvio que no tenemos nada serio como para casarnos.

Tal vez sea un cabrón o un egoísta, pero el cariño que siento por ella, no me incita a lanzarme al vacío y firmar un contrato que me amarre de por vida. Porque una cosa es tenerle cariño y otra muy diferente amarla. Así que en la soledad de la noche y en el silencio que me rodea, decido mandarle un mensaje y quedar para almorzar mañana con ella. Tenemos que hablar y lo mejor para ambos es acabar con esta relación, porque no queremos las mismas cosas.

CAPÍTULO 5
ELISABETH

Que tu novio te invite al restaurante más bonito de la ciudad, aquel en el que cada rincón cuenta una historia, y te diga que te pongas tu mejor vestido, obviamente sacas conclusiones porque sabes que algo gordo se viene, y tan gordo. Aún no doy crédito de aquella bochornosa e irreal situación. Me quedé como una pánfila, no quise ser mala persona y dejarlo en mal lugar delante de todo el restaurante. Tal vez por eso le seguí el rollo a lo película de Hollywood, por la perplejidad del momento. Aunque sentí tristeza, mucha tristeza. En ese mismo instante, comprendí que llevábamos tiempo caminando juntos, pero no en la misma dirección.

¿A dónde íbamos a parar?

¿Cuánto más íbamos a seguir con este sin sentido?

Veía el abismo que crecía entre ambos separándonos cada vez más, me encontraba en el filo de un precipicio y me incitaba a saltar. Pensar en lo que sucedería si daba un paso atrás y no me lanzaba, me hacía pensar en cómo nos veríamos dentro de unos años, y no me gustaba el futuro que nos deparaba.

Bruno no es de ese tipo de hombres que te animan a saltar para alcanzar tus sueños, él es de los que te dice que está demasiado alto para llegar. Sentía que me agarraba para que dejase de soñar, que sacrificara mis sueños para él conseguir los suyos, y eso era ser demasiado egoísta. Puede que Bruno aún no lo sepa, pero ya en aquel restaurante con él de rodillas frente a mí, tomé una decisión… Iba a saltar del precipicio sin paracaídas, romper con todo lo que me ataba y perseguir mis sueños.

He encontrado la excusa perfecta para pensar con claridad, mi abuela ha enfermado y me paso todo el día con ella en su casa. A pesar del desastre que es mi vida, solo pido que no me falte ella. Porque el frío primaveral está dando los últimos coletazos y quién nos iba a decir, que cuando el sol vuelva a brillar con más calidez, mi abuela… Tal vez, no siga junto a mí para presenciarlo. Pero ella es fuerte, pues el médico le dio unos días de vida, y lleva una semana rompiendo todos los pronósticos. Su corazón es más resistente de lo que todos piensan, y eso me hace sentir un alivio pasajero.

Me ahoga la tristeza al verla con los ojos cerrados, postrada en una cama de la que desde hace días solo se levanta para ir al baño. Deseo volverla a ver sonreír con esa alegría que siempre se le refleja en los ojos, con sus mofletes sonrosados que resaltan su piel aterciopelada y su cabellera blanca con pequeñas ondas, que parece el vaivén de las olas del mar.

No solo deseo volver a verla alegre, sino también todo lo que la caracteriza, su simpatía,

sus dobles sentidos, sus frases hechas, sus juegos indescifrables y la de cientos de anécdotas que alberga en cada resquicio de su imperecedera alma. A sus ochenta y siete años, siempre ha sido toda vitalidad y ganas de comerse la vida, pero un catarro mal curado se está llevando el brillo de su mirada.

Es imposible no sentir añoranza y melancolía cuando le tomo la mano, y ella me la sujeta débilmente. Lleva los últimos cuatro días en una frágil duermevela, y tan solo en un par de ocasiones ha estado despierta hablando conmigo. Cuando les conté a mi familia nuestras últimas conversaciones variopintas, todos lo justificaron con que la abuela Felisa estaba delirando. No quiero pensar que llevan razón y la *yaya* esté desvariando. Porque mi parte más racional, la que la conoce mejor que ninguno de ellos, tiene la esperanza de que vuelva a recuperarse del todo.

Mi abuela siempre ha sido y será mi referente. A pesar de que no ha tenido una vida fácil, admiro su alegría y su forma de vivir, es risueña, dicharachera y sin pelos en la lengua. Es un alma joven que ha sabido crecer en la adversidad. Ella siempre dice, que la alegría es la clave para que el alma nunca envejezca. Tal vez por eso siempre ha disfrutado y saboreado cada instante. Aunque si hay algo que le apasiona, es jugar a las adivinanzas. Cuando éramos pequeños, nos pasábamos las tardes intentando descifrar sus acertijos, ella creaba pistas que junto a mi hermano tenía que descubrir.

Pensar en aquellos años dorados, me hace sonreír y me hace pensar en que la conversación de ayer por la tarde tiene un doble sentido. Estoy convencida de que en sus palabras hay un mensaje subliminal y si estoy en lo cierto, « ¿qué pretende mi abuela? » Porque algo en mí, sabe que descifrar aquella frase que repitió varias veces ayer, me puede llevar al comienzo de una nueva aventura.

La observo cómo duerme relajada, mientras mi cabeza sigue dándole vueltas y analizando cada palabra de lo que hablamos ayer. Su respiración es más débil de lo normal, el murmullo de mi familia se cuela por los resquicios de la puerta.

En el salón están todos, incluso el primo Javier, que estaba en Edimburgo y ha llegado a tiempo para lo que pueda pasar. Cojo aire e inspiro una tensión disfrazada de calma que se palpa en el ambiente. Me incorporo de la mecedora en la que cientos de veces me durmió con un cuento, y alargo mi mano para entrelazar mis dedos con los suyos. Siento su piel tan suave y cálida como un algodón.

Suspiro derrotada, sonrío con tristeza, y una lágrima traicionera se escapa para surcar mi mejilla. Justo en ese momento la veo parpadear con parsimonia y me incorporo para que me vea. Solo tarda un par de segundos en estudiar mi rostro, reconocerme y sonreír cansada.

—Hola abuela.

—Elisabeth… Justo a ti te quería ver. —Me responde con la voz débil y una mirada llena de templanza.

—¡Pues aquí me tienes! —Exclamo con cariño, intentando sonar despreocupada. Me subo a la cama y me tumbo junto a ella, sintiéndome de nuevo como una niña de diez años.

—Vamos no estés triste, eres adulta y a tus veinticinco años eres más madura que tus primas, que viven en las nubes. —Me comenta con una sonrisa dulce, apretándome la mano con orgullo y en respuesta, le doy un suave beso en la mejilla—. Sabes que eres muy especial para mí, porque siempre me he visto reflejada en ti y no quiero que cometas los mismos errores que yo cometí.

—No sé por qué dices eso abuela. —Le respondo evadiendo la verdad y ella se niega.

—Aunque esta vieja moribunda tenga un pie aquí y otro en el más allá, me entero de

todo, y mi *potosí* no me enorgullece en absoluto que renuncies a tus sueños, por un hombre que no renunciaría ni siquiera a un café con su jefe por ti. —Me suelta con claridad y creo que no es el momento de hablar con ella de mis problemas personales.

—Abuela, Bruno es atento conmigo solo que el trabajo lo tiene absorbido. —Intento sonreír para que no se preocupe por mi futuro incierto.

—No me hagas reír que pierdo fuerzas… —Me advierte con una débil carcajada cargada de ironía que acentúa más aún sus arrugas—. Pero allá tú con lo que quieras pensar del egoísta de tu novio. Mira solo tienes que ponerlo a prueba. Si en tu casa hubiese un incendio, ¿qué crees que salvaría primero? —Hace una pausa, respira con dificultad y al ver que no respondo continua. —No debes conformarte con las migajas, cuando el verdadero amor lo es todo. —Me explica en un susurro a la vez que me acaricia la mejilla y suspira—.

» Mi niña, eres una mujer fuerte y siempre he sabido que eres capaz de cualquier cosa, incluso de ser la ladrona del tiempo y recuperar lo que siempre ha pertenecido a nuestra familia. Vienes de un linaje de mujeres valientes que han conservado un tesoro del que muy pocos han oído hablar… Yo lo recuperé y también lo perdí. —Su respiración se vuelve irregular, y se detiene al temblarle la voz por la falta de fuerzas.

—Abuela debes estar tranquila, ya me contarás otro día esa historia. —Le digo con dulzura y esperanza de que ojalá haya otro día.

—Prométeme que antes de marcharte con ese novio que tienes… —Toma aire cansada y hace un breve silencio—. Vas a darte una oportunidad para encontrarte contigo misma. Conocerás la historia de nuestra familia, de las guardianas del tiempo y sabrás que han existido, durante muchas generaciones y tú eres una de ellas. Tú, mi niña, eres quién puede recuperarlo de nuevo, siempre he tenido esa corazonada contigo desde el primer día que te cogí en brazos. —Añade con una dulce sonrisa melancólica, que me emociona.

—¿Guardianas del tiempo? Esa historia hacía mucho que no me la contabas… —Le respondo con una sonrisa triste sin encontrar lógica alguna a lo que me está diciendo. Ella me sonríe y trago saliva intentando diluir el nudo amargo que me oprime la garganta.

—Porque estaba esperando el momento adecuado para explicarte todo, pero no sé si me queda tiempo suficiente. Por ello, quiero que comprendas que el final de esta historia lo escribes tú. ¡Qué tú eres la ladrona del tiempo! —Cierra los ojos con suavidad—. Sé que tu hermano te ayudará… —Murmura adormecida.

—Abuela por favor, ¿qué me quieres decir con eso? —Le pregunto confusa y con un nudo de angustia en la garganta, le acaricio la mejilla para llamar su atención y ella vuelve a mirarme con dulzura.

—Por lo pronto, no te conformes con las migajas. —Vuelve a repetirme la misma frase de ayer. —Lilizbeth —Solo ella me llama así y me hace sonreír. —Hay una historia por descubrir y si te sientes perdida, solo tienes que dar el primer paso hacia la fuente de la eterna primavera y bailar como lo hacen los amantes, solo así las respuestas irán apareciendo. Te aseguro que es la única forma de encontrarte a ti misma.

Me quedo en silencio y pienso en la eterna primavera, que es la escultura de dos amantes besándose apasionadamente. La cual siempre ha decorado la fuente del patio trasero de esta casa. Es el lugar más bonito, alegre y tranquilo que hay. Tiene un encanto que te atrapa al ser un típico patio andaluz, de paredes blancas como la cal y suelo empedrado. En el centro del mismo reina una fuente, con una escultura tallada en mármol que mi abuelo le regaló a mi abuela. Alrededor de la fuente hay macetas que le dan vida y color, junto con sus flores que perfuman el ambiente,

y este se intensifica con la llegada de la primavera. Pero no comprendo qué lógica hay en todo esto. Me apena pensar que todos lleven razón y la abuela esté desvariando, pero me niego a aceptarlo.

—¿El primer paso? —Pregunto confundida recordando lo que me acaba de decir y ella asiente feliz.

—No sé cuánto tardarás en comprenderme, pero sé que buscando te encontrarás a ti misma. —Me aprieta la mano, cierra los ojos y suspira quedándose con una sonrisa bailando en el filo de sus labios.

Me quedo a su lado en silencio, le doy un tierno beso en la sien y pienso en lo que acaba de decir. Ella se vuelve a quedar dormida y salgo del dormitorio en dirección al patio trasero de la casa, para observar con detenimiento la fuente que hay en el centro.

Recuerdo lo que me acaba de decir, pero no comprendo a que se refiere en dar el primer paso y bailar como lo hace la figura. Estoy confundida, mi vida en si está del revés, desordenada y me siento perdida. Pero tal vez tenga razón, que ha llegado el momento de encontrarme a mí misma.

CAPÍTULO 6
ELISABETH

Como vuelva a oírlo decir « claro que sí Josh » , os juro que me tiro por la ventana. Estoy en la cocina preparando un sándwich y Bruno está en el salón en una reunión online con su querido jefe. Necesito hablar con él, porque Bruno sigue hablándome de Eslovaquia, de su nuevo empleo, y yo solo me pregunto, ¿cuál es mi papel en esa aventura?

Raquel opina, que no me vaya con él hasta que nuestra relación mejore y yo no estoy segura de que lo haga. Además, no puedo pasar por alto aquella patética declaración de, ¿amor o intereses? No le importa cómo me siento o qué pienso al respecto. Directamente ha elegido por los dos, y me quiere llevar a Praga con él, cómo si yo fuese la almohada con la que te acostumbras a dormir, esa que te llevas allá adónde vas.

Afortunadamente mi abuela ha remontado y se ha saltado el pronóstico del médico. Está más recuperada y con un apetito voraz. Tal vez por eso me siento más optimista, y con otra perspectiva de la vida. Oír a Bruno afirmarle a su jefe, que estoy de acuerdo en dejar todo y empezar una vida allí con él es un dardo directo al corazón. Porque por un instante, recuerdo que hace un par de semanas tuve un día de mierda, que comencé con el aperitivo del maldito gallo despertador, luego perdí el trabajo y después, me preparé para una cena de la que tenía grandes expectativas.

El colmo fue, que justo antes de entrar en el restaurante me caí por culpa de un idiota que me golpeó con la puerta de su coche y para guinda del pastel, mi novio se pasó toda la noche hablando con un cliente muy importante y como postre, me lanzó la noticia bomba de que nos mudábamos. He dejado el agua correr, pensando que tenía tiempo para tomar una decisión, pero el tiempo se acaba, solo quedan tres días para marcharnos. TRES DÍAS. ¿Cómo puedo digerir eso? Sinceramente es imposible.

Me siento con un corte de digestión emocional. Sobre todo, al pensar en lo idiota que he sido, al pensar que en aquella cena Bruno me iba a pedir matrimonio, y en su lugar me coronó con dos orejeras ridículas.

Si cierro los ojos, aún puedo oír las carcajadas de mi familia y de Raquel cuando me senté en el sofá de mi abuela a contarles mi desdicha. Así pues, aquí estoy, en la cocina de la que durante mucho tiempo ha sido nuestro hogar y en la que siento que ya no es mi lugar, ¿a quién pretendo engañar? He sido una idiota por alargar una relación que está muerta y que si nos queda algo, es un puñado de recuerdos de unos años en los que sí fuimos muy felices. Pero en la vida nada se mantiene estático, porque está llena de cambios, de gente que entra y sale de nuestras vidas y no podemos aferrarnos a que todo sea permanente.

Tenía que dejar de ser cobarde y salir de la zona de *confort*. Lo primero era aceptar nuestra realidad, cosa de la que ya era consciente, y lo segundo era plantarle cara al cambio que me daba vértigo.

Así que me armo de valor y me dirijo con paso decidido al salón, dónde está Bruno haciendo una videollamada con su jefe Josh. Justo cuando voy a cruzar el umbral de la puerta, me detengo al oír al idiota de su jefe decir mi nombre.

—Claro que sí Bruno, el éxito de todo gran hombre es tener una mujer sumisa y con sonrisa perfecta para conseguir el éxito en los negocios.

Mi perplejidad es aún mayor cuando mi novio le sonríe y asiente. No es consciente de que lo estoy observando desde el pasillo, y mi mandíbula se abre de tal manera que si fuera un dibujo animado, me llegaría al suelo ante tal afirmación machista e irracional.

Todo pasa en milésimas de segundos, porque siento que pierdo la cordura cuando mi mente va como una locomotora. Por un instante, pienso en quitarme la zapatilla y lanzársela, pero caigo en la cuenta de que Bruno tendría un discurso perfecto para aminorar mi fuego interno.

Entonces recuerdo aquella conversación con mi abuela de hace unos días, en la que me hizo pensar. « Si te encontraras con un incendio en casa, ¿qué es lo primero que salvas antes de salir? »

Cojo una servilleta y un mechero, me subo en una silla de la cocina y me acerco al detector de incendios que hay en el techo. Prendo el papel y en cuestión de segundos un pitido incesante y agudo resuena por toda la casa, ya solo me queda esperar. Oigo como Bruno cuelga a su jefe y corre apresurado por el salón. Abro el grifo del fregadero y apago la servilleta. Me siento en la encimera de la cocina, cerciorándome de la realidad de la teoría de mi abuela, ni siquiera se ha dignado a gritar mi nombre una sola vez.

Me asomo por la ventana de la cocina desde la que se ve la puerta del bloque en el que vivimos y en cuestión de minutos sale Bruno en pantalón de pijama, con su maletín lleno de papeles desordenados, su portátil bajo el mismo brazo y su móvil en la otra mano. Una sonrisa triste se dibuja en mi rostro y creo que si me quedaba alguna duda, esta ha sido disipada.

El problema que tenemos la mayoría de los humanos es que nos acomodamos. Nos acostumbramos a una relación que está en un callejón sin salida. Nos conformamos, por temor a plantarle cara al cambio y avanzar hacia lo desconocido.

Una parte de mí está enfadada con Bruno, porque quería que hubiese venido a buscarme. Pero mi vida no es ningún cuento de *Disney,* en el que la princesa es rescatada por el príncipe. Esto es la vida real, y si me quiero salvar tengo que hacerlo yo misma.

Por una estúpida razón, no me he sentido antes capaz de romper con él, porque Bruno se había convertido en mi rutina, en mi día a día y he sido idiota de permitir que mi felicidad dependiera en parte de él. Sé que tengo que ser realista, no soy la primera ni la última que pone fin a una relación de tantos años. No se acaba la vida, todo sigue, continúa, y no se detiene por nada ni por nadie.

Una presión punzante se instala en mi pecho, como si me estrujasen el corazón para sacarle el poco jugo que le queda. Durante el último año he estado enferma de amor, aunque tal vez no debía de llamarse así, sino dependencia y eso te encadena, te corta las alas y te acorta los sueños. Bruno también se ha acostumbrado a mí, pero hemos caído en una espiral de rutina que ha calcinado los cimientos de nuestra relación y ahora no queda nada más que ruinas.

Sé lo que tengo que hacer, así que saco mi maleta del canapé de la cama y comienzo a meter toda mi ropa con urgencia. Los ojos me pican por las lágrimas que comienzan a salir y mi

mente me grita enojada por haber estado intentando posponer lo inevitable.

No estaba dispuesta a seguir siendo una sombra en la vida de Bruno. Me merecía algo más, alguien que me valorara y me hiciera sentir amada. Era hora de tomar las riendas de mi vida y luchar por mi felicidad.

—¿Qué haces Eli? —Me pregunta confundido Bruno.

—¿Tú qué crees? —Le respondo a la vez que abro la mesita de noche y comienzo a vaciar los cajones con mis pintauñas, mis cargadores y demás chorradas que guardaba en ellos.

—¿Me estás dejando? —Me pregunta atónito, a la vez que me sujeta del codo y me obliga a mirarlo.

—Bruno… —Cierro los ojos y respiro con lentitud, intentando mantenerme de una sola pieza. —Solo estoy haciendo lo que tendría que haber hecho hace meses. Lo nuestro no va a ningún lugar. Por favor, no nos engañemos. —Le respondo con un nudo que me oprime la garganta y me tiembla la voz.

—Lo dices porque no he venido a buscarte, ¿no? Estás cabreada por eso, ¿verdad? Pensé que ya habías salido de la casa cuando saltó la alarma. Además, no puedes dejarme… Nos vamos en tres días, ¿recuerdas?

Insiste sujetándome de la cintura para que no me aleje de él. Le acaricio la mejilla y sonrío con tristeza, porque nuestras almas a pesar de estar tan cercas se sienten a kilómetros de distancia.

—No Bruno, tú te vas. Has dado por hecho que una vez más yo te seguiría como siempre hago, pero no soy como una almohada a la que le coges cariño y con la que te acostumbras a dormir. Yo quiero más, quiero amor, cariño, deseo… Extraño lo que teníamos. —Le confieso finalmente y desvío la mirada, pero él me sujeta de la barbilla y me observa con intensidad y desesperación.

—Lo volveremos a tener, te lo prometo. Cuando estemos allí todo será diferente. Eli, mírame… —Me pide a la vez que entrelaza sus dedos con los míos, y se lleva mi mano a sus labios para darme un tierno beso. Una lágrima traicionera me hace flaquear y le doy un abrazo cargado de añoranza, de que ojalá eso fuera cierto.

—Responde a una sola cosa con sinceridad, ¿cuándo fue la última vez que me abrazaste, como lo estás haciendo ahora? —Apoyo mi barbilla en su pecho y encuentro confusión en su mirada, inspiro una vez más su perfume tan familiar y sonrío con lágrimas en los ojos.

—Hace meses —afirma con sinceridad abatido, y asiento dándole la razón.

—No podemos seguir engañándonos, porque eso solo nos hace más daño. Hemos sido tremendamente felices, tú siempre has sido mi primer todo. Pero nos acostumbramos a la rutina, y descuidamos a quienes tenemos a nuestro lado porque pensamos que nunca se van a cansar de esperar un abrazo que hace meses que no llega, o de oír un te quiero de esos que arrancan sonrisas; o de hacer el amor como una pareja normal.

—Te prometo que te daré todo eso, pero vente conmigo porque sino Josh… —No le permito que continúe cuando menciona a su jefe, le pongo mi dedo índice en sus labios para silenciarlo y le sonrío triste.

—Bruno lo vas a hacer genial sin mí en Praga, y Josh se va a sentir orgulloso del buen trabajador que tiene. Pero no puedes prometerme que si nos vamos juntos todo cambiará, porque sabes que no es cierto. Allí trabajarás todavía más y yo estaré completamente sola en una ciudad que no conozco.

Sé que esa es la realidad y que no nos podemos engañar. Ya he dado el primer paso y no queda otra que seguir adelante.

—Lo siento Elisabeth, yo te quiero, pero el trabajo me tiene absorbido —confiesa

reafirmando mis palabras.

—No tengo nada que perdonar y espero que te vaya genial. Pero no puedo seguir con esto, y fingir que todo va bien cuando no es cierto —añado rompiendo a llorar.

Estoy cambiando el rumbo de mi vida, tomando una decisión que me da vértigo, cerrando un capítulo de mi vida que me duele y me apena terminar. Pero solo hay que reflexionar y comprender que a pesar de todo, es lo mejor para ambos. No es fácil, pero cuando una relación está muerta, lo mejor que podemos hacer es soltar y dejar ir.

Bruno comienza a ayudarme a embalar mis cosas en silencio y de vez en cuando me comenta alguna anécdota que recuerda. Como aquellas discusiones mañaneras por no cerrar la puerta del baño, también me confiesa que siempre se hacía el dormido con el sonido del despertador, porque formaba parte de nuestro día a día.

Cuando tengo todas mis cosas en la entrada del piso, me vuelvo al sofá a por mi *tablet*, pero Bruno se adelanta y la desbloquea para ver en lo que he estado trabajando en las últimas semanas. Era una imagen sencilla, de un pescador lanzando la atarraya frente al castillo de Sancti Petri en un atardecer que me transmitía serenidad y calidez. Lo observo y espero algún comentario sarcástico de su parte, pero me sorprende cuando me observa con ternura y me ofrece mi *tablet*.

—Tienes una creatividad inmensa y nunca desistas de perseguir tu sueño. No importa cuantas veces te digan que no, lo que importa es que nunca dejes de creer en ti. —Me anima por primera vez, con una sonrisa cargada de cariño.

—Gracias, cuídate mucho Bruno.

Me despido de él con un abrazo y con lágrimas en los ojos. Él me regala una sonrisa cargada de arrepentimiento, pero es tarde para enmendar las cosas. No hay vuelta atrás, porque la vida sigue su curso y nuestros caminos se separan aquí. Siento la tristeza ahogarme y por más que trago saliva para seguir a flote, vuelvo a hundirme en una fría oscuridad que hace que me tiemble el alma. Afortunadamente cada día sale el sol, así que no queda otra que erguir la espalda, alzar la barbilla y caminar con paso firme.

Mi hermano termina de ayudarme a guardar mis cosas en su coche, mientras que mis sobrinos me esperan impacientes para atrincherarme a preguntas. Raúl les lanza una mirada de advertencia, pero el pequeño Marcos no se puede aguantar.

—¿Te ha echado de casa tu novio como hizo mamá con papá? —Me pregunta y sonrío incómoda al ver como mi hermano carraspea abochornado.

—No, me he ido por mi propia voluntad. —Le respondo.

—¿Ahora también vas a vivir con nosotros en casa de la abuela? —Quiere saber la pequeña María.

—No. Me iré a vivir a casa de la bisabuela, que está al lado y así vosotros podréis seguir durmiendo en mi habitación cada vez que os quedéis con papá. —Les comento y miro a mi hermano que sonríe avergonzado.

—¿Ya habéis encontrado al tuerto que os ha guiñado el ojo? —Vuelve a preguntar Marcos con interés, y aunque mi hermano quiere aparentar autoridad, comienza a reírse y el resto le seguimos.

—No me digas que te lo ha dicho la bisabuela Felisa… —Añade mi hermano y ambos

asienten—. Es una forma de hablar, solo es una expresión.

—¿Y qué quiere decir entonces? —pregunta curiosa María.

—Que estamos pasando una mala racha —respondo.

—Pues que rara es para decir eso. Siempre con sus acertijos… —Termina diciendo Marcos.

Me quedo en silencio pensando en cómo hace tan solo unos meses, la vida de mi hermano cambió inesperadamente dando un giro de ciento ochenta grados. Pasando de la noche a la mañana, a volver a dormir en su cama de adolescente, pagando una hipoteca de una casa en la que no vive y pagando la letra de un coche que no es suyo. Por no hablar de la custodia tan injusta que tiene y todo, porque su mujer lo ha dejado de amar.

¿Qué culpa tendrán los críos, de que los mayores dejen de amarse?

Aunque mi hermano no habla mucho del tema, sé que aún le cuesta asimilar su situación, sobre todo al ver que su exmujer lo ha dejado por un hombre quince años mayor que ella, al que le sale el dinero por las orejas. Qué complicada hacemos a veces las cosas, con lo sencilla que es la vida que solo consiste en respirar...

CAPÍTULO 7
ELISABETH

Decir que no echaba de menos a Bruno sería mentir. Mi vida se ha deshecho como si de una madeja de lana se tratase, no tengo casa, ni novio, ni coche, ni trabajo y me acaban de desestimar en otro proceso de selección como fotógrafa de una empresa de la provincia. Menos mal que esta mañana nada más levantarme, envié la foto al concurso de National Geographic, porque tras la nueva negativa de hace un rato mi moral está por el subsuelo, y no hubiera sido capaz de enviarla.

Son las doce de la mañana de un jueves cualquiera y estoy tumbada en el sofá, tapizado de flores, de mi abuela que es incómodo para estar demasiado tiempo o para echarse una siesta. Por eso, mi abuela siempre dice que es perfecto para que no pierdas mucho el tiempo en él.

Miro la hora, y sé que mi hermano está al llegar. Ha cogido la costumbre de sentarse en la mecedora de enfrente, y cuestiona mi existencia y mira que la suya no es mejor. El pobre tiene una cornamenta más grande que la puerta de Alcalá, un divorcio en ebullición, dos hijos de diez años y el corazón hecho trizas. Así que es consuelo de tontos, pero ver lo mal que le va, me da ánimos de saber que no soy la única a la que la vida le va de pena.

Tomo aire y cierro los ojos para concentrarme en una nueva idea de una fotografía que tomé a las manos de mi abuela amasando pan, una imagen que lleva varios días rondándome la mente y me muero de ganas por editar. Pero de repente mis pensamientos se interrumpen, cuando oigo un estruendo de cacerolas caer al suelo. Doy un respingo y corro a buscar a mi abuela, la encuentro sentada en una silla junto a la mesa de la cocina con mirada divertida. En ese instante respiro tranquila al ver que no le ha pasado nada malo a ella.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —Le pregunto aún acelerada.

—El tiempo. —Me responde con una sonrisa divertida.

—Muy graciosa abu, pero pensé que te habías caído o algo. —Le digo cruzándome de brazos.

—La verdad es que estoy ya vieja, aburrida y ahora me siento enferma y lo sé, como enfermera que he sido —afirma y me acerco a ella sentándome a su lado.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes mareos? ¿Te hago la prueba del azúcar o te tomo la tensión? ¿Llamo al médico? —Le pregunto a la vez que le cojo de la mano y ella sonríe con dulzura.

—Mi pequeña Lilibeth, estoy enferma al ver que os habéis rendido demasiado pronto. —Hace una pausa y mira hacía el salón—. Me hiciste una promesa que no has cumplido.

—¿A qué promesa te refieres abuela? —Le pregunto con cariño.

—Llevas días sin salir de esta casa y tu hermano tampoco se ha dignado a ir a pedir que lo readmitan… Que no irte a Eslovaquia con el idiota de Bruno o hacer lo que estás haciendo

aquí, es lo mismo. Tenéis que vivir la vida intensamente y no conformaros con las migajas, ¿recuerdas? Estaba enferma, pero me acuerdo que te hablé de las guardianas del tiempo y cuando te tuve en mis brazos por primera vez, sentí que tú serías quien recuperase nuestro legado. Mi niña, eres la ladrona del tiempo.

—Abuela no nos conformamos con las migajas, simplemente todo está sucediendo así. —Me defiendo y evado esa historia que me dijo aquel día enferma.

—Claro que lo hacéis, ¿crees que me chupo el dedo? Quién vive la vida intensamente, busca el amor de verdad. Ese que te consume, que te acelera el pulso y que te hace sentir que estás viva. Ese tipo de amor nunca muere.

» Afortunadamente, tuve la suerte de vivirlo con tu abuelo y vosotros deberías tenerlo como referencia. No que os habéis conformado con ser unos perdedores y unos fracasados. Esperando ahí sentados que el amor llame a la puerta y que la vida se os arregle sola… —Me da un rapapolvo del que no me siento nada orgullosa.

—Sé que llevas razón, no vamos a solucionar nada lamiéndonos las heridas —afirmo con certeza.

—¡Estupendo! —Sonríe satisfecha y todo su estado de ánimo cambia. —Por eso os he encontrado un trabajito para hoy, vais a estar de camareros en el catering de Miguel, el hijo de Paquita. Así os ganáis algún dinerillo, que del aire no podéis vivir. —Me responde más animada y la miro con cara de *póker*, porque todo el numerito de las cacerolas en el suelo y preocuparme, era para esta encerrona.

—Abuela… No puedes hacernos esto, llevo mucho tiempo sin trabajar de camarera.

—Claro que puedo, tú tienes que llevar unos tacones blancos y la ropa la tenéis en mi habitación. ¡Venga que el tiempo apremia! —Me contesta levantándose y empujándome para su habitación.

Cuando entro encuentro sobre la cama un par de pantalones de pinzas negros, un par de camisas blancas y chalecos horrendos del mismo color de los pantalones, junto a una caja de zapatos. La oigo tocar las palmas y hacer ruido para llamar a mi hermano, que acaba de llegar y segundos después entra con mi hermano en el dormitorio.

—¡Ala venga! Que en una hora tenéis que estar allí y tú, más vale que te des una ducha antes y te quites esa barba de vagabundo que llevas. —Le ordena a mi hermano.

—Es una barba de *Hipster*. —Le responde vacilón y mi abuela le da una colleja de respuesta.

—*Hipster* la que te voy a dar yo, que tienes que tener más mierda acumulada en ella, que la que hay en el culo de una vaca.

—Abuela no entiendo porque haces esto, sé que tenemos que remontar, pero todo a su tiempo. —Le comento.

—Esto es mejor que el tiempo, ¡terapia de choque! Necesitáis un golpe de realidad y de volver a ilusionaros con la vida. Por eso es hora de empezar el juego. —Me comenta con una sonrisa pícara.

—¿Qué juego? —Le pregunto con desconfianza.

—Caminando, la vida se va desgastando pequeña. —Me responde acariciándome la mejilla, y me regala un guiño mientras abre la tapadera de la caja enseñándome unos tacones blancos, sencillos y elegantes.

—¿Ya estás de nuevo con las frases de doble sentido verdad? —Ella asiente y sonrío.—Ya no somos niños para jugar a eso abu.

—No me importa la edad que tengáis, para mí siempre vais a ser mis pequeños. Por eso creo que es hora de que conozcas el resto de la historia. —Toma aire y se humedece los labios quedándose en silencio.

—¿Y cuál es? —Le pregunto intentando sonsacarle algo de información.

—Ya te dije que esta historia la escribes tú. Elisabeth, hay toda una aventura por descubrir y si te sientes perdida, solo tienes que dar veintiún pasos alrededor de la fuente, porque de esa forma te encontrarás a ti misma.

—¿Veintiún pasos? —pregunto confundida y ella asiente feliz, a la vez que me acaricia la mejilla.

—No sé cuánto tardarás en comprenderme, pero sé que lo harás. —Me anima—. Estos tacones fueron los de mi boda, puedes ponértelos para el catering y cuando se estropeen se tiran.

—Abuela son unos tacones de hace cincuenta años, no van a durar toda la noche.

—Lo harán, te lo puedo asegurar. ¡Venga al lío! —Me apremia.

—¿No crees que es más fácil ir al grano y no andar con rodeos? —Insisto.

—Entonces no tendría gracia. —Se ríe divertida y su alegría es contagiosa—. Venga, vístete y ponte los zapatos. Porque sé que no tienes tacones blancos, y Miguel es nuestro vecino, pero tiene su límite de paciencia. Así que espero que estéis a la altura y que no me dejéis en mal lugar.

—Claro que no abu. —Le dice mi hermano con una sonrisa zalamera, a la vez que sale medio vestido del cuarto de baño.

—Eso espero, porque ya va siendo hora de que vayas buscando otro trabajo o pedir que te readmitan. —Le advierte a la vez que sale de la habitación. Ambos nos miramos perplejos, sintiéndonos como dos críos avergonzados.

Hemos tomado un taxi que nos lleva al hotel, en el cual se celebra el acto de reconocimiento a los mejores empresarios del país. Así que aprovecho el trayecto en coche, para hablar con mi hermano de lo extraña que está nuestra abuela. Repito sus frases con doble sentido, aquella historia de guardianas del tiempo y no se me pasa inadvertido la diversión en los ojos de mi hermano. Aunque enseguida me da la razón de que la abuela Felisa trama algo. Cuando éramos niños nos dejaba pistas para encontrar cosas, jugábamos a sus acertijos, pero hacía muchos años que habíamos dejado esos juegos.

—Bueno Elisabeth, lo importante es centrarnos en servir la comida del catering y ya tendremos tiempo de comernos el tarro con los juegos de la abuela. —Termina añadiendo mi hermano, a la vez que paga el taxi y nos bajamos en la puerta del hotel, cerca del parking para los invitados.

—Llevas razón, supongo que nos ve aburridos y quiere darnos algún aliciente. Además, me ha asegurado de que soy una ladrona un par de veces… —Sigo hablándole, pero se queda ausente mirando los coches que están aparcados—. ¡Eh! La tierra llamando a Raúl.

—Aquel coche de allí, es del novio de Micaela. —Me asegura pálido al referirse al vejestorio ricachón con el que ahora está liada su exmujer—. No estoy preparado para verla y servirle la comida. —Me comenta intentando darse la vuelta, pero lo cojo de la manga de la chaqueta y lo sujeto.

—¡Venga vamos! No le des más vueltas, la localizamos y te pones a servir en la otra

punta, es una ventaja que el hotel sea enorme. —Lo intento animar, y ambos caminamos hacia la puerta de acceso al personal en busca de Miguel, para comenzar nuestro servicio.

CAPÍTULO 8
ELISABETH

No volví a hablar con mi hermano en toda la noche. Él estaba en la barra preparando las bebidas y mientras tanto, yo me encargaba de repartirlas a los invitados. Todo el equipo de camareros estábamos perfectamente compenetrados, y aunque hacía años que no cogía una bandeja hay cosas que nunca se olvidan, como montar en bicicleta. Vi a mi ex cuñada, colgada del brazo de un señor mayor, tanto que podría ser su padre. Pero desafortunadamente era su nuevo novio, intenté hacerme la distraída cuando vi que me reconoció entre la multitud y apartó la mirada con indiferencia. Era fría y calculadora, siempre lo había sido.

Es la una de la noche cuando acabamos nuestro turno de trabajo. Todavía queda noche por delante, pero el turno de cenas y recena que era el nuestro ha finalizado.

Miguel nos informa que en la sala del personal hay comida y bebida, toda cuanta queramos. No tengo hambre, pero sí mucha sed, estoy acalorada y una chica nos ofrece un vaso de *rebujito*.

—Sabes que esta bebida está deliciosa, pero el alcohol enseguida sube como la espuma. —Me informa mi hermano después de brindar conmigo, al ver que me la bebo sin respirar.

—Bueno, hemos acabado el turno y nos volvemos en taxi. Podemos permitirnos unas copitas. —Le animo sirviéndome otro vaso.

Salimos a la puerta trasera para tomar un poco de aire. Mi hermano enciende un cigarro dándole una calada lenta, a la vez que tiene la mirada perdida en las sombras del jardín. El frío es húmedo al estar en la costa. Siento un escalofrío cuando una suave brisa me acaricia, por eso busco refugio en un abrazo que me da mi hermano. No sé el tiempo que estamos en silencio, el uno junto al otro hasta que se aparta un poco de mí y me mira con tristeza.

—Me ha visto y me ha mirado como a un desconocido —afirma dolido y sé que se refiere a su exmujer.

—¡Vamos, no pienses en eso! Tal vez no te ha reconocido… —Sueno muy poco convincente y él sonríe con amargura.

—Tenemos dos hijos en común, ¿cómo puede actuar como si no me conociera? —Me pregunta apenado.

—Las personas somos crueles a niveles estratosféricos y creo que por eso, cualquier día el mundo se irá a la mierda —afirmo pensativa, y al ver que él guarda silencio me río queriendo quitar importancia al asunto—. Creo que ya estoy borracha, ¿has llamado al taxi?

—Voy a por el móvil y lo llamo. Enseguida vuelvo. —Me informa.

—Estupendo, te espero aquí. —Le respondo y él asiente, a la vez que apaga el cigarro pisándolo con la suela del zapato, y se aleja de mí.

Me quedo en silencio, reflexionando sobre lo que me acaba de contar de Micaela, ¿cómo puede ser tan víbora? Termino de un sorbo la tercera copa y no pienso mucho lo que estoy a punto de hacer. Me alejo del edificio y camino por las sombras del jardín. Miro hacia la puerta del personal y veo que mi hermano se ha detenido a hablar con una chica. Me armo de valor y camino todo lo apresurada que puedo con los tacones, hasta ahora me habían parecido comodísimos, pero me están empezando a doler los pies. Aunque eso no es suficiente para detenerme de lo que estoy a punto de hacer.

Cuando llego al aparcamiento de los huéspedes, miro con recelo a mi alrededor y me aseguro de que estoy completamente sola. Los aparcacoches están bastantes ocupados y aprovecho para llegar hasta el coche que mi hermano señaló cuando llegamos, el del nuevo novio de mi excuñada. Sé que cuando le cuente a mi hermano mi pequeña venganza se va a reír.

Así que abro mi bolso y saco cuatro sobres de kétchup. La otra noche cenamos con los peques en el búrguer y yo me llevé los sobres de salsa que sobraron. Es una costumbre que tengo, aunque el final de estos sobres, suelen quedarse olvidados en un estante de la nevera. Me río ante la idea de imaginarme a Micaela, con su cara de horror cuando se pringue la mano de salsa al abrir la puerta del coche para subir.

Oigo voces cercanas, así que me agacho y centro toda mi atención a pringar la maneta de la puerta del copiloto. Sigo en cuclillas cuando oigo un carraspeo a mi espalda y una gota de sudor frío me recorre la espina dorsal.

—Pero, ¿qué cojones? —Una voz ronca me saca de mi concentración y cierro los ojos, como si así pudiese hacerme invisible.

Me quedo quieta donde estoy, a ver si por arte de magia se esfuma. Pero cuando noto que me sujetan del codo y me levantan, sé que me han pillado. Durante una milésima de segundo me arrepiento de lo que estoy haciendo, pero cuando mis ojos se cruzan con una mirada de color zafiro, oscura, profunda y cargada de mala leche. Mi arrepentimiento se esfuma y me enciendo como si lanzaran una cerilla a un bidón de gasolina, sobre todo al reconocerle.

—¡Tú! —Exclamo, con una mezcla de asombro y mal humor.

—¡Tú! ¿Acaso te ha hecho algo mi coche, para que le hagas eso? —Me pregunta con severidad.

—La última vez que te vi, me golpeaste con la puerta y caí de bruces por tu culpa. Así que estamos en paz. —Le reto con una seguridad que me asombra.

Lo reconozco al instante, era difícil olvidarse de un rostro así. De nuevo siento esa sensación que me abrasa cuando estoy cerca de él. Me he debido de equivocar de coche, pero tampoco me arrepiento de haber dado con el suyo.

—Ya puedes estar quitando esa mierda de mi coche y si hace falta la chupas con la lengua. —Me ordena con insolencia.

Me mira con dureza y seriedad. Su mandíbula cuadrada parece cincelada en mármol, resaltando más aún su nariz recta y sus ojos azul cobalto, que hacen que sea difícil de resistirse a cualquier orden que dé.

Desvío la mirada de su rostro y me fijo en su cabello cobrizo perfectamente peinado y acomodado a un lado su flequillo, del que se escapa un par de mechones cortos que caen sobre su frente.

Parpadeo varias veces al sufrir un leve mareo, que solo me dura unos segundos y me doy cuenta que él frunce el ceño, mostrando una fugaz preocupación. Ya que enseguida vuelve a

aparecer ese mal genio en sus ojos. Tal vez es eso lo que me hace sentirme valiente y no amilanarme.

No me intimida.

Levanto mi barbilla con orgullo y al ver que no piensa decir nada más, intento soltarme de su agarre para marcharme. Pero me sujeta por la cadera y me acorrala contra el coche, siento el calor irradiar de su piel y noto como mi cuerpo se incendia ante este breve contacto. Después de forcejear y ver que él sigue firme, desisto al ver que no piensa dejarme ir, así como así.

Nuestras respiraciones se mezclan, y con ello me llega su perfume fresco y agradable, trago saliva y encuentro una mirada oscura e indescifrable. Tenerlo tan cerca, hace que sea inevitable fijarme aún más en él. Es un hombre muy guapo, eso no lo niego, pero es un capullo olímpico de mirada arrogante. Tiene la barba perfectamente recortada, de hombros anchos, brazos fuertes y cuerpo atlético que se oculta debajo de ese traje de Armani. Es más alto que yo, a pesar de que estoy usando tacones y es tan descarado como yo. No tiene pudor alguno en hacer su escrutinio y mirarme con esos ojos profundos, dándome un repaso de abajo hacia arriba. Siento que me desnuda con la mirada y conforme sus ojos acarician mi piel, un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

Cierro los ojos acercándome a él, con una valentía hasta ahora desconocida para mí. Embriagada e hipnotizada al sentir la calidez de su cuerpo, me acerco hasta su cuello y le chupo con deleite, desde la garganta hasta la mejilla como un animal en celo. «¿Qué diablos estoy haciendo?» Disimulo mi propio asombro y cuando me separo a escasos centímetros de él, nuestras miradas se vuelven a entrelazar. El misterioso desconocido me observa entre excitado, confuso y cabreado. Le sonrío altanera y aprovecho su confusión para alejarme de él, y casi consigo escapar. Pero reacciona con rapidez y me empuja contra el coche, pegando su cuerpo por completo con el mío.

—Venga *caraguapa*, hagamos el amor y no la guerra…—Susurra con voz ronca y una mirada pícara.

Sonrío satisfecha de haber conseguido mi objetivo y salir ilesa de este error, pero estoy muy equivocada cuando vuelve a hablar con chulería.

—Así que ya puedes estar quitando el puto Kétchup de mi choche.

—¿O qué? —Lo vuelvo a retar.

Entonces él juega su baza y se acerca a mis labios, rozándolos levemente y un hormigueo de excitación, me hace humedecerlos. Cuando me toca siento una descarga eléctrica, que hace que se me seque la boca al sentir tanta tensión. Es como si mis labios fueran una cerilla y los suyos el fuego que los prende, sé que no le pasa inadvertido el efecto que causa en mí y sonríe complacido.

—Te puedo asegurar que, si no lo haces, no voy a ser delicado con esa boquita peligrosa que tienes. —Afirma sobre mis labios.

Al oír su voz tan sexy, ronca y varonil, un suspiro inesperado se me escapa dejándome aturdida. Él sonríe nuevamente satisfecho de ver el efecto que causa en mí y se aleja un poco. Dándome el espacio suficiente para aprovechar y huir con la poca dignidad que me queda. Tan solo he dado un par de pasos apresurados, cuando se me mete el tacón en una grieta y me caigo de nuevo junto a la rueda trasera de su coche.

Madre mía, ¡qué vergüenza!

¿Qué diablos estoy haciendo?

Se acerca a mí con rapidez y me ayuda a levantarme. Agarro su mano cuando me la ofrece, pero evito mirarlo y al hacerlo no veo un macetero que hay a su lado y le doy con el culo, haciendo que la enorme planta caiga sobre el coche y la alarma de este salte. «¡Oh Dios mío! ¡Tierra trágame!»

—¿Qué cojones haces? Acabas de arañar el coche, ¡estás loca! —Me grita perdiendo la compostura.

Cierro los ojos al sentir que las tres copas que me tomé comienzan a hacer estragos. Sus palabras me retumban como si me hubieran metido la cabeza dentro de la campana de la iglesia y estuvieran haciéndola sonar.

—¡Quieres dejar de gritarme! Me duele la cabeza y el pie por tu culpa. —Le reprocho con mirada vulnerable.

—¿Por mi culpa? —Me pregunta retóricamente con incredulidad junto con una risa amarga—. Estás borracha y nada más hay que verte vestida, ¿has estado trabajando en ese estado? Porque puedo hacer que te despidan en un abrir y cerrar de ojos. —Me amenaza, a la vez que chasquea los dedos y me sujeta de la barbilla para que lo mire.

—Es tu culpa, porque los hombres como tú sois venenosos. Lo he sabido en el instante que te he probado. —Le digo con un nudo mudo que comienza a formarse en mi garganta, trago saliva y las lágrimas amenazan con salir, pero me niego a venirme abajo por un capullo como él.

«¡Vaya mierda sentir!» Me digo a mí misma al verlo vestido de traje y tener presente a Bruno. Será otro adicto al trabajo y encima es terriblemente guapo, lo que hace que cualquier mujer pierda la cordura por él. Se frota la cara frustrado y me observa con una mirada indescifrable.

Detrás de nosotros hay varios curiosos observando nuestro numerito, posiblemente nos han oído gritar, pero no me importa. Nos quedamos en silencio, el uno frente al otro sin nada más que decir, y me pilla por sorpresa cuando me coge en brazos, de forma caballerosa, sin darme ninguna explicación.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —Le exijo, pero no parece hacerme caso.

Veo como les sonríe con educación a los curiosos que nos observan cuando pasamos por su lado y conforme nos vamos alejando, sus voces se van desvaneciendo.

Esto es una locura, dejo de forcejear cuando veo que no va a cambiar de opinión y espero a que le dé la gana de bajarme. Guardo silencio conforme vamos atravesando el jardín y me fijo en su mirada insondable y en su nuez que sube y baja. Noto la calidez de su cuerpo y trago saliva al sentir una atracción intensa y electrizante que se despierta con un conjunto de emociones que brotan desde lo más profundo de mi ser.

—No te pongas cómoda, sé como curar instantáneamente la borrachera que tienes —afirma con voz áspera, en un susurro peligroso.

No me da tiempo a preguntarle de qué diantres está hablando, cuando siento que me suelta de sus brazos y caigo al vacío. Sumergiéndome en una fría nebulosa de un agua glacial que me corta la respiración. Muevo mis piernas con énfasis para subir a la superficie y lo oigo reírse victorioso y divertido, ante mi nefasto intento por salir a flote. El miedo me alcanza y los músculos se me entumecen al no tocar pie. Tengo pánico a las aguas profundas y entonces la oscuridad llega silenciosa hasta mí. Dejo de luchar por seguir en la superficie y me siento tocada y hundida.

Los recuerdos se agolpan de forma brusca y desordenada, dejándome paralizada ante el temor. Rememorando aquel día que creía tener olvidado. Las imágenes se plasman en mi mente con total nitidez como si de una película se tratase. Aquel recuerdo comienza de nuevo a reproducirse en mi mente…

Era una tarde de otoño, en la que la abuela nos había llevado a la playa después de haber acabado los deberes. Estaba jugando encima de una roca, cuando una ola inesperada me arrastró con ella. La piel me quemaba de las heridas que se abrían al ser arrastrada sobre la piedra ostionera. Comencé a ahogarme y nuestro perro se lanzó a socorrerme, sin mucha más suerte que yo, él que también fue golpeado por las olas y luego, solo recuerdo ver gente agolpada en la orilla alrededor de nosotros.

Siento la presión estrujarme los pulmones, los latidos de mi corazón retumban con agonía en el silencio que me envuelve, pero sigo asustada al revivir aquel terrible día de mi niñez y aún recuerdo el rostro de angustia de mi abuela, junto con el llanto desesperado de mi hermano.

De repente, siento unos brazos fuertes que me sujetan y me elevan con ellos a la superficie, me arrastra hacia las escaleras y me tumba en el borde de la piscina. Me acaricia las mejillas, veo que me habla, pero no consigo oírlo. Abro los ojos aturdida y lo sujeto asustada. Me encuentro con una mirada llena de tormento que me hace regresar a la realidad. Su rostro de preocupación y arrepentimiento, no son suficientes para el desconsuelo que siento en el alma. Percibo la necesidad de mis pulmones que exigen aire, comienzo a toser.

Tengo pánico a las aguas profundas y el muy cretino me ha lanzado a la zona de más profundidad de la piscina. Las lágrimas comienzan a brotar ante el cúmulo de miedo y ansiedad. Él sigue hablándome y toma con suma delicadeza mi rostro, lo estudia con nerviosismo y me centro en las diminutas gotas que caen de su pelo.

—¿Estás bien? Lo siento, verás… Jamás pensé que entrarías en pánico —comienza a decirme avergonzado.

—Casi me ahogo —respondo con voz rota.

—De verdad que lo siento —añade con el ceño fruncido acariciándome la mejilla.

Soy plenamente consciente de cómo se ha torcido la noche, al tomar la estúpida decisión de vengarme de la ex de mi hermano, y para colmo equivocarme de coche. El alcohol se ha disipado de golpe y aún tiemblo del susto.

—Estoy bien. —Le respondo con sequedad.

Me incorporo un poco y lo empujo con todas mis fuerzas para quitármelo de encima. No me pasa inadvertido que mi gesto lo pilla por sorpresa. Le lanzo una mirada herida, cargada de reproche y frialdad, a la vez que me levanto pensando en que quiero irme a casa. El muy capullo me mira entre abochornado y confundido, se pasa una mano por el pelo despeinándose aún más si cabe. No tengo intención de seguir con esta absurda discusión y me doy la vuelta para marcharme. Que me sienta atraída por este cretino, hace que me enfade aún más conmigo misma. Siento que me sujeta del codo y me obliga a detenerme para volverlo a mirar.

—Lo siento muchísimo, pensé que así estaríamos en paz —añade con una media sonrisa y oír eso, hace que me enfade aún más si cabe. Me coge de las muñecas y las apoya en su pecho en un gesto íntimo que me confunde y me desconcierta.

—¿En paz? —Mi voz sale aguda de la incredulidad que siento y me suelto de su agarre para clavarle mi dedo índice en el pecho—. ¡Estás loco! ¡Casi me ahogo por tu culpa! —Le grito irritada.

—Me he disculpado y sí, estamos en paz. Porque has restregado en mi coche una salsa pringosa y para colmo, eres tan torpe que te volviste a caer y tiraste un puto macetero encima de

mi coche. —Me reprocha perdiendo también la compostura.

—Anda y que te den. —Le ladro cabreada sabiendo que es insufrible.

—Eso quisieras tú, darme a mí. —Me reta con chulería.

Se acerca a mí de forma segura, haciendo que mi mirada se clave en sus labios que sonríen satisfechos cuando ve el efecto que tiene en mí. Su rostro se queda a escasos centímetros del mío, me lanza un guiño y se da la vuelta.

Se aleja, dejándome con la palabra en la boca. Me quedo allí como un pasmarote, y me fijo en un grupo de personas que han presenciado todo el numerito, pero lo que ellos no saben es que esto aún no ha terminado. Se cree que puede jugar conmigo a su antojo, conseguir la victoria y marcharse victorioso. Lo que él no sabe es que se ha equivocado de mujer.

—¡Eso, vete! ¡Huye como siempre haces! Pero este bebé también es tuyo. No puedes acabar con él, ahogándome a mí —grito, lanzando al aire ésta falsa declaración, y él se detiene en seco. Se gira para mirarme alucinado.

Me acaricio mi vientre plano mientras sonrío al fijarme en el grupo de curiosos que están presenciando la escena en primera fila.

—¡Estás loca! Deja de decir disparates —gruñe y se gira siguiendo alejándose de mí, pero no va a ganar y a dejarme así.

—¡Yo te amo! Siempre te he apoyado para que triunfes, y ahora me dejas al margen por NUESTRO bebé… —Hago énfasis en la palabra nuestro, y me cubro el rostro con las manos sabiendo que esta vez no va a dejarlo pasar.

Sonrío victoriosa cuando lo tengo ante mis narices y encuentro una mirada que podría congelar el mismísimo infierno. Me sujeta por la cintura y nos aleja de todos, llevándome a una zona tranquila y oscura, no puedo evitar reírme ante este sin sentido que estoy viviendo.

—Estás loca, de eso no me cabe la menor duda. No sé qué te he hecho para que me la estés liando así, pero si te he hecho algo antes y no lo recuerdo, lo siento ¿vale? —Me comenta, a la vez que me sujeta las muñecas para que no intente escapar.

No respondo y me mira alucinado como si tuviera tres cabezas. Sé que lo saco de quicio y eso me gusta. Ni yo misma sé porque quiero seguir discutiendo con él, pero cuando nuestras miradas se cruzan, se entrelazan en una danza silenciosa de una ardiente pasión y deseo. Su boca entreabierta se acerca a mis labios con sigilo y sonrío atrevida.

—Deja ya este juego sin sentido. —Me advierte en un susurro, a la vez que me acorrala contra la pared y acorta la poca distancia que nos separa.

—Eres un pretencioso —afirmo cabreada empujándolo, en un intento fallido de guardar las distancias.

Se acerca más a mí y se eliminan los escasos centímetros que nos separan, y sin previo aviso nuestros labios colisionan con fuerza y determinación. Su lengua acaricia la mía, pidiendo permiso para llenarme de sensaciones desconocidas que me dan vértigo. Su perfume aguamarina, me envuelve y me excita. Lo agarro de las solapas de su chaqueta y él me sujeta la nuca con exigencia. El beso se hace cada vez más intenso, más sensual y experimentado. Noto que estoy cayendo en espiral a un vacío, dónde solo puedo ver el abismo y entonces, siento miedo. Intento alejarme de él cuando presiento que algo completamente desconocido comienza a brotar en mi interior. Lo empujo y le golpeo el pecho, pero no se mueve ni un ápice y finalmente me rindo al beso. Sonríe sobre mis labios y un cosquilleo indescifrable baila en mi estómago. Pero sin previo aviso se separa de mí, dejándome confusa y con la piel erizada. Lo miro furiosa, y una sonrisa pícara y arrogante se dibuja en su rostro. Intento darle una bofetada, pero es rápido y me sujeta la muñeca. Entonces su mirada se vuelve oscura y severa, me pone su dedo índice en mis labios,

advirtiéndome que guarde silencio.

—¡Bizcochito! —Una voz aguda y cursi, se cuela entre nosotros y él reacciona con tanta rapidez, que cuando soy consciente estoy dentro de una habitación oscura y él está al otro lado de la puerta. —¿Qué le ha pasado a tu coche? ¿Por qué estás mojado?

—He tenido un pequeño problema con los aspersores, me pillaron por sorpresa cuando cruzaba el jardín. —Oigo cómo le miente en un tono jovial, aunque sus palabras suenan frías.

Las voces llegan amortiguadas, como si se estuvieran alejando, así que pego la oreja a la puerta para escuchar mejor.

—Vuelve a la fiesta con todos, voy a cambiarme y enseguida regreso. —Le pide y durante unos segundos el silencio se apodera de todo, ¿se están besando? Me llevo las manos a los labios al caer en la cuenta de que... Es su novia, y el muy capullo me acaba de besar. Siento un alivio incoherente cuando oigo lo que parecen dos besos al aire y una risita cursi.

—Están esperando para darte el premio, estás mojado y horrible. Ve a cambiarte y no tardes. Después me gustaría poder hablar sobre lo nuestro.

—Está bien, luego hablamos.

Me quedo quieta intentando asimilar todo lo que está sucediendo, de forma tan irreal y a la vez tan cierta. Me entran ganas de chocarme con la pared. Ese pedazo de capullo está engañando a su pobre novia con la primera que pilla. «¿Qué tipo de persona hace eso?» Sin duda alguna, un ser sin escrúpulos.

Cuando la puerta se abre, salgo y veo como él me mira con cautela. Yo en cambio lo observo arrepentida de ese beso. ¡Soy una completa idiota! Me pellizco el puente de la nariz intentando ser racional y marcharme sin decir nada más. Porque sin duda alguna, dejarle que me bese ha sido la peor decisión que he tomado en toda mi vida. Intento alejarme de él, pero no lo deja pasar y se vuelve a interponer de nuevo en mi camino agarrándome.

—Suéltame. —Le exijo fulminándole con la mirada—. Tu novia te está esperando con todos, y esto solo ha sido un gran error.

—Ella no es mi novia —afirma y sonríe con amargura.

—Te llama bizcochito, ¿y dices que no es tu novia? —Le pregunto chasqueando la lengua con desaprobación—. Besar a una desconocida con ella esperándote en la fiesta… es de ser muy mala persona. Si tengo algo claro, es que los tipos como tú me dan asco —respondo con hastío.

—No es mi novia y no estamos juntos. —Repite, pero sigo sin creerle—. Y lo que acaba de suceder, ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo —afirma a la vez que me acaricia la mejilla y doy un paso atrás.

Guardo silencio y me humedezco los labios al sentir que todavía me arden del beso que nos acabamos de dar. Sin duda alguna esto ha ido demasiado lejos.

—Adiós. —Le digo con una determinación que me sorprende, a la vez que me abrazo a mi misma al sentir el frío calarme por dentro y sentirme como una completa idiota.

—Hasta luego chica sin nombre. —Me responde regalándome una sonrisa irresistible.

—Hasta nunca. —Le digo entre confundida, decepcionada y cabreada.

Me marcho sin volver a mirar hacia atrás. Niego para mí misma y se me escapa una sonrisa al pensar que acabo de besar a un completo desconocido del que ni siquiera sé su nombre. Aunque es lo mejor, así no podré buscarlo en redes sociales cada vez que recuerde que a pesar de sacarme de quicio, me ha dado el beso más increíble de toda mi vida. Siento su mirada clavada en mi espalda y no puedo evitar volver a sonreír, desde luego que jamás imaginé que mi noche acabaría

así.

Cuando llego de nuevo al aparcamiento, veo a mi hermano junto al taxi, tiene mis tacones y mi bolso. No era consciente hasta ahora de que los había perdido por el camino.

—Estoy aquí. —Le digo cuando me quedan unos metros para llegar hasta él.

—Joder Elisabeth me has asustado, ¿qué haces descalza y mojada? —Me pregunta con el ceño fruncido al verme con estas pintas.

En un primer instante no le respondo, me encojo de hombros y lo abrazo, a la vez que le doy un beso en la mejilla.

—Vamos a casa, es una larga historia así que mejor te lo cuento todo por el camino. —Le respondo abriendo la puerta del taxi, invitándolo a entrar. Mi hermano sube al coche, devolviéndome mi bolso y los tacones.

Antes de entrar en el taxi miro hacia atrás y lo veo a él entre las sombras, y a pesar de que no logro ver con nitidez su rostro, juraría que está sonriendo.

CAPÍTULO 9
ELISABETH

Una llamada entrante de Bruno me despierta, dudo un instante en cogerlo porque sinceramente no estoy preparada para hablar. No puedo mentir y decir que lo he olvidado, a pesar de que nuestra relación en los últimos meses había sido agónica. Le tengo cariño, pero de una forma totalmente diferente a la que se debe de querer a una pareja. El móvil deja de sonar y me paso las manos por el pelo, a mi mente vienen un sin fin de instantes vividos con él. En conclusión, fueron muchos años juntos, siempre tendríamos un pasado en común. Pero ahora sólo nos queda un puñado de recuerdos que guardo en mi corazón. La pantalla del móvil se vuelve a iluminar y aparece una nueva llamada entrante de Bruno, esta vez no dudo en descolgar al primer tono.

—Te echo de menos. —Es lo primero que me dice y oír esa afirmación me hace sentirme aún más vulnerable.

—Bruno, debemos de ser sinceros con nosotros mismos. —Le digo con cariño, a la vez que me hago un ovillo en la cama.

—Lo sé y espero que cuando regrese, al menos aceptes tomar un café conmigo. —Me comenta risueño.

—Sabes que estaré encantada, ¿qué tal tu nueva vida? —Le pregunto intentando ignorar la punzada de tristeza que siento en el corazón.

—Pues te mentiría si te digo que mal —responde divertido. —Me encanta lo que hago y soy muy feliz aquí… —Guarda silencio. —Me siento poderoso, libre y capaz de todo, incluso de reconquistarte. —Me suelta con intención, y su risa cantarina me contagia de alegría.

—Bruno, sabes que yo no… —Pero me interrumpe.

—Es broma Eli, sé que no supe ver tu necesidad y te perdí. Así que eres y siempre serás una buena amiga. Tal vez no debería decírtelo, pero todavía tengo la esperanza de que lo nuestro puede ser un hasta luego, tal vez solo necesitábamos esto… —Comienza a decirme avergonzado y esta vez soy yo quien lo interrumpo.

—Bruno, te mentiría si te dijera que espero eso porque todo sería más fácil, pero no sería lo mejor. —Declaro sintiendo una punzada de culpabilidad en mi corazón.

—Lo sé, pero aún me cuesta hacerme a la idea de mi vida sin ti. —Me comenta con tristeza.

—Te quiero mucho, que lo nuestro no funcionase no significa que no seas importante para mí. —Le soy sincera.

—Y yo a ti, y sé que fui un tremendo gilipollas por dejarte ir. No prioricé bien. —Afirma.

—Bruno, creo que cada uno buscábamos cosas diferentes. Tú buscabas triunfar en el trabajo y lo has conseguido —añado sin rencor alguno.

—Y tú buscabas ser querida, y ojalá algún día encuentres a alguien que te dé todo el amor que te mereces. —Me comenta muy a su pesar.

—Me estoy poniendo depre, si seguimos hablando de esto… —Le soy sincera, guardo silencio y trago saliva.

—Llevas razón, no ha sido buena idea sacar ese tema. Pero sólo quiero que sepas, que para lo que necesites aquí estaré, ¿vale bizcochito? — Me dice guasón.

—Valeee… —Le respondo risueña.

—Me había acordado de ti y quería asegurarme de que estabas bien —afirma y un suspiro triste se me escapa sin disimulo.

—Gracias. Mi vida sigue siendo una mierda, pero intento cada día mantenerme a flote. —Le informo sin pensar dos veces.

—Mi vida es como siempre soñé, aunque me faltas tú. —Declara con voz áspera.

—Bruno, espero pronto ese café.

—Descuida que te avisaré. Hablamos pronto, cuídate.

Me despido de él y la llamada se corta. Siento añoranza, ha pasado sólo tres semanas y todavía está todo demasiado reciente. Me siento en el borde de la cama, y miro los tacones que llevan una semana en el mismo lugar que los dejé.

Sonrío al recordar la locura de aquella noche, jamás había hecho algo así. Lo peor fue cuando Raquel se enteró de lo ocurrido, y se llevó varios días enviándome fotos de empresarios jóvenes de la zona que habían asistido al evento, pero ninguno de ellos era él. Tenía claro que no volvería a verle, y que aquello se quedaría en una anécdota. Oigo las voces de mis sobrinos en la cocina y decido que es hora de comenzar un nuevo día.

Abro la ventana de par en par, para ventilar la habitación y recojo los zapatos que me prestó mi abuela, para guardarlos de nuevo en el trastero. Los miro con una sonrisa floja en los labios, y frunzo el ceño al darme cuenta de que a uno de ellos le falta la tapa del tacón y en su lugar tiene un clavo. No dudo un instante en tocarla y la hago girar, al hacerlo esta sale con facilidad. Pero mi sorpresa es aún mayor cuando descubro que tiene enrollada en ella un papel. Desdoblo el papel con una caligrafía impoluta, alargada y clásica, tan característica y única como la de mi abuela Felisa. Y leo la nota que pone: «*Allí donde el agua se convierta en hueso, encontrarás el primer beso*». Conocía muy bien a mi abuela y si algo sabía a ciencia cierta, es que no hacía las cosas al azar.

Salgo de mi dormitorio con una sonrisa en los labios, cuando entro en la cocina mi sonrisa se hace más intensa al ver lo peculiar que es mi familia. Mi hermano y Raquel, están hablando animados y los dos peques, se están atiborrando de sándwiches de jamón york y queso antes de ir al colegio. Paso junto a ellos, y les doy un beso lleno de afecto en la mejilla. Miro a mi abuela, y veo que me observa con su mirada fija en el zapato que tengo en la mano.

—Buenos días. —Saludo a todos.

Los mellizos me saludan en un monosílabo ininteligible con la boca llena y me acerco a mi abuela.

—Buenos días Liz. —Responden al unísono Raquel y mi hermano, que siguen a lo suyo.

—Hola cariño. —Contesta mi abuela, a la vez que un brillo travieso se cruza en sus ojos —. ¿Le ocurre algo al tacón? —Me pregunta con demasiado interés.

—Allí donde el agua se convierta en hueso encontrarás el primer beso. —Recito a la vez que le muestro el papel y ella sonríe satisfecha.

—Muy bien, ya has descubierto la primera pista que te guiará hasta el siguiente paso. —Me anima dándome una palmadita en el hombro y pasando por mi lado, para coger su taza de café y darle un sorbo.

—Abuela, no estoy para jugar a la búsqueda del tesoro. —Le intento de hacer entrar en razón, pero ella da otro sorbo al café antes de responder.

—No tienes nada mejor que hacer. —Me comenta encogiéndose de hombros.

—No aceptas un no por respuesta, ¿verdad? —Insisto.

—Sabes una cosa Liz, hay una historia que he guardado durante años en secreto y sé que ha llegado el momento de no guardarme nada, porque con lo enferma que estuve, pensé que me moría con un asunto pendiente… Y bueno, la vida me ha dado la oportunidad de intentar enmendar el pasado. —Me susurra.

—¿De qué me hablas abu? —Le pregunto sorprendida.

—De mis años de juventud, ¡vamos piensa con esa cabecita tuya! Y demuéstrame una vez más, que no sólo eres una cara bonita —dice a la vez que me deja con la palabra en la boca y se acerca a mi hermano, le pone una mano en el hombro para llamar su atención y vuelve a hablar—. Cuando acabéis con eso, tú te vas a la empresa a pedir que te readmitan o voy yo.

—Felisa ya he terminado de hablar con tu nieto, así que es todo tuyo—. Le responde Raquel, a la vez que cierra la carpeta que tiene sobre la mesa y le roba la mitad de un sándwich a mi sobrina.

—Abuela, las cosas no son tan fáciles como piensas. No puedo llegar allí, decirle… «Hola, siento lo que pasó no va a suceder más, readmitirme». —Recita con voz de idiota mi hermano y mi abuela le arrea una colleja.

—Como vaya yo, va a ser peor… —Lo amenaza. —Llevar a tus hijos al trabajo contigo no debería ser motivo de despido y mucho menos, después de tantas horas extras y de comerte las peores rutas de reparto. Esa gente no tiene humanidad. Raúl, eres un hombre que cuidabas la empresa como si fuera suya… ¡Mira! Si tan cobarde eres, no busques a tu jefe, pero busca al encargado ese que supuestamente era amigo tuyo. Yo llevo a los niños al colegio y así ganáis tiempo. —Le insiste.

—Abuela, lo voy a acompañar. Así aprovecho y voy a información para reclamar el paquete del papel fotográfico, que ya debería de haberme llegado. ¡Venga, vamos! —Animo a mi hermano que está en total negación de ir y arrastrarse un poquito. Porque otra cosa no, pero mi hermano es muy orgulloso, excepto con su exmujer que no tiene dignidad alguna y deja que lo pisotee a su antojo.

Raquel ha insistido en llevarnos a la empresa, la cual se encuentra en el polígono industrial a las afueras de Chiclana. Mi hermano lleva en silencio desde que hemos salido de casa y en cambio, Raquel no para de hablar nerviosa. «¿Qué le ocurre?» Además, mi mente está dispersa, porque no paro de darle vueltas a la nota que encontré en el zapato. Desdoblo el papel que llevo en el bolsillo del pantalón vaquero y lo leo en voz alta, explicándoles a ambos el juego de mi abuela.

—¿Qué pensáis? —Les pregunto con la esperanza de que ellos me puedan ayudar.

—Hacía años que no jugaba a los acertijos —responde mi hermano más animado—. ¿Qué nos oculta de su juventud y por qué tienes que descubrirlo tú?

—Eso mismo quisiera yo saber —añado releyendo en silencio la nota que tengo en mis manos.

—Si dice algo de agua, es obvio que la siguiente pista debe estar en algún lugar con agua, no seáis tan cortitos —comenta Raquel, a la vez que tiene la vista fija en la carretera.

—Hasta ahí llego, pero…Agua, hueso y beso, esas son las pistas. —Hago una pausa e intento encontrar el doble sentido.

—¿Será en el cementerio? Allí hay huesos para dar y regalar. —Reflexiona divertido mi hermano.

—Creo que es en la fuente del patio, todo esto tiene algo que ver con la figura que representa la eterna primavera. Me ha hecho referencia a ella otras veces… —Les informo.

—Pues no veo misterio alguno a esa fuente. —Me aclara Raúl y me encojo de hombros.

—Hemos llegado, os espero aquí afuera. —Nos corta Raquel—. Luego seguiremos dándole vueltas al juego de la abuela. Raúl, tienes que regresar por lo menos con una carta de recomendación y tú, no te tires al cuello del recepcionista si han perdido el paquete. —Me guiña el ojo divertida mi amiga y no puedo evitar soltar una carcajada.

—Tranquila, ahora nos vemos. —Me despido de ella.

Me detengo frente a la puerta de cristales de espejo que tengo frente a mí. Tomo aire y doy un paso al frente… Allá vamos.

CAPÍTULO 10
CRONOS

«¿Qué cojones estaba haciendo con mi vida?» Desde luego que si me lo hubiesen preguntado hace un mes, tenía claro a lo que aspiraba y a dónde quería llegar. Pero ahora, todo es confuso. La empresa pasa por su peor momento, por culpa del escándalo que ha dado el idiota de mi hermano Dam en la galería familiar. He intentado dejar claro que él no tiene nada que ver con mi empresa, pero aun así no he conseguido conservar la confianza de muchos de mis clientes. Sé que muchos de los contratos penden de un hilo, y estoy intentando aguantar el tirón. Es una mala racha, que antes o después va a pasar. Pero, ¿a qué precio?

Me siento acorralado, si el padre de Marisa se entera de que no estoy con su hija, retirará el contrato con mi empresa y como nuestro principal cliente, la situación se volverá insostenible. Para colmo, Marisa se está aprovechando de la situación y aún sigue con la farsa de que estamos juntos, mintiéndoles a todos. Miro a Dam que está sentado enfrente de mi escritorio ajeno a todo, con el móvil en una mano y con la otra, aprieta una pelota antiestrés. Esta situación es irónica, sonrío con amargura y doy cabreado un puñetazo sobre la mesa.

—¿Cómo has podido hacer eso? Cargarte la reputación de nuestra familia, porque a ti se te plante en los cojones hacer lo que te dé la gana. Tío tienes veintiséis tacos, es hora de que madures y que sepas que eres responsable de lo que haces. —Le reprendo y me levanto con más energía de la necesaria de la silla, me alejo de él y miro por la ventana desesperado.

—Te juro que yo no tuve nada que ver, ¿cuántas veces más te lo tengo que repetir? Alguien cambió las piezas en el último momento. ¡Debes creerme! Pero no te preocupes por nada, mi abogado lo solucionará y se justificará a la prensa como un error, se devolverá el dinero al comprador y listo. —Me intenta convencer.

—¿Por qué no eres capaz de reconocer que la has cagado? —Le pregunto furioso.

—Porque te vuelvo a repetir por enésima vez, que YO-NO-HE-SIDO. —Me recalca—. Si es cierto que yo cerré la venta y firmé el contrato con el comprador, pero alguien debió de cambiarlas en el último momento, te lo juro —aclara y quiero creerlo.

—Vale, en el caso de que eso sea cierto, ¿qué ganaba esa persona que intercambió las piezas falsas? Porque las originales siguen en nuestro poder, no las robó. —Le explico exasperado, al no encontrar sentido a lo sucedido.

—Manchar nuestra reputación, nuestro apellido —responde y puede llevar razón.

—No es suficiente tu suposición, necesitamos pruebas. Además, ¿quién haría eso? Para

colmo la prensa no solo habla de esa estafa en la galería, sino salpica a mi empresa que es la paquetería que se encarga de enviar muchas de las ventas que se realizan. —Le recuerdo, a la vez que le lanzo uno de los cinco periódicos en los que nuestro apellido sale en portada. El móvil vuelve a sonar y veo que es mi secretaria—. Hola Lucrecia.

—Señor Montalvo, Marisa ha vuelto a llamar le he dicho que está reunido, pero insiste en que le pase la llamada.

—Está bien desvía la llamada. —Le ordeno pellizcándome el puente de la nariz.

Hago varias respiraciones para intentar no perder la poca paciencia que me queda. Al segundo tono, suena su voz aguda y exigente, que me irrita más que el jabón en los ojos.

—Cuando Lucrecia te informe de que estoy ocupado, es que no puedo atenderte. No voy a ir al almuerzo porque tengo mucho trabajo, te lo dije ayer y te lo vuelvo a repetir ahora.

—Vamos bebé te avisé hace tres días de que teníamos reserva con mis amigas, para contarles nuestro compromiso. —Me comenta de forma manipuladora y no puedo evitar cerrar el puño para contener la furia y me apoyo en el cristal de la ventana.

—Ve con ellas y disfruta, pero no puedes hablar de algo que no es real y no estamos juntos Marisa… —Le vuelvo a recordar.

—¡No voy a seguir aguantando tu cabezonería! No vas a dejarme, ¿queda claro? Porque eso lo decido yo. Así que está bien, no vengas si no puedes, pero ve entrando en razón de que habrá boda.

Sin esperar a que le diga nada más, se corta la llamada y me quedo en silencio. Sé que mi hermano está esperando una explicación que no pienso darle. Él seguramente vería la solución a todo casándome con Marisa. Me froto la frente frustrado y me cuestiono cómo cojones voy a librarme de esto. Pero mis pensamientos quedan interrumpidos cuando un revuelo de voces se empiezan a oír en el pasillo, y miro extrañado hacia la puerta de mi oficina. En ese instante, sin previo aviso, la puerta se abre con rapidez y exigencia. Me quedo perplejo de lo que mis ojos están viendo. Pero actuó con rapidez y me giro de nuevo hacia la ventana, para intentar evitar que me reconozca a la primera.

—Señor Montalvo, le prometo que le he informado que usted está reunido, pero ella ha corrido directamente hasta aquí —aclara avergonzada Lucrecia.

—No pasa nada, deja que hable —respondo sin ni siquiera mirarlas.

—Está bien señor —afirma Lucrecia y espero oír que cierra la puerta.

—Ni que fueras el rey para tanto protocolo. —Oír su voz me hace sonreír—. Su empresa es una reverenda mierda, ¿sabe por qué? Porque me han perdido un paquete. Llevo pidiendo una solución desde hace más de tres semanas y nadie me la da.

»El teléfono de atención al cliente es como si no existiese, y todo porque estáis escasos de personal. Pues, ¿sabes que te digo? Que si cuidasen mejor de sus trabajadores y les pagasen lo que se merecen trabajarían mejor y más motivados. Que un pobre trabajador trae a sus hijos con él y lo despedís como si eso fuese un delito. ¿No te has planteado tener un poco de empatía? Pensar en que la conciliación familiar cada vez es más complicada. Pero qué vas a saber tú de todo eso, si sólo eres un tacaño, un explotador, un rastrero y…

—¿Has terminado? —Le pregunto cortándola, a la vez que me giro hacía ella con un cabreo que me cuesta disimular.

Agarro con fuerza el respaldo de mi silla y la fulmino con la mirada. No hubiera apostado ni un céntimo a que volvería a verla, y sin embargo aquí la tengo frente a mis narices, con unos vaqueros ajustados y una blusa que resalta sus pechos, con los labios pintados en rojo pasión haciéndolos aún más apetecibles y luego está su mirada color café. En el instante en que me

reconoce se queda muda. Abre sorprendida sus preciosos ojos negros y se muerde el labio inferior contrariada. Su mirada se desvía a mi hermano que le sonríe divertido y se levanta de la silla, acercándose a ella hipnotizado.

—Eres muy valiente al hablarle así a la bestia, pero creo que lo has dejado sin palabras y eso es complicado… Mejor os dejo solos. Buena suerte. —Le susurra risueño a la vez que le guiña con galantería.

Espero que mi hermano salga y cierre la puerta, pero antes de salir le da un repaso con la mirada y luego me mira divertido alzando las cejas juguetonamente.

Un brote de celos comienza a surgir en mi interior cuando veo que mi hermano le ha dado un buen repaso. De todas las personas del mundo y volvemos a encontrarnos. Contengo la respiración al verla ahí quieta frente a mí, la chica de la que no logro olvidarme. Rodeo la mesa y me acerco a ella, tanto, que casi no hay espacio entre nosotros.

—¡Venga sigue! —Le reto y mi voz sale como gruñido gutural.

Ella traga saliva, se humedece los labios nerviosa pero no dice nada. Mis ojos se clavan en su boca y recuerdo aquel beso, que me trae loco.

—Esto no es posible —afirma con voz casi inaudible, a la vez que da un paso hacia atrás con intención de marcharse. Pero me muevo con rapidez y le cojo de la mano, para tenerla de nuevo frente a mí.

—¿Qué no es posible? ¿Qué nos volvamos a ver? Era poco probable pero no imposible. —Le susurro y veo la confusión que mis palabras causan en ella. —Por favor siéntate. —Le pido con una amabilidad que me sorprende.

Al entrelazar mis dedos con los suyos y sentir su piel cálida y suave, me calma y de repente todo el mal humor se ha disipado. La llevo a dónde antes estaba sentado mi hermano, ella toma asiento y me apoyo en la mesa cerca de ella. Cuando vuelve a mirarme, me sonríe y siento que pone todo mi mundo del revés.

—No me arrepiento de lo que te he dicho. —Rompe el silencio y me vuelve a retar con su mirada.

—Me gusta que seas sincera —respondo cautivado por su personalidad.

—Sigo pensando lo mismo. —Recalca.

—No me conoces para juzgarme así. —Le reprocho con una mirada severa. —Puedes explicarme por qué has entrado como una energúmena en mi oficina, echando fuego por la boca.

Ella sonríe y esta vez esquiva mi mirada avergonzada. Veo como sus mejillas se sonrojan y no me pasa inadvertido como su pecho sube y baja de forma irregular. Está nerviosa, guarda silencio unos segundos y vuelve a observarme. Nos retamos con la mirada y veo como se humedece los labios, esos que son la perdición de cualquier hombre. Ella parece sopesar sus palabras y traga saliva antes de hablar.

—Verás, lo más importante es mi hermano —comienza a decirme—. Él trabajaba aquí como repartidor, y bueno… Se está divorciando y tiene muchos problemas. No ganaba lo suficiente para pasar la manutención de los niños y tener para vivir, así que echaba horas extras. Un sábado le tocó trabajar turno doble y además tenía a los niños. Así que los subió a la furgoneta e hizo todos los repartos con sus hijos y luego, lo que sé es que lo despidieron por eso. —Me informa, y es palpable la preocupación y el cariño con el que habla de ellos.

—¿Y por qué no ha venido él a hablar conmigo? Seguramente sea mayorcito para solucionar sus problemas. —Le intento hablar con indiferencia y presiono mis labios para borrar una sonrisa que insiste en dibujarse en mi rostro. No sé por qué razón me gusta llevarla al límite de su paciencia, tal vez porque así es ella misma sin filtros.

—¿Crees que no lo ha intentado? —Me increpa con ese descaro que me encanta—. Llegar a ti es casi imposible, y lo único que ha conseguido es una pésima carta de recomendación del encargado de planta.

—Podría haberse colado aquí como tú has hecho. —Le sugiero divertido—. Pero supongo que él no es de mecha corta como tú.

—No me conoces. —Me vuelve a retar molesta, porque haya acertado. Se levanta y se gira para marcharse. Me doy cuenta de que estoy sonriendo de verdad por primera vez desde hace días y siento que al estar cerca de ella una alegría inesperada brota por cada poro de mi piel. La sujeto por el codo para detenerla y me pongo frente a ella.

—Déjame conocerte. —Le pido, a la vez que le acaricio la mejilla.

La atracción que siento hacia ella es palpable y crece por cada segundo que pasa a mi lado. Por un instante, la chica cierra los ojos como si también fuese lo que necesitase, entonces me acerco para volver a besarla, pero abre los ojos y me empuja para apartarme.

—Ha sido un error venir hasta aquí. —Masculla e intenta marcharse.

—Quiero hablar con tu hermano y voy a intentar solucionar lo de tu paquete personalmente. —Le digo con sinceridad, pero mis palabras no son suficientes para conseguir unos segundos más junto a ella.

—Raúl Torres Besallotes. —Me dice a la vez que sujeta el pomo de la puerta y se gira para mirarme una última vez—. Mis datos los tiene la chica de atención al cliente.

—¿Por qué no vamos a comer juntos y aclaramos todo mejor? —No me pasa inadvertido el asombro en su mirada, hasta yo mismo me sorprendo al oírme decir esas palabras con desesperación.

—Muchas gracias, pero tengo planes, espero tener buenas noticias pronto. —Me comenta junto con una sonrisa esperanzada.

—No lo dudes. —Es todo lo que digo y la veo salir de mi oficina, dejando todo mi mundo del revés.

CAPÍTULO 11
ELISABETH

Como un capricho del destino la vida lo volvía a poner frente a mis narices, y encima mis sentimientos eran contradictorios porque ese hombre me irritaba y me atraía a partes iguales. Mentiría si dijese que me fue indiferente verlo en aquella oficina de improvisto. Porque cuando clavó sus ojazos azules en mí, sentí que me ardía cada poro de la piel. Su cuerpo estaba tenso y eso sólo lo hacía parecer aún más imponente. Era alto, con su pelo castaño cobrizo y su tez morena que hacía que se me acelerase el corazón con tan solo mirarlo. Era guapo, y él lo sabía. Estaba tremendo, y él también lo sabía. Así que eso me cabreaba todavía más, era un capullo engreído e irresistible. El colmo, fue que en el instante en que lo vi en la oficina, comprendí quién era. Aunque no había que ser muy lumbreras, los Montalvo eran una familia muy conocida en Chiclana por ser los dueños de la galería de arte Fenicio más grande de Europa. Además, desde hacía varias semanas sus nombres estaban entre los principales titulares de prensa, por el escándalo de la venta de piezas falsas en una de sus últimas subastas.

Así que el apellido Montalvo, para muchos significaba dinero, corrupción y poder. Pero para mí, ese apellido era sinónimo de problemas. Sobre todo, ahora mismo que lo tengo al otro lado de la puerta de casa de mi abuela, esperando a que le abra.

¿Qué diantres hace aquí?

Tal vez, si no le abro se marche.

El problema es que no creo que desista, porque después de abrir la puerta y ver quién era la cerré en sus narices. Obviamente me ha visto, y su sorpresa ha sido tan grande como la mía. Dos golpes en seco suenan de nuevo en la puerta, y cierro los ojos queriendo ser invisible.

—No te recordaba tan cobarde. —Suena su voz grave.

No puedo evitar golpear mi nunca contra la madera y veo como mi abuela me observa con demasiado interés desde el otro extremo del pasillo.

—Es de publicidad abuela, nada de lo que debas preocuparte. —Le comento intentando restarle importancia con una sonrisa de fingida tranquilidad.

—Aunque sea de publicidad, no te he enseñado a tratar así a la gente. —Me reprende secándose las manos en un paño de cocina a la vez que camina hacia mí.

—Llevas razón, lo soluciono ahora mismo —añado a la vez que abro la puerta y mi mirada se queda atrapada en una sonrisa victoriosa que me deja fuera de lugar—. Gracias —murmuro a la vez que me fijo en el paquete que tiene entre las manos, pero cuando voy a cogerlo, él lo oculta en su espalda y da un paso al frente. Intento cerrarle de nuevo la puerta, pero esta vez es más rápido y con su pie la frena e impide que la cierre.

—Elisabeth… —Arrastra las sílabas de mi nombre y hace que se me erice la piel—.

¿Podemos hablar?

—¿Quién es? —Mi abuela se asoma con curiosidad y se encuentra con Cronos que sonríe dichoso.

—Buenas tardes señora. —La saluda educadamente, haciéndole una leve reverencia que a mi abuela no le pasa desapercibida y le encanta a partes iguales, porque me mira durante un segundo y me sonríe satisfecha.

—¡Madre del amor hermoso! Pero qué chico más guapo tenemos aquí, pues mira Lilibeth, ¡al final el amor llama a la puerta! —Exclama con sonrisa guasona alzando las cejas divertida—. No te quedes ahí joven. Adelante, pasa, pasa.

Mi abuela se echa a un lado y me lanza una mirada de advertencia de que lo deje entrar. No puedo evitar poner mala cara y obedecer. Abro la puerta de par en par y Cronos entra sin dudarlo, me ofrece el paquete que tiene en las manos y lo cojo irritada.

—Gracias por tomarte tantas molestias, pero abuela él ya se iba. —Intento aclarar.

Cronos está disfrutando de esta situación, cuando lanza una sonrisa triunfante y pasa por mi lado mirando curioso el interior de nuestra humilde casa.

—Para un hombre que llama a la puerta, intentas espantarlo. —Vuelve a reprenderme como si fuese una cría—. ¿Cómo te llamas joven? ¿De verdad que eres de publicidad? u ¿Os conocéis de antes y me está tomando el pelo mi nieta?

—Me llamo Cronos y he venido a traerle un paquete que Elisabeth estaba esperando. —Le responde con caballerosidad.

—¡Vaya, si tienes hasta nombre de Dios griego! —Exclama divertida y me da un codazo de complicidad sin pudor alguno—. Disculpa a mi nieta, está oxidada en las relaciones porque lleva mucho tiempo fuera del mercado. Pero afortunadamente hace poco que lo dejó con el novio y vuelve a estar disponible. —Le informa como si fuera una celestina, a la vez que le lanza un guiño y me empuja para que me acerque a él.

—Abuela, ¿por qué no dejas de airear mi vida privada? Además, él es el jefe insensible que despidió a mi hermano. —Le explico con retintín e intento aparentar la mayor indiferencia posible, aunque el rubor tiñe mis mejillas al ver en su mirada que está disfrutando de lo lindo.

—Bueno fue un error de protocolo, nadie es perfecto mi niña. Justo hace un momento me ha llamado tu hermano, contándome que este buen hombre lo ha readmitido con unas condiciones mejoradas. Así que, no seas más arisca y atiéndelo como Dios manda. —Me pide, guiñándome un ojo con una sonrisa pícara—. Os dejo a solas y espero verte de nuevo guapetón. —Le comenta pellizcándole la mejilla—. Ten paciencia con ella, te aseguro que mi nieta es un buen partido.

—Hasta luego abuela —respondo apresurada deseando que la tierra se abra en dos y me trague.

—Nos veremos pronto señora. —Se despide con extrema educación Cronos, y espero que ella se marche para darle un toque en el brazo por tomarse esa confianza con mi abuela.

—Si has venido hasta aquí, para alimentar tu ego… Pues muchísimas gracias, por readmitir a mi hermano y por mi paquete. —Le comento alzando el envoltorio de plástico—. Espero no volver a verte nunca más —añado a la vez que abro de nuevo la puerta de par en par.

—*Caraguapa* te aseguro que no hay quien te entienda, pero tú y yo tenemos una charla pendiente… —Me dice a la vez que se acerca de forma arrolladora hacia mí.

Tenerlo tan cerca hace que todas las alarmas de mi cuerpo salten y sienta los nervios a flor de piel, ¿por qué me afecta tanto tenerlo cerca? Su perfume me envuelve con sutileza, y trago saliva para recomponerme y mirarlo con una seguridad que no siento.

—No hay ningún tú y yo. Te recuerdo que me besaste y luego me escondiste de tu novia, lo que pasó aquella noche fue un error —murmuro intentando que mi voz no se eleve demasiado y llegue hasta oídos de mi abuela.

—Te he dicho que no era mi novia y la que empezaste con el ronroneo fuiste tú.

Se acerca con descaro hasta mi rostro, pero no consigue que me empequeñezca. En su lugar lo desafío con mi mirada sin apartarme un ápice de él.

—Sabes que me debes una cena. —Su petición hace que mi corazón se acelere y me humedezco los labios para recomponerme.

—Ni en tus mejores sueños —atajo.

Sé que disfruta poniéndome nerviosa. Sólo tengo que ver la sonrisa divertida que se asoma en sus labios, se acerca a mi oído y su voz profunda me eriza la piel.

—Te aseguro que nos veremos hasta en nuestros sueños Elisabeth… —Oír mi nombre en sus labios, hace que me desestabilice emocionalmente.

Trago saliva para intentar respirar con normalidad. Sentir sus labios acariciar mi piel de forma instantánea y efímera, hace que mi corazón se salte un latido y la piel se me erice de la tensión tan palpable que nos envuelve. No respondo, guardo silencio y he de suponer que él lo da como una victoria. Porque se marcha dejando el sutil rastro de su perfume que me envuelve y me embauca, como recordatorio de lo que acaba de suceder. Cronos está en su coche listo para marcharse y me observa con descaro, a la vez que me lanza una sonrisa de chico malo, que me deja confusa y con el corazón acelerado. «¿Qué acaba de suceder?»

CAPÍTULO 12
ELISABETH

Cierro la puerta todavía con los latidos erráticos y la respiración alterada. Analizo el paquete que tengo en mis manos y sonrío al saber que es el papel fotográfico que estaba esperando. Me dirijo al salón para abrirlo, pero dejo el paquete sobre el sofá, cuando veo a mi abuela sentada en la mecedora con una fotografía en las manos. Frunzo el ceño extrañada de que ha debido de buscarla entre varios libros, pues la librería está desordenada y hay varios ejemplares sobre la mesa. Por su aspecto envejecido, es una foto de hace muchos años y que lleva toda una vida guardada como un simple separador de libro. Me siento sobre el reposabrazos de la mecedora y abrazo a mi abuela, mientras que observo de cerca la fotografía en blanco y negro. En un primer instante reconozco a mi abuela, que está vestida de enfermera junto a un señor con una bata blanca al que no he visto en mi vida. Sin embargo, su aspecto me es familiar, sólo tardo unos segundos en ver cierto parecido con aquel desconocido de ojos azules, piel bronceada y abundante cabellera cobriza.

—Tal como lo he visto entrar por esa puerta, he tenido presente a su abuelo —afirma sumida en sus pensamientos.

—¿A su abuelo? —Le pregunto perpleja y ella me ofrece la foto para que pueda verla mejor.

—Sí, es igualito a Agapito Montalvo. Fue un compañero de trabajo que creí que era mi amigo, hasta que la codicia importó más que la amistad y me traicionó —confiesa con una sonrisa triste—. Es increíble como ese chico se parece a él. Aunque creo que este joven tiene un corazón que no tenía su abuelo.

—Abuela, solo has visto a Cronos un par de minutos…

—Suficiente para ver la nobleza del alma de una persona, pero cuando el apellido Montalvo está de por medio… Tal vez, tener buen corazón no es suficiente.

—¿Qué quieres decir? —Le pregunto confundida.

—Verás cuando despidieron a tu hermano, me enteré que había estado trabajando para un Montalvo y fue entonces cuando decidí que había llegado el momento de que conocierais la verdadera historia de nuestra familia.

—¿Qué historia es esa? —Le pregunto intrigada.

—Una que ha ido pasando de generación en generación, entre las mujeres de nuestra familia. Esta historia comenzó hace más de quinientos años, cuando Juan Sebastián Elcano vino hasta aquí, y se enamoró de la hija de un cargador de indias que vivía en el poblado de Sancti Petri. Tuvieron un romance efímero, y fruto de ese amor nació una niña a la que llamarón Victoria. Él no supo de su existencia hasta su regreso de dar la primera vuelta al mundo —

comienza a contarme con una sonrisa en los labios.

—Pero jamás se ha hablado de que Elcano tuviese una hija… Además, él partió desde Sanlúcar de Barrameda, nadie habla de Chiclana. —Le informo recordando lo que estudié en su día en el colegio y ella sonríe dichosa.

—Muchos de los tripulantes eran cargadores que vivían en Chiclana, y es cierto que desconocemos la verdadera razón que lo trajo hasta aquí la primera vez. Pero te puedo asegurar que regresó porque estaba enamorado, aunque lo ocultase para proteger a su amada y a su hija. —Me advierte.

—¿Proteger de qué? —Insisto.

—Pues verás, aquel viaje comenzó con doscientos treinta y nueve marineros que partieron en varias naves, con la única misión de establecer una nueva ruta comercial con las islas de las especias, y tres años después terminó regresando una sola nave y dieciocho marineros que no solo traían especies, sino que lograron mucho más.

»Gracias a ese viaje se pudo demostrar que la Tierra era redonda. Cambió el conocimiento que se tenía del planeta, de la astrología e incluso de la economía. Fueron ellos los que completaron la primera vuelta al mundo en la historia de la humanidad. —Hace una pausa y se humedece los labios—. Elcano no era ningún santo, y no le importó quemar una de las naves o vender otra para sobrevivir junto a la tripulación. Es por eso que, a su regreso, el rey Carlos V lo mandó a llamar.

»Elcano sabía que debía rendir cuentas de sus actos, y era consciente de que aunque había traído numerosas clases de especias de territorios remotos y cuyo valor era semejante al de las piedras preciosas... Sabía que su desobedecimiento a la corona y haber tomado decisiones por su cuenta le podía costar la vida. Por eso las mantuvo en completo anonimato, para protegerlas. Pero antes de partir para reunirse con el rey se aseguró de entregarles el objeto con más valor que traía de aquel viaje.

—¿Un tarro de especias? —Le pregunto con cierto escepticismo y mi abuela me pone mala cara.

—¡Qué va! Es cierto que a su llegada al puerto de Sanlúcar sólo registraron cientos de kilos de especias que venían en barriles. Pero cuentan que aquellos toneles pesaron menos cuando llegaron, tan solo días después, al puerto de Sevilla. Dicen que Elcano lo justificó con la deshidratación de las especias, aunque otros aseguran que en esos barriles se escondía oro y joyas de gran valor que se repartieron entre los dieciocho tripulantes. Aunque entre todas aquellas alhajas, él tenía en su poder una pieza única que lo podía guiar a encontrar un tesoro aún mayor. Aquel objeto no era ni más ni menos que un reloj de arena, pero no un reloj de arena cualquiera, sino un reloj de polvo de oro, que le dejó a su amada y a su pequeña hija Victoria.

—¿Y qué pasó? —Le pregunto casi sin dar crédito de lo que estoy oyendo.

—Pues pasó el tiempo y no supieron de él, hasta que un día recibieron una carta en la que contaba que pronto partiría a una nueva expedición y les prometió que a su regreso se volverían a reunir y vivirían a cuerpo de rey. Pero Juan Sebastián Elcano, murió en la expedición de las Molucas y nunca cumplió su promesa de reunirse con ellas.

—Entonces, ¿qué pasó con el tesoro? —Le pregunto y mi abuela niega con la cabeza.

—Si es cierto que existe tal tesoro, nadie lo ha encontrado mi niña. Por ello el reloj de

arena dorada, junto con otras pertenencias de su hija Victoria, se ha heredado de generación tras generación entre las mujeres de nuestra familia.

—¿Y tú no has buscado el tesoro? —Le pregunto intrigada y fascinada.

—No he podido Lilibeth, porque perdí el reloj de arena. —Me comenta apenada y vuelve a mirar la foto que tiene en las manos.

—¿Cómo que lo perdiste? ¡Jolín abuela! Esto es una auténtica locura. —Le comento sin dar crédito.

—Lo sé mi niña, por eso necesitaba contártelo. Tu madre y tus tías nunca han querido saber nada al respecto, y tengo la esperanza de que tal vez tú lo puedas recuperar y el día de mañana le cuentes esta historia a tus hijos. —Toma aire y traga saliva—. Verás en mil novecientos dieciocho, fue la pandemia de la gripe española. Tu tatarabuela, se quedó viuda con veinte años y seis hijos, imagínate… La gente fallecía por doquier y muy pocos eran los que se salvaban. Fueron años llenos de penurias, hambruna y escasez.

»Afortunadamente ella tenía en su poder el reloj de arena dorada, que había heredado y aunque sabía que tenía que seguir con el legado la extrema situación en la que vivía, la llevó a venderlo para poder alimentar a sus hijos. Ya te puedes hacer una idea de la desesperación que tendría... Así pues, durante varias generaciones, solo quedó aquella historia que se asemejaba más a una leyenda que a una realidad.

—Y tú, ¿cómo reaccionaste cuando te contaron esta historia? —Le pregunto con una sonrisa llena de cariño y admiración.

—Cuando conocí la posible existencia del reloj, me prometí que si era cierto algún día lo recuperaría —afirma con una enorme sonrisa y se humedece los labios antes de continuar—. Durante años lo busqué, pero era como buscar una aguja en un pajar, no tenía información de dónde podía estar.

»Era mi abuela la que lo vendió y nunca volvió a hablar de ello. Hasta los años cincuenta, por aquel entonces yo tendría unos quince años y acababa de comenzar a trabajar de auxiliar de enfermera en el hospital de tuberculosis que había por aquel entonces arriba de la calle Hormaza, dónde ahora está el conservatorio de música, el antiguo Sanatorio. ¿Sabes dónde te digo? —Me pregunta y yo asiento—. Recuerdo que casi todos los días moría alguien. Eran personas que no ingresaban sabiendo que de allí no salían. —Hace una pausa y veo la tristeza en su mirada—. Durante varios meses estuve tratando a un paciente que sufría de tuberculosis en un estado muy avanzado. Lo mandaron a casa para que muriera allí y me asignaron ser su enfermera a domicilio cuando el médico, Agapito Montalvo, llegó a la conclusión que no le quedaba mucho tiempo de vida y que lo mejor era que descansase en su casa.

—¿Trabajabas con el abuelo de Cronos? —Le pregunto incrédula y mi abuela asiente con una sonrisa triste alzando la foto al aire.

—Todos los días al terminar mi jornada en el hospital, iba a la casa del enfermo que me habían asignado para ponerle calmantes y que así llevase mejor sus últimos días. Aquel paciente era el duque de Medina, era rico y tenía mucho dinero.

»Pero mi niña, sabes que en esta vida lo único que no se puede comprar es la salud. —Sonríe—. El hombre vivía en una casa enorme, tenía más de una docena de personas a su servicio. La casa contaba con un patio interior que era un jardín botánico, tenía loros y una pareja de cacatúas. Era un lugar como un oasis en el desierto y la casa estaba situada en plena calle de la

Vega. Aunque por aquel entonces algunos conocían esa calle también como «paseo del 5 de marzo de 1811», con motivo conmemorativo a la batalla de Chiclana. Pero no me voy a ir por las ramas, —me comenta risueña—. Aquella casa estaba llena de alhajas y un día al entrar en el salón, vi un reloj de arena que se asemejaba al de la historia que siempre me habían contado.

—¿El Duque tenía el reloj? —pregunto atónita.

—Sí Elisabeth, y te puedes hacer una idea de mi sorpresa. ¡No la pude ocultar! —Exclama y veo un brillo de ilusión en sus ojos—. No lo había visto nunca antes, pero te aseguro que cuando lo vi supe que era el reloj de nuestra familia. Al Duque no le pasó inadvertido mi interés por aquella pieza que decoraba su salón, pero lo disimuló muy bien.

—¿Y qué hiciste?

—No hice nada, porque tampoco podía hacer gran cosa. Además, ¿cómo iba a pedírselo? Y tampoco tenía dinero para hacerle una oferta y comprárselo. Así que me conformé con verlo y saber que al menos estaba en buenas manos.

»Era un buen hombre, me trataba como a una hija y al no cumplirse el pronóstico del doctor Montalvo, entablamos una bonita amistad. Ya que como bien sabes, nunca he sido de seguir las normas. —Vuelve a sonreír—. Cuando el abuelo de Cronos lo mandó a seguir el tratamiento desde casa, la esperanza de vida del Duque era nula, le daban como máximo unas semanas de vida. Le hice una propuesta al Duque sin que Agapito lo supiese. Él no tenía nada que perder y yo sentía la necesidad de intentarlo. Así que aceptó lo que aquella enfermera joven y novata le proponía. Comencé a tratarlo por mi cuenta, con plantas medicinales autóctonas de la zona. Le hacía infusiones, cremas y aceites esenciales y poco a poco fue estabilizándose y mejorando, hasta que se curó por completo.

—¿En serio? —Le sonrío maravillada ante la historia que mi abuela me está contando, y guardo silencio invitándole a que continúe.

—Vivió y envejeció junto a su esposa. Ese fue mi mayor logro a nivel profesional. Imagínate la cara que se le quedó a Agapito Montalvo, cuando le hizo las pruebas y vio que no quedaba rastro de la enfermedad. Él no creía en la medicina natural, y casi enloqueció cuando el duque le habló del tratamiento al que se había sometido.

»No se lo tomó bien, ya que Agapito era un hombre orgulloso y bueno, después de informar al ministerio sobre mi *mala praxis*, por ejercer por mi cuenta el tratamiento de un paciente sin autorización suya… Perdí mi trabajo. —Me dice encogiéndose de hombros y aunque hace como que le es indiferente, sé que no es cierto y que solo lo hace para que no le tenga lástima.

—¿Cómo pudo hacerte eso? —Le pregunto dolida ante tal injusticia.

—Un hombre con el orgullo herido, es más peligroso que un león hambriento. Así que cuando me dieron aquella noticia, salí con la cabeza bien alta del ambulatorio, no había cometido ningún crimen para un castigo semejante. Tan alta llevaba la vista, que tropecé en la misma puerta con un joven apuesto, que pasaba camino a su casa tras finalizar el servicio militar. Tu abuelo me sujetó y todavía recuerdo cómo se tomó el permiso de limpiarme las lágrimas del rostro con sus pulgares. Era un completo desconocido, al que no había visto en toda mi vida, y sin embargo, me abracé a él y sentí que nuestros corazones latían al compás de uno solo, como si se hubiesen estado esperando toda la vida.

—Así que, gracias al abuelo de Cronos, viviste la historia de amor más bonita jamás contada, ¿verdad? —Respondo conociendo aquella historia de amor que tantas veces ella me había contado.

—Por supuesto, pero ahí no acaba la historia. Cuando la noticia de mi despido llegó a oídos del duque, se personó en mi casa y como agradecimiento me trajo un presente, ni más ni menos que aquel reloj de arena que tanto me llamaba la atención cada vez que entraba en su salón —afirma secándose una lágrima.

—¡No me lo puedo creer! Pero si nunca le hablaste de la historia del reloj, ¿no?

—Jamás le hice mención, pero siempre que podía lo observaba incluso una vez le pedí permiso para cogerlo. Así que me sentí plena cuando me lo regaló como agradecimiento, y ya te puedes imaginar lo pletórica que estaba, pero aquella alegría duró poco

—¿Por qué? —pregunto intrigada.

—Los rumores corren como la pólvora y más en aquellos tiempos. Aquella visita del duque, vestido con una elegante gabardina negra y bajando de uno de los pocos coches que había en Chiclana sorprendió a los vecinos y comenzaron las habladurías. —Sonríe perdida en sus pensamientos—. Se corrió el rumor de que el duque me había regalado una fortuna por haberle salvado la vida. Así que pocos días después, al regresar un día de la tienda de *ultramarinos*, me encontré sentado en el salón junto a mi padre, al doctor Agapito Montalvo.

—¿Cómo se atrevía a ir a verte? ¿Qué quería? —Le pregunto molesta.

—Venía a disculparse y a intentar enmendar su metedura de pata. Me aseguró de que me iban a readmitir como enfermera, pero realmente él vino con otro fin. Porque al día siguiente de su visita, nos robaron el reloj. No tengo pruebas de que fuera él, pero tampoco tengo dudas. —Me confirma con un suspiro y se toca la sien mirando la foto.

—¿No lo denunciaste? —Insisto queriendo saber que hubo justicia.

—No tenía pruebas y sin ellas no podía hacer nada. Aunque años después de lo sucedido, abrió lo que hoy se conoce como la galería Montalvo. —Suspira y vuelve a mirarme a la vez que me acaricia la mejilla—. No he vuelto a saber nada de aquel reloj y bueno, solo quería que conocieras toda la historia y comprendieras, que con los Montalvo hay que andarse con mucho cuidado. —Me comenta con templanza y sé que quiere advertirme.

—Abuela, entre Cronos y yo, no hay nada —afirmo.

—Bueno eso lo dirá el tiempo. —Me responde con una sonrisa a la vez que se levanta y me da un beso en la sien—. Acompáñame, aún hay más por mostrarte.

En el momento que llegamos al patio trasero de la casa de mi abuela, comprendo el mensaje que descubrí en sus tacones: «*Allí donde el agua se convierta en hueso, encontrarás el primer beso*». Ahora sé que se refería a la figura de la fuente que hay en nuestro patio, la cual tiene una bonita escultura tallada de mármol que según siempre he oído que mi abuelo se la regaló en uno de sus aniversarios de boda. La figura era una réplica de la escultura que hizo el artista Auguste Rodin, tallada en 1884 y conocida como «La eterna primavera».

Siempre me había maravillado este rincón de la casa, era un lugar lleno de encanto. Aquí me había pasado los veranos de mi infancia bañándome con mi hermano, para refrescarnos y eso que no es muy grande. Además, en invierno algunas veces el agua se convierte en hielo a causa de las bajas temperaturas, no es muy habitual pero también pasa… es por esto que el «*agua se convierta en hueso*».

Mi abuela se sube al borde de la fuente que es ancho y toca la mano alzada en el aire de la figura masculina. La sujeta con firmeza y comienza a caminar en el sentido de las agujas del reloj, y la estatua comienza a girar. Conforme lo va haciendo el agua de la fuente comienza a bajar hasta quedar vacía. Ella me muestra el colgante que siempre lleva puesto, el cual es una

llave en forma de corazón. Se lo quita, y me la ofrece para que la inserte en la ranura que hay en una plaqueta del suelo. Al hacerla girar a la derecha, esta se levanta y la aparto para ver un pequeño cubículo estanco. En su interior hay una antigua y polvorienta caja de metal, la cojo con manos temblorosas y la miro estupefacta.

Mi abuela me sonríe con dulzura y me acaricia la mejilla, a la vez que me hace un gesto con la cabeza, para que esta vez sea yo la que haga volver todo a la normalidad. Vuelvo a colocar la plaqueta y hago girar la llave para el lado opuesto, cojo la mano de la escultura y la hago girar en el sentido contrario. Cuando parece que ha vuelto por completo a su lugar se produce un ruido brusco, y acto seguido comienza a salir de nuevo el agua a chorros y vuelve a llenarse en cuestión de minutos. Entonces comprendo que esta historia, solo acaba de comenzar.

CAPÍTULO 13
CRONOS

Habían pasado varios días desde su visita inesperada en mi oficina y claro que tomé cartas en el asunto. Me informé del despido de su hermano y era cierto de que había incumplido las normas de la empresa, pero era un trabajador impecable. Así que llamé a recursos humanos para que lo readmitieran, ofreciéndole un puesto como supervisor de repartidores de nuestro centro. Eso implicaba una mejora salarial y un horario de trabajo más flexible, para que pudiese conciliar la vida familiar con la laboral. Claro que cuando mi hermano se enteró, me juzgó y guardé silencio, porque llevaba toda la razón yo nunca había hecho nada así por ningún empleado… Pero siempre debía de haber una primera vez, ¿no?

Me siento cautivado sólo de recordar a Elisabeth en mi oficina, increpándome y exigiéndome de forma directa y descarada, con esos ojos negros y esos labios que me nublan la mente. «¿Qué me está pasando?» Ni yo mismo lo sé, pero si algo tengo claro es que necesito más de ella. Quiero volver a verla, a pesar de que cada vez que estamos juntos podemos incendiar toda la ciudad. Chocamos constantemente y es cierto que los polos opuestos se atraen y de manera brutal.

Así que tal como localizaron el paquete que ella reclamó, tuve la excusa perfecta para ir a verla. Me hice una idea de cómo actuaría al verme, pero estaba claro que era imprevisible y una vez más, me sorprendió cuando me cerró la puerta en todas las narices. Me hizo sentirme como un puto adolescente y por alguna extraña razón eso me hizo sentirme vivo, despreocupado y feliz. En ese momento todos mis problemas se desvanecieron y se disiparon como si de humo se tratase. La oí suspirar al otro lado de la puerta y comprendí que ella tampoco podía ignorar lo que sentía. Era consciente de que mi visita era fugaz, porque una vez que le diese el paquete no tenía más excusas para permanecer a su lado. Cuando la volví a tener frente a mí, no me pasó inadvertido como se contradecían sus palabras con su cuerpo. Sus pupilas se dilataron cuando me acerqué a ella con descaro, su respiración cambió de ritmo y sus labios entreabiertos robaron mi atención porque ansiaba volverlos a besar.

Quise asegurarme que no eran imaginaciones mías y volví a pronunciar su nombre, produciéndome un cosquilleo en mis labios y era como una dulce tortura. Rocé de forma efímera su piel y sentí como mi corazón vibraba de felicidad en ese diminuto instante.

De repente una voz aguda me saca de mis pensamientos y unas uñas de porcelana me acarician el rostro, sintiendo un hormigueo desagradable en la piel que me hace parpadear y volver a la realidad.

—¿Te hace gracia lo que te estoy diciendo? —La voz aguda de Marisa me hace fruncir el ceño y un suspiro frustrado se escapa desde lo más profundo de mi ser.

—Tengo más cosas en la cabeza. —Le comento, a la vez que estiro mis piernas debajo de la mesa y me alejo de sus frías caricias—. Y estoy un poco cansado, ¿decías?

—Te estaba hablando de… Bah da igual, ¿sabes por qué? Porque vas a volver a desconectar y mira, voy a ir al grano. —Me comenta molesta y se inclina hacia mí, mostrándome su sugerente escote, como si con eso pudiese hacerme cambiar de opinión.

Me agarra de la mano y me acaricia el dorso con su pulgar y de repente suelta una carcajada como si yo le hubiera dicho algo gracioso. Alzo mis cejas alucinando porque parece que está loca.

—Ha pasado más de un mes, desde aquella estúpida decisión de darnos un tiempo. Porque te cagaste de miedo cuando te hablé de nuestro compromiso delante de mis padres y estoy cansada de todo esto Cronos. —Se queja.

—Verás Marisa, sé que no te voy a hacer feliz como tú te mereces, es por eso por lo que lo nuestro se ha terminado. —Le intento aclarar midiendo las palabras a la vez que me suelto de su mano—. Sabes que nunca he ido al ritmo de los demás, no me gusta que decidan por mí y tampoco pienso hacer lo mismo que hace todo el mundo, porque eso sea lo políticamente correcto. Cada pareja debería de ir a su ritmo y no midiéndose con los demás. —Intento hacerla razonar.

—¿Cómo puedes ser tan capullo? —Me pregunta despechada.

—Soy sincero, lo nuestro ha estado bien y podemos ser… —Pero me interrumpe, acercándose por encima de la mesa y me pone su mano sobre mis labios.

—¡NO! —Grita, y cuando se da cuenta de que algunos curiosos se fijan en nosotros sonríe con fingida dulzura, se levanta y rodea la mesa hasta ponerse a mi lado, se sienta en mi regazo y roza con sus labios mi oreja. —No te atrevas a pronunciar la palabra amigos. —Susurra —. No puedes hacerme esto, sé que se te pasará esta estúpida idea y volveremos a ser felices o es que hay otra, ¿es por eso? —Me pregunta tomándome de la barbilla y obligándome a mirarla a la vez que me muestra una sonrisa fingida.

—Marisa… Lo nuestro se acabó y es mejor así. Estuvo bien, fuimos felices, pero no podemos aferrarnos a los recuerdos. —Le aclaro a la vez que la sujeto por la cintura y la aparto de mi regazo.

Conozco bien a Marisa y sé que la línea de su cordialidad es muy frágil y la puede atravesar de un momento a otro, pero no veo la necesidad de montar un espectáculo siendo dos personas adultas en un restaurante.

—No nos podemos engañar Marisa, tu necesitas un hombre que te quiera como te mereces y yo no soy ese hombre.

—¿Hay otra? ¿Es por eso? —Insiste con urgencia volviéndose a sentar en su sitio.

—No. —Sé que no me cree porque de su garganta emana una risotada frustrada y echa la cabeza hacia atrás, como si le hubiese contado un chiste. —Jamás te he mentido sobre mis sentimientos, siempre he sido claro, te he respetado y ahora necesito…

—Tiempo, solo necesitas tiempo. —Me responde con necesidad—. Mis padres sospechan que no estamos juntos, la prensa también comienza a hablar de ello, y por eso no puedes dejarme. ¡No puedes! Ya me ocuparé yo misma de desmentir este rumor. Porque si la verdad sale a la luz quedaría como una mentirosa ante mis cuatro millones de seguidores en redes sociales y ante el mundo entero. —Me comenta preocupada y me muestra un anillo de compromiso que yo no le he comprado. Se acerca a mí y me sonríe, yo en cambio trago saliva

alucinado y guardo silencio, porque Marisa está perdiendo la cordura con esto de la boda—. Además, te recuerdo, que los Montalvo tenéis el apellido manchado con el escándalo de la subasta que amañó el estúpido de tu hermano de las tres piezas falsas, con la peor calidad de bronce que hay en el mercado. Por lo que tu empresa cariño, está en la cuerda floja.

Me recuerda a la vez que con su dedo índice en mi barbilla hace que la mire y cuando acaba de pronunciar esas palabras, que salen como dagas envenenadas, se aleja de mí. Coge su bolso y se marcha contoneando las caderas. Me quedo perplejo ante lo que acabo de oír.

¿Cómo sabe qué son tres piezas?

¿Cómo sabe, lo de la calidad del bronce?

No debía de saberlo, ya que el caso está bajo secreto de sumario, mientras la policía investiga… El problema es que ella tuviera algo que ver con todo.

Mi mente va a mil por horas, enlazando situaciones de aquella noche en la galería. Marisa asistió conmigo a la subasta y estuvo a mi lado en todo momento, aunque llegó tarde.

¿Sería capaz de hacer algo así?

Es cierto que desde aquel escándalo mi empresa no está pasando por su mejor momento, estamos teniendo pérdidas y Marisa se está aprovechando de ello, así que la única solución que hay para limpiar nuestro apellido es descubriendo la verdad. Llamo a mi hermano y al segundo tono me responde.

—¡Hermanito! —Me saluda despreocupado.

—Damián, ¿dónde cojones estás? —Le pregunto alterado y me pellizco el puente de la nariz.

—Estoy con el abuelo en su casa, ¿por?

—Voy para allá. —Atajo, a la vez que pagó la cuenta de una comida que ni hemos probado y cuelgo.

Necesitamos enmendar el error del que supuestamente es culpable mi hermano. Él tiene razón, no tiene nada que ver con la estafa. Alguien se encargó de sustituir las piezas en el último momento y solo necesitamos demostrarlo. Tengo la corazonada de que Marisa está implicada y no puede saber que sospecho de ella.

CAPÍTULO 14
ELISABETH

A veces no comprendemos por qué nos suceden las cosas y es el tiempo el único que tiene todas las respuestas. Ahora comprendo que romper con Bruno y que me auto despidiera, me estaban llevando a este preciso instante. Tengo dos nuevos propósitos, el primero hablar con mi amiga Raquel y con mi hermano sobre la historia familiar que me ha contado la abuela y el segundo, ser fotógrafa. Puede que mi vida haya estado un tiempo en un estado de *stand by*, pero a veces también es necesario parar, respirar y luego seguir. Porque te puedo asegurar de que si no luchas por tus sueños estos no se cumplirán solos. Así que es hora de avanzar, pasar página, arriesgar y ser feliz.

Ayer por la noche me volvió a llamar Bruno, estaba muy feliz en Eslovaquia y no tenía pensado regresar a corto plazo y es normal, si por fin se ha cumplido su sueño. Había sacrificado mucho y ahora tenía su recompensa. Aunque la verdadera razón por la que me llamaba no era esa, sino otra muy diferente y es que se había enamorado. Bruno tenía pareja y me quedé muda cuando me contó que vivían juntos desde hacía un par de semanas y se acababan de prometer.

¡Se iba a casar!

¿Qué podía decirle, aparte de enhorabuena?

La verdad que me alegraba por él, sin embargo, sentí decepción al oír su noticia, no porque no me alegrara por él, sino porque nosotros después de tantos años juntos nunca avanzamos para dar ese paso. Nunca habíamos hablado del compromiso, y ahora me alegraba que la vida siguiera su curso. Cuando me preguntó qué tal me iba todo, un nudo mudo comenzó a oprimirme la garganta y sentí como mi alma se estremecía, ¿qué era de mí vida? Ni yo misma podía contestar a esa pregunta, porque me sentía estancada.

Mi vida iba dando tumbos sin rumbo, pero le dije que tenía claro que me iba a dedicar a ser fotógrafa. Se alegró mucho de mi respuesta y prometimos volver a hablar otro día. Me despedí de él como lo harían dos viejos amigos y al colgar, tomé la decisión de que tenía que buscar las respuestas a lo que estaba aconteciendo en mi vida. Todo pasaba por algo, conocer la historia del reloj de arena tenía que servir para algo y mi nuevo propósito iba a ser recuperarlo.

Desde que la abuela me contó aquella historia no había encontrado la ocasión de hablar con mi hermano, porque desde que había vuelto al trabajo no se le veía el pelo por casa y cuando habíamos hablado había sido breve. Para colmo, mi amiga Raquel también está ausente, se comporta de forma extraña y tengo la sensación de que me evita, como por ejemplo anoche que no quiso quedar y se excusó diciendo que tenía mucho trabajo.

¿Un viernes por la noche? No me lo creo.

La conozco muy bien, somos amigas de toda la vida y sé que me oculta algo. Cuando se

lo he comentado a mi abuela esta mañana, ella también lo ha visto inusual y me ha dado un consejo con una de sus frases populares que dice así: «*Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña*». Le he hecho caso y aquí estoy en la puerta de la casa de Raquel un sábado a las once de la mañana.

Llamo de forma incesante al portero automático y al tercer timbrazo, la oigo gritar avisando de que ya viene y eso me hace sonreír. Espero paciente hasta que la puerta se abre y mi amiga me recibe sorprendida.

—¡Elisabeth! —Grita y me abraza.

—Dios rubia, no era necesario que se enterase toda la calle de mi llegada. —Le comento a la vez que me doy cuenta de que solo tiene una camiseta de algodón puesta.

Conforme entramos en su salón todo está bastante desordenado y eso es muy raro viniendo de mi amiga, que es una maniática del orden y adora el *Feng Shui*. Toda su casa es muy luminosa, está decorada con tonos armoniosos y siempre la tiene tan ordenada y limpia que parece que no vive nadie. La luz mañanera baña cada palmo de la estancia y me deja ver con detalle que Raquel no pasó la noche sola.

—¿Anoche llegaste tarde de trabajar? —Le pregunto alzando una ceja, a la vez que sonrío al ver su ropa desperdigada por el suelo y los cojines del sofá en medio del pasillo.

—Bueno, verás anoche… —Comienza a decirme rascándose la frente, lo que significa que está nerviosa. —Llegué muy tarde y me tomé un poco de vino, en plan bohemio.

—Claro... —Le sigo la corriente sin creer ni una sola palabra de lo que me está contando y sonrío divertida—. Por eso usaste dos copas, ¿no? —Le pregunto alzando una ceja, viendo las dos copas que hay sobre la mesa que está junto al sofá—. Anoche te echaron un polvo mágico y te da vergüenza contármelo, ¿desde cuándo nos ocultamos esas cosas?

—Desde nunca, es que es cierto que salí tarde de trabajar y bueno… —Me comenta a la vez que comienza a recoger la ropa del suelo y veo que también hay ropa de hombre. Recoge unos vaqueros del suelo y me mira alertada, elevo una ceja divertida y no puedo evitar reírme.

—Mejor me voy, porque aún lo tienes en tu habitación. —Le digo a la vez que me dirijo hacia la puerta.

—Sí, bueno, no, Eli… Es que, verás… —Me toma del codo y me detiene, me giro para mirarla y se muerde el labio.

—¿Acaso te ha hecho añicos el cerebro tanto placer? —Sonrío animada—. Porque no eres capaz de terminar ni una sola frase completa. ¿Estás bien? —Le pregunto fingiendo preocupación.

—Me he liado con un cliente —afirma en un susurro y me sonríe avergonzada.

—Has roto tu regla de oro, pero para hacerlo es porque merecía la pena, ¡eh pillina! —Me alegro por mi amiga y le doy un abrazo para despedirme de ella—. Venga, luego te veo. Si quieres quedamos para almorzar y te cuento una cosa que vas a alucinar, está claro que no he venido en buen momento. —Le comento despreocupada y ella asiente feliz.

Me lanza un beso al aire cuando me alejo por el pasillo, salteando algunas prendas de ropa y entonces me doy cuenta… Me quedo quieta, petrificada y mi cerebro comienza a funcionar entrelazando cada conversación, cada instante, cada gesto y reconociendo aquella camiseta de uniforme. Me agacho para recogerla y la despliego, es su talla. Además, estoy convencida de que Raquel no tiene otro cliente que vista con esta indumentaria. Me giro y en sus ojos encuentro la respuesta que me lo confirma.

—¡Raúl! Ya puedes salir y dejar de esconderte como un adolescente cobarde. —Grito y Raquel me mira con recelo. Una parte de mí está dolida de que me lo hayan ocultado pero la otra

parte está saltando de alegría—. Sé que tienes tus razones para no haberme dicho nada, pero estas cosas se cuentan guapa. —Le comento feliz y ella corre para abrazarme aliviada.

—Lo siento Liz, es reciente y tengo miedo si no sale bien. —Me confiesa.

En ese momento se escucha la puerta del dormitorio abrirse y aparece mi hermano que me observa con preocupación, como si yo fuera algo peligroso a punto de estallar y le tiro la camiseta para que se la ponga.

—Así que vosotros… —Les digo mirándolos alternativamente.

—La verdad es que no es lo que parece. —Miente mi hermano.

—Venga no seas capullo, somos adultos y estas cosas pasan, una amistad desde la infancia y os habéis sentido atraídos, es normal —añado quitándole importancia al asunto, la verdad que ambos están solteros y son libres de hacer lo que les dé la gana.

—Sí, es que por los niños pensamos que sería mejor mantenerlo en secreto. —Me informa mi hermano.

—¿Sabéis una cosa? Que me alegro por vosotros, no tenéis que darme ninguna explicación. Pero solo os pido una cosa a ambos. —Les digo señalándolos—. Ser siempre sinceros el uno con el otro, no hace falta ponerle etiqueta a lo que estáis viviendo, pero no haceros daño. Es lo único que os pido, porque sois muy importantes para mí —confieso y Raquel me abraza e instantes después se une mi hermano.

—No digas aún nada, ¿vale? —Me pide mi amiga.

—Soy una tumba. —Añado feliz—. Decidlo cuando os sintáis seguros.

—Bueno, ¿y cuál es la razón por la que estás aquí? —Me pregunta Raúl.

—Mejor nos sentamos en el sofá, es una historia muy larga…

Tomamos asiento y me quito la mochila en la que traigo todo lo que mi abuela me ha entregado, sé que si quiero recuperar el reloj, los necesito a ambos. Tal como comienzo a narrar la historia, sus rostros van desde el asombro a la confusión. Así que les enseño el diario de Victoria y un antiguo pergamino en el que aparece dibujado el reloj de arena junto a un reloj solar. Por último, desdoblo un papel ambarino, arrugado y muy deteriorado, que muestra una caligrafía alargada y antigua.

—Vamos a ver hermanita, ¿me estás diciendo que la abuela lleva toda su vida guardando una historia de nuestra familia, que resulta que es cierta y que te lo ha contado ahora porque ha conocido a mi jefe? —Me pregunta incrédulo Raúl.

—Sí y sé que puedo confiar en vosotros, porque esto tampoco es algo que se pueda contar a cualquiera, y también he leído parte del diario de Victoria. —Les comento ofreciéndoselo a mi hermano—. Habla de la larga espera de su madre esperando a Elcano. Él nunca volvió, pero si lo prometió en esta carta, y tampoco hizo jamás oficial la existencia de Victoria como hija legítima. Nadie en este mundo, excepto nosotros, conoce la historia real de Elcano y ellas que formaron parte de su vida.

—Las ocultó para protegerlas —añade Raquel.

—Es posible. Pero si es cierto que hay un tesoro, ¿por qué no regresó? —pregunta confuso Raúl y se rasca el mentón—. A menos que tal vez regresó y no quiso ni verlas —dice divertido mi hermano y Raquel lo mira con mala cara.

—Tómatelo en serio. Estamos ante una historia que está oculta al mundo y un posible tesoro del que nadie conoce su existencia. —Le advierte mi amiga.

—Tal vez no regresó para no levantar sospechas —comento recordando algunas pinceladas de la carta que tengo en mis manos.

—Pero no tenemos reloj, ni nada por lo que empezar —afirma mi hermano, esperando

una respuesta de mi parte.

—Bueno, en esta carta tengo la sensación que hay oculto un mensaje subliminal. —Les informo señalando con mi dedo índice varias líneas de la carta—Os leo: *«Allí dónde el mar besa la tierra, el tiempo quedará parado hasta que no llegue a su legado. Cuando regrese, comprenderás por qué el norte siempre marcará el sur de su corazón. Porque el día que la aguja corone sobre el polvo dorado, vos estará sobre el templo olvidado. Recordad que lo encontrará siempre que camine veintiún peldaños bajo el mar, para iluminar en la oscuridad»*.

—Joder, este tío era un puto poeta —susurra mi hermano cogiendo la carta y releyendo lo que acabo de recitar.

—Sin duda alguna es un mensaje encriptado —aclaro totalmente convencida.

Raquel guarda silencio y lee junto con mi hermano la carta. Durante unos segundos, un mutismo lleno de incertidumbre nos abraza y acapara toda la estancia. Cuando mi amiga termina de leerla vuelve a hablar con la vista clavada en el papel.

—Estoy de acuerdo con Liz. Él decía dónde estaba el tesoro, pero si ellas no lo encontraron, tal vez es porque les faltó algo. —Sugiere.

—O tal vez, no tuvieron la posibilidad de ir —añade Raúl.

—Uff… Esto es una auténtica locura —afirmo masajeándome la sien.

—¿Y si los Montalvo conocen parte de esta historia? Es obvio que robaron el reloj por algún motivo. —Manifiesta Raquel.

—Son dueños de la mayor galería de objetos antiguos del país. Suficiente justificación para robar una antigüedad más para su prestigioso museo —digo convencida.

—Hay que ir a su galería y ver si está expuesto el reloj. —Sugiere mi amiga.

—Sea como fuere, el viejo Montalvo sigue vivo. Ayer mismo lo vi y sé dónde vive. Porque le llevé un paquete a su casa, pero no puedo ir a la galería porque me reconocerían, pero tenemos que recuperar el reloj —dice con la mirada clavada sobre el dibujo del reloj de arena.

—¿Qué propones? —Le pregunto esperanzada.

—Robarlo —responde Raquel sin dudar.

—Vaya, ¿en serio Raquel? ¿Y tú qué eres abogada, sabes en el lío que nos podríamos meter? —Le pregunto atónita y ella sonríe orgullosa.

—El viejo Montalvo lo robó y tu abuela jamás lo pudo culpar por falta de pruebas. Sólo tenemos que hacer lo mismo —confirma convencida.

—Ella tiene razón y la más apropiada para hacerlo eres tú. Recuerdas cuando nos contaste que la abuela mientras estuvo enferma te decía que eras una ladrona del tiempo… Suma dos más dos, hermanita. ¡Eres la elegida! —Exclama en tono filosófico, clamando al cielo como si de una revelación divina se tratase.

—Pero, ¿tú estás loco? ¿te estás oyendo? —Le pregunto a la vez que me levanto perpleja.

—Elisabeth esta historia es de vuestra familia, pero sobre todo de las mujeres de tú familia. No vas a estar sola. Nos tienes a nosotros y te vamos a ayudar, pero en el caso de que no hubiese ningún tesoro… El mero hecho de recuperar lo que es vuestro, es una forma muy bonita de honrar a tus ancestros —comenta con voz calmada mi amiga, a la vez que me coge de la mano y me sonríe con cariño.

Me quedo en silencio mirando a ambos, y luego observo todo lo que la abuela me ha dado como pruebas irrefutables de esta historia. «Es una locura». Me advierte mi mente una y otra vez. Aún así una parte de mí sabe que Raquel tiene razón… Pero, ¿es esa razón suficiente para cometer un robo?

CAPÍTULO 15
ELISABETH

En el instante en que veo como se aleja el coche de Raquel, me arrepiento de lo que estoy a punto de hacer, porque sé que es una pésima idea. Todavía no sé cómo he podido dejar que me hayan persuadido y ahora esté aquí frente a la galería de los Montalvo. El edificio no podía estar en un lugar con más prestigio que a escasos metros de nuestra preciosa playa de La Barrosa. Pero a diferencia de los hoteles que están en primera línea de playa, la «Gadeira - Museum Montalvo». Se encuentra un poco más alejada del bullicio del turismo, pues la construcción está sobre una colina cercana a la famosa Torre del Puerco. Desde este lugar se puede divisar una panorámica de toda la playa, que tiene forma de media luna y es una imagen digna de inmortalizar. Desde aquí podemos disfrutar de las vistas del mar bañando la arena blanca, que resaltan las múltiples construcciones de lujo y una amplia vegetación de copas verdes, características de los pinares que hay en las proximidades a la playa y que por desgracia, cada vez se están reduciendo a causa de las nuevas construcciones.

Fijo maravillada la vista en el horizonte y disfruto del atardecer que con sus colores tiñe el mar, haciendo que este parezca un manto de plata a los pies del mítico templo de Hércules. En ese instante, una idea fugaz cruza mi mente y recuerdo aquel párrafo de la carta que escribió Elcano, mencionaba un templo olvidado, decía así: «*Porque el día que la aguja corone sobre el polvo dorado, vos estará sobre el templo olvidado*». En ese instante comprendo que él se refería al templo de Hércules o también conocido como castillo de Sancti Petri, el tesoro del que hablaba en su carta puede estar en ese lugar.

Camino nerviosa hasta la puerta de la galería y me encuentro con dos hombres de seguridad del tamaño de un gorila, ambos me miran como si lo hicieran desde lo alto de un rascacielos y me hacen sentir diminuta. Les muestro mi entrada a través del código QR del móvil y me dejan libre el camino que da acceso al interior de la galería Montalvo. Una alfombra de color esmeralda me abre paso hasta unas puertas giratorias de cristal con los marcos cromados en color oro.

El interior del edificio me sorprende, porque se aleja de todos los estereotipos de museos y galerías que conozco. Todo su interior es oscuro, sofisticado y elegante, al ser por la tarde aún se filtra la luz natural del atardecer y lo hace a través de una cúpula de cristal que corona el centro de la sala principal de exposición. Todas las paredes de la estancia son de color negro, de las que resaltan pequeñas luces doradas que enfocan a las obras y reliquias expuestas, haciendo que parezcan estrellas caídas del firmamento. El suelo de mármol es del mismo color que las

paredes, tan pulido y brillante que si llevase un vestido corto se me verían las bragas reflejadas en él. Trago saliva, me coloco un mechón de pelo tras la oreja al sentirme inquieta y cojo aire para intentar serenarme al percatarme de la amplia extensión de piezas expuestas por doquier. No va a ser tan fácil de localizar mi objetivo. Al cabo de pocos minutos, de ver algunas piezas y leer sus carteles, me doy cuenta de que la gran mayoría son de origen Fenicio y me detengo a admirar un jarrón con unos dibujos muy elaborados. No puedo negar que una parte de mí se alegra de haber venido, siempre me ha gustado la historia y creo que no hay mejor lugar que este para conocer la de mi ciudad.

—Cerámica fenicia, es una lástima que sea tan frágil pero algunas piezas se han podido reconstruir por completo. —Una voz masculina me sobresalta y me saca de mis pensamientos.

Me doy la vuelta para encontrarme a un joven esbelto, que me observa con interés. Tiene el cabello dorado y acaracolado, con unos ojos verdes tan llenos de vida que lo hacen parecer despreocupado y su barba incipiente marca sus pómulos. Está vestido de traje y sin duda alguna es muy atractivo. Me quedo como una pánfila mirándolo y él me responde con sonrisa amable, hay algo en él que me resulta familiar.

—Hola, ¿nos conocemos? —Le pregunto.

Él guarda silencio durante unos segundos, observándome con detenimiento y acto seguido me ofrece su mano la cual no dudo en estrechar cordialmente.

—No olvidaría una sonrisa como la tuya con facilidad. —Me responde amistosamente regalándome una carismática sonrisa capaz de derretir cualquier corazón femenino de la faz de la tierra—. Mi nombre es Damián Montalvo, nos conocimos en el despacho de mi hermano Cronos. Aquel día que entraste tan cabreada que por un instante pensé que de los ojos te saldrían dos rayos láseres. —Bromea, junto a una risa profunda y me uno a él.

—¡Oh! Es cierto, lo siento aquel día perdí los modales —digo avergonzada apartando la vista de él—. Tú hermano me saca de quicio. Me llamo Elisabeth. —Me presento con una tímida sonrisa.

—Tranquila Elisabeth, a mí también me pone de los nervios. —Me susurra tapándose los labios y haciéndome un guiño, como si fuera información confidencial. Lo cual me hace gracia y siento que me relajo un poco—. ¿Qué te trae por aquí? Si es para volver a cruzarte con él de forma «accidental». Estás en el lugar equivocado, últimamente está tan sumido en su empresa que no sale de su fortaleza —añade con amabilidad.

—No he venido por él —aclaro—. Me alegro de haberte visto, pero no quiero molestarte, así que si me permites… —Dejo las palabras flotando en el aire, a la vez que comienzo a caminar para alejarme de él.

—¿Adónde vas? —Me pregunta a la vez que me sujeta del codo y se pone de nuevo frente a mí—. Huyes de mi hermano, pero te aseguro que yo no soy como él. Yo soy el hermano divertido, y él es el amargado —afirma risueño, desde luego que no tienen parecido alguno.

No me cabe duda alguna de que es el polo opuesto a Cronos en todos los sentidos. Me ofrece su brazo para que lo entrelace con el mío y no sé por qué estúpida razón lo hago, supongo que me transmite confianza y simpatía.

—Está bien, que mejor que un Montalvo para mostrarme la galería —digo con una sonrisa sincera llena de simpatía.

—Esta galería la fundó mi abuelo en 1955, cuando tenía veinticinco años, por lo que ha ido cogiendo renombre y prestigio con el paso de los años. Sobre todo cuando el año 2006 en la zona del colegio público El Castillo, a la espalda de la iglesia mayor de Chiclana se descubrieron

nuevos yacimientos fenicios.

»A través de ese descubrimiento se reveló al mundo que la conocida colonización fenicia no solo fue en *Gadir*, nuestro Cádiz como ahora lo conocemos. Sino que también fundaron ciudades como el castillo de Doña Blanca en el Puerto de Santa María, Sancti Petri y Chiclana. —Hace una pausa y nos detenemos frente a un mapa en relieve que representa aquel asentamiento fenicio del que me está hablando—. Lo que nos llevaba al asentamiento de los fenicios en el consagrado templo del Dios *Melkart* que es el castillo de Hércules, ubicado en Sancti Petri, pues era el primer lugar que los invasores encontraban nada más llegar a las aguas de la Bahía de Cádiz. Lo que la convierte hoy por hoy, en una de las ciudades más antiguas, junto a la misma capital. —Termina de decirme con una sonrisa llena de amabilidad y por un instante me he olvidado de la verdadera razón por la que he venido hasta aquí.

—Conocía la historia de nuestra ciudad, pero jamás había visto parte de las reliquias que se habían descubierto. —Le comento y me detengo enfrente de unas monedas de oro que hay en un expositor de cristal.

La galería está muy concurrida, debido a que estamos en primavera y en esta época del año comienza a aumentar el turismo en la ciudad. Hay varios grupos de extranjeros acompañados de sus respectivos guías turísticos que les van contando historias trepidantes sobre estas piezas, posiblemente muchos de esos relatos son inventados, pero hacen que este lugar tenga más encanto.

Damián sigue hablándome con una cercanía abrumadora que hace que me sienta relajada junto a él. Me da la sensación, de que es como un viejo amigo y sin embargo nos acabamos de conocer. Después de perder la noción del tiempo, la decepción se saboreaba en mis labios al llegar a la conclusión de que no hay ningún reloj de arena, expuesto en la galería Montalvo.

Me despido del hermano de Cronos y le agradezco que me haya personalizado la visita, sin duda alguna ha sido muy agradable pasar la tarde con él. Se me ha pasado el tiempo volando y he disfrutado de cada historia que me ha narrado. Es un tipo cercano y debo de reconocer, que mientras caminaba a su lado mis problemas durante un instante se han desvanecido y que incluso me he olvidado de la verdadera razón por la que estaba aquí.

Damián Montalvo, es una persona extrovertida, despreocupada y a la vez muestra profesionalidad en lo que hace. Poco antes de despedirme de él, me ha comentado que se dedica de pleno a la galería, a diferencia de su hermano Cronos que va y viene. No sé por qué hablar de él, me hace sentir incómoda, pero he intentado disimularlo. Porque ni yo misma comprendo los sentimientos que florecen en mi interior cada vez que pienso en Cronos.

Damián es un hombre transparente, sincero y tan cercano que incluso me ha contado lo del escándalo que ha salpicado al apellido de su familia, por un supuesto fraude en una subasta. Me ha confesado que él no ha tenido nada que ver y lo creo, sé que dice la verdad. Lo que significa que alguien quiere acabar con los Montalvo y eso solamente puede significar una cosa… Que los Montalvo tienen enemigos que esperan deseosos ver caer su imperio.

CAPÍTULO 16
ELISABETH

—No, no y no.

Me niego una vez más, a la vez que me levanto de la silla junto a la mesa donde aún están mi hermano, con Raquel y mi abuela; que permanecen mirándome y sugiriendo ideas nefastas para buscar el reloj.

—¡Vamos tú puedes! —Me anima mi amiga Raquel regalándome una sonrisa.

—No vas a ir a la cárcel por visitar a un viejo amigo de tu abuela —añade con una mirada inocente mi abuela.

—Pero ¿os estáis oyendo? ¿Cómo voy a ir a casa de Agapito Montalvo? ¿Y qué hago cuando me abra la puerta, le doy recuerdos de tu parte? Porque seguro que así no cruzo ni el umbral —afirmo a la vez que camino de un lado al otro de la cocina.

—Llevas razón hermanita, pero puedes ir y hacerte pasar por una vendedora de… ¡Galletas! —Sugiere mi hermano.

—¿Tengo pinta de chica *scout* americana, para vender galletas por las casas? —Les pregunto señalándome la cara.

—Puedes presentarte en su casa pidiendo ayuda. —Sugiere mi abuela.

—Está bien, seré una damisela en apuros. —Les digo alzando la vista al techo y poniendo los ojos en blancos ante tan nefasta idea.

Sin duda alguna éramos unos aficionados, unos ladrones de poca monta, que han perdido la cordura en querer conseguir un reloj del que desconocemos su paradero. Mi hermano desde que se ha enterado de toda la historia, cuando no está trabajando ni con mis sobrinos, se pasa el tiempo viendo películas de aventuras, cómo si así fuéramos a aprender el oficio de cazatesoros como por arte de magia.

Si Raúl no supiera dónde vivía Agapito Montalvo, ahora no estaría aquí enfrente de su puerta. Mi mente es como un mar embravecido y yo me siento como una naufraga entre mis pensamientos. A veces pienso que esto no puede ser real, pero lo es. Estoy a punto de descubrir si el reloj está en casa de Agapito Montalvo y eso lo cambiaría todo.

Me encuentro en una calle sin salida, porque en el extremo opuesto de la misma hay unos dados de hormigón que no permiten el acceso con vehículos, convirtiéndola en una vía privada y residencial. Nunca antes había tenido la necesidad de pasar por aquí hasta ahora.

El ruido de los coches al pasar por las carreteras paralelas, es lo único que rompe la

tranquilidad que se respira en este lugar. Cojo aire y lo suelto lentamente por la boca, me froto las palmas de mis manos con los vaqueros y llamo al timbre. Espero que me respondan por el altavoz del interfono, pero para mi sorpresa la puerta se abre, aunque nadie me ha invitado a pasar. Miro a ambos lados con desconfianza y me aseguro de que nadie me vea entrar en la propiedad Montalvo.

Camino por un sendero empedrado, que es abrazado a ambos lados por césped. Voy pasando por un jardín esplendoroso, con un estanque lleno de peces, hay varias tortugas caminando perezosamente por el césped, un merendero y una piscina que parece no tener final. El lugar parece sacado de una revista de diseño de exteriores y me va guiando hasta la puerta de entrada a la casa que está cerrada. Me doy cuenta de que hay una cámara de seguridad que apunta directa hacia donde estoy y me sitúo de espaldas a la misma. Llamo con timidez y la puerta cede al estar entreabierta.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —pregunto desde la misma entrada sin moverme.

Por cada segundo que pasa, más nerviosa estoy y me giro hacia el jardín confundida al ver que no hay rastro de nadie.

—Hola, has venido antes de la hora. —Una voz áspera y seca hace que me gire para ver a un señor muy mayor, con ojos celestes y cabellera blanca que me observa con desconfianza.

—Verás señor, yo… —Pero hace un gesto con la mano que me interrumpe.

—Está bien, eso demuestra que tienes ganas de trabajar. Mi nieto era el que se iba a encargar de entrevistarte, pero aún no ha llegado así que lo haré yo. Adelante, pasa jovencita. —Me invita a entrar a la vez que me regala una sonrisa anodina.

Lo sigo en silencio y pienso lo que me acaba de decir, no me cabe la menor duda de que me está confundiendo con otra persona y eso no es lo que tenía planeado.

El plan era que fingiría tener el coche pinchado y tener el móvil sin batería. Pero no había barajado la posibilidad de que sucedería algo así y tener que improvisar.

Tras cruzar el umbral de la puerta de entrada, caminamos por un largo pasillo sombrío y el anciano abre unas puertas correderas de madera en color nogal, que dan lugar a lo que parece una oficina. Estanterías que llegan hasta el techo decoran cada pared de la estancia, cientos de libros nos abrazan y quedo hechizada ante un lugar así. Pero me aclaro la garganta cuando me doy cuenta de que Agapito Montalvo me observa desde el otro lado de la mesa de ébano sentado en un enorme sillón de piel.

—Muy bien jovencita, ¿cuál es su nombre y qué experiencia tiene? —Me pregunta a la vez que entrelaza sus dedos y me observa con una mirada cansada.

Sin duda alguna, es mayor que mi abuela, eleva las cejas al ver que tardo más de la cuenta en responder y me entra el pánico de ver que esto está llegando demasiado lejos.

—Lo siento verás es que yo no… no… —Las palabras no me salen, porque sinceramente no sé qué decirle. Pero como si de un milagro divino se tratase, un teléfono comienza a sonar en otra parte de la casa.

El hombre que me observa con ojos apagados y el ceño fruncido, se levanta y me hace un gesto para indicarme que enseguida vuelve. Entonces sé que esta es mi oportunidad.

Observo cada palmo de la estancia. Mi mirada queda atrapada en un sillón negro que está cerca de la chimenea y sobre ella hay una figura del globo terráqueo y a su lado hay un reloj de arena de cristal. Me acerco, lo cojo y lo analizo con extrema atención, pero no es más que un simple objeto decorativo. Lo pongo al trasluz y le doy la vuelta, entonces veo la pegatina de compra. No se parece en nada al dibujo que me enseñó mi abuela, además de que no tiene polvo dorado. Lo dejo en su lugar y mi mirada queda atrapada en una fotografía que está sobre la

chimenea. Me acerco hasta ella y la cojo. Es Cronos cuando era adolescente, sonríe desprevenido a la cámara y es tan diferente al hombre que conozco, que esta instantánea me roba una sonrisa silenciosa.

—Joven ya estoy aquí. Disculpa, pero era mi nieto Cronos …

Tal como oigo su voz vibrante y el nombre de Cronos, me sobresalto. Pongo la foto con tanta rapidez sobre la chimenea, que el marco de fotos no se asienta bien y cae en dirección al suelo. Entonces, hago el intento de cogerlo y debo de parecer que estoy haciendo malabares, para que no se estampe contra el suelo. Cuando logro hacerme con el retrato, suspiro de alivio y me giro hacia el octogenario que exige mi atención y no me pasa inadvertida la confusión que hay en sus ojos.

—¿Conoce a mi nieto? —Me pregunta extrañado a la vez que avanza hacia mí y me siento arrinconada como un cervatillo, al que apuntan con la mirilla de un rifle.

—¿A su nieto? —Repito la pregunta para conseguir tiempo.

Doy otro paso hacia atrás y pierdo el equilibrio, al tropezar con un cesto de mimbre lleno de leña. Mis brazos se mueven haciendo aspavientos para mantener el equilibrio, pero no lo consigo y en milésimas de segundos, intento agarrarme al filo de ladrillos rojizos que decora la parte superior de la chimenea, pero tampoco lo consigo. Me agarro finalmente a la pata de la cortina para mantenerme en pie, y esta se desengancha del cortinero con mi peso y finalmente caigo de culo sobre el suelo. Dándome un golpe seco en el trasero que hace que me queje del dolor. No veo nada, ya que sobre mi cabeza está la tela de la cortina que acabo de arrancar y en ese instante quiero que la tierra se abra en dos y me trague. Todo ha sucedido muy rápido.

Siento las mejillas arder de vergüenza y me quito el visillo de encima de la cabeza con miedo a ver el desastre que he debido de causar. La cara de espanto de Agapito lo dice todo, está petrificado frente a mí con mirada atónita. Entonces me doy cuenta de que observa con la mirada fija un jarrón que afortunadamente no se ha roto al caer sobre la alfombra, pero del que se ha derramado todo su contenido. Trago saliva, al comprender que acabo de esparcir las cenizas de un difunto, que probablemente es su esposa fallecida, sobre el suelo de la estancia.

«¡Oh Dios mío! Esto no me puede estar pasando».

El abuelo de Cronos me mira roto de dolor y se lleva la mano al pecho a la vez que comienza a hiperventilar. Le tiemblan las piernas y me levanto con rapidez para evitar que se desplome. Su respiración se vuelve torpe y un sudor frío baña su rostro. Lo sujeto, pero pesa demasiado y le ayudo a sentarse en el suelo, para amortiguar la caída. Por cada segundo que pasa, su rostro está más rojo, respira de forma errática y tiene la mirada perdida, balbucea algo ininteligible y acto seguido, se desvanece en mis brazos.

—¡Ay por Dios! No se muera. —Le pido desesperada con lágrimas en los ojos.

Pero su cuerpo está inerte en mis brazos, entonces con cuidado lo tumbo por completo en el suelo. Mi primer instinto es zarandearlo, pero no responde, los nervios y la angustia se apoderan de mí y saco mi móvil para llamar a urgencias.

Desde ese instante, todo parece suceder a cámara lenta. Los minutos se me hacen eternos, corro despavorida para dejar la puerta abierta del domicilio y regreso de nuevo junto a él. Intento mantener la calma, para poder centrarme y recordar un curso que hice en la universidad de primeros auxilios. Entonces comienzo a hacerle la reanimación cardiopulmonar. Al cabo de pocos minutos, los brazos me duelen de ejercer presión sobre su pecho y solo pido una y otra vez que no se haya muerto.

Cuando oigo la sirena de la ambulancia comienzo a gritar pidiendo ayuda, me voy a desgañitar, pero el pánico ya se ha apoderado de mí. Las lágrimas surcan mi rostro y solamente

ansío que los equipos sanitarios nos encuentren nada más entrar. No dejo de hacerle la reanimación, hasta que un equipo de médicos y enfermeros llegan para atenderle. Me siento a su lado exhausta con la mirada borrosa por las lágrimas, no soy consciente del tiempo exacto que tardan en reanimarlo y subirlo en la camilla para llevarlo al hospital. Camino tras los médicos y no dudo en acompañarlo y subirme a la ambulancia junto a él.

Por el camino todo se complica, y Agapito Montalvo entra en estado crítico por las puertas de urgencias. Cuando un médico se acerca a mí, le explico que no soy ningún familiar, pero no me pienso ir de aquí hasta saber que está fuera de peligro. Me siento culpable de haberle causado un infarto. ¿En qué estaba pensando cuando accedí a entrar? Si se moría, tendría un cargo de conciencia enorme durante toda mi vida.

Mi móvil ha estado sonando sin cesar, pero he preferido apagarlo antes que responder a mi familia. No sé el tiempo que ha pasado desde que se lo llevaron a críticos y sigo sin noticias de él. Hasta que sale el médico que nos atendió nada más llegar a urgencias y me informa de que Agapito Montalvo, está fuera de peligro. En ese instante, comienzo de nuevo a llorar desconsolada, dejando escapar toda la tensión acumulada. Entro para verlo y me encuentro la mirada de compasión de la enfermera, él duerme profundamente y parece que está en un estado de inconsciencia. Me siento a su lado abatida y le cojo de la mano y miro al cielo dando gracias de que está vivo.

Cuando oigo un alboroto en el pasillo me pongo tensa y miro con atención a la puerta de la habitación, que no tarda en abrirse con fuerza como si de un vendaval se tratase. La mirada alterada de Cronos se vuelve abrasiva cuando me reconoce y me ve junto a su abuelo. Me levanto para darle una explicación y él camina furioso hasta mí y siento que me juzga incluso antes de que pueda explicarme.

—¡Tú! —Me señala acusatoriamente, mirándome con aversión—. ¿Qué diablos hacías en su casa? Juro por Dios, que si se muere por tu culpa te las verás conmigo. —Me increpa y amenaza con dureza, desprecio e irá.

—¡Cronos! —Una voz femenina que lo llama con calma, me saca de este huracán de emociones en el que me encuentro.

Entonces, encuentro a una mujer esbelta de unos cincuenta años, con piel bronceada y un corte de pelo al estilo *bob*, que la hace parecer más joven aún. Me observa con ternura desde el otro lado de la cama donde descansa Agapito. Su mirada es dulce y está llena de comprensión.

—Gracias por salvarle la vida. —Me dice la mujer con una mirada cargada de agradecimiento.

—Pero si ella es la causante de esta desgracia. —Me juzga Cronos.

—Disculpa a mi hijo, está alterado y no piensa con claridad —responde ella con una cordial sonrisa.

Cronos guarda silencio, traga saliva y no me da tiempo a que le pueda responder, porque me saca de la habitación con rapidez. Me lleva cogida de la mano con firmeza y sus dedos entrelazados con los míos me hacen sentir en el mismo infierno. Nos alejamos un poco y nos detenemos al final del pasillo, entonces él me suelta como si mi contacto le quemase. Ignoro su mirada ardiente y me dirijo hacia el ascensor que está a unos metros. Pulso el botón y cierro los ojos deseando que no tarde en llegar.

—¿Qué hacías allí? Porque ya es mucha coincidencia. —Su pregunta llena de desconfianza no me pilla desprevenida.

—Fui por el trabajo. —Improviso y le miento sin ni siquiera mirarlo.

—Pues ahórrate volver. —Me ladra acercándose a mí de forma inconsciente y hace que

lo mire con hastío.

—Y tanto que lo haré, imbécil… —mascullo furiosa, a la vez que el ascensor abre sus puertas y no dudo en entrar.

Pero él no es capaz de dejarlo estar y me sigue adentro, se acerca a mí con la mandíbula tensa y mirada feroz. Su presencia me hace sentir incómoda y más culpable de todo lo sucedido si cabe.

—Te odio. —Le suelto y él sonríe con amargura, acercándose aún más a mí.

Retrocedo hasta que mi espalda toca la pared de acero, entonces él pone sus manos a ambos lados de mi cabeza y me observa de forma penetrante.

—El odio es mutuo. —Me susurra a escasos centímetros de mi rostro, clavando sus ojos zafiro en mis labios, su presencia me envuelve y me inquieta—. No quiero saber que diantres hacías allí y además no quiero volver a verte cerca de mi familia. ¿Entendido? —Me exige con soberbia y yo pestañeo atónita ante todo lo que está sucediendo.

Trago saliva para recomponerme y ambos guardamos silencio. Levanto mi rostro y le sostengo la mirada, es palpable la tensión que nos rodea y aguardo en silencio hasta que las puertas del ascensor se abren.

—Hasta nunca. —Le suelto con una seguridad que no siento, pero que no pienso demostrarlo.

Es un cavernícola, cabezota, testarudo y un capullo. Aunque tal vez es mejor así, porque explicarle lo sucedido implica mentirle y odio las mentiras. Lo desafío con la mirada durante una fracción de segundo y veo la confusión en su rostro al ver que no pienso decirle nada más. Lo empujo para apartarlo de encima y salgo con la necesidad de alejarme de él. Pero no lo deja estar, me sigue en silencio como un depredador y entonces me cruzo con una chica cuyo rostro me es familiar y él se detiene para saludarla. Sin duda alguna, esa chica debe de ser su novia.

Me enfado conmigo misma, por dejar que me afecte su presencia en la forma que lo hace. Cuando salgo del hospital siento que comienzo a respirar de nuevo. Me siento estúpida, torpe y vulnerable, esto ha sido una auténtica locura. Saco mi móvil del bolsillo y llamo a Raquel para que me recoja. No le doy explicaciones cuando me pregunta que diantres hago en el hospital, pero no respondo y cuelgo. Porque solo quiero cerrar los ojos y despertarme de esta pesadilla.

CAPÍTULO 17
CRONOS

Había pasado más de una semana desde aquel altercado en el hospital con Elisabeth, y desde entonces no había vuelto a saber de ella. No me sentía orgulloso de cómo la traté y tampoco ayudaba la desaprobación de mi familia con mi actitud, ya que solo me hacían sentir aún peor. Sobre todo, porque mi abuelo le está muy agradecido por haberle salvado la vida. Así que no puedo parar de recordar mis palabras llenas de odio hacia aquella inocente chica, que en su mirada oscura parecía esconder un universo entero. Si no llega a ser porque Elisabeth le hizo la reanimación a mi abuelo, él hoy estaría en otra urna de cenizas junto a la de mi abuela.

Estaba confuso, frustrado y enfadado conmigo mismo. « ¿Qué por qué lo estaba? » La juzgué y reconozco que fui demasiado duro con ella. Todos tienen razón, incluso los médicos nos informaron de que, si Elisabeth no hubiese estado con él, le hubiese dado igualmente. Ya que llevaba encontrándose mal desde que se levantó esa misma mañana. Así que ella no fue la causante del infarto de mi abuelo. En todo caso fue el detonante, pero actuó con rapidez y le salvó la vida. « ¿Era eso suficiente para perdonarla? ¡Claro que sí! » La cuestión era, si ella me perdonaría a mí.

Me había mentido, porque no era la chica a la que íbamos a entrevistar para que fuese la cocinera de mi abuelo. « Entonces, ¿qué hacía allí? ¿qué tramaba? » Preguntas de las que no tenía respuestas. La llamé al día siguiente cuando entré en razón y comprendí que había sido un auténtico capullo con ella. Pero no obtuve respuesta por su parte. Entonces fuí a la casa de su abuela y cuando aquella anciana me miró con decepción, comprendí que sabía más de lo que a mí me gustaría. No me dejó entrar para explicarme y me advirtió que me alejara de su nieta.

Estoy desesperado y ni yo mismo lo comprendo, así que ayer llamé a su hermano, necesitaba respuestas. Pero él actuó como si no supiera nada de mi relación con ella y me informó de que Elisabeth estaba fuera de la ciudad. Se había ido, se había marchado y eso me volvía loco.

Camino de un lado a otro como un león enjaulado en la biblioteca de mi abuelo. Todo vuelve a estar en su lugar como si no hubiese pasado nada, me paso las manos por el pelo frustrado y me desagrada sentir la mirada de desaprobación de mi abuelo. Lleva varios días

enfadado conmigo, sobre todo cuando preguntó por Elisabeth y no me quedó otra que contarle la verdad.

—¡Quieres estarte quieto! Me estás mareando. —Se queja mi abuelo que desvía su mirada de mí.

—Tienes que disculparte con ella. —Me vuelve a recordar mi madre que está apoyada junto a la ventana.

—No puedo, lo he intentado y tal vez es mejor así, porque esa chica me irrita —afirmo pellizcándome el puente de la nariz.

—Eso es porque te gusta —añade mi madre con diversión y guardo silencio para aceptar esa realidad.

—¿Sabes? No tienes de qué preocuparte, tu hermano ya lo está haciendo por ti —comenta mi abuelo con indiferencia.

—¿Qué? —Le pregunto sin comprender a que se refiere.

—Me refiero a que él se está disculpando con Elisabeth en tu nombre. La ha invitado a cenar. —Me informa mi madre.

—¿Cómo? ¿Por qué ha aceptado quedar con él? Si a mí me tiene vetado. —Le explico sintiéndome traicionado por todos.

Miro mi móvil y veo que mi hermano me ha mandado una foto de Elisabeth caminando hacia él y junto a la imagen, un mensaje con dos palabras que me han dejado obnubilado… « Mi cita ».

—Tal vez porque… —Hace una pausa como el que finge pensar—. Porque tú mismo te portaste como un cabronazo con la inocente chica.

—Elisabeth no tiene nada de inocente abuelo. —Le advierto, pensando una vez más que oculta algo.

—Bueno, es cierto que no sabemos porqué estaba aquí, pero sí tenemos certeza de que no se llevó nada de valor de la casa y me salvó la vida, eso es todo. Así que le estoy agradecido y tu hermano se ofreció a hablar con ella en mi nombre —comenta relajado.

—¿Y no piensas el motivo real por el que ha accedido a ir? —Me torturo una vez más mirando la foto que acabo de recibir de mi hermano e intento conocer el restaurante en el que están.

—Porque tú hermano la conoce, digamos que es amigo de ella y sería más fácil para que la pueda convencer de que acepte el trabajo que le quiero ofrecer. —Lo observo con el ceño fruncido al oír tal afirmación.

—¿Desde cuándo son amigos? ¿Qué trabajo? Te recuerdo que no era la chica que iba a hacer la entrevista. Es sospechosa. —Recalco sentándome en el sofá. Apoyo mis codos sobre mis rodillas y me sujeto la cabeza derrotado, intentando comprender todo.

—Mejor que te lo explique él, ¿no crees? Deberías ir al restaurante en el que están y actúa como te hemos educado. —Me sugiere mi abuelo y se marcha.

Decido ir a verla y no me pasa desapercibida la sonrisa victoriosa de mi madre. Sé dónde están, he reconocido aquel chiringuito de Sancti Petri con facilidad. Sobre todo, porque es el lugar en el que mi hermano suele quedar con sus citas, un sitio sencillo, tranquilo e informal. Sin duda alguna, tiene su encanto al estar en la misma playa. Por las noches iluminan el camino hasta el restaurante con antorchas y se aprecia el sonido del vaivén de las olas que acompañan la melodía que suena de fondo en el restaurante.

Conduzco hasta allí con la mente a mil por horas, mi teléfono suena y lo cojo por el manos libres, sin fijarme siquiera en quién me llama.

—Cronos ya he vuelto de hacer la campaña de bikinis de la que te hablé, estoy en mi

casa. ¿Qué te parece si vienes y cenamos? —Me pregunta Marisa y guardo silencio unos segundos para buscar una respuesta que no le haga perder los estribos.

—Estoy trabajando Marisa y saldré tarde. —Le miento a la vez que miro el horizonte y veo como el cielo se está llenando de nubes.

—Estás con otra, ¿es eso? —Me increpa con voz rota y suspiro derrotado de este sinsentido.

—Necesito espacio Marisa, creo que ya lo hemos hablado. —Le comento cansado de repetirlo por enésima vez.

—Quiero que me digas quién es… —Insiste.

—No hay nadie. —Le aseguro—. Pero independientemente, lo nuestro se acabó hace meses.

—No puedes dejarme, eso lo decido yo. ¡RECUÉRDALO! —Me grita con voz aguda y acto seguido cuelga.

Voy llegando al poblado de Sancti Petri pensando en Elisabeth. Reconozco que llevo días con una guerra interna entre mi razón y mi corazón. Porque debo de reconocer, que esto que siento por ella ha comenzado antes de que yo mismo lo aceptase. Esta chica, se ha colado de forma inesperada en mi vida y lo hizo desde aquella noche que nos conocimos de la forma más espontánea que jamás pensé, y justo cuando creía que no volvería a verla más, me volví a cruzar con ella como si fuera un capricho del destino. ¿O tal vez, soy yo que me resisto a aceptar la realidad? porque me acojona admitir que Elisabeth Torres Besallotes me gusta a rabiar y me ha calado hasta la médula. Solo de pensar en las intenciones que tiene mi hermano con ella, me pone enfermo de celos y yo jamás he sentido celos por nadie. Sé que es tarde para reconocer lo que siento por ella, sobre todo cuando he sido el causante de cargarme cualquier camino que me lleve hasta su corazón.

Si pienso que todavía tengo alguna posibilidad, esta se ha disipado en el instante en que entro en el restaurante y Elisabeth me ve y me fulmina con la mirada. Tal como me detengo junto a ellos, su mirada se vuelve aún más distante y fría, tanto que estoy convencido de que podría helar a cualquier corazón. Aparta la vista orgullosa y toma su bolso para marcharse.

—Por favor Elisabeth, no te vayas. —Le suplico a la vez que la sujeto del codo, pero no me hace caso y tira para soltarse de mi agarre.

Miro con urgencia a mi hermano que se tapa la boca con disimulo, para ocultar que está sonriendo y disfrutando de lo lindo.

—Adiós Dam. —Se despide de él y se intenta marchar de nuevo.

Pero no la suelto, hay un forcejeo efímero cuando mi agarre la desequilibra y casi cae de bruces contra mí. Ella cierra sus ojos sin poder soportar mirarme.

—Suéltame, me haces daño. —Me exige con la mandíbula tensa y sacude su brazo para librarse de mí y la suelto.

—No te vayas, solo te pido cinco minutos. —Suplico.

—Llegas tarde para pedir cinco minutos. —Masculla.

—¡Eh hermanito! Déjala en paz. —Me pide mi hermano que hasta ahora había estado disfrutando del espectáculo.

Él se pone en medio, apartándome de un empujón, dejándome fuera de lugar y se sitúa frente a ella.

—Solo quiero que me des una explicación. —Le digo con voz calmada, pero Elisabeth es terca y guarda silencio mientras que mira a mi hermano.

—No tienes por qué dárselas, mi abuelo piensa que eres su ángel de la guarda porque le

salvaste la vida —afirma Dam con una sonrisa traviesa, quitándole importancia al asunto. Ella lo mira sorprendida y veo como una tenue sonrisa de alivio se escapa entre sus labios—. ¿Eli, quieres ser mi ángel también? —Le pregunta con descaro y aunque no puedo ver su rostro, sé que seguramente está mirándola como si fuese un animalito abandonado. Cierro mis manos como puños y me frustro aún más al ver el efecto que tiene en ella. Así que mi lado más troglodita sale a flote.

—Como te atrevas a dar un paso para irte, pienso llamar a la policía para mostrarle las imágenes de las cámaras de seguridad de casa de mi abuelo y no voy a ser yo, sino ellos los que te pidan una explicación real de qué cojones hacías allí. Así que siéntate y hablemos. —Le ladro, aunque sinceramente una parte de mí no quiere saber la verdad de por qué diantres estaba allí.

Estamos dando un espectáculo, muchos de los presentes nos observan con demasiada atención y ella se da cuenta, pero al parecer no piensa dirigirme la palabra.

—Este capullo que tengo como hermano, dice que siente mucho como te trató en el hospital, que el miedo de perder a mi abuelo le pudo más porque es como nuestro padre ya que el nuestro murió cuando éramos unos críos. Por favor, siéntate, el demente de mi hermano ya se iba.

Mi hermano intenta limar asperezas, la coge por los hombros y se los frota con cariño, veo como ella se relaja y eso me vuelve loco. Acto seguido se gira hacia mí y me hace un gesto para que lo siga. Lo hago sin rechistar y cuando estamos afuera agradezco la brisa marina que nos acaricia, para calmar un poco el fuego interno que siento. Estoy celoso, tengo ganas de estampar mi puño en su cara, pero me contengo. Aprieto la mandíbula con fuerza y espero que me explique algo. Dam me palmea la espalda de forma amistosa y sonríe despreocupado.

—Hermanito no quisiera estar en tu pellejo. —Rompe el silencio con voz vacilante.

—¿Qué sabrás tú? —Le espeto.

—Pues que la has cagado con ella, es una mujer increíble y me parece muy interesante. He visto más que suficiente en esa chica. —Me responde mirándome divertido, a la vez que lanza las llaves de su coche al aire.

—Ni se te ocurra. —Le advierto sabiendo sus intenciones y él me sonríe de forma lobuna.

—Ya se me ha ocurrido —comenta divertido y mira hacia el restaurante—. Siempre me dices que debo sentar cabeza y tal vez Elisabeth, sea el principio…

CAPÍTULO 18
ELISABETH

Jamás en toda mi vida había vivido una experiencia tan amarga y agonizante. Había sentido pánico, así que me prometí que si Agapito Montalvo vivía, dejaría la locura de buscar respuestas a una historia ancestral que tal vez solo era eso, una historia del pasado y debíamos de aceptar que no podíamos cambiar el final. Que solamente nos quedaba un puñado de recuerdos familiares, que se habían ido guardando en aquella caja que mi abuela sacó de la fuente del patio.

Así que, cuando hablé con las tres cabezas pensantes que se habían creído que yo era « *Nicolas Cage* » , les dejé muy clara mi postura. No me rebatieron nada, sobre todo cuando fueron conscientes de que casi muere un hombre por mi culpa. Estaba asustada solo de pensar que de un momento a otro la policía podía llamar a la puerta para interrogarme. Pero según mi amiga Raquel, yo había visto demasiadas películas. Los días pasaron y nadie vino a juzgarme.

Recibí llamadas de Cronos, aunque no pensé en responderle a ninguna de ellas. Es un capullo insensible, que me irrita, me fastidia y cada vez que estoy cerca de él mi corazón se acelera. Una parte de mí quería saber sobre el estado de salud de Agapito, así que se me ocurrió contactar con la galería para hablar con Dam. Le dejé un mensaje a su secretaría y él no tardó en devolverme la llamada. En todo momento fue amable y tal vez por eso accedí a cenar con él.

Hacía años que no venía a este lugar, lo han renovado por completo dándole un aire más fresco, veraniego y elegante. Todo el local está repleto de diversas plantas exóticas que hacen resaltar las paredes de madera blanca. La conversación entre ambos es tan natural que por un instante me olvido del apellido que lleva y de todo lo que me ha acontecido con los hombres de su familia.

Damián Montalvo, es risueño, bromista y en su mirada encuentro franqueza. Cuando me ha hablado del infarto de su abuelo, me ha comentado que es el segundo que sufre y me siento mal cuando me agradece que estuviese allí aquel día. Pienso aclarar todo y justificar de algún modo mi visita. Pero entonces veo a Cronos entrar en el restaurante y me pongo tensa al saber que se dirige hacia nosotros. No soy capaz de volver a enfrentarme a él. Siento la repentina necesidad de marcharme, tengo que huir, porque estar cerca de Cronos me rompe el corazón. Está claro que estos hermanos son la noche y el día.

Tras nuestro vergonzoso enfrentamiento, se me hace eterna la espera, hasta que veo regresar a Dam que vuelve solo. Se sienta frente a mí y veo que en su mirada no hay rastro de desagrado. Me sonríe con calidez y me coge de forma inesperada la mano.

—Siento mucho que te hayas podido sentir incómoda por el idiota de mi hermano. Es un

buen tipo, aunque le cuesta reconocer las cosas a tiempo. —Me dice acariciándome con el pulgar mi piel.
Me incomoda esta repentina cercanía, así que me suelto de su agarre y retrocedo avergonzada. Dam parece ignorar mi gesto y ensancha su sonrisa.

—No te preocupes —respondo todavía ruborizada—. Verás yo fui a ver a tu abuelo, porque…

—Porque querías trabajar para él. —Una voz gutural, severa e intensa hace que dé un respingo y cuadre mis hombros.
Cronos no tarda ni un segundo en sentarse a mi lado y me observa de forma hipnótica.

—No, verás es que hubo un malentendido. —Aclaro con voz trémula y mirada poco convincente.
Él no se cree ni una palabra de lo que le digo y una sonrisa descarada aparece en su rostro, dejándome fuera de lugar.

—Claro, fuiste a la galería Montalvo, la cual te enseñó con mucho gusto mi hermanito —comenta con mirada hostil a Damián, que se mantiene en silencio de forma expectante—. Como quieres ser fotógrafa, pues pensaste que trabajar en la galería era un pase a adquirir experiencia… —No dejo que siga y lo interrumpo.

—Te equivocas. No quiero estar en ningún lado que tenga algo que ver contigo. —Lo corrijo, agarrando con firmeza el filo de la mesa para contenerme de dar un golpe en la mesa y perder la compostura.

—Me da igual tu rechazo. —Me responde acercándose a mí de forma provocadora—. Porque no lo acepto… Así que estás contratada —afirma y pestañeo confusa varias veces, procesando lo que acabo de oír.
No respondo y le mantengo la mirada de forma descarada. Las carcajadas de Dam rompe la burbuja de tensión y ambos lo miramos.

—Bueno me tengo que ir —comenta Dam, a la vez que se levanta—. Mi labor aquí ha terminado, nos vemos pronto Elisabeth. —Se despide apresurado, a la vez que me regala un guiño de forma traviesa.

—¡Espera! —Lo llamo, pero no se detiene.
Tal vez no me ha oído, porque un grupo de músicos comienza a actuar en directo y el sonido hace que mi voz haya sonado amortiguada. Veo que no se gira ni un instante y lo pierdo de vista cuando sale.

Entonces miro con hostilidad a Cronos que tiene una sonrisa victoriosa y eso me molesta. No pienso decirle nada más, así que cojo mi bolso y camino apresurada hacia afuera. Llego tarde al aparcamiento cuando las luces del coche de Dam, se pierden en la lejanía de la noche y, maldigo saber que me he quedado sola con él. Sobre todo, porque estoy enfadada conmigo misma al sentirme nerviosa cuando clava sus ojos en mí. No vuelvo la vista hacia atrás y camino en dirección hacia la parada de taxis, pero él me alcanza y me sujeta la mano para detenerme. La noche se ha vuelto hostil, el cielo está lleno de nubes y un viento gélido advierte que en cualquier momento puede comenzar a llover.

—¿A dónde vas? —Me pregunta con desesperación.

—¡Me voy! —Exclamo exasperada.

—No, porque tenemos que hablar. —Me exige con voz severa.

—No hay nada de lo que hablar Cronos, me dejaste muy clarito que no querías volver a verme. —Le recuerdo sus palabras en el hospital y trago saliva, para intentar diluir el nudo que se me forma en la garganta solo de recordar lo capullo que fue conmigo.

—Eso era antes —afirma.

—¿Antes? —pregunto incrédula como si no hubiese oído bien y él asiente—. ¿Antes de qué Cronos? —Le exijo.

Él baja la mirada, traga saliva y el tiempo parece detenerse hasta que vuelve a romper el silencio ensordecedor.

—Antes de reconocer que me acojona estar cerca de ti, porque no me reconozco. Porque cuando estoy contigo me siento vulnerable, expuesto y jamás me había sentido tan frágil con nadie. —Me responde con tanta sinceridad que me deja abrumada.

Siento que por primera vez me mira sin barreras y un escalofrío me recorre la espina dorsal, sus ojos recorren mi rostro con urgencia y se detiene en mis labios. Da un paso hacia mí y yo retrocedo, intentando mantener mi corazón a salvo.

—¿Qué quieres decir? —Le pregunto asustada sintiendo temblar todo mi cuerpo por la adrenalina, y la agitación de tantos sentimientos encontrados.

Me humedezco los labios a la vez que cojo aire e intento que me sea indiferente. Cronos me coge otra vez la mano y se aproxima hacía mí. Nuestros rostros están cada vez más cerca. Esta vez no me alejo y él se lleva mi mano a su pecho. Siento en la palma de mi mano los latidos acelerados de su corazón y una sonrisa nerviosa se escapa de mis labios, al saber que él no está tan sereno como aparenta.

—¿Recuerdas el día que nos vimos por primera vez? —Me pregunta con una sonrisa juguetona.

—Como no acordarme. —Le respondo más relajada.

—Esa noche, en el instante en que nuestras miradas se encontraron, mi corazón comenzó a latir de una forma que no lo había hecho nunca antes y ahora lo comprendo. Porque Elisabeth, eres como esa brisa inesperada de aire fresco que empuja las velas de mi vida, cambiando el rumbo de todo lo que yo siempre había pensado que quería.

» Mi vida siempre había sido tranquila, planificada y fácil. Sin embargo, reconozco que me he comportado siempre como un auténtico capullo contigo y admito que es por miedo. Estaba acojonado, de reconocer esto que siento por ti, así que opté por la vía fácil, que era alejarte de mí y no volver a verte. Pensaba que mis sentimientos hacia ti era algo pasajero, pero tú me haces sentir vivo. Verte esta noche con mi hermano y su conversación aquí afuera, me hizo ponerme celoso. Pensé que llegaba tarde, pero ahora sé que solo fue una estrategia de las suyas para animarme a dar el paso. —Sonríe—. Me dijo que iba a intentar comenzar una relación contigo y eso me empujó a saltar del muelle de mi corazón hasta el océano embravecido que es nuestra relación. Quiero intentarlo, sé que no te merezco, pero soy un tremendo egoísta por quererte en mi vida. —Me declara con una dulce sonrisa a la vez que acuna mi rostro entre sus manos. Sin ser consciente cierro los ojos al sentir mi corazón saltar de alegría.

—¿Por qué has tenido que aparecer? —Le pregunto abrumada y vuelvo a mirar esos ojos profundos y de mirada sincera.

—Para encontrarte.

Sin darme tiempo a decir nada, Cronos me besa con decisión, como si nunca antes hubiera estado tan seguro de ello. Un beso totalmente diferente al que me robó aquella noche después de haberme lanzado a la piscina.

Hundo los dedos en su pelo y él mordisquea suavemente mis labios, a la vez que me abraza. Me rindo a sus labios que acarician los míos con suavidad, entreabro la boca y su lengua

acaricia la mía, en una danza íntima llena de deseo. Un suspiro se me escapa de forma involuntaria y en medio del beso, él sonríe y todo se detiene.

—Me siento pleno desde que apareciste en mi vida y ahora entiendo que cada día, cada hora, cada jodido segundo… Te esperaba a ti. —Su voz es áspera y con sus palabras me acaricia el alma. Apoya su frente sobre la mía y cierra los ojos, soltando un suspiro derrotado—. Nunca quise hacerte daño Liz. —Su afirmación y llamarme de esa forma tan íntima hace que todas las barreras que mantenían mi corazón a salvo desaparezcan.

—Pero lo hiciste —susurro recordando aquel día en el hospital, entonces parpadeo para contener las lágrimas.

—Sí —afirma e inhala profundamente—. Y no sabes cuánto me arrepiento. Lo siento muchísimo. —Cierra los ojos durante unos segundos y cuando los abre, su mirada está cargada de arrepentimiento y sinceridad—. Haría cualquier cosa por retroceder y cambiar todo lo que ocurrió, fui un completo idiota al pensar que era más fácil olvidarte si tú me odiabas. Pero me equivoqué y me duele lo capullo que fui, le salvaste la vida a mi abuelo y siempre te voy a estar agradecido por ello.

Sus palabras me calan hasta lo más profundo, la culpabilidad se hace presente en mí y cierro los ojos con fuerza. Sé que enamorarme de Cronos Montalvo es un tremendo error, pero también es inevitable. Estamos en silencio y cuando vuelvo a abrir los ojos, él espera que le hable. Dudo mucho, tal vez demasiado, en ser sincera. Pero hay una ínfima posibilidad de tener un futuro con él, un mañana que ahora es como un lienzo en blanco y de nosotros depende llenarlo de todas las tonalidades de colores que tiene el amor. Así que me armo de valor para hablarle.

—Cronos, no tienes la culpa de todo. Porque hay algo que debo contarte. —Guardo silencio unos segundos—. Fue casualidad que nos tropezáramos aquella noche en el aparcamiento del restaurante y también cuando me equivoqué aquel día que embadurné tu coche de salsa en el evento del hotel. Pero cuando fui a la casa de tu abuelo no fue…

Un relámpago que alumbra en el cielo me interrumpe y un trueno ensordecedor hace retumbar todo. Es la advertencia de que, de un instante a otro, la noche se va a cerrar en una tormenta. El viento se vuelve más huracanado y en cuestión de segundos comienza a diluviar. Mi primera intención es que nos resguardamos en el restaurante, pero Cronos me coge de la mano y corremos hacia el aparcamiento. Los intermitentes de su coche destellan en la oscuridad al abrirse el coche y nos subimos.

—¿Estás bien? —Me pregunta acercándose a mi rostro y dándome un beso fugaz que me hace sonreír y asiento.

Cronos arranca el coche y se incorpora a la carretera. Los limpiaparabrisas se mueven a máxima velocidad y aún así, no se ve con nitidez por la abundante tromba de lluvia que está cayendo. Menos mal que conduce con cuidado.

—Es un golpe de agua, en unos minutos aflojará. —Le digo intentando convencerme a mí misma, para mantenerme en calma.

Cronos me mira fugazmente y apoya su mano en mi rodilla, en un gesto íntimo y cercano de que todo está bien. Pero de repente una mancha blanca se cruza en nuestro camino y grito asustada. Él frena abruptamente y durante un instante solo se oye el chirrido de los neumáticos deslizar en el asfalto mojado. Cierro los ojos con fuerza al sentir el cinturón de seguridad bloquearse para mantenerme sujeta en el mismo sitio. No hay golpe, ni atropello, ni nada parecido. Pero entonces ¿qué era eso?

Cronos está tenso con la vista clavada en un lateral de la calzada y veo como la mancha blanca se mueve alejándose de nosotros. Bajo la luz de la farola, reconozco que es un perrito que

está asustado, mojado y cojea. Afortunadamente nosotros no lo hemos atropellado, pero tal vez otro coche ya lo ha hecho. Sin pensarlo dos veces me bajo del coche, y en ese momento no me importa que esté diluviando y que el cielo cruja por los truenos. Conforme me acerco al pobre animal este se detiene atemorizado y agacha su cabeza con nobleza cuando se percata de mi presencia. Enseguida me doy cuenta de que es una bodeguera, es joven y está desnutrida a pesar de su gran panza de embarazada.

—Oh vamos preciosa, estás asustada por las tormentas. —Le hablo con cariño y me doy cuenta de que está muy gordita—. Pronto vas a ser mamá, ¿verdad bonita?

—Casi tenemos un accidente por el maldito chucho y ahora te bajas con la que está cayendo—. Me brama irritado y me giro hacia él y lo fulmino con la mirada.

—Casi. Tú lo has dicho. —Le respondo y me pongo en cuclillas para acariciar con cuidado a la perrita—. Te gusta que te den cariñitos, ¿a que sí gordita? — Le pregunto con voz melosa y sonrío cuando mueve el rabo y se pone panza arriba para que le acaricie la barriga.

—Estamos poniéndonos empapados por una perra callejera. —Me increpa Cronos, y me fijo en que tiene la camisa tan mojada que se le adhiere al cuerpo. Se me ocurre una idea así que sonrío.

—Puedes traerme tu chaqueta por favor. —Le pido ignorando lo que acaba de decir y me sorprende cuando se gira hacia el coche para cogerla.

—¡Pequeña eres preciosa! Y la vida es tan desagradable contigo como este señor tonto, ¿a que sí? —Le pregunto con dulzura a la perrita y Cronos pone sus ojos en blanco fingiendo que le molesta y me hace reír. Me mira con desconfianza cuando cojo su chaqueta seca y envuelvo en ella a la perra.

—¿En serio? ¿Acabas de usar mi chaqueta Louis Vuitton para este chucho sucio? —Me pregunta atónito y le sonrío, cogiendo al animal en brazos y caminando hacia el coche.

—Vamos, seguro que tienes más. Te prometo que te la devolveré impoluta. Está embarazada, ¿no lo ves? —Le pregunto con inocencia pasando por su lado y lanzándole un beso travieso, que lo hace sonreír y negar para sí. El animal se acomoda en mis brazos y tirita de frío.

—Desde luego que no dejas de sorprenderme —afirma pensativo.

—Ni tú tampoco, estás hecho todo un bonachón. —Le respondo feliz cuando nos subimos al coche, sin que me reproche nada más.

No hablamos más durante el trayecto. El silencio que nos envuelve es reconfortante. Cronos va atento a la carretera y yo voy embobada mirando a la perrita que llevo en mi regazo y se ha hecho una bolita. Le acaricio la cabecita y ella cierra los ojos cansada.

Cronos parece pensativo y cuando cambia de dirección, sé que no vamos a casa de mi abuela. Bordea toda la costa hasta llegar a la segunda pista de la playa de La Barrosa. Gira hacia una calle sin salida y el coche se detiene ante una puerta corredera. Cuando esta se abre, entramos a la que supongo que es su casa. Aparca el coche en un enorme garaje que está comunicado con el resto de la vivienda y nos bajamos refugiados de la lluvia al estar unido a la vivienda.

—¿Vives aquí? —Le pregunto a la vez que me bajo con la perrita en brazos y me giro para ver caer el agua sobre el camino empedrado por el que acabamos de pasar.

—Cuando no estoy en la oficina. —Me responde risueño y se queda observando a la perrita pensativo.

—¿Por qué no me has llevado a mi casa? —Vuelvo a preguntar, aunque tampoco se lo he pedido cuando he visto que ha cambiado de dirección.

—Porque hace unos minutos te estaba besando… —Comienza a decir y se acerca a mí

para ponerme un mechón mojado tras la oreja, sus zapatos tocan los míos y sonrío—. Creo que aún tenemos mucho que hablar y no podía permitir que te fueras sin terminar nuestra charla, ¿no? Dame un segundo, enseguida vuelvo. —Me pide a la vez que se pone descalzo y sube un par de escalones que dan acceso al interior de la casa.
Suelto a la perrita en el suelo y me muerdo el labio feliz. Si esto es un sueño, no quiero despertar. Cojo el móvil para mandarle un escueto mensaje a Raquel.

* Estoy con Cronos en su casa.
Avisa a mi abuela para que no me espere despierta, un beso. *

CAPÍTULO 19
CRONOS

Cada vez que pensaba en Elisabeth, sentía con claridad que la quería y me daba miedo decirlo en voz alta. Jamás en mi vida había deseado tanto a nadie, como la deseaba a ella. Quería ser el motivo de su sonrisa, la causa de que se le achinasen los ojos al reír y la razón por la que su corazón se acelere cuando la bese. No tuve el valor suficiente de admitir mis sentimientos hasta que llegué al restaurante y la vi con mi hermano. Tragué saliva al distinguir entre la gente la risa despreocupada de Elisabeth por alguna chorrada que le dijera Dam, se me revolvió el estómago y cerré los ojos un instante. Fui consciente de que después de esta noche nada volvería a ser igual, no volvería a ser el mismo. Caminé hasta ellos, habiendo tomado una decisión que me daba vértigo, porque si algo sabía de ella es que era impredecible.

Nuestros encuentros habían sido fugaces e intensos, pero se habían convertido en recuerdos eternos. Por cada paso que daba hacia ellos me sentía como un adolescente que no es capaz de controlar las emociones. No me reconocía, sobre todo cuando mi hermano me vaciló en el aparcamiento y me dio a entender que le gustaba Liz. Pero para mi sorpresa, todo fue una artimaña de Dam. El muy capullo me había llevado al límite para que reaccionara y lo había conseguido. Se fue con sonrisa victoriosa y me armé de valor para una batalla en la que no sabía cómo saldría, le planté cara al abismo y salté del precipicio de las emociones. Puse mi corazón en sus manos, aun sabiendo que podría salir herido. No tenía otra opción, porque le pertenecía solo a ella. Desde que la conocí se había colado en mi mente y no lograba apartarla de mis pensamientos, no era ningún capricho. Sinceramente, nunca antes había tenido sentimientos tan intensos por nadie y eso me acojonaba. Pero me sentí jodidamente afortunado, cuando me respondió en aquel beso en el que nuestros corazones comenzaron a latir en sintonía.

La noche solo acababa de comenzar para nosotros, teníamos que hablar del trabajo que mi abuelo le había ofrecido en la galería, porque no me cabía dudas de que tenía talento. La había investigado en sus redes sociales y sus fotografías eran impactantes, pues en las fotos se reflejaban los sentimientos y emociones inmortalizados para la eternidad. Aunque comprendí que con Elisabeth no podía tener certeza de nada, pues podía rechazar la propuesta, porque si algo la definía era ser una mujer espontánea y bondadosa. Así me lo demostró cuando salió del coche en plena tormenta para socorrer a un pobre animal.

Me apoyo en el umbral de la puerta y la observo con delirio, ella está tan ensimismada con la perra que no se da cuenta de mi presencia. Mientras que he entrado a cambiarme y a coger una toalla para ella, Liz ha elegido una esquina del garaje y le ha preparado una cama improvisada. Ella ha acomodado mi chaqueta en el suelo y la perrita se ha enroscado agradecida.

Me maravilla ver que está llena de humanidad. Me muero por acariciar cada palmo de su piel, otra vez mi mente va por libre.

Elisabeth es diferente a todas las mujeres con las que he estado, por no mencionar a Marisa, pensar en ella es sentir desasosiego, sobre todo al saber que tengo veinte llamadas perdidas suyas. Pero no pienso dejar que me estropee la noche. Oigo como le susurra elogios llenos de mimos al animal que la mira con devoción. « ¿Qué nombre le puedo poner? » Me sorprende pensar en eso porque nunca he barajado la posibilidad de tener una mascota, pero tal vez podría hacer la excepción. Ya que gracias a este encuentro fortuito ahora tenía a mi Elisabeth en casa.

—¿Qué te parece Linda? —Irrumpo su intimidad y Liz se gira para mirarme sorprendida. Cuando lo hace me fijo en como traga saliva y presiona los labios a la vez que aparta la mirada avergonzada.

—Me parece un nombre precioso para ella, pero si estás pensando en ponerle nombre, es porque te la vas a quedar, ¿verdad? —Me pregunta ilusionada, volviendo a mirarme y veo como recorre mi pecho desnudo hasta detenerse en mis ojos.

—Nunca he tenido ningún ser vivo a mi cargo —confieso. Me encojo de hombros y me rasco la nuca avergonzado al ver su cara de sorpresa. Bajo los escalones para ofrecerle la toalla que le he traído—. Tal vez tú podrías ayudarme.

—Por supuesto —afirma feliz y agarra la toalla a la vez que se acerca de nuevo a para secar a aquel tonel con patas—. ¿Has oído Linda? Tienes un nombre muy bonito, aunque tu dueño es un poco gruñón acaba de demostrarnos que tiene corazón—. Le habla risueña al animal que se pone patas arriba cuando Liz le comienza a frotar con la toalla para secarla.

—Debí suponer que harías algo así. —Le comento a la vez que me agacho a su lado y le cojo la toalla—. Yo termino de secarla, entra en la casa y justo enfrente te vas a encontrar con un aseo. Allí te he dejado ropa seca, para que te quites esta que está empapada y en el mueble de debajo del lavabo hay toallas. ¡Venga! Sécate y cámbiate, que te vas a poner enferma. —La animo y le doy un fugaz beso en la frente.

Un gesto que no solo le pilla por sorpresa a ella, sino a mí mismo. Liz me sonríe con dulzura no dice nada más y me frota el brazo con afecto cuando se marcha. Niego para mí mismo, no me reconozco y la verdad es que me gusta esta nueva faceta de mí que estoy descubriendo a su lado.

La perra es más agradecida de lo que me esperaba, es juguetona y me siento feliz de haberla traído a casa. Mi móvil suena en el bolsillo trasero de mi pantalón de chándal, lo miro y cuando veo que es Marisa, lo dejo que suene hasta que se acabe la llamada. Dejo a Linda en el garaje y voy a la cocina para prepararle algo de comer. Me sobró pollo asado del mediodía, así que se lo desmenuzo y se lo llevo también con un cuenco con agua.

Cuando Elisabeth regresa, lo hace vestida con una camiseta blanca mía que le llega a las rodillas y en el instante que la veo, siento un latigazo de deseo que me recorre el cuerpo. Está preciosa, me acerco a ella y antes de que pueda decir nada, mis labios atrapan los suyos. La beso con necesidad, frenesí y deseo, todo al mismo tiempo. Aparto cualquier pensamiento que me dice que me detenga y saboreo este instante, dejándome llevar por el tacto suave de sus labios sobre los míos. Mis manos la rodean y la alzan, Liz me abraza por la cintura con sus piernas y reconozco que encaja conmigo a la perfección. Se le sube un poco la camiseta y acaricio con mis manos su piel tan suave como el terciopelo. La beso de nuevo y ella me responde necesitando más. Cuando finalmente se aparta de mí, apoya su frente en la mía y me sonríe con ternura. Suelto aire despacio, intentando mantener la cordura y mis emociones a raya. Porque me acojona

reconocer lo que siento por Liz, no es efímero ni pasajero. Entonces comprendo que estoy jodido.

—Qué te parece si dejamos descansar a nuestra embarazada y entramos a la casa y nos tomamos algo calentito… Un café y unos besos en el orden que tú quieras. —Le sugiero alzando las cejas juguetón y ella emite una carcajada feliz que es música para mis oídos.

—Me parece perfecto el plan. —Murmura sobre mis labios y noto como el deseo la consume también.

Me río feliz y pletórico, porque sinceramente no pensé que acabaríamos así. Liz sigue rodeándome la cintura con sus piernas y camino con ella hacia adentro. Me está provocando y me encanta este juego. Le hago cosquillas adrede en las costillas y ella se vuelve a reír despreocupada.

El corazón comienza a gritarme que ya no hay vuelta atrás, pero no me importa. La dejo sobre la encimera de la cocina y me giro para encender la cafetera. Elisabeth saca lo mejor de mí, porque a su lado estoy descubriendo una parte de mí que hasta ahora había estado dormida. Es tan fácil quererla que necesito más. Me encanta la naturalidad que tiene, no tiene filtros.

Después de preparar el café, nos hemos sentado en un columpio que tengo en el porche trasero. Afortunadamente el porche está cerrado por enormes cristales. Además, he encendido la calefacción para que podamos disfrutar de las hipnóticas vistas de la playa, a pesar de la desapacible noche de viento y lluvia.

Es bien entrada la noche, el temporal se ha calmado y el cielo se ha despejado. El reflejo de la luna ilumina el mar que se mece como en una dulce balada, la espuma de las olas se mueve por el viento y este parece que está peinando canas. Mirarlo es placentero e hipnótico, estamos abrazados por un silencio acogedor que me sorprende por lo agusto que estoy. Linda hace un rato que ha venido en nuestra búsqueda y se ha acurrucado sobre las zapatillas que le he prestado a Liz. Este pequeño instante me hace comprender que la felicidad es como una estrella fugaz, que es inesperada y no se puede ver ni tocar, pero sí saborear. Me hace querer más y me convierte en adicto a ella. Este sentimiento tan intenso, hace que se me hinche el pecho y sienta el deseo de vivir este momento eternamente.

Miro a Elisabeth que tiene la vista perdida en el horizonte y parece sumida en sus pensamientos. Me giro hacia ella y pongo mi mano sobre el respaldo del columpio, acaricio con la punta de mis dedos su cuello y sonrío satisfecho siendo consciente de que no recuerdo la última vez que sentí tanta paz. Ella me mira con una sonrisa dulce y siento que se me seca la boca, carraspeo y rompo el silencio que ha estado reinando desde hacía un buen rato.

—Creo que es hora de hablar del trabajo que te ha ofrecido mi abuelo en la galería, ¿no te parece? —Le pregunto, pero vuelvo a hablar antes de que diga nada—. He visto en tus redes sociales las fotos que haces y eres un talento sin descubrir—. Ella sonríe con timidez ante mi afirmación—. En la galería necesitamos innovar y habíamos pensado hacerles fotos a los visitantes y entregarlas gratis a la salida. Es una forma de llamar la atención para obtener más clientes y ampliar horizontes, sobre todo en las temporadas más altas de turismo. —No me pasa inadvertido el reflejo de la duda en sus ojos, se muerde el labio inferior y aparta la mirada—. Di algo Liz. —Le pido tomándola con cariño de la barbilla y haciendo que me mire.

—Cronos, yo… No puedo aceptarlo. —Me responde con voz átona, frunzo el ceño y la observo con sorpresa al no comprender nada.

—¿Por qué? ¿Es por mí? Creía que…

—No es por nosotros. —Me aclara con sonrisa triste y busca mi mano para entrelazar sus dedos con los míos—. Es porque… Eres un Montalvo, y tu familia tiene mucho poder y…

—¿Qué quieres decir? —La interrumpo divertido ante lo que estoy oyendo—. Olvídate de mi apellido, y piensa que puede ser un bonito comienzo para cumplir tus sueños, ¿o hay algo más?

—Cronos, la razón por la que fui a la casa de tu abuelo es por un pasado que une a nuestras familias…

Pero se calla en el instante en que la perra se levanta y comienza a ladrar hacia el lateral de la terraza, acercándose hasta la sombra femenina que nos observa. No puedo evitar soltar un bufido de fastidio cuando veo a Marisa sonriendo con malicia.

—¿Qué haces aquí? —Le pregunto caminando hasta ella con el instinto de proteger a Elisabeth.

—Te recuerdo que todavía tengo la llave de la puerta del garaje, ya sabes… Te gustaba que te esperase desnuda aquí, para que después follásemos como si se acabase el mundo —comenta con voz malvada, a la vez que me muestra el mando de la puerta corredera de los coches y se lo quito. La mirada de enfado que le lanzo parece divertirla y se ríe despreocupada.

—Es mejor que te vayas. —Le advierto, Linda se acerca a ella con desconfianza para husmearla y Marisa pone cara de repulsión.

—¿Qué hace aquí este chucho? Bueno creo que la pregunta correcta es, ¿desde cuándo tienes perras en casa cariño? —Lanza sus palabras envenenadas y una sonrisa ladina.

Intenta acariciarme la mejilla, pero retrocedo y su mano queda suspendida en el aire. Sigo la dirección de su mirada y veo que mi chica ya no está en el columpio, ¿hasta dónde habrá oído?

—¿Qué quieres Marisa? Sabes que lo nuestro se acabó. —Le aclaro tajante, con ganas de que se largue de aquí y asegurarme que Liz está bien.

—Entiendo que quieras divertirte con esa pobre chica, pero tú y yo sabemos que no durará y si no… Me encargaré yo misma de que sea así. Porque te recuerdo que estamos prometidos y que cuando quiera, hago que tu empresa se hunda. —Me amenaza chasqueando los dedos con fugacidad. La seguridad con la que habla se refleja en sus ojos y sé que tiene poder para hacerlo, pero no voy a permitírselo.

Guardo silencio cabreado y ella ríe con descaro, pasándose la lengua por el labio superior queriendo provocarme. Cuando ve que su labor aquí ha terminado, me lanza un guiño y se marcha contoneando sus caderas. Cierro la puerta de la terraza y suelto el mando que le he quitado a Marisa, y lo dejo sobre el columpio.

Entro en la casa buscando con urgencia a Elisabeth, pero no hay ni rastro de ella. Linda está sentada junto a la puerta principal de la casa y suspiro derrotado, porque no hay que ser muy estúpido para comprender que se ha ido.

Salgo a la calle en su búsqueda y solo encuentro la calle desierta, me pongo las manos sobre la nuca derrotado y doy gracias a Dios de que al menos no está lloviendo. Marco su número de teléfono y espero durante unos segundos agonizantes oír su voz, pero no responde. Entonces le escribo un mensaje, suplicándole que me deje explicarle todo lo sucedido, y me quedo mirando la pantalla del móvil, hasta que este se bloquea.

CAPÍTULO 20
ELISABETH

Me había marchado de la terraza tal como sentí el odio en la mirada de aquella chica. Era la ex de Cronos, ya la había visto antes, era una famosa *influencer* de moda. No quería estar presente cuando comenzase a lanzar dardos envenenados hacía mi persona, así que me marché en busca de mi ropa que ya debería estar seca.

Cuando salgo de cambiarme, la casa está en silencio. Así que supongo que ya se ha marchado la malvada bruja del mar. Pero mi sorpresa es aún mayor, cuando salgo del aseo y veo la puerta de entrada abierta de par en par. Linda vuelve a estar alterada ladrando, y entonces veo a Cronos que está en medio de la calle con el móvil en la mano mirándolo con desesperación y lo oigo decir mi nombre con angustia.

—¡Vamos Elisabeth! Responde por favor. —Oigo que suplica y mi corazón da un brinco comprendiendo todo.

Sé que Cronos ha llegado a una conclusión y sonrío como una idiota al tener la oportunidad de observar esta parte de él, vulnerable, preocupada y humana. Acaricio a Linda que comienza a dar botes de felicidad cuando me ve y me acerco a él intentando que no me vea. Me detengo justo detrás. Lo abrazo con cariño y apoyo mi mejilla en su espalda, dejando un delicado beso sobre su hombro. Cuando mi cuerpo abraza al suyo, siento como se relaja. Inspiro un aroma fresco y chispeante, es una mezcla de mandarina y menta que se unen con una sutil esencia de rosa y canela, siendo un perfume peculiar y seductor que hace que sea irresistible querer besarle.

Cronos Montalvo huele a hogar y me siento relajada abrazándolo en este gesto tan íntimo, sencillo y cercano que está lleno de confianza. Estar a su lado me hace sentir una extraña sensación que no sé bien cómo explicar, porque el magnetismo que siento con él, no lo he sentido jamás. Le tapo los ojos y presiono mis labios para ahogar una carcajada que intenta salir de mi interior. Cuando mis manos tocan su rostro, sé que está sonriendo. Me coge de las muñecas con cariño y se gira para mirarme. Veo el alivio en sus ojos zafiro y entonces me abraza levantándome del suelo unos centímetros, haciendo que el mundo comience a girar.

Nuestras risas se mezclan, componiendo una melodía enlazada de ternura y pasión. Cuando me deja de nuevo en el suelo, su sonrisa está llena de luz y acuna mi rostro entre sus manos a la vez que me besa como si quisiera inmortalizar este momento para siempre.

—Cronos. —Pronuncio sobre sus labios.

—Mmm… —Murmura sonriendo travieso.

—Creo que lo dejamos en que te iba a contar una historia que es muy importante. —Insisto a la vez que retrocedo un poco, para recuperar la cordura y pensar con sensatez.

—¿No me vas a preguntar por Marisa? —Me pregunta alzando las cejas extrañado y

cambiando la conversación.

—¿Debería? —Algo en mí me dice que puedo confiar en él, sobre todo cuando Cronos niega feliz.

—Pero aun así necesito explicártelo. —Toma aire y se humedece los labios—. Desde la noche en que te conocí, sentí que algo cambió aquí. —Confiesa, llevando mi mano a su corazón —. Cuando te volví a encontrar en el hotel destrozando mi coche, reconocí que te deseaba, me gustabas y te besé, sabiendo que me estaba enamorando de ti. —Sus palabras me pellizcan el corazón e intento hablar, pero él se adelanta—. Y sé que pensarás que es una locura porque es algo repentino, pero no puedo negar lo que siento.

—Shh… —Le pido, llevando mi dedo índice a sus labios. No necesito oír nada más y entonces lo beso.

Sé perfectamente a lo que se refiere, no necesito que me explique nada más, porque yo he sentido lo mismo desde aquel día.

Cuando estoy cerca de él mi piel arde de deseo al sentir sus caricias. Cronos me coge y en sus brazos, me siento en el cielo. Entramos en la casa de nuevo, cierra la puerta con el pie. Nos detenemos en las escaleras devorándonos con necesidad y subimos a trompicones. Al llegar al umbral de la puerta del dormitorio comienza a quitarme la blusa y yo hago lo mismo con su camiseta de algodón.

Cronos me aprieta las nalgas y en respuesta clavo mis uñas en su espalda. Cuando llegamos a la cama mi cuerpo queda atrapado bajo el suyo, solo nos separa la escasa ropa interior y siento que me sobra hasta la piel cuando me acaricia de forma lenta y torturadora. Sé que debería parar y contarle todo, pero solo quiero disfrutar del momento antes de que con la verdad todo se evapore.

Su mano desciende por mi cuerpo creando un hormigueo de deseo allá por donde pasa, se detiene en el bajo de mi vientre formando pequeños círculos. Desciende con sus dedos hasta rozar la humedad de mis pliegues y hunde dos dedos dentro de mí. Todo mi cuerpo se tensa, mi espalda se arquea al necesitar más y un suspiro ahogado escapa de mi garganta. Sigue acariciándome con maestría y yo me derrito de placer, hasta que lo quiero adentro.

Devoro su boca y paseo mis manos por su espalda hasta la liguilla de sus *bóxers*. Nos quitamos la escasa ropa que nos separa y agarro su miembro erecto para aliviar mis ganas de él. Cronos gruñe cuando mis dedos se deslizan por la suave piel y se estira hasta un cajón para ofrecerme un envoltorio plateado. Rasgo el papel y le pongo el preservativo, le empujo para que él se tumbe y me siento sobre él. Me coloco sobre su erección y me hundo, haciendo que sus caderas encajen a la perfección hasta estar por completo dentro de mí. Cierro los ojos al sentir una sacudida que me deja aturdida y tardo unos segundos en volver a moverme hasta que mi cuerpo se adapta al suyo. Cronos me agarra de las caderas y nuestros cuerpos comienzan a mecerse en una danza primitiva, hasta que ambos nos fundimos en uno solo. Me dejo llevar cuando mi cuerpo explota en un centenar de emociones electrizantes que me hacen sentir más viva que nunca. Segundos después Cronos clava sus dedos en mis nalgas, se mueve con exigencia y se estremece cuando llega al éxtasis del placer.

Cuando los primeros rayos del sol bañan la habitación lo hacen acompañados de la brisa del mar. Sonrío siendo consciente de lo que sucedió anoche. Siento que todo está bien, que Cronos me comprende con solo mirarme y que cuando le cuente todo lo entenderá.

Verlo aún sumido en un sueño profundo, me hace sonreír sintiéndome feliz y plena. Todavía puedo saborear el placer de la pasada noche y soy consciente del giro que ha tomado todo. Me acerco hasta él y le doy un suave beso en su pecho desnudo, antes de levantarme con

cuidado de no despertarlo. Lo hago con sigilo, me pongo su camiseta y por primera vez, me fijo en la habitación. Me llama la atención el peculiar cabecero, ya que está formado por lo que parecen remos de barcos pintados de varias tonalidades de celeste. El resto de la estancia tiene un toque marinero que lo caracteriza con el resto de la casa. Una alfombra con dibujos étnicos de una textura extremadamente suave me acaricia los pies y me desperezo relajada.

Me asomo soñolienta al ventanal que me regala un plano extenso y hermoso de la playa. Vuelvo a mirar con cariño a Cronos que sigue profundamente dormido, y sonrío al verlo tapado de cintura para abajo por las sábanas.

Cuando hace unos meses mi vida se torció, no pensaba que sería porque ese nuevo camino me guiaría hasta él. Sé que parece una locura, pero algo en mí me dice que puedo confiar en él y contarle toda la historia del reloj de arena. Esquivo los cojines que cayeron anoche al suelo y salgo del dormitorio. Voy acariciando feliz el barandal de las escaleras de madera en color haya que me lleva hasta la planta baja. Llego hasta el garaje y veo como Linda está durmiendo plácidamente en su cama improvisada y sonrío satisfecha. Así que me giro para ir a la cocina y preparar el desayuno. Me distraigo cuando paso por el salón y me quedo maravillada al ver que también está en consonancia con el resto de la casa. Tiene un estilo marinero, característico del lugar en que se encuentra. Siendo una casa acogedora y llena de personalidad, es muy luminosa que transmite paz y armonía. Las paredes blancas del salón, hacen que destaque el sofá azul con el turquesa de los cojines y el celeste de la piscina que se ve a través de la pared de cristal. La decoración es sencilla y escasa, pero en ella se refleja la personalidad de Cronos, mostrando su gusto por el mar y los barcos. Cojo una caracola marina que decora una mesita baja que hay delante del sofá y me la pongo en la oreja, cierro los ojos y escucho como se oyen en ella el sonido del mar.

Cuando entro en la cocina, encuentro mi móvil sobre la encimera, y recuerdo que lo dejé anoche aquí cuando nos tomamos el café. Tengo varias llamadas perdidas de anoche de Cronos, un mensaje también de él y varias llamadas y mensajes de mi amiga Raquel, en el último me pide que la llame cuanto antes. Así que lo hago y responde al segundo tono.

—Dime que no te has acostado con él. —Me dice con voz severa y sonrío todavía con la resaca emocional de anoche.

—Ha sido increíble y Cronos es tan bueno… —Pero no obtengo respuesta—. ¿Está todo bien? —La tranquilidad me abandona y siento que el silencio muerde. Miro la pantalla del móvil y la llamada sigue en curso—. Raquel, no me asustes, ¿qué sucede? —pregunto preocupada sabiendo que su silencio es un mal augurio.

—Te llamé anoche varias veces, pero no me respondías y tampoco sabía dónde es su casa para plantarme allí y avisarte. —Me informe preocupada.

—¿Avisarme? ¿Avisarme de qué?

—Será mejor que lo veas tú misma. —Mi móvil vibra y veo que Raquel me ha mandado un enlace.

Espero que me dirija a la página y tal como se muestra la noticia siento que se me va el calor del cuerpo. En ese instante todo se detiene. La noticia de última hora me pilla por sorpresa. Como cuando una ola rompe con fuerza en la orilla y te arrastra con ella, te hunde bajo la densa y embravecida espuma blanca, pero por más que luchas por salir a flote, la fuerza con la que llega te hace perder el sentido de la orientación. Te hace tragar agua salada y sientes ese resquemor salino en la garganta.

Toso como si me ahogara, me quema el pecho porque me falta el aire y siento que mi corazón comienza a dolerme por la presión de los latidos erráticos. Oigo la voz amortiguada de

Raquel, pidiéndome la ubicación para venir a por mí, se la envío sin dudar y corro, corro con agilidad y urgencia.

Horrorizada cojo mi bolso, subo a mitad de las escaleras a recoger mi ropa y me cambio lo más rápida que puedo. Trago saliva, porque tengo el mal sabor de sentirme una idiota de remate. Quiero marcharme de aquí y solo tardo un par de minutos en salir a la calle. Vuelvo la mirada hacia atrás y doy un último vistazo a la lujosa casa de dos plantas y siento un fugaz alivio al saber que Cronos sigue dormido. No soy capaz de enfrentarme a él, no después de todo lo que ha sucedido entre nosotros.

Camino hasta la carretera principal para alejarme de este lugar dónde por un instante pensé que era real, pero ahora sé que no lo fue, al menos sé que no para él.

« La gran *influencer* de moda se casa ».

Esa era en resumen la noticia que había sido el detonante de mi infelicidad, todos los diarios y medios de comunicación lo habían hecho público, siendo *trending topic* en *Twitter*. A mi mente llegan fragmentos de lo que acabo de leer y me abrazo a mí misma para intentar mantenerme de una pieza. Siento como poco a poco me voy rompiendo, algo en mi interior se va resquebrajando y entonces unas lágrimas silenciosas me traicionan. Respiro sintiendo que no es suficiente, porque siento que me falta el aire y me seco las mejillas con las manos. Cojo el móvil de nuevo y leo de nuevo parte de la noticia.

« ¡Boda a la vista!

La pareja del momento confirma su compromiso con fecha incluida. La influencer Marisa Cifuentes ha sorprendido a sus seguidores con una inesperada pero emocionante noticia: ¡se casa con Cronos! Tras la publicación de unas fotos de la pareja en un restaurante, donde se les veía felices y cómplices, Marisa ha confirmado en sus redes sociales que el enlace tendrá lugar en las próximas semanas.

Las imágenes han disipado los rumores de una posible ruptura que circulaban en los últimos días, y confirman que la pareja está más unida que nunca. En ellas, se les ve disfrutando de un momento íntimo y lleno de cariño, dejando patente la conexión que existe entre ellos.

La noticia ha generado una gran expectación entre los fans de la pareja, que han inundado las redes sociales con mensajes de felicitación y apoyo. Sin duda, esta boda se convierte en uno de los eventos más esperados del año dentro del panorama social e influencer » .

Miro las fotos en las que han sido pillados por la prensa del corazón en el mismo restaurante donde lo conocí por primera vez. Se ve a Marisa sonriente y aunque no se ve el rostro de Cronos, porque está de espalda, se tienen cogidos de la mano. En otra de las fotos, sale ella sentada en su regazo, parece que está besándole el cuello y él la sujeta por la cintura. Siento un dolor punzante al ver que he sido idiota de pensar que podía confiar en él. Cierro la noticia y bloqueo mi móvil, aunque mi mente recuerda la fecha que han dado. Había sido un error pensar que lo nuestro podía ser posible. Estuve a punto de sincerarme con él y contarle todo. No estoy enfadada con él, sino conmigo misma por dejarme llevar por el corazón y no por la razón. Por un instante pensé que mis sentimientos eran recíprocos, pero estaba claro de que solo era un buen actor.

Cuando anoche apareció en su casa esa serpiente con tacones, tuve un mal presentimiento, pero quise ignorar a mi intuición. Me aferré a como él me hacía sentir y a su mirada cargada de te quieros sin decir, fui una ilusa que se empeñó en querer seguir soñando. Está con ella, no solo lo ha confirmado la prensa en esa noticia, sino que anoche ella entró en la

casa porque tenía sus propias llaves. Ella no mentía, Marisa es su prometida y se casan en dos semanas.

¡¡DOS SEMANAS!!

¿Cómo no me he dado cuenta?

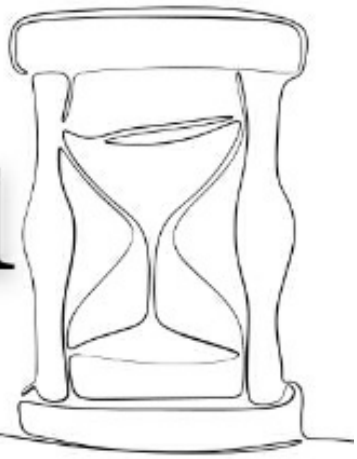
Yo valgo más que un polvo de una noche.

Mi móvil suena y es él, le cuelgo una, dos, tres y hasta seis veces. Entonces recibo un mensaje que intento leer con calma y trago saliva, procurando que no duela. No dudo en responderle de forma clara, corta y concisa. Pero Cronos no lo deja estar, me responde de nuevo diciéndome que todo es mentira.

¿Cómo puede ser tan cruel?

Sus palabras me pellizcan el alma, y ese sentimiento que antes me llenaba de ilusión y esperanza, ahora es reemplazado de tristeza y dolor.

CAPÍTULO 21
CRONOS



Mi vida iba como un coche cuesta abajo y sin frenos. Me sentía incapaz de hacerme con el timón de ella y aunque pensé que podría, al final me he estampado contra la realidad. Todo a mi alrededor se desmorona y se ha convertido en una pesadilla de la que quiero despertar, pero desafortunadamente ya estoy despierto. Estoy en medio de la tormenta y tengo que mantener la calma. No puedo tirar todo al traste, porque la policía tiene como sospechosa del fraude de la galería a Marisa. Cuando comí con ella en el restaurante, me reveló el número de piezas y del material que eran, eso me dio que pensar que ella tenía algo que ver con aquel fraude, ¿su objetivo? El matrimonio, con el fin de arrinconarme y llevarme al límite para que ceda a su juego.

Conozco bien a Marisa, es astuta y no tiene un pelo de tonta, estaba claro que tramaba algo. Lo puse en conocimiento de la policía y aunque la información que ella tenía sobre el fraude la hacía sospechosa, mientras no tuvieran ninguna prueba que la acusara Marisa seguía siendo inocente.

Pensé que la policía encontraría algo, pero todo rayo de esperanza se apaga cuando leo el mensaje del inspector. El señor Rojas me informa de que aquel día, las cámaras de seguridad de la galería estuvieron desconectadas por mantenimiento. Así lo había justificado la empresa de seguridad, lo que me hacía estar de nuevo en la casilla de salida. Pero debía de haber algo para demostrar que Marisa no es inocente.

Vuelvo a llamar a Elisabeth que tiene el móvil apagado. Llevo días sin saber de ella, no la encontré en la casa y cuando leí la noticia que me había enviado Dam, supe que la había perdido. Me odiaba a mí mismo solo de pensar el daño que le estaba causando, ¿qué pensaría de mí? Después de pasar juntos toda la noche amándonos y despertarse con esa noticia debió de ser horrible para ella.

Ahora solo me queda el recuerdo, de los momentos maravillosos que he vivido con Liz. Ha sido una felicidad llena de fragilidad cómo la vida misma. Un instante basta para que la vida te dé un giro inesperado, te sacude con tal fuerza que te desorienta, te tambaleas y te hace perder el equilibrio hasta caer. Un zarandeo que te nubla la razón y te obliga a aferrarte a un puñado de instantes en los que fuiste feliz para mantenerte cuerdo. Esos momentos son un punto de inflexión, un antes y un después. Nos transforman, nos moldean, y por mucho que nos empeñemos en volver atrás, jamás seremos los mismos.

Elisabeth se niega a escucharme y solo necesito que me deje explicarle todo, porque esas fotos de la prensa no son reales. Aquel día en el restaurante con Marisa, todo fue una farsa. Ella

actuaba de forma contradictoria a sus palabras, sabía que nos estaban fotografiando y era cómplice con el paparazzi. Consiguió mostrar lo que pretendía y así lanzar la falsa noticia de la boda.

Vuelvo a llamar a Elisabeth y nuevamente me salta el contestador. Lanzo frustrado el móvil contra el sofá de la oficina y ofuscado me paso las manos por el pelo. Su último mensaje sigue haciendo eco en mi interior, resonando con amargura y solo espero que no sea cierto. « HASTA NUNCA » . Me niego a aceptar que este es nuestro final, así que salgo de mi oficina decidido a que me lo diga a la cara.

Llamo a la puerta de su casa y espero, pero nadie abre. Así que vuelvo a llamar y esta vez oigo una voz apagada. Pero para mi desgracia no es ella quien me recibe, sino su abuela que me observa con una mirada cargada de desconfianza y me hace sentir como un adolescente que la ha cagado. Tomo aire, cuadro mis hombros y trago saliva antes de hablar, pero ella se me adelanta.

—Ya era hora hijo. —Me dice pillándome por sorpresa su afirmación y se ríe divertida.

—Verá señora… —Comienzo a decirle avergonzado, pero me interrumpe.

—Me llamo Felisa, a mí no me digas señora que me hace sentir vieja. —Me informa lanzándome un guiño cómplice—. Adelante, pasa. Lilibeth está al llegar.

—Muchas gracias Felisa. —Le devuelvo la sonrisa agradecida y me gusta esa forma que tiene de llamarla.

Camino junto a ella por un largo pasillo, repleto de fotografías de diferentes épocas, como si fueran ventanas a un pasado que se hace presente, narrando la historia de toda una vida. Entramos en un salón diminuto, pero tan acogedor como un abrazo. Me hace un gesto para que me siente y me hundo en el sofá tapizado de flores con tonos apagados, que ha sido testigo silencioso de incontables tertulias familiares. Mis ojos se posan en el mueble que hay frente a mí, es como un altar a la memoria. Pues está lleno de pequeñas figuras de cerámica y más fotos, que forman un mosaico de rostros y momentos. Pero mi mirada queda atrapada en una fotografía de Elisabeth, con una sonrisa radiante el día de graduación y está guapísima.

—Bueno joven, si estás aquí es porque tienes buenas intenciones con mi nieta, ¿verdad? —Me pregunta con seriedad.

—Por supuesto señ… Felisa. —Me corrijo y ella sonríe satisfecha—. Jamás en mi vida he tenido algo tan claro.

—Vi en las noticias que te vas a casar y sin embargo estás aquí rondando a mi nieta, eso me hace pensar... —Me comenta a la vez que me observa con minuciosidad y cierta desconfianza.

—No me voy a casar —aclaro y eso parece relajarla—. Hace más de un mes que rompí con Marisa y la verdad es que estoy enamorado de su nieta. —Le confieso sorprendiéndome a mí mismo por mis palabras.

Felisa sonríe, irradiando alegría y paz, es una sonrisa que te contagia y te hace sentir bienvenido. Eso hace que su rostro se llene aún más de arrugas y un brillo cálido y lleno de luz se refleje en sus ojos.

—Pues ahí la tienes. —Me informa haciendo un gesto con la cabeza y al girarme, veo a Elisabeth que nos observa perpleja. Cuando nuestras miradas se entrelazan, deja caer las dos

bolsas de la compra que traía—. Mucha suerte chico. —Me apremia Felisa a la vez que se levanta y me da una palmadita en el hombro.
Elisabeth se aparta para que su abuela pase, pero Felisa se detiene frente a ella, la observa en silencio y le acaricia la mejilla con ternura. Después se gira y vuelve a mirarme. Entonces, pone su mano sobre el corazón de su nieta y suspira antes de hablar.

—El amor es como una mirada llena de cariño que te acaricia el alma, no puedes verlo, pero puedes sentirlo.
Sin esperar respuesta alguna se marcha para dejarnos a solos. Me levanto y me acerco a ella. Elisabeth da un paso hacia atrás, a la vez que aparta su mirada llena de dolor como si no soportase mirarme.

—Vete —susurra con voz quebrada.

—Elisabeth, lo siento muchísimo —confieso.
Le soy sincero, doy un paso más acercándome a ella y borro con mis pulgares las lágrimas traicioneras que humedecen sus mejillas, pero Elisabeth sigue sin mirarme. Me agarra de las muñecas y hace que me aparte de ella.

—Vete por favor, no quiero oír nada. —Insiste a la vez que se gira y camina hacia la puerta principal, la sigo y ella la abre para que me vaya.

—¿No lo entiendes? Nada de lo que dicen es cierto. ¡No habrá boda! —Intento que me crea.

—El que no lo entiende eres tú. No quiero oír nada de lo que me digas, ¿sabes por qué? Porque no te creo. —Me recalca con rabia, a la vez que clava su dedo índice en mi pecho y me lanza una mirada llena de aversión—. Sé que mientes, porque si eso fuera cierto lo habrías desmentido a la prensa. ¿No crees? ¡Eh! —Me increpa alzando su barbilla con valentía.

—No lo he hecho porque antes necesito descubrir una verdad que oculta Marisa. Sé que es difícil de comprender, pero tienes que confiar en mí. —Le suplico a la vez que me pongo frente a ella y le cojo de la mano. Pero Elizabeth me suelta como si mi contacto le quemase, traga saliva y sé que lo que va a decir me va a doler.

—No puedo —confiesa con una mirada llena de tristeza que me rompe el corazón.
La puerta se cierra de golpe ante mí. El eco del portazo resuena en mi interior, un recordatorio del abismo que se ha abierto entre nosotros. Sé que Elisabeth tiene todo el derecho a no creerme. Mis palabras, tan torpes e insuficientes, no han logrado transmitir la intensidad de mis sentimientos. Pero jamás en mi vida he estado tan seguro de algo. Quiero estar con ella. No solo un deseo pasajero, sino una necesidad imperiosa que brota desde lo más profundo de mi ser. Estoy dispuesto a luchar por nosotros contra viento y marea, con uñas y dientes, sin importar las dificultades que se interpongan en nuestro camino.

No me importa pasar una tempestad, para conseguir una oportunidad. Porque si algo tengo claro es que es ella la mujer que durante toda mi vida he estado buscando. Elisabeth es mi principio y mi final, porque cuando estoy con ella me siento pleno. Estoy seguro de ello, y ahora que la he encontrado no pienso perderla. No permitiré que el miedo, la duda y la desconfianza nos aleje.

Nada más subirme al coche, mi móvil vibra con una llamada entrante. Al ver su nombre en la pantalla, una ola de rabia me recorre el cuerpo. Aprieto los dientes con fuerza, luchando contra el impulso de colgar directamente. Aprieto el botón verde con dedos temblorosos. La voz de Marisa inunda el altavoz, pero no le doy tiempo a hablar. Mis palabras brotan como una avalancha de emociones contenidas.

—Has llegado demasiado lejos —afirmo cabreado antes de que pueda siquiera

saludarme.

—Créeme bizcochito, esto no ha sido nada. —Me responde divertida con ironía.

—Está bien, tú ganas. —Le digo tomando una decisión que será determinante en mi vida.

—¡Ya era hora! —Exclama victoriosa y sonrío porque sé que no se hace una idea de a lo que me refiero—. Iré a la oficina para almorzar juntos y hablar de la boda.

—No habrá boda. —Le aclaro con rotundidad.

—¿Cómo? Pero… no acabas de decir….

—Sé lo que acabo de decir Marisa y sí, ¡tú ganas! Porque voy a cancelar el contrato con tu padre y no te deberé nada.

—Quebrarás. —Me advierte con una calma fingida.

—O tal vez no… —Le vacilo con una seguridad que no siento y cuelgo.

No me importa perder, no me da miedo caer. Estoy dispuesto a todo, a cambio de recuperar a mi chica y además limpiar el nombre de mi familia, solo es una cuestión de tiempo.

Dejo atrás la casa de Elisabeth con el corazón encogido y las emociones revueltas. La idea de no volver a verla me acojona, pero sé que no puedo rendirme. Tengo que encontrar la manera de reconquistar su confianza y su amor.

El primer paso es hablar con mi hermano. Ella confía en él y estoy seguro de que puede convencerla para que acepte el trabajo de fotógrafa en nuestra galería. Es la excusa perfecta para verla, para empezar a reconstruir lo que se ha roto entre nosotros. Necesito que vuelva a confiar en mí y por ello estoy dispuesto a crear los encuentros que sean necesarios hasta que lo haga. La amo, y verla dudar de mí me tortura. Pero mi deseo va más allá de la reconciliación. Quiero ayudarla a cumplir sus sueños.

La otra noche me habló con pasión de su amor por la fotografía, y sus palabras encendieron una llama en mi interior. Me enamoré aún más de ella al verla tan ilusionada, tan llena de vida. Su talento es innegable, y estoy convencido de que puede llegar muy lejos. Si la vida no le brinda las oportunidades que necesita, yo se las daré. Sé que el camino no será fácil. El mercado de la fotografía es competitivo, y hacerse un hueco requiere talento, esfuerzo y una pizca de suerte. Pero creo en ella. He visto su trabajo, y sé que tiene lo necesario para triunfar. Si la vida no le brinda un universo de posibilidades, yo se lo voy a ofrecer. Estoy dispuesto a crear las oportunidades que necesite para alcanzar su máximo potencial. Quiero verla triunfar, y quiero estar a su lado cuando lo haga.

Sé que mi camino es largo y lleno de obstáculos. Pero estoy dispuesto a recorrerlo hasta el final. Porque el amor que siento por Elisabeth es más fuerte que cualquier dificultad.

CAPÍTULO 22
ELISABETH

La ira y la confusión se baten en duelo en mi interior. Estaba enfadada con Cronos, porque una parte de mí quería creerle y la más racional me decía que tenía que alejarme de él. Cuando entré en casa y lo oí hablar con mi abuela me dio un brinco al corazón, ¿qué hacía aquí? ¿Por qué se estaba tomando tantas molestias? Vi el dolor en su mirada y quería creer que era real lo que decía, pero la duda estaba presente. No podía engañarme y crearme falsas ilusiones con una simple disculpa. No podía permitirme crear falsas expectativas, que alimentasen mis sueños para después romperlos en mil pedazos. No debía de confiar en lo que decía, porque había tenido tiempo suficiente para desmentir la noticia y no lo había hecho. Esa es la razón por la que desconfío de él. Desde el día en que nuestros labios se rozaron, todo ha cambiado. He comprendido que nuestras vivencias han sido leves y fugaces, pero han dejado una huella imborrable.

Una parte de mí anhela creer a Cronos, sus palabras resuenan en mi mente como una dulce melodía llena de esperanza. Pero la razón, esa voz implacable en mi interior, me grita una vez más que me aleje de él.

Por eso estoy aquí. Un nudo de tensión se forma en mi garganta mientras me aproximo a la casa de Agapito Montalvo. El pasado pesa sobre mis hombros como una losa, y la imagen de aquel fatídico día del infarto de Agapito nubla mi mente. No he vuelto a ver al abuelo de Cronos desde entonces, y la idea de reencontrarme con él me llena de una mezcla de emociones: miedo, incertidumbre, remordimiento.

La llamada de Dam, me cogió por sorpresa. Su invitación a visitar a su abuelo en un principio, me pareció inoportuna y me excusé diciendo que no podía ir. Pero insistió, recordándome el delicado estado de salud de Agapito y me aseguró que se llevaría un disgusto si no acudía a visitarlo, eso hizo que no me pudiese negar.

Dam es persuasivo, sabe cómo manipular las emociones de los demás para obtener lo que desea y finalmente acepté. Además, me ha asegurado que Cronos no aparecerá en ningún momento y eso me tranquiliza en cierta medida.

Cada paso que doy por el jardín me acerca a mi pasado. Los recuerdos del fatídico día golpean mi mente con crudeza. La imagen de Agapito, tendido en el suelo, sin vida. La mirada de Cronos, llena de odio y rencor. El miedo que me invadió al sentirme atrapada en una red de mentiras. Dam me acompaña en silencio, su presencia me reconforta y me inquieta a la vez al ver que me observa con mucha atención.

Linda acude a recibirnos. Está preciosa, salta feliz y el estado de su embarazo está mucho más avanzado que cuando la vi por última vez. Me siento como una intrusa en esta casa. La culpa me corroe por dentro, y sé que debo enfrentarme a Agapito y disculparme en persona con él. Es hora

de poner fin a esta historia.

—Hola bonita. ¡Qué gordita estás! —La saludo, poniéndome en cuclillas y acariciando la cabecita de la perra de Cronos.

Miro a Dam que me observa divertido, le sonrío y Linda sigue saltando feliz a nuestro alrededor. Pero caigo en la cuenta que si ella está aquí… Cómo si me leyera el pensamiento Dam me responde.

—Tranquila, solo está Linda. —Me informa para tranquilizarme.

—Gracias —respondo avergonzada.

—Mi hermano está de viaje unos días por negocios y ha dejado a la perra aquí por si se pone de parto…

—Claro, le queda muy poquito solo hay que verla —añado a la vez que me coloco el pelo tras la oreja.

Rodeamos la casa hasta que llegamos a una terraza en la parte trasera. La mujer que vi con Cronos en el hospital está sentada en una mecedora hojeando una revista y parece no percatarse de nuestra llegada hasta que Agapito nos saluda con una voz alegre y llena de vitalidad.

—¡Hola! —Exclama—. Por un instante pensé que mi nieto había hecho alguna idiotez y te habías arrepentido de venir —comenta alegre a la vez que se levanta y sonríe dándole un abrazo a Dam.

—Me alegro de verle señor Montalvo. —Lo saludo con dos besos.

Luego hago lo mismo con la mujer que me observa con detenimiento e interés. Su rostro es sereno, sus ojos grandes y expresivos. No puedo evitar preguntarme quién es.

—Es un regalo tenerte aquí Elisabeth, soy Marta la madre de este muchacho y de Cronos, no pudimos presentarnos en el hospital. —Me informa con jovialidad y no puedo evitar recordar algunos retazos de aquel día.

—Encantada de verla de nuevo —respondo nerviosa y tomamos asiento junto al abuelo.

—Fue un regalo que la vida te trajera ese día aquí, no sabes lo agradecido que estoy. —Insiste Agapito y no puedo evitar sentirme culpable.

—Muchas gracias —comento avergonzada con una sonrisa tímida.

—Verás hija, el motivo por el que he insistido en que vengas ante todo es para darte las gracias por salvarme la vida, pero además hemos visto tu trabajo como fotógrafa y nos parece excelente. Llevamos tiempo queriendo cambiar la web de la galería y hemos pensado que tú serías la persona ideal para hacer las fotografías. Por lo que me haría muy feliz que aceptaras el trabajo y Cronos dice que eres la mejor.

Las palabras de Agapito resuenan en mis oídos, golpeando mi corazón como las olas contra las rocas. Un torbellino de emociones me invade. Mis manos se crispan, un sudor frío recorre mi espalda. Busco la mirada de Dam, como si fuera un refugio en la tormenta que siento en mi interior, pero solo encuentro una sonrisa cómplice mientras que se encoge de hombros porque está de acuerdo con lo que dice su abuelo.

—Muchas gracias, pero yo no…

—No digas todavía nada, al menos piénsatelo. —Me interrumpe Marta.

—Gracias por la oferta, señor Montalvo —digo finalmente, con la voz temblorosa—. Es un honor que me tenga en cuenta, pero necesito tiempo para pensarlo —afirmo.

Mis palabras no suenan tan convincentes como me gustaría y Agapito asiente con comprensión.

—Por supuesto, hija. Tómate el tiempo que necesites. Pero no tardes demasiado, la oferta no estará abierta para siempre.

La tarde transcurre en una conversación relajada. Comparto con ellos mi proyecto de abrir un

estudio de fotografía, la razón principal por la que no puedo aceptar el trabajo en la galería. Pero la verdad es que no quiero estar cerca de Cronos. Me siento utilizada, traicionada, y no comprendo cómo pudo llegar tan lejos y jugar con mis sentimientos.

Escucho con atención las anécdotas de la infancia de Dam. Río con ellos, me siento cómplice, pero al mismo tiempo una sensación de culpa me invade. No debería estar aquí. Vine por primera vez a esta casa con la intención de robar un reloj, una reliquia familiar, y por mi culpa casi muere un hombre en el intento. Quizás el reloj sea real, quizás perteneció a mi familia en el pasado, pero no tengo pruebas de que siga en posesión de los Montalvo. Han pasado muchos años desde que se lo robaron a mi abuela.

Me despido de Marta y Agapito con una sensación de intranquilidad. Ha sido una tarde agradable, pero volver a este lugar y fingir que todo está bien es una mentira. Tampoco ha ayudado ver a Linda que era un recordatorio de todo lo que me ha unido a Cronos y no me he atrevido a contar la verdad a Agapito.

Vamos de vuelta en el coche envueltos en un silencio agradable que es interrumpido cuando el nombre de Cronos aparece en la pantalla del navegador del coche. Dam se echa a un lado de la carretera, y coge la llamada por el móvil.

—Hola tío, sí lo veo bien si es tu decisión. Sabes que te vamos a apoyar en todo. —Guarda silencio y vuelve a responder—. Acabamos de salir de casa del yayo, sí la perra sigue bien. —Silencio—. Si estoy aquí con ella.

Oigo que dice esa última frase y me mira, pero Dam no espera respuesta alguna y cuelga. En un primer momento tengo la sensación de que Dam va a decir algo, pero finalmente no lo hace. Se rasca la nuca confuso y sube el volumen de la radio, a la vez que se incorpora de nuevo a la carretera.

—¿Qué ocurre? —Le pregunto preocupada.

—Nada.

—Algo te inquieta, solo hay que verte. —Aseguro.

—Sí, lo estoy, pero no soy quién para contártelo. —Me responde con la mirada fija en la carretera.

—¿Es Cronos? ¿Está bien? —Le pregunto llena de incertidumbre por su respuesta.

—Lo estará… Bueno, mejor hablemos de ti, porque sé que no quieres tener nada que ver con los Montalvo y la razón de ello es mi hermanito. Aquel día que llegaste a su despacho vi que entre vosotros había algo más… —Voy a hablar, pero Dam sigue con su discurso—. Y supongo que con la noticia de la boda se fue todo al traste. No hay que ser muy lumbreras para sumar dos y dos, pero deberías de confiar en él cuando te dice que le importas.

—Dam, no quiero hablar de ello.

—Está bien, pero al menos piensa en la oferta de mi abuelo, sería un buen comienzo para tu carrera, aunque sea trabajar en la noche del cincuenta aniversario de la galería Montalvo. Solo te pido que trabajes al menos esa noche con nosotros…

—Me lo pensaré. —Le respondo con sinceridad.

Cuando me deja en casa me despido de él y me quedo unos minutos fuera antes de entrar. Necesito calmar esta inquietud que siento antes de que todos comiencen a hacerme preguntas. Ojalá pudiera olvidar lo ocurrido, pero eso es imposible porque no se puede olvidar a quien una vez te hizo feliz.

Así que tomo aire e intento ordenar mis emociones antes de entrar para poder aparentar que estoy bien, aunque por dentro siento que mi corazón llora.

Entro en casa y oigo las risas de mis sobrinos que lo inundan todo con su alegría, el olor a

tortitas llega hasta la entrada y creo, que no hay mejor remedio para eliminar la tristeza que disfrutar con los que te quiere.

CAPÍTULO 23
ELISABETH

La boda de Marisa y Cronos se encontraba en el ojo del huracán. La cancelación del contrato con *Nozona Gades*, empresa del padre de Marisa, había desatado una tormenta de rumores. La prensa, buscaba respuestas, y especulaba sobre un matrimonio por conveniencia, la caída del imperio Montalvo y el inminente cierre de la empresa de Cronos y un sinfín de suposiciones, que solo eran eso, suposiciones.

Es sábado por la mañana y he aprovechado para dar un paseo y desconectar. Al volver he hecho la compra en la frutería y de paso le he comprado un sencillo ramo de flores a mi abuela. Sé que le encanta tener flores frescas en casa y a mí me gusta verla feliz con un detalle tan sencillo. Cuando llego mi abuela está hablando en la puerta de casa con la vecina.

—Buenos días. —Las saludo y le doy un beso en la mejilla a mi abuela a la vez que le entrego las flores.

—Mi dulce Lilizbeth, ¡qué bien huelen! Muchas gracias, deja la compra aquí porque en la cocina está Raquel hablando con tu hermano, ya sabes…

—Está bien, voy directa a darme una ducha.

Raquel y mi hermano están más enamorados que nunca, pero aún no lo han hecho público. La razón es porque a Raúl todavía le queda por zanjar un asunto pendiente, que no es ni más ni menos que el juicio con su ex esposa y será dentro de muy poquito.

Después de ducharme me pongo el pijama y me fijo en la caja de lata que descansa sobre la mesita de noche. La cojo pensativa y me siento en el filo de mi cama, a la vez que la abro para volver a ver su contenido.

Me fijo de nuevo en el desgastado retrato de una mujer que supongo que es Victoria. Observo su pelo corto y rizado, con un sombrero de plumas de faisán y mirada triste. Poco se sabe de nuestros antepasados. Porque cuando pasan un par de generaciones nadie los recuerda y caen en el olvido, hasta desaparecer por completo de los recuerdos de quién sigue vivo. Pero al menos ella dejó escrito este diario y en él contó gran parte de su vida.

Releo algunas páginas del diario y comprendo que fue infeliz toda su vida. Se casó con veinte años con un terrateniente que nunca la amó y se dedicó a criar a su única hija bajo el desprecio de su marido. Ya que, para él, ella era una vergüenza por no poder darle un varón. Aunque la verdadera razón es que ella no quería ser madre otra vez.

Victoria decidió no tener más hijos de un matrimonio en el que no había amor. Tomaba brebajes naturales que le preparaba su doncella para no quedarse de nuevo embarazada y ese secreto lo dejó escrito en este diario. No me cabe duda de que era una mujer fuerte, valiente y llena de esperanza.

En sus páginas también habla de aquella historia que le contaba su madre de un tesoro que se ocultaba en el templo olvidado, pero al parecer nunca pudo ir a comprobar si aquello era cierto. En aquellos tiempos a una mujer no las dejaban ir solas a ningún lugar, así que jamás tuvo oportunidad. Tal vez esa fue la razón por la que guardó las cartas y lo dejó escrito con la esperanza de que su hija lo hiciese por ella.

Siento un nudo en la garganta que me ahoga. Las ganas de llorar se intensifican y lanzo al suelo el diario que tantas desgracias le trajo a la pobre Victoria y a las mujeres de mi familia. Pero un sonido casi imperceptible, un susurro metálico, me detiene en seco. Recojo el desgastado cuaderno con manos temblorosas. Lo miro con detenimiento, abro las solapas, paso rápida las páginas y no encuentro nada fuera de lugar en ellas. Lo agito con énfasis y nuevamente vuelvo a oír un sonido tintineante. Le doy vueltas al diario y mis ojos se fijan en las costuras del lomo, diferentes al resto porque el cuero de esa zona está cosido con otro tipo de hilo y las puntadas son diferentes.

Un hilo de esperanza me impulsa a tomar las tijeras de mi escritorio y con cuidado, comienzo a descoserlo, hasta ver que en su interior hay algo. En ese instante siento que el corazón me da un vuelco y la sorpresa me deja sin aliento. Saco con los dedos en pinzas de su interior un papel doblado junto a un colgante de oro. La sorpresa me deja sin aliento. ¿Qué más secretos guarda el diario? ¿Qué mensaje se esconde en el papel? El misterio me envuelve como una capa invisible, y yo, con el papel doblado y el colgante en la mano presiento que estoy a punto de abrir la puerta a un pasado desconocido.

Los ojos se me agrandan de la sorpresa y observo fascinada aquel objeto brillante. Un colgante que es un medallón redondeado en el que está tallado un rostro femenino. Con manos temblorosas desdoblo el papel que lo acompaña y reconozco la caligrafía alargada. Rebusco en la caja una de las cartas de Elcano y comparo la letra. No me cabe la menor duda de que es de él.

15 de julio de 1525

Querida, sé que ha pasado mucho tiempo sin recibir mi correspondencia, pero si de verdad las amaba os debía de ocultar, porque es la única manera de poder regresar. Mi dulce amada le hice una promesa que no cumpliré, pero esperadme y tenga cuidado en quién confía, porque en tiempo de higos, no hay amigos.

Debo de cumplir con mi deber y mostrar mis respetos a la corona española. Pronto partiré a una nueva expedición y espero reunirme con vos cuando regrese. Habiendo navegado por todo el mundo, sé que el mañana es incierto. Bien sabe vos que la primera vez que fui a su pueblo lo hice buscando la verdad que ocultaba una leyenda de aquel mágico lugar. En las Indias me confirmaron que la historia era real. Ahora solo tengo esperanza de regresar.

Bien sabéis vos que vuestra playa es un lugar de arena dorada…

Porque el templo que flota sobre el mar, esconde más de lo que a simple vista puede mostrar, y con el reloj descubrí que la leyenda era real. Por ello os entrego este colgante, que es la clave para regresar, allí donde los olvidos llegan como un susurro bajo la espuma del mar. El colgante debéis retornar porque jamás debí sacarlo de su lugar. Ahora comprendo que a veces es mejor olvidar, para que la historia siga sin contar. Si no regreso, estoy seguro de que la luz del reloj os guiará.

Siempre suyo, Sebastián.

Me quedo perpleja ante lo que acabo de leer y no me cabe la menor duda de que hay mensajes subliminales en el último párrafo. La fecha de la carta era de días antes de partir a la expedición de las Molucas, el viaje donde Elcano falleció y jamás regresó. Llaman a mi puerta y me sobresalto, pero sonrío aliviada cuando veo entrar a mi abuela, que ve el papel que tengo en mi mano y la caja abierta.

—Creí que no querías saber nada más del pasado. —Me dice a la vez que se acerca a mí.

—Y si te digo que hay más de lo que conocemos… —Le informo mostrándole el colgante de oro.

—¿De dónde has sacado eso? —Me pregunta atónita.

—Estaba escondido en el lomo del diario, mira. —Le muestro el descosido—. Abuela. Victoria habla en su diario de que confía en que la leyenda es real y todo el mundo sabe que Elcano falleció en la expedición de las Molucas… Pero antes de partir le entregó este medallón y una carta llena de pistas por temor a no volver.

—¿Cómo es posible? Cuando era joven leí ese diario muchas veces y sabes que en las últimas páginas parece que Victoria había perdido la cordura, porque lo único que repite es que el reloj siempre debe permanecer en la familia.

—Claro, porque el reloj es la clave de todo. —Le digo leyendo la carta de nuevo—. El último párrafo escrito en el diario de Victoria dice así: «*Si de sangre Besallotes bombea tu corazón, tú encontrarás la razón, aunque cuidado con la maldición*». —Le explico mostrándole el colgante que había escondido en el lomo del diario.

—¿Qué maldición? —pregunta mi hermano que está con Raquel en el umbral de la puerta y al ver la sorpresa en sus ojos algo me dice que han oído todo.

—No tiene lógica que hable de una maldición si nunca lo encontró —añade mi abuela pensativa.

—Exacto Felisa, puede que la maldición para ella fuese no encontrar la manera de devolver el medallón a su lugar —murmura pensativa Raquel.

—No lo sabremos hasta que no tengamos ese reloj —atajo con una idea clara en mi mente.

CAPÍTULO 24
CRONOS

La incertidumbre me consume como un fuego lento. Estaban siendo tiempos difíciles. Mi empresa por la que tanto he luchado está en la cuerda floja y juro por Dios que estoy haciendo todo lo posible para que siga manteniéndose a flote. Tenía tan solo dieciocho años y acababa de aprobar el permiso de conducir, cuando comencé con una vieja furgoneta a repartir paquetes. Aún lo recuerdo todo como si fuese ayer, el día que le conté mi sueño a mi abuelo sus ojos brillaron con una mezcla de confianza y emoción. La *Berlingo*, con su rugido oxidado, fue su regalo, como símbolo de su apoyo incondicional.

Diez años habían pasado desde aquella primera vez, en todo ese tiempo me había dejado la piel para que la empresa creciera y fuese todo un referente nacional. Pero ahora, no pasamos por un buen momento, estamos a punto de quebrar y la única forma de evitarlo es limpiando mi apellido. Pero no me rindo. Tengo que encontrar una solución, un camino que nos aleje del precipicio.

Un plan arriesgado comienza a tomar forma en mi mente. Sé que no será fácil, que hay mucho en juego, pero estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para salvar mi sueño, que es mi empresa.

No es sencillo de asimilar los cambios que están habiendo en mi vida, sé que todo va y viene, que nada es eterno y que todo está en continuo cambio.

No voy a mentir, lo más sensato y lo más fácil es cerrar la empresa, pero creo que todo esto es un nuevo comienzo. Cancelar el contrato con el padre de Marisa, no fue fácil, sobre todo sabiendo la repercusión que tendría en la facturación, pero no me importa. Para colmo por ser yo quién cancelaba el contrato, tuve que indemnizar a mi cliente con una jugosa cantidad de dinero y el resultado: es que he perdido la mayor parte de mis ahorros. Estoy casi en la ruina y no me importa.

Tenía un nuevo plan, una nueva meta en mente y tenía el apoyo de mi familia. Optimizaremos los tiempos de envío y reduciremos costes en la mayoría de paquetes de hasta cinco kilos, estos serán entregados por drones, pilotados desde nuestras sedes por mis empleados al instalar un software de última generación a esos pequeños aparatos. Seremos la primera empresa de paquetería en hacer algo así, no sé si funcionará, pero al menos lo voy a intentar. No tengo nada que perder, es morir o reinventarme. Además, tenía un sueño que siempre he ido posponiendo, pensando que no era el momento. Así que con los ahorros que me quedaban he comprado un catamarán. Con el fin de abrir el próximo verano una empresa de rutas náuticas por La Barrosa y Sancti Petri.

Cuando estaciono el coche frente a la galería, miro el reloj y sonrío al tener el

presentimiento de que cada vez estoy más cerca de demostrar quién es el responsable de aquel fraude de la venta de piezas falsas. Estoy convencido de que la persona implicada acudirá a la gala del cincuenta aniversario. Entonces entregaré la grabación de las cámaras de seguridad al inspector Rojas y solo tendré que cruzar los dedos para que encuentren alguna pista que nos lleve al responsable de la estafa.

La prensa está más pendiente de mí que nunca, sobre todo después de hacer público la cancelación del contrato con mi supuesto suegro. No me importan los chismes que hablen de mi relación con Marisa, porque centraré toda mi atención esta noche en intentar pillar al culpable. Tengo la corazonada de que ella tiene algo que ver en todo esto y no descansaré hasta demostrarlo.

Me bajo del coche abrochándome el botón de la manga de la americana e intento ignorar los cientos de flashes que iluminan mi rostro. Muchos periodistas y *paparazzis* se agolpan a ambos lados de la puerta de entrada y no paran de hacer preguntas. Las luces centelleantes de las cámaras me recuerdan que Elisabeth también está aquí. Aún no sé cómo mi hermano ha sido capaz de convencerla, pero me siento afortunado de poder verla esta noche. Tal vez la grata experiencia de esta noche la haga reconsiderar su decisión, pero aún no hay nada seguro. Dam me ha contado que pronto abrirá su propio estudio de fotografía y me alegro por ella. Pensar en Elisabeth, es sentir de nuevo el sabor amargo que me acompaña desde aquel día que la perdí.

Camino con indiferencia por la alfombra de color añil que me brinda paso al interior de la galería y hago caso omiso a la lluvia de preguntas que me llegan. « Después de todo… *¿Habrá boda? ¿Es cierto que le has sido infiel?¿Dónde está tu prometida? Ahora que estás arruinado, necesitas su dinero más que nunca* » .

No me detengo a pesar de que me gustaría decirles cuatro cosas y entro. Todo está decorado con extrema exquisitez y hay más iluminación de la habitual. Los célebres invitados forman grupos y el murmullo se mezcla con la melodía del violinista, que toca en el centro de la sala. Pero todo se desvanece cuando mis ojos la ven. Elisabeth está concentrada con la mirada fija en su objetivo, ajena a lo que la envuelve, ajena a mí. Está preciosa con un elegante vestido largo de color negro, con una abertura lateral que muestra sus largas piernas y la hace aún más atractiva y sexy. Su cabello cae a un lado, peinado en suaves ondas. No puedo evitar tragar saliva al sentir un latigazo en mi entrepierna con solo verla, sigo deseándola desde la primera vez que la besé.

Como si notara mi presencia se gira para mirarme y lo hace como si no me conociera. Un camarero se acerca a ella y no puedo evitar fruncir el ceño cuando lo reconozco. ¿Qué cojones hace él aquí? Me voy acercando a ellos y me doy cuenta como Raúl se tensa y me saluda ofreciéndome una copa de *champagne*.

—Buenas noches señor Montalvo. —Me saluda con una leve reverencia de cabeza.

—Buenas noches Raúl, me alegro de verte esta noche. —Le soy sincero, aunque no puedo ocultar mi asombro de verlo aquí después de que ayer me pidiera que necesitaba el día libre.

—Gracias, su hermano fue muy amable por contratarme para esta noche y así puedo sacar un dinero extra. Si me disculpa… —Me responde incómodo alejándose de nosotros.

—Buenas noches Liz…

—Me llamo Elisabeth señor Montalvo. —Me corrige con voz áspera y distante con la barbilla alzada, sin ni siquiera mirarme.

—No finjamos que somos extraños. —Le pido acercándome a ella, acortando la distancia

que nos separa. La sujeto por la cintura y la pego a mí e intento contener las ganas de besarla.

—Suéltame —masculla nerviosa mirando a nuestro alrededor.

—No me importa nadie. —Le digo sabiendo que está preocupada por los demás.

—¡Suéltame! Te vas a casar y ¿qué crees que pensarán todos? —Me mira por primera vez y me duele ver el tormento que encuentro en sus ojos color café.

—No me voy a casar. —Vuelvo a repetirle.

Ella traga saliva, se humedece los labios y da un par de pasos hacia atrás, alejándose de mí. Eleva su cámara y me toma una foto que me pilla por sorpresa.

—Muy bien señor, mi trabajo con usted ha terminado, que pase una agradable noche. —Me informa en un tono tan impersonal que me hierve la sangre.

No espera respuesta alguna por mi parte y se gira para seguir fotografiando a los invitados. Cojo aire para armarme de paciencia, cuadro la espalda e intento recomponerme de lo mucho que me afecta su desprecio.

Saludo a un par de invitados, que me hablan y felicitan sobre la magnífica celebración que está teniendo lugar esta noche. Reconozco que nuestra galería se encuentra en un lugar privilegiado, como es la loma del puerco en el Novo Sancti Petri y esto ha atraído siempre a todos sus visitantes.

Me despido con cordialidad del grupo y busco de nuevo a mi chica, que sonríe con dulzura a los invitados y trata con amabilidad a todo aquel que posa para ante su cámara. Camino de nuevo hacia ella y me detengo justo detrás esperando a que acabe de fotografiar a la familia Aguilar. Cuando lo hace, espero a que se alejen y tiro de ella para ocultarnos de todos, la agarro por la cintura y pego mi pecho a su espalda.

Elisabeth se queda quieta y su perfume frutal inunda mis fosas nasales, es una dulce tortura tenerla tan cerca y a la vez tan lejos. Acaricio con mi nariz su cuello y siento como su cuerpo reacciona, la respiración se le vuelve brusca y la piel se le eriza. Entonces, acerco mis labios a su oreja para asegurarme de que nadie nos oiga.

—Por favor, necesito que fotografíes a todo aquel que hable con Marisa, aunque ella no te lo pida y si no se da cuenta mejor. —Le pido plantándole un beso tibio en el cuello.

Ella traga saliva y asiente sin hacer preguntas. Tengo que saber con quién habla Marisa, porque estoy convencido de que alguien la ayudó aquel día y esta noche también asistirá a la fiesta.

Le sonrío con cariño a Elisabeth y me alejo de ella, prometiéndome a mí mismo que le daré el espacio que necesita. Aunque sé que no va a ser fácil porque tengo sed de ella, necesito sentirla, tocarla, besarla y amarla como se merece. Pero por el momento me tengo que conformar con este encuentro fugaz. Me acerco a mi familia, palmeo el hombro de mi hermano cuando llego junto a ellos y le sonrío como lo haría un niño, cuyo deseo se ha cumplido.

—Gracias por haberlo conseguido. —Le susurro refiriéndome a tener aquí a mi chica.

—No he tenido que hacer nada, ella sola cambió de opinión. —Me informa y me extraña lo que acabo de oír, pero me siento dichoso.

Mi abuelo me sonríe con orgullo y me hace un gesto para que me acerque a él. Me comenta que esta noche dará una gran noticia con motivo de la proximidad de mi boda y por más que le insisto en que no es necesario, sé que no lo va a dejar pasar.

Mi abuelo está ajeno a mi ruptura con Marisa, porque temo por su salud si se entera de la realidad. Mi madre en cambio si está enterada que tenemos sospechas en Marisa y vamos a hacer todo lo posible para poder demostrarlo. Cuando mi abuelo me pide que en diez minutos suba al despacho, sé que tiene que ver con la noticia sorpresa que dará con relación a la boda. Me ha hablado de que me necesitaba junto con mi hermano, para sacar un objeto de la caja fuerte

central.

Sé perfectamente cómo debemos de actuar, pues nunca nos vamos los tres juntos de una ceremonia y mucho menos a reunirnos en su oficina. Siempre lo hacemos por separado, para no levantar sospechas entre los invitados, para que no perciban nuestra ausencia.

Con la excusa de que acaba de llegar Marisa, me alejo de la conversación trivial que estoy teniendo con unos viejos amigos de mi abuelo. Marisa viene vestida con tanta ostentosidad que parece una mezcla entre *Marylin Monroe* y *Cruella de Vil*, con un vestido corto con vuelo acampanado y con un estampado de dálmata que me recuerda a aquella villana de Disney. Me acerco a ella para recibirla ante los curiosos que nos observan y ella me sonríe con frivolidad.

—Buenas noches querido. —Me saluda con voz melosa a la vez que se toma la libertad de darme un beso en los labios.

—Llegas demasiado tarde. —Le respondo con voz gélida, irguiéndome incómodo ante esta muestra de afecto llena de falsedad.

—Lo bueno se hace esperar bizcochito. —Odio que me llame así y ella lo sabe.
Marisa se sujeta de mi brazo y camina junto a mí. Sonríe a modo de saludo a un par de mujeres que nos analizan y nos juzgan con una sola mirada. Pero no me importa lo que la gente piense, excepto Elisabeth que nos observa en la distancia llena de decepción. Marisa se da cuenta y ríe victoriosa.

—Así que aquel desliz, era una simple fotógrafa que trabaja para tu familia, es una fracasada… —Hay tanto odio en sus palabras que me detengo y me enfrento a ella, sin importarme los invitados que puedan oírme.

—No vuelvas a hablar de ella, no quiero que la mires, ni que te acerques, ni que respires su mismo aire siquiera. —Le advierto en un susurro con mirada feroz—. Porque si se te ocurre hacerle más daño del que ya le has hecho, demostraré a tus seguidores quién eres en realidad… —gruño, intentando no alzar la voz ante la gente que nos observa.
Marisa asiente sin decir nada al ver que hablo en serio. Es consciente de que con un simple chasquido de dedos, todo su mundo de falsas apariencias se puede ir al traste. Se humedece los labios y se recompone de mis palabras. Se cree mi dueña sabiendo que no queda nada entre nosotros.

—Ten cuidado a quién amenazas lobito. —Me acaricia la mejilla y finge mirarme embelesada. Hace como si mis palabras no le afectasen y se aleja de mí contoneando las caderas.
No pierdo el tiempo de ver adónde se dirige, porque me siento fuera de mí. Veo a Elisabeth que sigue trabajando, sonriendo y aparentando que todo está bien. Me encantaría acercarme a ella y abrazarla, pero no es el momento.

Me alejo de la multitud y subo por las escaleras que dan a la planta superior. Voy distraído en dirección a la oficina de mi abuelo, cuando al girar la esquina choco con algo o mejor dicho con alguien. Una chica rubia que no he visto nunca, me mira entre nerviosa, asustada y sorprendida.

—¿Qué haces aquí? Esta zona tiene el acceso restringido.

—Lo siento iba al baño y me he perdido —afirma y se aleja de mí casi a la carrera.
Se marcha sin dejarme preguntarle nada más, pero no la pierdo de vista. La observo como baja las escaleras sin mirar ni una sola vez hacia atrás y veo que busca a alguien entre la multitud, me pregunto con quién habrá venido. Pero mi sorpresa es mayor, cuando se acerca a Elisabeth y le susurra algo al oído.

Me escondo tras una columna antes de que puedan pillarme y me asomo con cuidado para ver que ambas se giran y miran hacia donde estoy. La chica conoce a Elisabeth, pero…

¿Quién es y qué hacía aquí? Me relajo un poco, al pensar que al menos no era conocida de Marisa.

Me giro y camino confundido hasta la oficina e introduzco el código de seguridad para que la puerta se abra. Mi abuelo y mi hermano ya me están esperando. Ambos están junto a un objeto brillante que hay sobre la mesa, el cual no he visto nunca antes en toda mi vida. Lo observo intrigado y parece muy antiguo. Tal vez es eso lo que capta mi atención, o tal vez es la belleza del mismo. Acaricio con las yemas de mis dedos el objeto y un escalofrío inexplicable recorre mi espina dorsal, al comprender que ese reloj de arena con polvo dorado, será el regalo de bodas por parte de mi abuelo.

CAPÍTULO 25
ELISABETH

Acepté trabajar aquella noche para los Montalvo incluso sabiendo que él estaría allí. Me prometí a mí misma que no me afectaría su presencia y fracasé en el intento. Supuse mal pensando que al estar con tantos invitados Cronos guardaría las distancias, pero ahora sé que es un hombre persistente. Quiso demostrarme que no le soy indiferente y con ello consiguió desarmar todas mis barreras. Cuando se acercó a mí con esa mirada cargada de arrepentimiento y dolor, no pude ignorar lo que siento por él. No puedo olvidarlo, a pesar de que me gustaría. Aunque sé que tengo que quererme un poquito más y no volver a permitir que juegue conmigo. Sobre todo, al ser consciente de que la boda sigue adelante y tan solo quedan unos días para su celebración. También vi el beso que Marisa le dio nada más llegar y aparté la vista dolida, soy una idiota de remate. Mi hermano llevaba toda la razón, debía de apartar mis sentimientos para que nuestro plan no se fuera al traste y así conseguir el reloj.

La noche de la celebración del aniversario se me hizo eterna. Cronos no volvió a acercarse a mí, a pesar de que nuestras miradas se entrelazaron en más de una ocasión. Hice mi trabajo, fotografíe a todos los invitados y a todo aquel que hablaba con Marisa. Estuve toda la noche en tensión, sobre todo cuando Raquel me susurró que Cronos la había pillado en la planta superior. También temí que sospechara que no era casualidad que Raúl estuviera trabajando allí esa noche.

Porque nuestro objetivo era localizar el reloj y esa noche la suerte estuvo de nuestro lado. Cuando Agapito dio el discurso con motivo del aniversario de la galería, también compartió la noticia de que su nieto, el mayor se casaba y como regalo de bodas le entregaría una reliquia que era única en el mundo. Un reloj de arena, con polvo dorado.

No me cabía duda alguna de que era el reloj del que Victoria hablaba en su diario. El mismo reloj que era la llave para encontrar un tesoro que estaba oculto en el castillo de Sancti Petri. Entonces, sentí como la noticia me azotó el alma y me dejó sin aire en los pulmones. Ya sabíamos que lo presentarían en el evento, tan solo nos faltaba trazar un plan para recuperarlo. Aún no tenemos claro cuándo lo vamos a hacer y sinceramente no sé si quiero hacerlo. Es decir, tal vez si hablara con Cronos… Mi hermano entra en el local y me saca de mis pensamientos.

—Hola peque, ya he terminado de pintar la fachada, ¿estás preparada para ver lo bonita que ha quedado? —Me anima con una sonrisa sincera.

Salgo con él para ver los colores malvas, dorados y blancos aún brillantes por la pintura fresca, me emociono y me lanzo ilusionada a sus brazos. No sé qué haría sin él, porque siempre está ahí para apoyarme, ayudarme y animarme a cumplir mis sueños.

Hacía tan solo unos días que había alquilado el local, que un tiempo atrás fue un estudio

de fotografía. De pequeña pasaba por la puerta y fantaseaba con tener algún día mi propio estudio. Con los años cerró por jubilación de su dueño y ahora yo lo volvería a abrir.

El local llevaba cerrado demasiado tiempo, el papel pintado de las paredes se había deteriorado, rasgado y hecho jirones, el suelo estaba quemado porque al parecer, alguna vez partieron la puerta e hicieron fuego en el interior. El techo estaba lleno de hollín y sin duda alguna, estaba en peores condiciones de lo que esperaba. Seguramente esa fue la razón por la que no me cobraron fianza y el alquiler era super bajo. Afortunadamente no estaba sola en esto. Mi hermano se pasaba todo el día conmigo y me animaba cada vez que pensaba que había sido una locura. Porque después de tantos años imaginándome este momento, ahora estaba a un paso de cumplirlo y tenía miedo. Porque los sueños no se cumplen solos, los sueños se trabajan, se luchan y pienso dejarme la piel en ello para que se haga realidad.

—Ha quedado preciosa Raúl —afirmo con una enorme sonrisa al saber que era lo último que nos quedaba por terminar de restaurar.

—Creo que ese toque floral que decidiste darle, es un claro reflejo de tu personalidad. —Me responde a la vez que se sienta en el bordillo de la acera, se enciende un cigarrillo y exhala el humo del mismo.

—Estás fumando más…

—Lo sé, estoy nervioso. Ya sabes, el juicio… —Deja las palabras en el aire y suspira abatido.

Le sonrío con cariño y me siento junto a él, apoyo mi cabeza en su hombro y sé que es un punto de inflexión en su vida. Pero tenemos la esperanza de que con Raquel como abogada todo va a salir bien. Nos quedamos en silencio y cierro los ojos para saborear este pequeño instante, tan sencillo y perfecto.

—Todo va a salir bien.

—Eso espero hermanita.

—¿Elisabeth Torres Besallotes? —Nos sobresalta la voz de un repartidor de la empresa de Cronos que se detiene frente a nosotros.

—Sí, soy yo —afirmo a la vez que me levanto y miro extrañada la carretilla que trae llena de paquetes—. Pero no estoy esperando ningún paquete. —Le aclaro extrañada.

—Pues todos estos paquetes vienen a su nombre. —Me informa mostrándome su móvil.

—¿Qué pasa tío? —Saluda mi hermano a su compañero de trabajo.

—Pues ya ves, deseando de terminar la ruta. —Le comenta risueño.

—¿Quién es el remitente? —Le pregunta mi hermano.

—El jefe, Cronos Montalvo —afirma.

—No los acepto, puede llevárselos todos. —Le digo ipso facto y el repartidor se ríe.

—Me dijo que diría eso y me ordenó que lo dejase igualmente. Así que aquí los tienes, Raúl nos vemos mañana. —Se despide de nosotros, a la vez que deja los paquetes en la acera y se marcha.

—Hasta mañana Pepe. —Se despide de él mi hermano—. ¡Vaya con tu novio, hermanita! —Se mofa divertido.

—Muy gracioso. —Le digo sin un ápice de alegría en mi voz.

Él coge los paquetes y los mete dentro del local. Una vez que los deja sobre el mostrador, se toma la libertad de abrir la caja más grande y en su interior hay unos enormes focos.

—No puedo aceptarlo. —Le comento sumida en mis pensamientos a la vez que saco de otra caja una cámara de fotos de última generación.

—Ya lo has hecho. —Se divierte mi hermano sacando de un envase tubular un papel para

hacer fondos, del que cae una nota que me ofrece.

« *Querida Elisabeth, sé que lo primero que has pensado es que no quieres nada de esto. Tienes dos opciones… Desaprovechar este regalo o bien puedes aceptarlo y dejar que te ayude en el comienzo de tu sueño.*

Te quiero.

Cronos ».

No puedo aceptarlo, cojo mi móvil y veo que se me ha quedado sin batería. Voy hasta el perchero de la puerta y rebusco en mi bolso el cargador, lo enchufo y espero con impaciencia a que se encienda. Cuando lo hace veo que tengo tres llamadas perdidas de Cronos y un mensaje, que leo y hace que me deje de importar el motivo por el que iba a llamarlo.

Cronos:
*Linda está de parto y creo que algo va mal. ¿Puedes venir por favor? *

Ese mensaje lo cambia todo.

—Linda está de parto —afirmo en voz alta y mi hermano, me mira sin comprender nada.

—¿Quién es Linda?

—La perra de Cronos, me ha estado llamando, pero tenía el móvil sin batería. Tengo que ir —aseguro.

—¿Y a qué esperas? ¡Corre! Toma las llaves de mi coche que está ahí aparcado, yo me encargo de dejar el local cerrado. —Me dice a la vez que me lanza las llaves y las cojo en el aire.

—Gracias guapetón, te quiero.

El camino hasta la casa de Cronos se me hace eterno. Le envío un mensaje para avisarle de que voy de camino, pero no obtengo respuesta. Cuando llego llamo al timbre de su casa, la puerta se abre. Todo está en silencio e intuyo que están en el garaje. Así que me dirijo hasta allí, veo la puerta levantada y a Cronos que me recibe con una sonrisa dulce en sus labios.

—Gracias a Dios que has llegado. —Me dice aún de rodillas junto a Linda.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —Le pregunto acercándome a ellos y acariciándole la cabecita al animal que parece exhausta.

—He llegado de correr y la he encontrado con dos cachorros nacidos. No lleva más de una hora, pero no para de quejarse —dice nervioso.

—Está bien bonita, aún te queda mucho esfuerzo por hacer y estamos aquí contigo, así que tranquila…

—Aquí dice que el parto puede durar entre tres y doce horas. —Me comenta Cronos que está leyendo información en el buscador del móvil.

—Vale pues aquí estaremos —afirmo y él me sonríe cómplice.

—Toma póntelos. —Me ofrece un par de guantes de látex y un trapo. —He llamado al veterinario porque no sabía si vendrías y me ha comentado que la perra va pariendo por si sola, pero si hay alguna complicación tenemos que ayudarla.

—Vale, aunque parece muy cansada —susurro preocupada.

La perra emite un ruido lastimero de dolor y su abdomen se contrae, está haciendo fuerzas. De repente se asoma medio cachorro afuera, sigue empujando, pero no sale. De forma inconsciente respiro e inspiro y la animo cada vez que va a hacer un empuje. Los minutos se hacen eternos y nada cambia.

—Cronos, llama al veterinario. Está tardando muchísimo en salir y no tiene fuerzas. —Le pido angustiada con lágrimas en los ojos.

Sigo concentrada en Linda, le hablo con cariño y la acaricio para que se tranquilice. Le acerco a los dos cachorros que tiene nacidos y ella los olisquea. Oigo a Cronos hablar por teléfono y cuando termina me mira alarmado.

—Dice que tenemos que sacarlo nosotros —afirma pasándose la mano por el pelo nervioso.

—¿Qué?

—Como lo oyes.

—Está bien, no pasa nada —murmuro armándome de valor.

—Si no te sientes preparada lo hago yo. —Me comenta.

—No te preocupes puedo hacerlo —afirmo segura.

Con cautela sujeto con extremo cuidado el trocito del cuerpo peludo que está afuera. Tomo aire y espero a que Linda empuje para tirar. Miro a Cronos que está acariciando a la perra y nos miramos, llenos de nervios y tensión.

Estamos en silencio y sin embargo, nos entendemos, es como si estuviéramos sincronizados. Contamos una, dos y tres… Cuando Linda vuelve a empujar, tiro con delicadeza y esta vez, sale el resto de su bebé perruno. Suspiro aliviada y mientras tanto, Cronos le rompe la bolsa con el trapo y se lo pone a la perra, para que lo lama y el cachorro debe de comenzar a respirar pero los segundos pasan y el animalito no se mueve. En un primer instante pensamos que está muerto, pero Linda sigue chupando con énfasis el cuerpecito peludo y enseguida este comienza a moverse con torpeza.

—¡Está vivo! —Exclama aliviado Cronos.

—¡Lo conseguimos! —Respondo llena de alegría y sin pensarlo me lanzo a los brazos de Cronos que me rodea con firmeza y caemos al suelo riendo felices y llenos de complicidad.

El sonido de su risa es como una melodía celestial para mis oídos, que disipa todas mis dudas y preocupaciones. Nuestros rostros están tan cerca que casi puedo sentir el roce de sus pestañas y me pierdo en la profundidad de sus ojos cristalinos. El calor de su cuerpo me envuelve y una oleada de deseo me recorre la espina dorsal. Me muerdo el labio inferior, incapaz de resistir la química que brota entre nosotros. Cronos roza su nariz con la mía, un roce suave y lleno de ternura que intensifica la atracción que siento por él. Baja su mirada a mis labios, una sonrisa traviesa se dibuja en su rostro, y me besa. Un beso dulce y apasionado, que me transporta a otro mundo.

Un beso que sabe a añoranza y a promesas por cumplir. Me besa con pasión y deseo, cierro los ojos y me rindo a mis sentimientos. No nos tocamos porque ambos tenemos los guantes de haber estado parteando a Linda. Pero incluso así me hace girar hasta descansar mi espalda en el suelo y él se sube encima, posa sus manos a ambos lados de mi cabeza y siento su cuerpo por completo pegado al mío. Seguimos devorándonos sin prisa, de forma lenta y placentera. Un suspiro lleno de deseo se escapa de mis labios y Cronos se detiene, se incorpora para mirarme con deleite y es en ese instante cuando comprendo una frase que nos dijo mi abuela: « *Cuando dos se aman, con el corazón se hablan* » .

—Te quiero Elisabeth, no he estado más seguro en toda mi vida de nada y solo te pido que me perdones, que confíes en mí —declara con voz ronca.

Cronos se aparta para darme espacio y me siento, lo observo con todo el amor que siento por él y desvió la mirada abrumada. Me fijo en Linda que descansa relajada con sus bebés. Me quito los

guantes y parpadeo con rapidez intentando frenar las lágrimas que no tardan en salir. Niego para mí misma, repitiéndome en silencio que no debería estar aquí. Cronos también se deshace de los guantes y se arrodilla junto a mí. Con suavidad, toma mi barbilla entre sus dedos y encuentro su mirada, llena de una tristeza que refleja la mía.

—No puedo ignorar lo que siento y tú tampoco deberías. —Me pide acunando mi rostro con sus manos y me limpia con sus pulgares las lágrimas que surcan mis mejillas.

—No lo hago —afirmo en un suspiro con una sonrisa triste.

Cronos apoya su frente en la mía y cierra los ojos, me humedezco los labios que aún saben al beso más bonito que me han dado en la vida. Lo abrazo siendo consciente de como los latidos de mi corazón se van acelerando pensando que tal vez, todavía nos quede un mañana juntos.

Durante un buen rato ninguno de los dos necesita decir ni hacer nada. Me separo de él y le acaricio la mejilla con cariño, a la vez que me levanto y él hace lo mismo. Suspiro confundida por todo lo que está pasando, pero lo quiero y no puedo seguir fingiendo que no es real lo que hay entre nosotros. Siento que desde el primer día en que nos cruzamos, todo mi mundo cambió. Ese día mi vida giró de dirección y ahora entiendo que todo lo que estaba aconteciendo me llevaba hasta él.

—No va a haber boda. —Me dice y sus palabras saben a promesa. Entrelaza sus dedos con los míos y guardo silencio creyéndolo por primera vez.

—Está bien, hablaremos cuando canceles la boda y soluciones todo con Marisa.

Él asiente y suspira. Me suelto de su agarre y me agacho para acariciar a Linda una última vez. La acaricio con ternura y sé que Cronos sigue de pie mirándome.

—Bonita, has sido muy valiente. Ahora descansa—Le rasco la cabecita y ella con sus ojos negros me mira con devoción—. Nos vemos pronto. —Me despido de Cronos con una sonrisa cansada.

—Gracias por darme esta oportunidad —susurra con voz ronca y asiento, a la vez que acaricio su mejilla y me pongo de puntillas para darle un rápido beso en los labios.

Me marcho de allí, sonriendo esperanzada porque tal vez no todo esté perdido. No será fácil, porque aunque él no lo sabe, nos separan muchas más cosas aparte de su boda. Pero no me importa, porque pienso que cuando dos personas están destinadas, es cuestión de tiempo que las líneas de su vida se vuelvan a cruzar. Además, estoy convencida que la atracción que existe entre nosotros es tan intensa, que nuestras diferencias se reducirán a cero.

CAPÍTULO 26
ELISABETH

Se acerca el día de la boda, pero lo que realmente me inquieta es el juicio que tiene mi hermano sobre su divorcio, y la custodia de sus hijos. Hoy no he querido ir al estudio y todavía faltan un par de licencias para poder abrir. Además, no quiero perderme nada en cuanto él llegue de los juzgados con Raquel, por lo que me he quedado en casa con mi abuela y mi madre. Un silencio incómodo nos rodea, aunque fingimos estar tranquilas y cada una intenta tener la mente ocupada. Mi abuela está haciendo crochet, mi madre hace como la que limpia un polvo inexistente del mueble de la tele y yo me he puesto a editar las fotos que hice en la galería Montalvo, para la fiesta de aniversario.

Mi móvil suena sobre la mesa del salón y la inquietud se adueña de mí hasta que veo que es un mensaje de Cronos, con una foto de Linda y los cachorritos, me relajo un poco y no puedo evitar sonreír. Desde el parto de Linda, hasta hoy, entre nosotros vuelve a haber algo tan frágil que no soy capaz de ponerle etiqueta. No me da tiempo de responder al mensaje, pues me entra una llamada de él.

—Hola, ¿qué tal tu día? —Me pregunta con voz alegre.

—Hola, pues aquí editando fotos de la fiesta, ¿y el tuyo cómo ha ido?

—Pues la verdad que bastante tranquilo no me puedo quejar. Por cierto, ¿tienes las fotos que te pedí de Marisa?

—Claro, si me das tu correo te envío todas en un enlace.

—Y si mejor sales de tu casa y me las das en un *pen drive*… —Su proposición me roba otra sonrisa.

Me hace sentir como una quinceañera y corro por el pasillo hasta llegar a la puerta. La abro y lo encuentro apoyado en su coche, cruzado de brazos con una camiseta de algodón gris que deja entrever sus brazos fuertes y musculosos. Tan informal que parece un hombre completamente diferente al que siempre estoy acostumbrada a ver de traje.

—¿Qué haces aquí? —Le pregunto feliz dando un saltito del escalón y acortando los metros que nos separan.

—Te echaba de menos y quería verte —afirma.

Me atrae hacia él y me besa de forma lenta, dulce y ansiosa. Me agarra de la cintura y me abraza, como si quisiera que nos fundiésemos en uno solo. Cuando sus labios dejan de saborearme se aparta de mí y sus ojos rebosan felicidad, no puedo evitar suspirar aturdida e intento recomponerme emocionalmente.

—Dijimos que cuando aclarases todo lo de la boda, hablaríamos sobre nosotros. —Le recuerdo que nuevamente ha roto su promesa.

—Así será. —Me responde besándome el dorso de la mano y me abraza con anhelo.
Apoyo mi barbilla en su pecho y lo observo en silencio, las dudas y las preguntas rondan mi mente e intento apartarlas porque quiero confiar en él. Sé que no estamos cumpliendo con esa parte, porque el hecho de estar acurrucada en sus brazos rompe lo acordado, pero es que hay tanto todavía por contarle.

—Suéltalo. —Me sonríe y agacho la mirada, porque es como si me leyera el pensamiento.

—¿Ya has pensado en cómo vas a cancelar la boda? No irás a dejarla plantada en el altar, ¿verdad? Sería muy cruel hacerlo. —Me atrevo a preguntarle pues es algo a lo que llevo varios días dándole vueltas.
Cronos tiene una sonrisa torcida, me coge de la barbilla para que vuelva a mirarlo y me acaricia los labios, como si sopesase la respuesta.

—Eres demasiado buena para ser real —afirma sumido en sus pensamientos y sé que hay algo más—. Hablaré con ella, pasado mañana. No te preocupes por nada.

—¿El día antes de la boda? —No puedo ocultar mi asombro pues creo que es demasiado precipitado.

—Así es, te pedí las fotos de Marisa porque creo que ella podría estar relacionada con la estafa de la subasta y necesito que la policía tenga pruebas. No quería cancelar la boda hasta estar seguro de que tenía pruebas suficientes para demostrar la verdad. —Se sincera conmigo y no puedo evitar la sorpresa de lo que estoy escuchando.

—¿Por qué os querría hacer daño? —Le pregunto entrecerrando la mirada y él se encoge de hombros soltando un suspiro.

—Porque Marisa es astuta y siempre ha conseguido todos sus caprichos, excepto formalizar lo nuestro. Por eso intentó arruinar mi apellido… Para que la viese como mi única opción para salvar mi empresa y mi vida. —Me comenta pensativo—. Pero confía en mí, te prometo que no pisaré el altar y todo saldrá bien, ¿vale?
Me promete cogiéndome de los hombros y me mira con tanta sinceridad que asiento, mientras que guardo silencio y recapacito sobre lo que me acaba de confesar.

Me ablanda el corazón ver que ha confiado en mí para contarme que sospecha de Marisa y me siento mal por no contarle mi verdad. La otra parte de la historia que Cronos todavía no conoce. Él me mira esperando que le diga algo y tomo aire para armarme de valor, porque sé que cuando se lo cuente no habrá vuelta atrás y todo entre nosotros cambiará, pero tiene derecho a saberlo. Le cojo de las manos y lo miro sin poder ocultar lo que siento por él, me humedezco los labios y cierro los ojos, para decirme mentalmente… « *¡Allá vamos!* »

—Cronos hay algo muy importante que quiero contarte desde la noche en que recogimos a Linda de la carretera.

—¡Hola, holaaa! —Exclama Raquel que se acerca con mi hermano tomados de la mano.

—¡Oh Dios mío! Ya estáis aquí. —Me separo de Cronos y corro hacia ellos con los brazos abiertos. Nos abrazamos los tres y miro a mi hermano esperando el veredicto—. ¿Y bien?

—¡Hemos ganado! —exclama efusivo, con una mirada llena de paz y una sonrisa pletórica.

—¡Enhorabuena hijo! —grita mi madre que se acerca junto con mi abuela, que los han oído llegar.

—¡Vamos tendrás que contarnos todo! —Le pide mi abuela impaciente.

—Raquel haz tú los honores. —Le sugiere mi hermano feliz.

Miro a Cronos que nos observa fascinado, me acerco a él que me pasa su brazo por mis hombros y pega su cuerpo al mío.

—Creo que los detalles os los daré dentro, pero os digo que muy pronto tendremos viviendo con nosotros a María y Marcos —afirma llena de felicidad mi amiga.

Todos sonreímos, radiantes de felicidad, mientras alguna que otra lágrima se escapa por la emoción del momento. Habían sido meses interminables, plagados de angustia, presión e incertidumbre. Saber que por fin todo había terminado se nos antojaba como un sueño hecho realidad.

Admiro profundamente a mi amiga por el optimismo inquebrantable que siempre ha demostrado, por su tenacidad para pintar de colores un final que parecía oscuro y sombrío. No sé qué habríamos hecho sin ella. Raquel me lanza un guiño mientras que entrelaza sus dedos con los de mi hermano. Hacía tan solo unos días que habían hecho pública su relación, y no podíamos sentirnos más felices por ellos.

El móvil de Cronos suena, rompiendo la burbuja de alegría que nos envuelve. En la pantalla aparece el nombre de Dam, pero él rechaza la llamada y me mira con una expresión indescifrable.

—Elisabeth, tengo que irme, he quedado para reunirme con Dam y con mi abuelo. —Me informa a la vez que me aparto de él.

—¿Es por el regalo de bodas? —Le pregunto sin poder contener la curiosidad que siento.

—Sí —afirma rascándose la nuca abochornado—. No tienes nada por lo que preocuparte, ¿vale? —Me recuerda acariciándome la mejilla y asiento—. Raúl, enhorabuena—. Le dice abrazándolo con afecto.

—Muchas gracias jefe —responde cómplice mi hermano.

—Ya hablaremos cuando regreses de tus vacaciones. Bueno me alegro de veros a todos, nos vemos pronto. —Termina diciendo a la vez que se sube en el coche y me lanza un guiño junto con una sonrisa pícara que me derrite y me calienta por dentro. Nos quedamos viendo como se marcha y en cuanto lo hace, todas las miradas se centran en mí.

—Me gusta ese chico —afirma mi madre.

—Lo mismo digo. —La apoya mi abuela.

—Vamos adentro —sugiere mi hermano.

Me hago la rezagada y entro la última junto a Raquel que entrelaza su brazo con el mío y me susurra en el oído.

—Salvada por la campana.

—No sé a qué te refieres. —Le miento.

—Conmigo no te hagas la tonta, que con esas miradas fogosas que te lanza, a ti se te caen las bragas y se te fríen las neuronas —murmura y alza las cejas para reafirmar un poco más su teoría.

—No seas tan mal pensada, sé lo que hago. —Intento excusarme.

—Vamos a ver Liz, sé que ibas a contárselo y vale, ha habido circunstancias que lo han impedido, pero creo que no has insistido porque la verdad es que tienes miedo de cómo pueda reaccionar.

—Es cierto, pero estoy casi segura de que nos ayudaría. —Refuto mi teoría.

—Puede, pero por mucho que quieras confiar en Cronos sabes que necesitas que te lo demuestre.

—Si cancela la boda… —afirmo pensativa.

—¡Exacto! Así que ya veremos si se puede confiar en él o le robamos el reloj el día de su

boda —añade con sarcasmo, pero sé que va en serio.

—Shh… —Le pido temiendo que mi madre se entere, ya que es la única que está ajena a todo.

Raquel se encoge de hombros y hace un gesto como si cerrase su boca con una cremallera. Caminamos hasta el salón y me siento expectante a que ella y mi hermano nos cuenten todos los detalles del juicio.

CAPÍTULO 27
CRONOS

A tan solo veinticuatro horas de la boda, la angustia me consume mientras lucho por encontrar pruebas de la culpabilidad de Marisa. Estoy desesperado por encontrar algo, pero cada vez el rayo de esperanza es más débil. He hablado con mi abuelo y le he explicado todo, tenía que estar al corriente de la verdad tarde o temprano. He confiado en mi abuelo y le he revelado la verdad, consciente de que tarde o temprano debía conocerla. Él siempre me ha inculcado que la unión hace la fuerza, y ahora, juntos en su oficina, revisamos las fotos que me entregó Elisabeth. En ellas, Marisa aparece conversando con diversos invitados, pero una imagen en particular me llama la atención: una en la que se encuentra con un matrimonio asiático que no figuraba en la lista de invitados.

Un atisbo de esperanza se enciende en mi interior.

Repasamos una vez más la grabación de las cámaras de seguridad del día de la fiesta de aniversario. Observamos a Marisa hablando con el matrimonio asiático y luego alejándose de la celebración para dirigirse al patio que conduce al cuarto de mantenimiento.

—No se ve bien. No podríamos ni leerle los labios aunque quisiéramos —comenta mi hermano con fastidio acercándose a la pantalla.

—¡Mierda! —exclamo frustrado, dando un golpe en seco sobre la mesa de caoba.

—Vamos a ver Cronos, ¿por qué has esperado tanto para contármelo? —Me pregunta todavía enfadado mi abuelo.

—Porque estás delicado del corazón. —Le soy sincero.

—¿Y toda esa farsa de la boda? —Insiste mi abuelo y mi hermano aguanta una risotada con disimulo.

—La boda fue idea suya. Marisa fue quién divulgó esa falsa noticia y yo no la he desmentido. No lo he hecho porque pensé que, de esa forma podría relajarse y cometer algún error, para poder demostrar que no estamos involucrados en esa estafa. Es evidente que ella tiene algo que ver, porque mencionó detalles sobre la investigación que solo nosotros y la policía conocíamos.

Mi abuelo asiente mientras le explico la situación por enésima vez.

—Te recuerdo que el problema de la galería es irrelevante comparado con una boda falsa. Es tu vida, tu empresa la que ha perdido prestigio por la cancelación del contrato con la empresa de su padre, y aunque la entrega de paquetería con drones es un buen plan de reinvención, has arriesgado demasiado por una estúpida búsqueda de la verdad. ¿Hasta dónde eres capaz de llegar? ¿Vas a permitir que destruya tu vida?

—Hasta el altar. —Pronuncia aburrido mi hermano y lo fulminó con la mirada.

—He quedado con Marisa para almorzar y cancelar la boda.

—Claro y viendo lo civilizada que es, se lo va a tomar genial —comenta con ironía Dam.

—Para de divertirte. —Le advierte mi abuelo—. Está bien, habla con ella y que Dam vaya a comisaría, a entregar estas fotos y también la grabación de las cámaras.

—Insiste al inspector Rojas que la llame a testificar. —Le pido.

Confío en que mi hermano sea astuto y persuasivo con el inspector. He insistido una y otra vez en que la llame a declarar, pero él siempre ha rechazado mi petición alegando que no hay pruebas tangibles contra Marisa. Le he explicado que ella me mencionó detalles que solo la policía y nosotros conocíamos, pero no le ha dado importancia y lo ha dejado pasar por alto.

Llego a Jerez, a la dirección que Marisa me ha enviado. Se encuentra en el corazón de la ciudad, y al observar las enormes puertas de cristal con detalles dorados, no me sorprende descubrir que se trata de un sofisticado restaurante de alta cocina. No tengo apetito solo de pensar en cómo reaccionará cuando hable con ella, pero esta vez nada de lo que diga me detendrá. Estoy harto de sus rabietas.

Al llegar, doy el nombre de Marisa para la reserva y un camarero me conduce a un salón completamente vacío. La luz natural resalta el papel pintado turquesa de las paredes. Me siento a esperar, y una sonrisa amarga se dibuja en mi rostro al comprender que Marisa no es ingenua. Lleva varios días de viaje y no ha respondido a mis llamadas, evadiendo esta conversación inevitable. Un repiqueteo de tacones sobre el suelo de mármol pulido me saca de mis pensamientos y me giro para verla entrar con su bolso y una funda porta vestidos. Me dedica una sonrisa frívola mientras se aproxima, y no me levanto para recibirla. Ella amplía su sonrisa y se agacha para sujetar mi rostro clavándome sus uñas de porcelana en la barba y me da un sonoro beso en la mejilla.

—Hola bizcochito, siento el retraso. —Me dice a la vez que toma asiento frente a mí y deja el vestido sobre la silla de al lado.

—Hola Marisa, creo que bien sabes que tenemos que hablar. —Le digo con seriedad.

—Claro, sé que trae mala suerte ver a la novia el día antes de la boda, pero eso solo son supersticiones —comenta con fingida inocencia y una risita nerviosa la delata.

—Mañana no habrá boda.

Marisa recibe mis palabras sin inmutarse, sin una pizca de sorpresa en su rostro. Parpadea varias veces, como si estuviera calculando su siguiente movimiento, y me lanza una mirada penetrante, casi lobuna. En ese preciso momento, su teléfono comienza a sonar, y una oleada de alivio me invade al sentir que las palabras se extinguen en sus labios.

—Hola, buenas tardes. —Silencio—. Sí soy yo —responde mirándose la manicura de las uñas, pero algo le dicen que le pilla de sorpresa cuando veo el asombro en su rostro—. Está bien, allí estaré. —Y sin más dilación cuelga.

Apoya la espalda en el respaldo de la silla y me examina con detenimiento. Sus ojos me escudriñan, como si intentasen descifrar mis más íntimos secretos. Gira el móvil sobre la mesa, jugando con él mientras parece sopesar sus pensamientos. Finalmente, niega con la cabeza en un gesto de autonegación y una sonrisa segura se dibuja en sus labios.

—¿Quién era? —Le pregunto seguro de la respuesta.

—Era de la comisaría de policía, tengo que ir a declarar. —Me comenta mirándome con sospecha—. ¿Tienes algo que ver?

—No —respondo con indiferencia, aunque por dentro estoy saltando de alegría porque mi hermano lo ha logrado.

—Al parecer soy sospechosa en el caso Montalvo. —Me comenta con una sonrisa irónica, alzando las manos y luego las deja caer sobre la mesa de cristal, donde las copas de vino vacías reflejan la tenue luz de las velas con un gesto teatral.

—Si no tienes nada que ocultar, entonces ve a declarar sin problemas. —La reto con firmeza.

Ella alza las cejas en un gesto de disimulo y con una sonrisa enigmática bailando en sus labios.

—No puedes cancelar la boda. —Vuelve de nuevo al asunto que nos ha traído hasta aquí.

—Mucho he tardado en hacerlo, y lo haré público en cuanto salga por esa puerta. —Le digo señalando la puerta del restaurante.

—Estoy segura de que has estado detrás de esta llamada que acabo de recibir. —Su voz fría se llena de furia—. Y sé que eres un hombre de palabra, así que… ¿Qué te parece si hacemos un trato?

—¿Un trato? —Le pregunto extrañado con desconfianza, negando con la cabeza.

—Espera al menos a escuchar la oferta, ¿no? —Me dice con impaciencia—. Está claro que no quieres casarte, pero yo no pienso quedar como una mentirosa ante mis seguidores y la prensa. Eso acabaría con mi fama. —Se humedece los labios y se inclina hacia mí—. Así que el trato es el siguiente, voy a ir a declarar y si demuestro mi inocencia, mañana te espero en el altar.

—No pienso casarme contigo, Marisa. Esto ha llegado demasiado lejos —gruño, dejándole claras mis intenciones.

—Shhh… Tranquilo. —Me susurra con una sonrisa divertida—. No he dicho que nos vayamos a casar. Cuando llegue el momento de dar el sí quiero, seré yo la que te deje delante de todos.

Su propuesta me deja sin palabras durante un instante.

—¿Qué ganas con eso? —Le pregunto con la sospecha de que hay algo más detrás de todo esto. La veo disfrutar de la situación y se toma su tiempo para responder, haciéndose de rogar.

—Voy a seguir conservando mi reputación como *influencer* —afirma finalmente, con una mirada que me dice que no es lo único que le preocupa.

—¿Y por qué demonios aceptaría yo algo así? —Le pregunto con una mezcla de furia e incredulidad.

—Porque me has implicado como sospechosa en las movidas de estafa de tu hermano y voy a demostrar mi inocencia, me lo debes. —Exige con desesperación, sus ojos brillan con una intensidad casi enfermiza—. Te doy mi palabra de que no habrá boda.

Me rasco la barbilla pensativo, sopesando sus palabras.

—Todavía no entiendo por qué quieres llegar tan lejos. Hoy mismo podemos hacer pública la cancelación de la boda. Tú misma puedes hacerlo. —Le sugiero.

—No, necesito que sea mañana. —Su voz se vuelve temblorosa—. No puedo cancelar otra boda como me pasó con Bryan —afirma.

En ese momento, caigo en la cuenta de su pasado. Hace años tuvo un novio, un famoso cantante con el que se prometió. Él canceló la boda el día antes sin dar explicaciones. La dejó plantada, y creo que nunca lo ha superado. Las lágrimas se agolpan en sus ojos y comienza a llorar, aunque algo en su mirada me dice que no son del todo reales.

—¿Entiendes por qué no puedes dejarme? —Me pregunta con voz rota—. Diré que no puedo casarme contigo porque tengo pruebas de que me has sido infiel. —Afirma con una tristeza postiza en su rostro—. Sé que a ti no te importa lo que digan de ti, pero a mí sí.

Me conoce bien, a mi lo que ella diga a la prensa me la trae floja, me da igual que me cataloguen

de capullo si con ello me libro de sus artimañas. Marisa no es de fiar. Sopeso su propuesta y pienso en las pruebas que mi hermano le ha entregado al inspector. Si ha conseguido que la llamen a declarar, es porque por fin hay algo que la incrimine.

—¿Aceptas el trato? —Me pregunta con una mirada ansiosa.

—Primero vayamos a comisaría. —Le digo levantándome y ella me sigue.

—Eso es un sí —afirma con una sonrisa triunfal, pero no le respondo.

Suspiro impaciente y me apoyo en la fría pared de la comisaría. Miro al techo desmontable, contando los cuadrados de yeso que lo forman, mientras la inquietud me corroe. Marisa lleva demasiado tiempo adentro declarando. Bufo y me pongo a caminar por el pequeño pasillo y mi mente da vueltas como lo haría una locomotora pensando en la razón por la que Marisa hizo público un compromiso que era falso. Estaba claro que fue en un acto de desesperación por retenerme a su lado. Le demostré que no podía seguir chantajeándome y cancelé el contrato con su padre. Mi empresa económicamente lo está sufriendo, pero remontará.

Si sabe que no habrá boda, ¿por qué ha llegado tan lejos?

Conozco su historia con Bryan. Él canceló la boda el día antes, dejándola plantada y humillada. Supongo que Marisa teme que yo haga lo mismo, pero no es el caso. Cancelarla hoy o mañana, el resultado es el mismo, al menos para mí. Aunque cada vez estoy más convencido de que esta misma tarde la noticia saldrá en la prensa. Viendo el tiempo que lleva ahí dentro, está claro que no me hará falta cumplir con mi parte del trato.

Además, ¿por qué debería hacerlo?

El repiqueteo de sus tacones me saca de mis pensamientos. La veo caminar hacia mí contoneándose, con una sonrisa que no me gusta nada. Cuando llega a mí, se aproxima a mis labios con sensualidad, acaricia mi brazo y se humedece los labios antes de hablar.

—Querido, nos vemos mañana en el altar —afirma con un guiño.

Su mirada me taladra, buscando una reacción en mí. Pero no le daré el gusto y se marcha con una sonrisa triunfante dejándome patidifuso.

Veo cómo se aleja y el agente que custodia la puerta se la abre. Ella le regala una de sus sonrisas seductoras y, cuando se marcha, el tipo se queda con una cara de idiota que me pone de mala leche. Me paso la mano por el pelo, cabreado, y camino de un lado a otro esperando a que salga el inspector Rojas. ¿Cómo es posible? ¡Joder!

Cuando el inspector sale, lo hace con una carpeta debajo de su brazo y me mira con cara de aburrimiento.

—Es inocente señor Montalvo. —Sus palabras me hielan la sangre.

Un escalofrío me recorre la espalda y siento un nudo en la garganta. ¿Cómo puede ser que Marisa sea inocente?

—¿Cómo es posible? —Insisto agnóstico.

—Verá, la señorita tiene coartada del día de la estafa en la subasta. —Me aclara.

—Pero se le escapó el número de piezas que eran y el material por el que fueron sustituidas, y eso estaba bajo secreto de sumario. —Le advierto y él se encoge de hombros con indiferencia.

—Haga el favor de calmarse. La he tenido más de una hora dentro. La he presionado y en ningún momento ha flaqueado, además de que ha justificado su coartada.

—¿Y cuál es? —Le pregunto derrotado.

—Eso es confidencial señor Montalvo. —Me comenta.

Me humedezco los labios y los presiono por no decirle más de cuatro cosas a este hombre que me exaspera. Pero me calmo cuando me da algunos datos.

—La noche de la estafa, estuvo a su lado todo el tiempo en la celebración y eso es algo que usted ya sabe. Además, nos ha mostrado recibos de su tarjeta de que esa misma tarde estuvo en el spa de un hotel y después de la subasta voló a París. —Me aclara para que me quede conforme.

—¿Y qué me dice de las cámaras en la fiesta de aniversario o del matrimonio asiático?

—En las cámaras no se ve nada sospechoso, salió a hablar por teléfono al exterior igual que lo pudo hacer cualquiera y ese matrimonio… —Guarda silencio y alzo mis cejas invitándolo a que siga—. La mujer fue la primera diseñadora con la que desfiló a los siete años y ahora ha sido quien le ha diseñado el vestido de novia. Digamos que son amigas de toda la vida.

Oír esa declaración, hace que cierre los ojos del cabreo que tengo encima. Entrelazo mis dedos en la nuca y me giro, deseando con todas mis fuerzas que lo que me está diciendo el inspector no sea cierto. Cuando vuelvo a mirarlo, sé que no me queda más opción que cumplir el trato para la no boda.

—Está bien, gracias por nada inspector. —Le digo con amargura.

—Es mejor que se calme señor Montalvo y que no busque una justificación para algo que no quiere hacer.

—¿A qué se refiere?

Pero el inspector se encoge de hombros y sonríe estrechándome la mano para despedirse.

—Que disfrute de su boda señor Montalvo.

CAPÍTULO 28
CRONOS

Me duele la cabeza. Anoche bebí demasiado bourbon para ahogar las penas y encontrar una respuesta entre tanta amargura. Pero solo he conseguido una resaca monumental. Me niego a aceptar que Dam sea el culpable de todo. Confío en él tanto como en mí mismo y le creo cuando dice que no tuvo nada que ver con la estafa. Por esa razón lo he intentado proteger y demostrar su inocencia, aunque me haya llevado a un callejón sin salida.

¿Y si alguien le había cambiado el maletín sin que él se hubiese dado cuenta? ¿Y si era cierto que me equivocaba con Marisa? Eran tantas preguntas... pero había una que no paraba de rondar mi mente: ¿cómo había podido tener Marisa una coartada tan perfecta?

En mi cabeza, una voz insistente me repetía que ella tenía mucho que ver en manchar la reputación de mi familia. Era una mujer inteligente y astuta. Si quería salir impune de todo, tenía que haber confiado en alguien de su círculo de confianza.

Llegar a esa conclusión hace que me cuadre su invitación a aquel matrimonio asiático en la última celebración de la galería.

Inhalo profundamente y observo la habitación a mi alrededor. La impersonal suite, rebosante de lujo y elegancia, que pertenece al hotel en el que se va a celebrar la boda. Me siento al borde de la cama, apoyando los codos en mis rodillas y frotando mis sienes con las palmas de las manos. Cierro los ojos y suspiro, derrotado. El sonido del móvil hace que mire la hora que es y me devuelve a la realidad. La ceremonia está a punto de comenzar. Una llamada perdida y un mensaje sin leer de Elisabeth me golpean como un puñetazo en el estómago… Mi vida es un completo desastre. Anoche me escribió para preguntarme por Linda y los cachorros, no le respondí porque no tenía agallas de volverle a romper el corazón una vez más. He roto mi promesa, he sido un egoísta, un capullo. Le prometí que no pisaría el altar, y en menos de una hora estaré esperando a que Marisa me deje delante de todos. ¿Cómo se lo tomará Elisabeth? Seguramente la prensa ya le habrá informado de que la boda sigue adelante. Me odio aún más por ello. Un par de golpes en la puerta me sacan de mi ensoñación. Dam entra en la habitación, rompiendo el silencio sepulcral.

—¡Qué huevos tienes! —Es lo primero que dice con una mirada cargada de desaprobación.

No respondo. Guardo silencio y lo fulmino con la mirada. Ya hemos discutido hasta la saciedad sobre su posible culpabilidad ante la policía, y él sigue repitiendo como un mantra que es inocente. Pero, ¿cómo demostrarlo?

Me levanto y comienzo a abotonarme la camisa. Dam se sienta en un sillón junto al

enorme ventanal que ofrece vistas al jardín y se queda ensimismado, absorto en lo que sea que está viendo. Sé perfectamente qué hay tras esa ventana: el altar donde debo estar dentro de un rato.

—No pienso permitir que te cases con esa arpía —dice pensativo, sin apartar la vista del exterior.

—No me voy a casar. —Mis palabras cortan el aire como un cuchillo, atrayendo la atención de Dam. Sus ojos se clavan en mí, llenos de perplejidad.

—Entonces, ¿qué haces vistiéndote como el príncipe de la sirenita? —Me pregunta con una risotada confusa.

—Ayer hice un trato con Marisa, si se demostraba inocente… —Suspiro—. Ella me dejará en el altar delante de todos.

Mi hermano alza las cejas, incrédulo.

—¿Y si no lo hace?

—Pues lo haré yo —afirmo con rotundidad.

—¿Y Elisabeth lo sabe? Porque te recuerdo que le prometiste que no pisarías el altar.

—No he hablado con ella, pero en cuanto todo termine iré a explicárselo.

—Espero que no sea demasiado tarde. —Me responde con cierta preocupación y espero que no lo sea.

—Dam, ¿te acuerdas del matrimonio asiático que asistió con Marisa? —Le pregunto y él asiente—. Necesito que investigues si acudió a la gala la noche de la estafa y creo que va a ser necesario contratar a un detective privado que nos diga con exactitud quienes son y qué tipo de negocios hacen.

—Está bien, pero primero resolvamos este lío en el que te has metido tú solito. —Me comenta levantándose del sillón y me da una palmada en el hombro en señal de apoyo.

Una vez más, había sido una idiota de remate por querer confiar en él. Hice un trato con Raquel, que si él cancelaba la boda, tal y como me había prometido, yo le revelaría la verdad sobre el reloj a Cronos. Ayer me pasé todo el día atenta a las noticias por si hacían pública la cancelación de la boda y a la vez, con el teléfono en la mano, aguardando su llamada. Pero ninguna de las dos cosas sucedió.

A pesar de la desilusión, me aferré a un último resquicio de esperanza y le envié un mensaje. Esperé una respuesta hasta quedarme dormida. No comprendía cómo sus palabras y sus acciones podían ser tan contradictorias. Me había declarado su amor, pero luego no había cumplido su promesa.

Esta mañana he vuelto a llamarlo, quería creer que tenía una buena explicación, algo que justificara todo este sinsentido, pero su silencio, solo me confirmó lo que ya sabía: no podía confiar en él. Es un Montalvo como mi abuela me lo advirtió la primera vez que lo vio y no quise creerle.

Así que el plan del robo sigue adelante, mi abuela chasquea los dedos frente a mis narices para captar mi atención y me sonríe con compasión.

—Muy bien, necesito que estéis centrados. —Nos pide a los tres mientras estamos sentados alrededor de la mesa del salón.

—Estamos centrados —afirma mi hermano.

—¿En qué estáis centrados? —La pregunta de mi madre nos pilla por sorpresa y nos giramos para ver la curiosidad en su mirada.

—No te hemos oído llegar hija. —Le dice mi abuela—. Magda, hazme el favor de ir a comprar cebollas a la frutería.

—¿En serio? Vengo de allí ahora mismo.

—Lo sé, estoy ya vieja y se me ha olvidado y las necesito para hacer la comida. —Le responde frotándose la frente fingiendo una debilidad que no tiene.

Mi abuela una vez le contó la historia del reloj a mi madre y a mis tías, pero ellas no quisieron saber nada porque decía que lo pasado era pasado, y lo mejor era dejar aquello como una vieja historia familiar.

—Está bien, ahora nos vemos chicos.

—Hasta luego. —Nos despedimos de ella y esperamos a que se marche para volver a repasar el plan.

—Es mejor que siga ajena a todo —afirma mi abuela—. Muy bien, repasemos el plan.

—Raúl y Raquel trabajaréis en el catering. —Les informo—. El abuelo va a entregarle el

regalo de bodas que es el reloj y va a estar expuesto durante la celebración frente a la mesa de los novios. Ahí entro yo, que me haré pasar por la fotógrafa y antes de que comience la fiesta, entraré en la zona con la excusa de grabar y lo cogeré.

—¿Y si llega la verdadera fotógrafa? —pregunta mi abuela preocupada.

—Me encargaré de conseguir el teléfono de a quién haya contratado. —asegura Raquel y antes de que mi abuela pregunte ella sigue—. Le quitaré la agenda a la *wedding planer* y con el número de teléfono la llamaré para informarle de que la novia ha pedido a todos los fotógrafos en la habitación media hora antes.

—Y a la organizadora le diremos que la novia ha pedido una grabación del lugar antes de que lleguen los invitados porque será el video introductorio del reportaje de bodas —añade mi hermano.

—El reloj estará expuesto para que lo puedan grabar los fotógrafos. —Les comento y mi abuela asiente convencida.

—No está mal pensado, espero que no falle nada —afirma esperanzada mi abuela.

—Nos pondremos un auricular bluetooth que estará conectado a nuestros teléfonos, y estaremos hablando en una llamada conjunta. —Termina de explicarle mi hermano.

—No es un plan brillante, lo sé, pero es la única oportunidad que tenemos. Si las cosas se tuercen, no dudéis en retiraros. Os quiero más que a todo el oro del mundo. —Declara con sinceridad mi abuela y asentimos.

Pone su mano en el centro de la mesa y nosotros, sin dudarlo, apilamos las nuestras sobre la suya, sellando un pacto de confianza y determinación.

—Todos para uno, y uno para todos —afirma con entusiasmo mi hermano.

Camino en dirección a donde tendrá lugar la celebración y agradezco haber acertado al ponerme unos tacones anchos para que no se me claven en el césped. Me cuelgo la cámara de fotos y paso junto a los camareros que trabajan bajo presión. Saco el móvil y conecto el auricular para esperar a que Raúl me llame de un momento a otro.

Estar aquí es recordar aquella noche en la que Cronos me tiró a la piscina, discutimos, manché su coche con salsa, además del macetero que le cayó al capó y me besó. Quería no pensar en ello, pero era difícil no hacerlo. Este hotel es como un auténtico palacio andaluz de estilo nazarí, con espléndidos patios de mármol, exuberantes jardines, fuentes de estilo árabe y una vegetación cuidada al detalle. Los árboles, algunos con copas redondeadas y otros formando figuras caprichosas, completan un escenario de ensueño. De entre todos los lugares llenos de encanto para celebrar una boda, él había elegido el mismo de aquella noche.

Me fijo en la enorme piscina de aguas cristalinas que se funde con el horizonte de la playa de la Barrosa, dorada por el sol. La vista es tan hipnótica que parece un espejo que multiplica sus majestuosas vistas. Observo la piscina una vez más y niego con la cabeza, intentando borrar los recuerdos de aquella noche. La ropa mojada y pegada a nuestros cuerpos ardiendo de deseo… La atracción tan intensa que se respiraba en el momento. Trago saliva, respiró hondo e intento reponerme cuando mi móvil suena, rompiendo el silencio.

—Hola chicos. —Les digo aclarándome la voz y mirando a lo lejos a Raúl que camina con una bandeja con copas de cristal.

—Hola Liz, todo está saliendo según lo previsto. —Me informa mi hermano.

—Acabo de salir de la habitación de Marisa, le he llevado champagne rosado y justo cuando salía estaban entrando los fotógrafos, cinco ni más ni menos. —Nos informa Raquel.

—Vía libre para actuar hermanita. —Me apremia Raúl, haciéndome un guiño cuando pasa más cerca de mí.

—Está bien, gracias chicos.

Paso por el lado de mi hermano y me sonríe para animarme. El sonido del repiqueteo de mis tacones en el mármol hace que mi corazón se acelere con inquietud. No hace falta ser muy lista para reconocer a la organizadora, es una chica esbelta con un moño recogido en la parte superior de la coronilla, que viste de traje y no para de dar órdenes a todo con el que se cruza. Parece la señorita *Rottenmeier* y no puedo evitar una risita nerviosa cuando llego a ella que me observa con una ceja alzada.

—¿No deberías estar en la habitación de la señorita Marisa? —Me cuestiona con frialdad.

—Marisa me ha pedido que grabe el lugar antes de la celebración.

Para disimular, comienzo a grabar con fingida concentración el arco de flores que hace de entrada, las mesas circulares con los nombres de los invitados… Poco a poco me voy acercando a la mesa nupcial y veo que el reloj no está expuesto, me extraña y me acerco a la organizadora que está ocupada tomando notas en su agenda.

—Disculpa, frente a la mesa nupcial hay una columna dorada, ¿es para algo en concreto? —pregunto haciéndome la ignorante.

—Sí, es para un regalo muy especial que va a recibir la pareja. —Me informa sin levantar la vista de su agenda, trago saliva y veo a mi hermano que nos observa.

—¿Y no se ha expuesto aún? La señorita Marisa me ha pedido que grabe todo con detalle para que quede inmortalizado. —La chica parece alarmarse y me presta más atención, como si algo no estuviera yendo como su clienta desea.

—Es cierto, un momento que voy a preguntar. —Me dice mientras se aleja de mí.

Observo cómo se lleva el móvil a la oreja y golpea su mejilla con el bolígrafo, pensativa. Repite el gesto un par de veces más y bufa molesta al no obtener respuestas.

—Raúl, acércate a ella —susurro por el micro, a la vez que le hago un gesto con la cabeza.

—Está confusa. —Aclara Raquel que sigue fingiendo ser una camarera más del jardín.

Ambas vemos como mi hermano se hace el ocupado y pasa junto a la organizadora que no duda en acudir a él.

—Perdone, ¿podría usted por favor buscar al maître y preguntarle si el regalo de la boda ya ha llegado?

—Ahora mismo señora —afirma mi hermano con una leve reverencia y oigo como Raquel se ríe.

—¿En serio qué eso era necesario? —Le pregunta mi amiga desternillándose de risa.

—Estoy nervioso, ¿vale?

No puedo evitar enfocar y ampliar con el objetivo de mi cámara a mi hermano y veo como se acerca al encargado y a pesar de que lo oigo por el pinganillo, su rostro de preocupación es un claro signo de que las cosas no van bien.

—¿Cómo qué no está? —Lo oigo preguntar.

—¿Qué dices Raúl? —pregunta desesperada Raquel.

—Shh… No adelantemos acontecimientos. —Les pido.

—Está bien señor, por supuesto que se lo hago saber a la organizadora, muchas gracias. —Le dice mi hermano a la vez que se aleja de él y baja los escalones que dan al jardín—. El reloj

no está, hay que pensar en algo….
Pero no oigo nada más, me acerco a la organizadora que está hablando con la florista y espero a que acabe de darle instrucciones para abordarla.

—Señora, el regalo no está. —La informo y siento mi pulso acelerarse.

—¿Cómo que no está? —Me increpa exasperada.

—Al parecer es de un familiar y no lo ha entregado aún. —Digo esperanzada—. Tal vez pueda llamar a ese familiar y saber el por qué del retraso, ya que mientras que no se aclare el asunto no puedo hacer mi trabajo. —Miento con una seguridad que no siento.
Tomo aire y no me pasa desapercibido los comentarios que estoy recibiendo al otro lado del auricular. Pero llegados a este punto debemos improvisar. La organizadora se marcha y soy consciente de que se nos acaba el tiempo. La ceremonia está a punto de comenzar y los fotógrafos contratados pueden aparecer de un momento a otro.

Algo en mi interior comienza a romperse cuando una dulce melodía baila en el aire y llega a mis oídos abrazando con sutileza a todo ser que puede escuchar. La música debería calmarme, pero solo aumenta la presión en mi pecho. Intento inspirar profundamente, pero el aire no llega a mis pulmones. Me ahogo, trago saliva y lucho por recomponerme. La organizadora se acerca de nuevo, y sus palabras son como un jarro de agua fría: el reloj no se expondrá en la boda. El tiempo se acelera, la adrenalina corre por mis venas. Oigo la voz amortiguada de Raquel y mi hermano, advirtiéndome que tengo que salir de aquí. Raquel ha visto entrar a dos fotógrafos a la zona en donde me encuentro y debo huir antes de que me descubran. Los latidos erráticos de mi corazón me recuerdan que no es una pesadilla, el pánico que siento es real.

—Abortamos misión Liz, sal de ahí ahora mismo. —Me exige mi hermano.

—Elisabeth, reacciona. —Me pide Raquel que ha llegado hasta mí y me zarandea para sacarme del shock—. Ya pensaremos en algo.

—El reloj sigue en la galería. —Les informo caminando en dirección opuesta a los fotógrafos.

—¿Cómo lo sabes? —Me pregunta mi hermano.

—Siempre ha estado allí. No sé que ha llevado a Agapito Montalvo a no traerlo y entregarlo, pero estoy convencida de que sigue en la galería. —Pienso en voz alta, siendo consciente de que ambos me están oyendo.

—Y, ¿ahora qué? —Me pregunta inquieto mi hermano.

—Vamos a pensar… —Nos pide Raquel, volviéndose a alejar de mí y volviendo a su papel de camarera.

CAPÍTULO 30
ELISABETH

« Teníamos que pensar » , estas, habían sido las últimas palabras que había oído antes de colgar y apagar mi auricular. Mi amiga tenía razón, pero nos encontrábamos en un punto de no retorno, en un callejón sin salida. ¿Pensar en qué? ¿Qué otra opción teníamos? No había otra oportunidad, el momento era ahora.

Mi mente está como un hervidero de preguntas, ¿por qué no había entregado el reloj? ¿Por qué Cronos no había cancelado la boda? No tenía respuestas a esas preguntas, pero tenía la corazonada de que el reloj estaba en la galería Montalvo. Mi móvil vuelve a sonar y veo que es una llamada conjunta, respondo y esta vez no conecto el auricular.

—Elisabeth, piensa con claridad. No hagas ninguna estupidez. —Me pide Raquel.

—Iré a la galería, me conocen como fotógrafa y me inventaré alguna excusa, para entrar.

—¿Y qué pasa con la seguridad? —pregunta mi amiga.

—Coge mi coche, nosotros iremos en el de Raquel. —Me sugiere mi hermano sin esperar a que responda.

—¿Os estáis oyendo? ¡El plan se ha ido al garete! —Nos recuerda con sensatez mi amiga.

—Todo va a salir bien. Raquel, distraerás a los de seguridad y yo entraré en la sala de control para apagar las cámaras y Elisabeth lo buscará.

—Tendremos muy poco margen de tiempo y puede que no salga bien, pero hay que intentarlo. —Les digo siendo consciente de que es una auténtica locura, pero no perdemos nada por intentarlo.

Cuelgo la llamada y salgo del jardín de la celebración. Camino apresurada, con la mente distraída con guardar el móvil en el bolso y la cámara en su funda. Conforme camino hacia el coche, la dulce melodía nupcial llega a mis oídos con mayor intensidad y nitidez.

Entonces, el tiempo se detiene. Todo a mi alrededor se desvanece y mi mirada queda atrapada en la imagen que tengo ante mí. Un precioso jardín de un verde esmeralda donde resaltan las sillas blancas, con cientos de invitados ajenos a mi dolor. La alfombra roja llena de pétalos que hacen de guía hasta el altar y al final del camino, veo de pie a Cronos junto a Marisa. Trago saliva para diluir el mal sabor que me produce esa imagen. Cronos mira a Marisa y ella le sonríe como una perfecta enamorada. Mi respiración se vuelve desacompasada y siento los latidos de mi corazón en los oídos. En ese instante, un dolor intenso me quema el pecho y sé que se me acaba de romper el corazón.

Quiero alejarme de allí, desaparecer y borrar esta imagen de mi mente, pero mis piernas no responden. Las lágrimas se agolpan en mis ojos y me nublan la vista. Ojalá esto no fuera real, pero lo es. Lo sé con certeza cuando mis ojos se encuentran con los de Cronos, un azul cobalto

que se llena de sorpresa al verme. Traga saliva y se tensa al reconocerme. Me llevo las manos a la boca para ahogar un grito de dolor. A su lado, Dam no tarda en notar mi presencia y, a diferencia de Cronos, reacciona de inmediato, bajando del altar y camina hacia mí. En ese momento, mi cuerpo sucumbe a la mezcla de pánico y dolor que me consume, y huyo. Corro para escapar del dolor que me persigue para darme caza y me ahoga. Oigo mi nombre a lo lejos, pero no pienso detenerme ni mirar atrás.

Llego al coche de mi hermano y salgo del aparcamiento con la tristeza de un alma en pena. Piso el acelerador y me alejo del hotel hasta que lo pierdo de vista por el retrovisor. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Me limpio las lágrimas, respiro e intento serenarme. «*Vamos Liz, ni la primera ni la última*». Me digo a mí misma para infundirme ánimos. «*Solo fue un amor efímero y pasajero*». Intento convencerme, pero mi móvil suena y sé que todo es un desastre, Cronos se casa y el reloj no está. En la pantalla del navegador del coche veo que la llamada es de mi hermano Raúl.

—Hola. —Le digo con voz quebrada.

—¿Va todo bien Liz? —Me pregunta con preocupación.

—Ajam… —Es todo lo que logro decirle.

—No hagas nada sin nosotros, espera a que lleguemos porque nos han reunido a todos los camareros en la cocina y no podemos desaparecer y levantar sospechas. —Me informa.

—De acuerdo, estaré en el aparcamiento de la galería. —Le comento.

La llamada se corta y sigo deslizándome por las calles del complejo residencial del Novo Sancti Petri. Conforme me voy acercando a la galería, más nerviosa me siento, hago lo que me ha pedido mi hermano y aparco pudiendo ver desde donde estoy el enorme edificio que corona una de las colinas de la loma, que baila con el horizonte de la playa de La Barrosa.

Inspiro hondo, cierro los ojos con fuerza y expiro derrotada. Mis manos se aferran a las sienes mientras trato de asimilar lo que mis ojos acaban de presenciar. Hace apenas unos días, Cronos era un perfecto enamorado, llenándome de promesas y palabras dulces. Quise creerlo hasta el último instante, aferrándome a la esperanza de que podía confiar en él. Pero ahora, la realidad me golpea sin piedad.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por dos figuras vestidas de negro que se deslizan sigilosamente sobre la azotea de la galería. Frunzo el ceño y me acerco al volante, intentando descifrar la escena a través del cristal. Un escalofrío recorre mi espalda al notar que sus rostros están ocultos por pasamontañas y eso hace que se me anuden las entrañas.

—¡Oh madre mía! —Exclamo en voz alta, a la vez que me desabrocho el cinturón de seguridad y me bajo del coche con sutileza.

Cruzo la carretera y me detengo en la esquina, el pulso se me acelera al ver las cámaras del exterior tapadas. Me acerco a la pared del exterior de la galería para tener una vista mejor de las dos figuras que se mueven con destreza sobre la azotea.

¡Van a robar!

Un escalofrío me recorre la piel y una chispa de adrenalina se enciende en mi interior. Un sentimiento que no sé cómo definir, una mezcla de miedo y determinación, me impulsa hacia la puerta principal. La empujo con fuerza, pero parece estar atrancada. Desesperada, busco con la mirada el puesto de seguridad y a alguien que me pueda ayudar.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —Grito golpeando el cristal y zarandeando el pomo de la puerta de entrada.

El silencio es ensordecedor y un mal presentimiento me carcome por dentro. La puerta principal está bloqueada por una cuña de madera. Empujo con mi hombro, una y otra vez, hasta que logro

abrirla lo suficiente para deslizar la mano y quitar el obstáculo. Corro hacia el puesto de seguridad, pero un grito ahogado se me escapa al encontrar a un vigilante inconsciente y amordazado. Me agacho junto a él, y le quito la cinta americana que le tapa la boca y lo desato con manos temblorosas.

—¡Señor, despierte! ¿Me oye? —Le pido con voz agónica a la vez que lo zarandeo, pero no reacciona.

Escucho un ruido atronador en el interior de la galería que me paraliza y segundos después vuelve a reinar el silencio. Le tomo el pulso en el cuello y siento una gran alegría al notar que está vivo. Elevo la vista y veo las pantallas que muestran las cámaras de seguridad. Hay algunas imágenes en negro y supongo que son las que están cubiertas, en cambio llama mi atención la imagen de las cámaras de la entrada, en ellas aparece la puerta cerrada y miro para cerciorarme que la he dejado abierta y así es. Entonces, me quito los tacones y los lanzo al pasillo para fijarme que ese gesto no aparece en las cámaras. Las imágenes no son reales, están congeladas. La guerra de emociones que hay en mi interior me llena de una valentía desconocida para mí.

Voy a dar aviso a la policía y es en ese instante caigo en la cuenta de que me he dejado el bolso en el coche. Mierda. Con cuidado me muevo hasta la mesa de la sala y cojo el teléfono fijo, pero no hay línea. Oigo de nuevo romper cristales y no puedo venirme abajo ahora, sabiendo lo que está sucediendo ahí dentro. Es cierto que yo misma iba a robarles el reloj, pero solo eso. No pensaba hacer daño a nadie y no me llevaría nada que no fuera el reloj que siempre ha pertenecido a mi familia.

Me fijo en el manojo de llaves que hay junto al hombre inconsciente, las cojo y las examino hasta que en una de ellas encuentro la palabra «giratoria». Salgo sin hacer ruido e introduzco la llave en la puerta haciéndola girar. Camino con sigilo y por cada paso que doy más pequeña me siento. Me escondo tras la primera columna que encuentro y me quedo inmóvil al oír cerca de mí un cristal hacerse añicos. Tengo que hacer saltar una alarma, para avisar a la policía. La inquietud me recorre el cuerpo y siento como las piernas me tiemblan de miedo. Cierro los ojos y presiono mis labios, al oír una voz demasiado cerca.

—Debes de ser más discreto. —Reprocha una voz femenina con un marcado acento extranjero.

—Tranquila el vigilante estará durmiendo un buen rato con lo que le he dado —comenta divertido la voz masculina.

Un crujido agudo me alerta. Un expositor ha sido destrozado y las alarmas, inexplicablemente, permanecen en silencio. Han debido de desactivarlas. Un escalofrío recorre mi espalda. Las cápsulas de cristal, que albergan piezas de un valor incalculable, yacen indefensas ante los ladrones.

Me giro, buscando desesperadamente algo que pueda usar como arma. Mis ojos se posan en una pequeña caja de alarma, oculta tras una cápsula que contiene una vasija fenicia, intacta a pesar del caos que la rodea. Un botón de alarma, es mi única esperanza. Tengo que llegar hasta allí.

Me asomo con cautela, observo con horror cómo las dos figuras saquean y destrozan cada rincón de la sala central. Su frenética actividad parece centrarse en el otro extremo, así que aprovecho para correr hacia mi objetivo sin ser vista. Sin embargo, al pulsar el botón, me doy cuenta de que también la han desactivado. Lo golpeo con urgencia, mi mirada busca a los intrusos, pero ya no están. Mi cuerpo se tensa, se pone en alerta cuando un escalofrío recorre mi cuerpo mientras me oculto tras una columna. Mi respiración se vuelve errática, mi pecho sube y

baja desacompasado. El silencio es ensordecedor, pero un ruido en la planta superior me indica que están lejos de mí.

Mi corazón trota como un caballo desbocado conforme voy subiendo las escaleras y me aproximo con sigilo a una puerta entreabierta. Un despacho, tal vez de Dam o de Agapito, yace patas arriba, víctima de la villanía destructiva. El cristal de un enorme cuadro de los hermanos Montalvo junto a su abuelo, se hace añicos contra el suelo, revelando una puerta de acero. Uno de los individuos, con la precisión de un profesional, saca un aparato de su mochila y lo conecta al teclado. No me cabe la menor duda de que son expertos, y un escalofrío me recorre la espina dorsal al comprender que son muy peligrosos.

Mientras ambos se encuentran ensimismados en la apertura de la puerta, un pitido agudo y un crujido mecánico anuncian su éxito. Una risa victoriosa resuena en la habitación, confirmando mis peores temores.

—Te dije que no se me resistiría —afirma uno de ellos con soberbia, abriendo la puerta de la caja.

La otra figura no responde, tan solo se limita a actuar y sacar del interior de la caja un objeto de gran valor que reconozco en el momento. El reloj de arena con polvo dorado, brilla con su belleza natural y ambos quedan hipnotizados ante tanto encanto.

—Joder, esto debe costar un pastizal en el mercado.

—Nos vamos a hacer ricos con esto.

Están cautivados analizándolo y aprovecho para examinar la sala. Me llama la atención una caja de puros que está relativamente cerca. Miro al techo y veo que en el pasillo donde me encuentro hay detector de humo con una luz que parpadea.

Me agacho y estudio mis posibilidades que son ínfimas, pero aún así no me queda otra opción que intentarlo. No pueden llevarse el reloj, no pueden desaparecer dejando destrozada y saqueada la galería. Respiro para llenarme de valor, el tiempo se agota y gateo con cuidado hasta llegar a la caja de puros. Me quedo quieta, oculta tras la mesa de caoba y estiro mi cuello para ver que siguen saqueando la caja fuerte. Cojo la caja y salgo de la habitación.

Me siento culpable de estar aquí, pero ya no hay vuelta atrás. Debo de salvar la galería Montalvo. Cojo una papelera de metal que hay en el pasillo. Me desgarro el bajo de mi vestido, abro la caja de puros y cojo el mechero metalizado. Soy consciente del riesgo de que mi plan salga mal y me pillen, pero no me queda otra opción que jugármela, es el último intento para detenerlos. Meto en el interior de la papelera el trozo de tela y le prendo fuego, soplo y avivo la llama. Me acerco al detector de humo más próximo y elevo la papelera para que el humo llegue al mismo.

—¡Vamos funciona! —mascullo desesperada.

Y como si se oyeran mis plegarias, un pitido estridente comienza a sonar en toda la galería. Una sonrisa de alivio se me escapa y me muevo con rapidez para salir de aquí. Pero justo cuando voy a salir corriendo, me agarran y me atrapan. Me tapan la boca y mis gritos quedan ahogados en su mano. Forcejeo, pataleo y me retuerzo, golpeo con mi codo las costillas de la persona que me retiene y me libero de su agarre.

—¿Quién coño eres? —Me pregunta con dureza una voz masculina.

—Acaba con ella y no tardes. —Le ordena con frialdad la otra figura que se gira para entrar de nuevo en la oficina. —Los bomberos no tardarán en aparecer y ya tenemos lo que queríamos.

La figura que ha ordenado que venga a por mí desaparece de nuevo en la oficina de Agapito Montalvo. Me quedo sola frente al tipo que está quieto como un depredador a punto de saltar

sobre su presa.

Doy un paso atrás hasta que tropiezo con la barandilla de mármol, el tipo se acerca a mí y encuentro su mirada cargada de ira, a la vez que se lanza sobre mí. Me tira al suelo con facilidad y siento un dolor agudo que me quema la espalda del fuerte golpe que recibo. Un grito lleno de tormento se me escapa y los ojos se me nublan de lágrimas. Siento el sabor metálico de la sangre en mis labios. Pataleo y golpeo con todas mis fuerzas al tipo que me retiene con tanta firmeza como si fuese un bloque de hormigón. Me sujeta con una mano ambas muñecas y con la que le queda libre, la cierne sobre mi cuello y ejerce presión como si fuera una pelota antiestrés. Noto como el aire se me escapa de los pulmones y me quedo sin aliento. Sigue apretando mi garganta e intento respirar, pero es inútil. Me duele y tengo miedo, mucho miedo. Abro la boca en un nuevo intento de coger aire, pero no lo consigo.

Las lágrimas se me escapan y mojan mi rostro. Siento que mi cuerpo arde de calor, pero no pienso rendirme. Sigo luchando, moviéndome y en un instante consigo alzar la rodilla y golpearle en la entrepierna con todas mis fuerzas. El tipo me suelta y emite un grito de dolor, toso en un intento desesperado por coger aire. Quiero levantarme, pero las fuerzas me fallan cuando siento que me sujeta por el tobillo y tira de mí hasta arrastrarme hacia él.

Estoy muerta de miedo, sé que me va a matar y siento como de nuevo me sujeta con sus garras. Alargo mi mano con la esperanza de llegar al tope de la puerta que es de mármol, rozo con las yemas de mis dedos la pieza mientras que sigo forcejeando con el tipo, hasta que consigo quitarle el pasamontañas y su rostro queda al descubierto.

Un rostro que me resulta familiar y desconocido a la vez. Su tez pálida y sus ojos achinados captan mi atención un par de segundos para identificarlo en la noche del aniversario de la galería. Pero ante su sorpresa por ser descubierto, vuelve a cernir sus manos sin piedad sobre mi cuello para ahogarme. Me golpea la cabeza con el suelo y esta rebota sobre la superficie. El dolor se vuelve insoportable y el terror se apodera de mí. Se lleva una mano a la espalda y desenfunda una pistola que lleva directa a mi sien. Me tenso y a la vez todo mi cuerpo tiembla. Sé que no tengo nada que perder, le sujeto el rostro y hundo mis dedos en sus ojos. Grita de dolor, lo empujo con una fuerza sobrehumana que me sorprende e intento ponerme en pie agarrándome a una columna.

Todo sucede en milésimas de segundos, consigo correr hasta llegar a las escaleras, pero alguien me agarra del pelo y tira con sus frías manos, para sujetarme con más fuerza y acto seguido me empuja. Siento que caigo al vacío, perdiendo el equilibrio.

Mi cuerpo da vueltas y vueltas, ruedo todas las escaleras. Siento un dolor repentino en el hombro tan agudo que me produce arcadas. Todo parece ralentizarse hasta que aterrizo en la planta inferior de la galería, no me puedo mover. El dolor es punzante, agonizante y afilado como si de un centenar de cuchillos afilados se clavasen en mi cuerpo.

Me quedo inmóvil, no puedo moverme.

Siento un martilleo incesante en la sien que parece que la cabeza me va a explotar. El dolor es inaguantable. Intento otra vez moverme, pero soy incapaz. Tengo la garganta seca y sigo luchando por respirar. Mi cuerpo no me obedece, no reacciona, pero ya no tengo miedo, siento tranquilidad y recuerdos fugaces cruzan mi mente. Momentos felices en los que me he sentido más viva que nunca. Mi abuela riendo feliz, Raquel y mi hermano abrazándome, mi madre acariciándome el pelo, Cronos besándome como si se fuera a acabar el mundo…

El sonido de la alarma de incendios sigue sonando y cada vez se va haciendo más y más lejana. El agotamiento hace que sienta pesadez en los párpados, pero intento mantener los ojos abiertos, aferrarme a la luz, pero no lo consigo.

Un silencio sepulcral me va abrazando de forma lenta y torturadora. Poco a poco, me va llevando a la oscuridad de la inconsciencia. No quiero que la luz se marche, no quiero sentir el abismo en el que estoy cayendo. Pero la oscuridad vence a la luz, hasta quedarme sumida en un profundo sueño.

CAPÍTULO 31
CRONOS

Sabía que haber aceptado el trato con Marisa era un plan desastroso. Lo sé en el momento en que ha llegado al altar y me ha mirado como lo haría una perfecta enamorada. La ceremonia va avanzando y Marisa no hace el amago de interrumpirla. Los nervios comienzan a aflorar en mi interior y estos se desatan en el instante en que mis ojos quedan atrapados ante una mirada inocente y llena de desconsuelo. Mi chica me observa al final del pasillo sin comprender qué diablos estoy haciendo y mi vida se detiene.

Sé que jamás tendría que haber aceptado tal trato con Marisa, porque sabía que me arriesgaba a que Elisabeth no me perdonará jamás. Siento que la he perdido, en el momento en que se da la vuelta y comienza a correr rota de dolor. Mi hermano se da cuenta y sale tras ella. Voy a hacer lo mismo, pero Marisa me detiene y me sujeta del brazo.

—¿Qué haces? —Me pregunta entre dientes, sin romper su sonrisa fingida.

—Creo que esto se está alargando más de la cuenta. —Le digo con frialdad.

Miro a mi familia, mi madre me sonríe y mi abuelo asiente llenándome de valor. Veo a mi hermano que regresa y niega para sí, Elisabeth se ha ido.

—No te atrevas a dejarme plantada Cronos. —Me ordena y me libero de su agarre bajando las escaleras del altar.

—Queridos invitados, no habrá boda. —Comunico con total naturalidad y me siento liberado.

—Claro que no la habrá, porque eres un capullo. —Me grita Marisa golpeándome con el ramo de flores y no puedo ocultar una sonrisa de alivio.

Los murmullos comienzan a ser más fuertes y camino para dar encuentro a mi hermano, que me informa de que Elisabeth ha huido en un coche a toda velocidad. Soy consciente del revuelo que hay a mi alrededor, de los flashes que saltan ante mis narices, pero nada de eso me importa. Mi abuelo comienza a aplaudir y acto seguido lo hace mi madre con una sonrisa llena de orgullo.

—¡Ve a por ella hijo! —Vitorea algún invitado que ha presenciado también la llegada inesperada de Elisabeth.

—Ve tranquilo, nosotros nos encargamos de todo —afirma mi madre a la vez que entrelaza su brazo con el de mi abuelo.

Salgo del jardín apresurado y sé que mi hermano me sigue. Me aflojo el nudo de la corbata y cuando llego al aparcamiento mi coche no está donde lo dejé.

—Disculpa, necesito mi coche. —Le pido al chico que se encarga de aparcarlos.

—Lo siento señor, su coche se lo han llevado para una limpieza tal como pidió la

novia.
No respondo, gruño frustrado y me paso las manos por el pelo nervioso. Miro a mi alrededor y Dam me da alcance.

—Vamos en el mío, sígueme. —Me apremia.

Mi móvil comienza a vibrar en el bolsillo de mi chaqueta, pero no hago el amago de cogerlo. Estamos parados en el parking porque hay varios coches obstaculizando la salida, Dam toca el claxon con impaciencia mientras que mi móvil sigue vibrando. Doy por hecho de que es Marisa y lo cojo para colgarle, pero para mi sorpresa es el inspector Rojas. Lo pongo en manos libres con la intención de que mi hermano se entere de lo que sea que me va a decir.

—Dígame.

—Señor Montalvo, se ha registrado un aviso de incendios en la galería. Hemos llamado al personal encargado de la vigilancia del edificio, pero la línea está cortada. Por lo que debo de decirle que es probable que se esté cometiendo un robo en la galería. —Me informa.

—Vamos para allá. —Lo aviso y la llamada se corta.

—Los mismos que cometieron la estafa están ahora robando en la galería. —Llega a la misma conclusión mi hermano.

Acelera y conduce con urgencia para llegar pronto. Afortunadamente no estamos lejos de la galería, porque el hotel está en la misma zona y se llega en escasos minutos. Me pregunto, ¿cómo no ha saltado ninguna de las otras alarmas? La de la temperatura corporal o la del láser. Según puedo comprobar en la app de mi móvil todo indica que están bien. Pero mi confusión es mayor, cuando al llegar al edificio todo parece intacto por fuera, no hay ningún incendio. Entonces, ¿cómo ha saltado?

Un par de camiones de bomberos se agolpan junto a una decena de agentes de policía en la puerta de la galería que esperan para entrar. Mi hermano estaciona el coche sobre la acera peatonal y nos bajamos apresurados. Me acerco hasta la entrada y veo que el hombre de seguridad está desvanecido en el suelo. Alguien pide una ambulancia y esquivo un par de tacones de mujer que hay frente a la puerta giratoria de cristal.

—Eh caballeros, no podéis entrar. —Me dice un agente.

—Somos los dueños. —Aclara mi hermano y sin hacer caso de la orden entramos en el interior de la galería junto a los agentes.

Nos quedamos petrificados ante la devastadora imagen que nos encontramos. Un manto brillante de cristales baña el suelo. La mayoría de las cápsulas están rotas y vacías. Del centro de la galería, cuelgan un par de cuerdas negras que están amarradas en la cúpula de cristal. Una aterradora inquietud que se apodera de mí. Oigo cómo se comunican los policías dándose información entre ellos.

—Están acorralados, necesitamos refuerzos no sabemos cuántos son. —Oigo lo que dicen.

Pero todo deja de importarme cuando la veo. El mundo se detiene y deja de girar. Siento que la bilis me sube por la garganta y mi pulso se acelera cuando la reconozco.

Elisabeth está boca abajo, a los pies de la escalera que da acceso a la planta superior. Varios agentes pasan por su lado armados para atrapar a los ladrones, mientras que uno está junto a ella. En ese instante, el corazón se me salta un latido doy un paso al frente y mi hermano ajeno a la imagen que tengo ante mí, me sujeta.

—¿Dónde vas? Es mejor esperar aquí. —Me advierte, pero no lo miro porque solo tengo ojos para ella.

—Elisabeth… —Es todo lo que le digo lleno de miedo y roto de dolor.

Me agacho para pasar el precinto de seguridad que acaban de instalar. Pierdo la conciencia de todo lo que sucede a mi alrededor, porque nada me importa más que ella y corro hasta mi chica. Cuando llego a Liz, el corazón se me quiebra al verla inmóvil y sin vida.

—¡Una ambulancia! —Grito desgarrándome la garganta, a la vez que me arrodillo junto a ella.

La giro con sumo cuidado y me impacta el aspecto que tiene. Elisabeth está llena de magulladuras, tiene sangre en el rostro y el cuello enrojecido. Sujeto su cabeza y la atraigo a mi pecho, entro en pánico y las lágrimas de dolor surcan mis mejillas. Lloro desconsolado, mientras compruebo con manos temblorosas que respira y me rindo ante el miedo.

—Elisabeth por favor despierta. —Le pido una y otra vez.

La abrazo desconsolado y no soy consciente del tiempo que pasa, hasta que llegan los equipos médicos para atenderla. Mi hermano no se ha apartado de nuestro lado ni un solo segundo. Veo también el dolor en sus ojos y él se encarga de hablar con los equipos de urgencias que acuden a nosotros. Cuando me separan de ella, el dolor que siento se agudiza y se vuelve tan insoportable como si me desgarraran el alma a tiras. Mi hermano me zarandea con ímpetu y lo miro lleno de culpabilidad.

—Todo esto es culpa mía. —Le digo abatido y él niega.

—Elisabeth es fuerte —susurra con sus manos firmes sobre mis hombros, mientras que tiene la mirada clavada en mi chica.

—¿Conocen a esta joven? —Oigo que pregunta un enfermero, a la vez que le colocan una máscara de oxígeno para ayudarle a respirar.

—Es mi novia.

CAPÍTULO 32
CRONOS

Desde que encontré a Elisabeth inconsciente, mi vida se detuvo y todo perdió sentido. Me aferraba a la esperanza de que solo era un mal sueño, pero la realidad me había golpeado al ver cómo se la llevaban en una camilla.

Caminé como un cuerpo sin vida tras ella, pidiendo que Elisabeth despertase, pero sus ojos seguían cerrados. Me subí a la ambulancia junto a ella y me convertí en un inútil, que observaba como el equipo de profesionales hacían todo lo posible para que siguiera respirando. Noté como el calor se me iba del cuerpo conforme pasaban los minutos y ella seguía sin reaccionar a los estímulos. Justo en ese instante, sentí que algo en mí interior se quebraba del todo, de una forma tan dolorosa que jamás este recuerdo se borraría de mi mente.

Habían detenido a los ladrones, mi hermano se estaba encargando de todo y él había hablado con el inspector Rojas. Según este aprovecharon la distracción de la boda para asaltar la galería. Resultando ser aquel par de asiáticos amigos de Marisa, por lo que también es sospechosa, pero eso ahora no me importa.

Las horas pasan, la noche ha dado paso al amanecer y seguimos sin recibir noticias sobre el estado de salud de Elisabeth. Estoy apoyado en la ventana de la sala de espera y aparto la vista del teléfono fijo que hay sobre una mesa en el centro de la habitación. Cada vez que suena se nos corta la respiración y todos los presentes nos ponemos en tensión.

Todavía no comprendo que hacía mi chica allí, pero sé que si hubiese cumplido la promesa que le hice de no llegar hasta el altar, ahora ella no estaría hospitalizada. La culpabilidad pesa más cuando miro a su familia. Su hermano sigue cabizbajo y no ha abierto la boca desde que llegó. Raquel, tiene la cabeza apoyada sobre el hombro de la madre de Elisabeth y ambas lloran en silencio y la abuela… La abuela, me rompe el alma al verla tan afligida. No hemos cruzado apenas palabras, estamos cansados, preocupados y desesperados porque alguien nos dé una buena noticia.

Mi mente traicionera vuelve a revivir todo lo acontecido en las últimas horas. Cuando llegué con Liz a urgencias la doctora me recordaba una y otra vez que mi chica era fuerte y había luchado contra su agresor. Según me informó, le habían recogido restos de piel en las uñas y las llevarían a analizar para asegurarse de que coincidían con el ADN de los ladrones de la galería. Por las marcas en su cuello y los moratones en su rostro, sabíamos que habían intentado estrangularla y la golpearon hasta que la dieron por muerta.

Todos somos conscientes del estado crítico en que se encuentra Elisabeth, por eso está en la unidad de cuidados intensivos, tiene la clavícula rota y no la pueden operar hasta pasados unos días. El médico nos informó a media noche de que había despertado y que era un milagro que

estuviera con vida. Cuando lo dijo, sentí como una tenue luz iba filtrándose por las grietas de mi malherido corazón, se pondría bien. ¡Joder! Daría toda mi fortuna por volver a verla sonreír.

La puerta se abre y cuando veo al doctor palidezco. No es buena señal tenerlo aquí, porque para informarnos de su evolución ya estaba el teléfono. Pero que se persone aquí, me hace temer lo peor.

—Buenos días, los familiares de Elisabeth Torres Besallotes. —Es lo primero que nos dice al ver que nos levantamos para recibirlo. Todos asentimos y nos acercamos a él con impaciencia.

—¿Va todo bien doctor? —pregunta preocupada su madre.

—Sí. —Esa palabra es como una burbuja de oxígeno que hace que vuelva a respirar—. De hecho nos sorprende lo bien que está evolucionado, ha salido del riesgo y está muy animada, a pesar de su estado. Si sigue así, en las próximas horas la subiremos a planta.

—¡Gracias a Dios! —Exclama Felisa agarrándose de mi brazo.

—La razón por la que he venido, es porque necesito hablar con Cronos. ¿Quién de vosotros es? —Nos pregunta mirando alternativamente a Raúl y a mí.

—Soy yo doctor. —Le respondo dando un paso al frente.

—Muy bien, acompáñeme. —Me pide.

—¿Ha pasado algo? —pregunta nerviosa Felisa.

—No es nada importante señora. —Le aclara el doctor con una cortés sonrisa.

—¿Puedo ir con él? —pregunta repentinamente Raquel.

—No señorita, hasta luego.

Salgo tras el doctor y veo las miradas nerviosas de su familia, les sonrío para infundirles tranquilidad. Caminamos por el largo pasillo cuyo olor a desinfectante inunda mis fosas nasales y me recuerda lo poco que me gusta este lugar.

Nos alejamos de la sala de espera hasta llegar a una habitación cuya pared es de cristal y veo al otro lado a mi chica, que está riéndose con la enfermera. Me sorprende verla así y siento la emoción recorrer cada poro de mi piel. Mi corazón da un brinco de alegría y cojo aire para intentar contener las lágrimas que amenazan con salir de tanta tensión contenida.

Elisabeth aún tiene el cuello enrojecido, un corte en el labio y un moretón bajo el pómulo del ojo izquierdo. Pero ella parece ajena a todo eso, porque tiene un brillo rebosante de vida en los ojos. El sonido de una carcajada hace que se me encoja el corazón y me ría también sin que ella me vea.

Una lágrima se me escapa. ¿Cómo puede ser posible que sonría después de todo? Suelto un suspiro secándose el rostro y poco a poco mis hombros se relajan, presiono los labios al sentir que me tiembla la barbilla y el doctor me observa con una sonrisa llena de satisfacción.

—Es más fuerte de lo que piensas —comienza a decir y asiento orgulloso de mi chica—. Ha pasado toda la noche despierta con calmantes que le ayudan a no tener dolor, está fuera de riesgo de derrame cerebral y si sigue evolucionando favorablemente en unos días estará operada de la clavícula.

—¿Cómo puede estar tan alegre? —Le pregunto atónito y fascinado.

—Está bajo los efectos de fuertes calmantes, que tienen efecto anestésico y hay pacientes en los que tiene secuelas, causando el efecto que ves. Son casos aislados y poco comunes, pero también se dan. —Me informa—. Elisabeth aún no recuerda cómo ha llegado hasta aquí, es una pérdida de memoria parcial posiblemente por la medicación. Los recuerdos le llegarán en cualquier instante, no es nada preocupante. Ahora mismo está tan medicada que actúa como si estuviera ebria y ha pronunciado su nombre más de un centenar de veces y no le exagero. Por eso

creo que le ayudarás a calmarse en el caso de que los recuerdos le lleguen de golpe.
Oír esa afirmación, hace que niegue para mí mismo incrédulo. ¿Cómo es posible? Ella es increíble, no me cabe la menor duda y sé que soy tremendamente afortunado por tenerla en mi vida. Estaré junto a Elisabeth todo el tiempo que sea necesario, porque no pienso separarme de ella hasta que no se recupere del todo.

—¿Puedo pasar? —Le pregunto, sabiendo que ella está ajena a que estamos al otro lado observándola.

—Por supuesto, pero antes tiene que ponerse la ropa de protocolo UCI para entrar a verla y quisiera comentarle… —Hace una pausa y se aproxima a mí—. Los restos de piel que cogimos de las uñas de Elisabeth, coinciden con la de uno de los detenidos. Ya se ha pasado informe a la policía judicial El inspector Rojas, está esperando a que Elisabeth pase a planta para interrogarla. Solo es para que lo tenga en cuenta, yo no le he dicho nada.

—Está bien, muchas gracias por todo doctor. —Le digo agradecido estrechándole la mano.

—Un placer, y un consejo que le doy es que le siga la corriente a lo que le diga. Elisabeth está bajo los efectos de la medicación y su estado emocional es muy sensible. —Me termina de informar y se marcha.
Me quedo en silencio tras el cristal. Y tras ponerme la indumentaria que me ha dado el doctor abro la puerta. La miro y doy gracias al cielo por verla reír.

Ayer cuando la encontré creía que la había perdido para siempre, por el mal pronóstico que nos daban los médicos, pero ahora parece increíble verla sonriente a pesar de su aspecto. Cojo aire entrando y veo como su rostro va desde la sorpresa a la alegría. Elisabeth estira el brazo que tiene libre y me invita a pasar.

—¡Cronos! Ven aquí. —Me pide y palmea el colchón enérgicamente.

—¿Cómo te encuentras? —Le pregunto dándole un suave beso en la frente. Me fijo en como ella cierra los ojos al sentir mi contacto y sonríe feliz.

—Ahora mejor que por fin has venido. —Me responde y me observa con detenimiento mirando mi vestimenta con el ceño fruncido.

—Pues aquí estoy y no pienso irme. —Le comento sentándome en el filo de la cama y le cojo de la mano.

—¿Sabes? Me encontraba fatal, pero desde que me pusieron dos goteros, siento que estoy flotandooo… —Se ríe y sus carcajadas inundan todo—. ¿Por qué tienes esas ojeras?

—Falta de sueño supongo —miento—. Elisabeth… —Comienzo a decirle, pero me interrumpe.

—No digas nada, antes tengo que decirte que te quiero, tal vez demasiado. —Tras esa confesión que me pilla desprevenido, veo como está aguantando una carcajada que finalmente se le escapa y me contagia.

—Yo si que te quiero Liz, te he echado mucho de menos —afirmo con una sonrisa sincera.
Pero mis palabras no surten el efecto que esperaba, porque tal como las pronuncio su estado de ánimo cambia bruscamente. Veo el tormento en su mirada y cierra los ojos con fuerza.

—¿Qué te pasa? ¿Te duele algo? —Le pregunto preocupado. Elisabeth abre los ojos con timidez y acaricia con su pulgar mi mano, mirándome con tristeza y soltando un suspiro.

—Siento que tengo el corazón roto y no recuerdo muy bien el por qué. Solo sé que al mirarte me duele aquí. —Me declara confundida llevándose una mano al pecho.
Me siento culpable por ello y no puedo ignorar que todo lo sucedido ha sido culpa mía.

—¡Eh, tranquila! Estoy aquí y no me voy a marchar a ninguna parte, ¿vale? Te quiero Liz. —Le digo con cariño a la vez que le doy un beso en la mano.

—Y yo a ti Cronos Montalvo.

Saber por todo lo que ha tenido que pasar me abruma y solo quiero que sepa que estaré aquí, junto a ella y que la amo con cada latido de mi egoísta corazón. Elisabeth sonríe y asiente complacida de mi promesa.

Me muero de ganas de besarla, de abrazarla y de susurrarle mil maneras de decirle te quiero. Solo de pensar que ese malnacido casi acaba con su vida, me enfurece de una forma brutal.

Elisabeth me acaricia con la yema de sus dedos la barba y me doy cuenta de que su mente está lejos de aquí. Traga saliva, se humedece los labios y cuando nuestras miradas se entrelazan, una lágrima se le escapa y la atrapo con mi pulgar. Parece que su memoria ha dejado paso a los recuerdos que tenía olvidados, porque se lleva la mano al cuello y me mira atormentada.

—Tranquila. Ya pasó y estoy aquí, contigo. Estás a salvo. —Le recuerdo acariciando su mejilla, pero mis palabras tienen efecto contrario, porque rompe a llorar desconsolada.

Sé que ha debido de vivir una pesadilla y que necesita desahogarse, soltarlo todo y sentirse en paz. Me quedo a su lado, le beso la mano y trazo círculos lentos con mi pulgar en su piel para calmarla.

Verla sufrir me rompe, me hace perder la cordura y me recuerdo a mi mismo que cuando esté mejor… Pienso encargarme del malnacido que le ha hecho esto. No sé el tiempo que pasa hasta que Elisabeth deja de llorar y vuelve a mirarme con ojos brillosos.

—Tranquila, estoy aquí. —Le recuerdo apretando con cariño su mano para infundirle apoyo incondicional.

—Lo siento. —Sus palabras me pillan por sorpresa y por un instante pienso que no la entiendo.

—No tienes la culpa de nada. —Le recuerdo con voz calmada, pero ella niega.

—Si que la tengo. —Declara con voz rota—. Cronos he intentado muchas veces contarte la verdadera razón que me unía a ti, pero siempre había algo que lo impedía. No estuve por casualidad en casa de tu abuelo, el día del infarto, la realidad es que fui a robar. —Guarda silencio y esta vez no pienso interrumpirla, así que continua—. Iba a robar un reloj que pertenece a mi familia. —Su declaración me pilla por sorpresa, pero aún así no suelto su mano—. Te lo quise contar tantas veces… Hasta que la prensa publicó que te casabas y entonces volví a dudar. Quise creer que cancelarías la boda, pero nunca lo hiciste —afirma y cierra los ojos llenos de arrepentimiento.

Intento procesar lo que me acaba de contar. Es cierto que recuerdo que ella había intentado contarme una historia familiar en varias ocasiones, pero una vez la silencié con un beso. Otra vez llegó Marisa y la última vez, fue en su calle cuándo llegó Raúl del juicio. No respondo y espero que continúe, porque necesito conocer el resto de la historia. Sinceramente no me importa la razón por la que nuestras vidas se habían cruzado en el pasado, porque ahora estoy seguro de lo que quiero y es un futuro con ella.

—Necesitas descansar y estar tranquila, no importa nada de lo que pasó o lo que querías robar… Porque ya me has robado el corazón. —Le aseguro con una sonrisa y sé que no va a dejarlo pasar.

—Cronos, no puedes quererme después de haberte mentido. Pensaba robarte el reloj de arena que iba a ser el regalo de tu boda. No tengo nada que ver con aquellos ladrones de la galería, pero yo también pensaba robar… Es la verdad y no estoy loca ni delirando. —Me intenta

convencer.

—Vale, te creo. —Le digo tranquilo y cojo aire para la pregunta que voy hacerle—. Entonces si ibas a robarnos… ¿Por qué impediste el robo de la galería? ¿Por qué prendiste fuego para que saltara la alarma de incendios?

—Porque no podía ver como destrozaban y saqueaban todo. Tenía que avisar a la policía. Me había dejado el móvil en el coche. Varias alarmas estaban desconectadas y el hombre de seguridad estaba inconsciente. Eran profesionales y sabía que, si intentaba salir a por el móvil, corría el mismo riesgo que el guardia de seguridad… Entonces prendí fuego a mi vestido y saltó la alarma de incendios. —Me comenta con el ceño fruncido probablemente reviviendo todo.

—¿Te das cuenta del riesgo que corriste? Casi te matan y yo no podría soportar que algo malo te ocurriera. —Le confieso lleno de dolor.

Siento una presión que me ahoga. Cierro los ojos y mi mandíbula se tensa.

—Estoy aquí. —Me dice con timidez—. Estaré bien, pero tienes derecho a saber la verdad de que no soy ninguna heroína.

—No hay mayor verdad que lo que siento por ti y sé que tú también sientes lo mismo. No me importa nada más.

Elisabeth suelta mi mano y me acaricia la barba incipiente con la yema de sus dedos, lo hace con lentitud y tranquilidad. Me mira llena de amor y se humedece los labios para armarse de valor de lo que está a punto de confesar.

—Cronos, debes de conocer mi historia.

—Estoy deseando que me la cuentes. —Le respondo con una sonrisa cálida.

—Soy la ladrona del tiempo.

CAPÍTULO 33
CRONOS

Después de oír la historia de Elisabeth, me quedé un tiempo en silencio. Tal vez más de lo necesario, pero necesitaba procesar todo lo que me había confesado. Porque lo que me había contado parecía inverosímil, pero aún así la creía. Vi en su mirada que tenía miedo a como pudiese reaccionar. Pero cuando vio que la escuchaba con atención, sin juzgarla, se relajó.

La miraba con admiración, era una mujer fuerte, llena de valentía y tenía el corazón más noble que jamás había conocido. Ella me habló del diario de su antepasada Victoria, de las cartas de Elcano, del reloj de arena y de un medallón. Me parecía una historia emocionante, tenía muchas preguntas, pero si algo tenía claro es que quería vivir la aventura completa junto a ella.

Mi amor por Elisabeth era inquebrantable con una fuerza que desafiaba cualquier obstáculo. Porque el amor verdadero no se limita a lo romántico, sino a aceptar todo de la otra persona, con sus luces y sombras. Sus imperfecciones la convertían en un ser único e irremplazable. Yo también había cometido errores. La había cagado al aceptar el trato de Marisa y la alejé de mí. La cruda realidad nos recordaba que no somos perfectos. Inevitablemente, volveríamos a cometer errores, a tropezar en el camino. Nada de esto importaba, si ella seguía a mi lado. Juntos, aprenderíamos y creceríamos. Ya habíamos superado el mayor desafío, lo más difícil, encontrarnos entre tanta gente. Ahora solo teníamos que cuidar lo que comenzaba a nacer entre ambos y no perdernos a pesar de las adversidades de la vida.

Las revelaciones de Elisabeth resonaban en mi mente mientras anhelaba contarle que habían cogido a los ladrones de la galería y habíamos recuperado todas las piezas, incluido el preciado reloj. Se lo conté y le expliqué que los responsables eran ni más ni menos el matrimonio asiático, amigos de Marisa, ella también se encontraba bajo arresto. Sin embargo, la situación se complicaba porque el inspector Rojas insistía en tomarle declaración a Elisabeth, y ella no podía revelar la verdadera razón de su presencia en la galería. La necesidad de defenderla era imperiosa, así que teníamos que crear otra historia porque necesitaba protegerla.

No supe cuánto tiempo transcurrió hasta que el doctor regresó, confirmando que Elisabeth se encontraba tranquila y había logrado recuperar la memoria. Me pidió que abandonara la habitación para poder revisarla. Me despedí de ella con un beso cariñoso en la frente, y salí con la idea férrea de que tenía una conversación pendiente con mi abuelo.

Cuando regresé a la sala de espera actúe con total normalidad y no me pasó inadvertida la intranquilidad en su familia. Una preocupación que iba desde el estado de salud de Elisabeth, a lo que yo podría haber descubierto. Pero no era quién para decirles nada.

No logro quitarme de la mente el rostro de preocupación de Elisabeth cuando me he despedido de ella en el hospital. No hemos tenido ocasión de volver a estar solos para hablar y sé que ella también necesita tiempo para hablar con su familia, y pienso dárselo.

No quiero alejarme ni un segundo de ella, pero tengo que solucionar algunos asuntos que no pueden esperar. He salido del hospital y voy conduciendo por la autovía de vuelta a Chiclana. El sonido de la radio cesa y en la pantalla del navegador me indica que tengo una llamada entrante de mi hermano.

—Hola, ¿cómo está Elisabeth? —Me pregunta lleno de preocupación.

—Está mucho mejor, ya ha salido de peligro y si todo va bien pronto la operan. —Oigo un suspiro de alivio al otro lado.

—Menos mal, tú sigue a su lado que yo me encargo de toda la movida de la galería. Raquel me ha recomendado a la mejor abogada que hay, para que el malnacido que casi mata a Elisabeth se pudra entre rejas —añade con dolor.

—Gracias. —Le digo guardando silencio dándole vueltas a cómo contarle una realidad que cambiará todo.

—Gracias a ti hermano por no haber dejado de confiar en mí en ningún momento. Llevabas razón con Marisa, y puede que se libre de la cárcel por el poder que tiene su padre.

» Pero va a tener que buscarse un trabajo, porque con las noticias del robo en la galería ha perdido a casi todos sus seguidores… Todo esto limpia el apellido Montalvo. La galería volverá a ser lo que era y tu empresa volverá a aumentar su facturación.

—Espero que así sea Dam, porque siento que hoy comienzo un nuevo capítulo de mi vida y tengo un nuevo proyecto en mente. —Le digo con sinceridad—. ¿Dónde estás?

—Pues todavía en comisaría, la abogada está muy buena y quiero invitarla a un café. —Me comenta divertido.

—¿Cuándo vas asentar la cabeza?

—Puede que pronto hermanito.

—Dam, necesito que dejes tu cortejo para otro momento, porque hay una cosa de la que quiero hablarte en casa del abuelo.

—Seguro que puede esperar.

—Dam… —Le advierto.

—Está bien aguafiestas, voy para allá. —Me comenta en tono aburrido y me cuelga.

Niego divertido sabiendo que mi hermano es un ligón nato, le encantan las mujeres y siempre busca una distracción. Es su estilo de vida, pero me sorprende lo responsable que es en todo lo demás.

Jamás le podré estar lo suficientemente agradecido por todo lo que está haciendo por Elizabeth y por mí. Gracias a que él se ha encargado de todo, yo he podido estar junto a mi chica hasta que pasase la tormenta. Pero me preocupa cómo se pueda tomar la historia que estoy a punto de contarle.

—Es cierto —afirma sereno mi abuelo, aunque veo el bochorno en su rostro cuando aparta la vista de mí.

Esas dos palabras lo cambian todo. Estamos en la biblioteca de su casa, he reunido a mi familia porque necesitaba oírlo de su boca. El reloj de arena al que tanto apego le tiene mi abuelo nunca nos ha pertenecido.

Mi madre y Dam siguen mudos ante todo lo que acaban de oír. Nadie en mi familia, sabía hasta hoy que mi abuelo robó el primer objeto con el que tuvo comienzo la galería Montalvo. Tomo aire para armarme de paciencia, pero mi enfado va creciendo por momentos.

¿Cómo es posible que el hombre que tenía como un ejemplo fuera capaz de hacer algo semejante? ¿Por qué lo ha guardado en secreto? ¿Es que jamás pensaba contárnoslo? Camino de un lado a otro y vuelvo a mirarlo, a la vez que doy un golpe furioso sobre la mesa.

—¿Cómo pudiste robarle el reloj a Felisa? —Le pregunto decepcionado.

—Era joven y tenía las ideas equivocadas. —Se excusa llevándose una mano a la sien—. No quise aceptar que aquella inexperta enfermera había subestimado a la medicina tradicional y había curado con recetas de pueblo al duque. Tenía envidia de ver como hablaba la gente de ella y sentí que todo mi trabajo no sirvió de nada.

» ¿Qué pasaba con la gente que yo había curado? ¿Por qué lo mío no tenía valor? Oí que el duque la había visitado y se rumoreaba que le había dado una fortuna en agradecimiento. Estaba celoso y fui días después, para hablar con ella. Entonces vi aquel reloj que captó mi atención y no lo pensé… —Manifiesta arrepentido.

—Cometiste un delito —recalca mi hermano pensativo.

—Era joven y egoísta. —Intenta justificarse soltando un suspiro apesadumbrado

—Papá, han pasado más de cincuenta años… —Le dice mi madre disgustada—. Has tenido tiempo más que suficiente de buscarla y devolvérselo.

—¿Por qué no lo has hecho? —Le pregunto—. ¿Por qué ese reloj nunca ha sido expuesto en la galería?

—No se lo devolví porque no he vuelto a saber de ella. Tampoco lo denunció y pensé que para ella aquel objeto carecía de valor. —Hace una pausa y suspira—. Jamás lo he expuesto porque tiene algo raro y especial. Pues si lo haces girar, el polvo dorado no cae.

—Hasta que no llegue a su legado —murmuro pensativo comprendiendo parte de las pistas que Elisabeth me comentó.

—¿Qué dices? —Me pregunta extrañado.

—Qué tienes una disculpa pendiente con Felisa… —Añade mi hermano que está al corriente de toda la historia de la familia de Elisabeth.

—Por supuesto. Me avergüenzo de no haberlo hecho antes. Además, después de todo lo que ha hecho su nieta por salvar nuestra galería de los ladrones… Es lo menos que puedo hacer por ellas.

CAPÍTULO 34
ELISABETH

Tan solo habían pasado unas semanas desde que mi vida cambió y llegó a un punto de no retorno. Sin embargo, tenía la sensación de que había pasado más tiempo. Después de pasarme las primeras veinticuatro horas sin poder dormir a causa de la conmoción cerebral, cuando pude caí en un profundo sueño y al despertar, tuve la sensación de que me había pasado invernando todo un invierno. Aunque mi sorpresa fue aún mayor, cuando días después vi en la puerta de la habitación a Cronos con el inspector Rojas. Supe en ese instante que había venido a interrogarme, pero no ocurrió. Nunca llegó a tomarme declaración. Cuando Cronos regresó a mi lado me besó en la frente y me prometió que todo estaba solucionado. Él se marchó con el inspector y desde entonces, no lo he vuelto a ver.

Por fin estoy en casa y aunque me queda un largo camino para recuperarme de la operación, me siento más optimista que nunca. La verdad me había hecho libre. A pesar de que estaba bajo los efectos de los calmantes, estoy convencida de que no lo he soñado y le confesé a Cronos mi intención de aquel día en la galería, pero su actitud es la que me tiene confundida.

Cronos ha seguido comportándose de forma atenta y cariñosa. No me ha juzgado y no ha hablado del tema con nadie de mi familia. Entonces, eso me hace dudar, ¿y si lo he soñado?

Hoy cuando hablé con él por teléfono, me dijo que tenía una reunión en su empresa y que a final de la tarde vendría a verme a casa. Camino hasta el salón de mi abuela y me siento con cuidado en el sofá. Si lo hago con brusquedad me tira la piel por los puntos de la operación. Cuando descanso la espalda en el sofá noto una punzada aguda y respiro con dificultad hasta intentar controlar el dolor. Enciendo el televisor y tal como aparecen las primeras imágenes de las noticias, decido apagarla.

Los Montalvo siguen en el punto de mira de la prensa más que nunca. La cancelación de la boda de Cronos, había sido todo un alboroto que pronto fue sustituido por el escándalo del robo en la galería. Junto a ello, se había sumado todo lo acontecido con la estafa de la subasta de piezas falsas. Marisa estaba directamente implicada en ambos casos, junto con un matrimonio asiático muy célebre y reconocido entre la alta sociedad. Eran los dueños de dos gigantes multinacionales de moda y arte, con las que blanqueaban el dinero que obtenía de las ventas de obras robadas en el mercado clandestino. Estaba al tanto de todo, no solo por las noticias sino porque en el hospital, Cronos me lo había contado y me prometió una vez más, que los haría pagar por todo.

Yo no quería venganza, tan solo quería olvidar, pasar página y comenzar de nuevo. Recuperarme del todo y abrir mi estudio de fotografía con el que tanto había soñado, esta era mi próxima meta. Mi móvil suena sobre el reposabrazos del sofá y se ilumina indicando que tengo

un mensaje de Dam.

*¿Cómo estás *Lara Croft*?*

Su mensaje me saca una sonrisa y comprendo que no ha sido ningún sueño, le había contado la verdad a Cronos. Desbloqueo el móvil para responderle, pero me llega una llamada de Cronos. Descuelgo la llamada y su voz me hace vibrar de emoción.

—Hola preciosa, ¿cómo estás? —Me pregunta risueño.

—Confundida. —Le soy sincera y oigo su risa despreocupada.

—¿Estás en casa?

—Claro, ¿dónde iba a estar si no, con este brazo inútil? —Le respondo contagiándome de su buen humor.

El timbre de la casa suena y con cuidado me levanto

—Un segundo. Están llamando a la puerta, voy a abrir. —Le comento a la vez que camino por el pasillo.

—Está bien…

Cuando abro me quedo estupefacta y enmudezco. Me quito el móvil de la oreja y mi mente me recuerda que cierre la boca, que debo parecer idiota. Pero no puedo ocultar la sorpresa al ver a la familia Montalvo al completo en la puerta de casa. Siento como el calor se va de mis mejillas y la inseguridad crece, pero Cronos la borra de un plumazo cuando da un paso al frente, me coje de la barbilla y me da un suave beso en los labios.

—Te echaba de menos. —Me susurra con mirada traviesa.

Le sonrío con timidez al sentir el sonrojo en mis mejillas y me humedezco los labios para saborear cualquier rastro de ese beso fugaz.

—Adelante, pasad no quedaos ahí. —Les pido apartándome de la puerta y la abro de par en par.

—Hola bonita. —Me saluda con afecto la madre de Cronos y me da un abrazo con delicadeza.

—Hola Marta —respondo preocupada por la reacción de mi abuela cuándo los vea.

—Hola Elisabeth. —Me saluda con cariño el abuelo de Cronos.

—Hola Larita. —Me dice guasón Dam, pero su mirada se desvía al final del pasillo para encontrarse a mi abuela que camina distraída rebuscando en su bolso.

—Lilibeth, voy a salir un momento… —Sus palabras quedan flotando en el aire cuando se da cuenta de la visita que acabamos de recibir.

—Hola Felisa. —La saluda con cordialidad y respeto después de tantos años.

—Agapito…

Mi abuela no puede ocultar la sorpresa en su rostro y lo mira atónita. Luego me mira a mí y vuelve a mirar a Agapito. No sé el tiempo que quedamos todos en silencio, esperando a que mi abuela reaccione.

—Agapito, cuánto tiempo… Entrad por favor, no os quedéis ahí. —Los invita a pasar.

Los llevamos al patio trasero que es el lugar más amplio de la casa para recibir visitas. Mi abuela le pide a Dam y a Cronos, que traigan las sillas de la cocina. Luego insiste en que tomen algo. Pero yo estoy atenta a Cronos que mira la fuente maravillado y luego me mira a mí, se acerca a mi mejilla y noto su aliento que me eriza la piel.

—Los amantes de la fuente de la eterna primavera. Allí donde el agua se convierte en hueso, encontrarás el primer beso. —Termina susurrándome a la vez que me da un beso en la mejilla. Lo miro pensativa y a la vez maravillada, cosa que a él no le pasa inadvertido.

—¿Por qué me miras así? —Me pregunta divertido.

—Recuerdo aquella conversación como un sueño lejano, como si no fuera real y no comprendo…

—Shh… Tranquila, ahora lo vas a comprender todo.

Me avisa haciendo un leve movimiento de cabeza que me indica que mire a su abuelo. Hago lo que me dice, y veo como Agapito saca de una bolsa de papel una caja mediana de color negro, toma aire y se humedece los labios.

—Estar en el lugar de un robo sin una buena razón es un delito —comienza a decir y un escalofrío me recorre la piel. Cronos se da cuenta de ello y acaricia mi espalda con cariño—. Y ser un idiota codicioso también debería de serlo. —Termina diciendo a la vez que le ofrece la caja negra a mi abuela.

Mi abuela tarda unos segundos en reaccionar, se queda mirando con desconfianza la caja que le ofrece y termina cogiéndola con recelo. Acaricia el lazo dorado que la mantiene cerrada y tira de uno de sus extremos con dedos temblorosos. Cuando lo hace, se lleva las manos a la boca en un gesto de emoción y en ese instante el corazón me da un vuelco. Mi abuela saca de su interior el reloj de arena con polvo dorado. Nuestro reloj. Sonrío llena de emoción y la felicidad es palpable en el ambiente.

—He tardado años en comprender que jamás debí robártelo. Lo siento muchísimo Felisa, creo que la forma en la que conseguí este reloj, me impidió exponerlo y mucho menos venderlo, porque en cierto modo sabía que no me pertenecía. —Hace una pausa—. Espero que alguna vez me puedas perdonar por todo el daño que te hice —afirma arrepentido.

—En la vida nos equivocamos muchas veces, lo importante es reconocerlo y saber aprender de nuestros errores. —Le dice con una sonrisa bondadosa mi abuela.

CAPÍTULO 35
CRONOS

Y un día, cuando menos te lo esperas todo cambia. Tus gustos, tus preferencias, tu estilo de vida, incluso tu sueño más anhelado deja de ser significativo. Porque ya no te llena, no te hace feliz y comprendes que hay otras cosas más importantes. Como una sonrisa, un beso robado o una caricia que te eriza la piel. No te das cuenta del momento exacto en que sucede, porque llega como un viento inesperado que sacude las velas de tu vida y entiendes que debes de soltar amarres y dejarte llevar hacia un nuevo rumbo que te guíe al lugar al que tu corazón pertenece. Porque hay circunstancias en la vida que son como ese viento y hay personas, que son como un faro en medio del inmenso océano. Que brillan con luz propia e iluminan a aquellas personas que se sienten pérdidas en la oscuridad de sus vidas. Las personas faros, no son conscientes de que están llenas de magia, porque son capaces de cambiarte el estado de ánimo con una simple mirada y te hacen sentir viva. Aparecen en nuestras vidas de improviso, como cuando ves caer una estrella fugaz, es algo inesperado. Pues igual sucede con las personas, algunas llegan en un momento crucial de tu vida y te marcan, porque lo hacen para quedarse.

Cuando conocí a Elisabeth todo cambió, fue como una bocanada de aire fresco que me llenó de oxígeno. Lo hizo justo en el momento que sentía que perdía el equilibrio, que caía en una espiral de la que no podía salir y los problemas me ahogaban.

Me enamoré de ella con sus luces y sus sombras. Con ella entendí que la vida no exigía tanto estrés, tanto sacrificio y era más sencilla. Solo consistía en coleccionar momentos que nos hacían felices y guardarlos como nuestro tesoro más preciado. Desde aquel día en que encontré a Elisabeth inconsciente en el suelo de la galería, comprendí que la vida era demasiado vulnerable y corta como para desperdiciarla. Me prometí a mi mismo que cuando conociese la razón por la que estaba en la galería, no la juzgaría. Me guíe por mi instinto y no me equivoqué. Porque cuando me confesó la historia ancestral de su familia y el robo que habían planeado, comprendí que todo pasaba por algo. Que en la vida las cosas no suceden porque sí y todo tiene una razón de ser.

Habían pasado dos meses desde que fui con mi abuelo a casa de Elisabeth y desde aquel día, nada había vuelto a ser lo mismo. Las mentiras, las traiciones y los engaños solo formaban parte del pasado. La justicia limpió el apellido Montalvo y la calma había regresado a nuestras vidas. No había vuelto a ver a Marisa desde el día del robo. Mi hermano se encargó de todo y agradecí mantenerme al margen para poder centrarme en la recuperación de mi chica. Hacía una semana que Elisabeth había abierto su estudio de fotografía y estaba siendo un éxito por la gran

acogida que le habían dado en la ciudad. Además, de que había sido galardonada en el concurso del *National Geographic Traveller*, con la mejor fotografía del año. La cual era una imagen que te atrapaba, al ver a un pescador lanzando la atarraya en el espigón de Sancti Petri durante un atardecer con el castillo de fondo.

Aquí estoy ensimismado en mis pensamientos, recordando todo lo que ha cambiado mi vida en tan poco tiempo, mientras respiro el olor a salitre y la brisa marina me revuelve el pelo por estar sentado en un sillón de la terraza. Veo a lo lejos a Elisabeth que viene corriendo y jugando con Linda por la playa. Como es típico en mi chica, viene diciéndole piropos y la perra salta y le ladra feliz en respuesta. Es increíble el vínculo tan fuerte que tienen ambas.

Habían pasado solo unos días desde que el último cachorro de Linda había sido adoptado y Elisabeth se esforzaba aún más por distraerla. Sonrío feliz y satisfecho por ser tan afortunado de tener a una mujer tan increíble en mi vida. Entra en casa y se sienta distraída con el diario de Victoria en las manos y el reloj de arena frente a ella. Habíamos leído juntos aquel diario varias veces y tan solo nos queda esperar a que llegue el día indicado para descubrir el resto de la historia.

Dejo el café sobre la mesa y salgo a darle encuentro a las dos. Me hace feliz ver que está completamente recuperada de la operación y que por fin ha aceptado venirse a vivir conmigo. Cuando me ve entrar en el porche, deja el diario y se levanta feliz para lanzarse a mis brazos. La alzo y ella enreda sus largas piernas alrededor de mi cintura, pega su rostro al mío y sonríe haciéndome sentir el hombre más feliz de la tierra.

Nunca voy a cansarme de esta sensación.

La beso con hambre y sus labios me reciben con una agradable bienvenida. La abrazo contra mí, el calor fluye entre nosotros haciéndome sentir pleno. Un suspiro se escapa entre sus labios y subo mis manos por sus muslos para acariciarla, su ternura no tiene límites. El beso se vuelve lento y lleno de placer. Su lengua se abre paso con sensualidad en busca de la mía. Clava sus manos en mi espalda con posesión y me atrae hacia ella. No puedo evitar que se me escape una sonrisa de triunfador sobre sus labios. Elisabeth se separa para mirarme feliz y roza mi nariz con la suya e inspiro profundamente, y después volvemos a besarnos. Ella sabe exactamente cómo provocarme un deseo irrefrenable que prende fuego a todos mis sentidos.

Jamás me saciaré de ella.

Elisabeth, revuelve mi pelo y aprieta más sus piernas alrededor de mi cintura. Besarla de esta forma es como si me bebiera la vida sorbo a sorbo, siento que se me acelera el corazón y ella ahoga un suspiro en mis labios.

—¿Estás bien? —Le pregunto.

Ella sigue con sus manos enredadas en mi pelo, me recorre con su mirada el rostro como si quisiera memorizarlo y acto seguido, asiente con una sonrisa feliz. La dejo en el suelo y entrelazo mis dedos con los suyos, entonces ella tira de mí hacia dónde está el diario.

—Vamos, el gran día se acerca y todavía tienes mucho que repasar. —Me comenta entregándome el diario de Victoria y dándole la vuelta al reloj de arena en sus manos.

CAPÍTULO 36
ELISABETH

Desde que Cronos apareció por primera vez en casa de mi abuela, con aquel paquete que había perdido su empresa, supe que me había enamorado de él, aunque no lo quisiera reconocer. Era un hombre de corazón noble, bondadoso y honesto. Gracias a él, el reloj había vuelto a pertenecer a mi familia y después de confiarle toda la historia, estábamos más unidos que nunca. Habíamos analizado junto a Dan, Raúl y Raquel el diario, las cartas y sabíamos que era más que una historia oculta al mundo

Había llegado el día de descubrir si era cierta la leyenda o todo acababa aquí como un puñado de recuerdos familiares. Vamos en la nueva embarcación de Cronos que ha adquirido para la que será su segunda empresa. La cual consistirá en realizar viajes turísticos por las costas gaditanas que se inaugurará la próxima temporada de verano.

Dam, está hablando por teléfono con su nueva novia y parece que esta vez va en serio con ella. La chica llevó el caso del robo, con agresión e intento de asesinato, de la galería Montalvo. Ella no solo ganó el juicio, sino que también se ganó el corazón del ligón de Dam. Mi hermano y Raquel, están repasando que llevamos todo lo necesario y yo estoy sentada junto a Cronos, releyendo una vez más las anotaciones que hemos sacado entre todos.

Nos dirigimos hacia el Castillo de Sancti Petri, porque como indican las cartas de Elcano todo comienza aquí. Hemos venido hace unos días para ver el castillo y así intentar comprender cualquier mensaje encriptado.

Cuando llegamos al islote, cada uno coge su respectiva mochila y vamos ascendiendo hasta llegar al castillo. Sé que no somos expertos en la materia y tan solo somos unos aficionados, pero… Pensar en que podemos descubrir una historia olvidada, de hace más de quinientos años, me hace sentirme plena y afortunada, y más aún junto a ellos. Guardo en mi mochila el reloj, el medallón y un cuaderno en el que hemos anotado mensajes que había en las cartas y en el diario de Victoria.

El sol va cayendo y pronto se pondrá. El cielo se va tiñendo de un manto de colores rojizos, anaranjados y púrpuras. Vamos subiendo por el cerro de piedras que da acceso al castillo. Cronos entrelaza sus dedos con los míos y ambos nos giramos para contemplar las dos playas que se ven en el horizonte la de San Fernando y la de Chiclana.

—Venga tortolitos. —Nos apremia Dam para que retomemos la travesía.

La isla es pequeña y la fortificación coge casi toda su extensión. Sin duda alguna, es un lugar extraordinario, lleno de magnetismo por los misterios de leyendas mitológicas que se cuentan de este paraje. Dicen que debajo del castillo se encuentra uno de los templos más relevantes de la

antigüedad, en el que guarda reposo eterno el poderoso Hércules. Hemos entrelazado esa leyenda, con las cartas que Victoria guardaba de Elcano.

Él hablaba del templo olvidado y de veintiún peldaños bajo el mar. Tal vez, Juan Sebastián Elcano había descubierto la tumba del mismísimo Hércules. Porque en uno de sus textos decía así… «*El día que la aguja corone sobre el polvo dorado, vos estará sobre templo olvidado. Recordad que lo encontrará siempre que camine veintiún peldaños bajo el mar, para iluminar en la oscuridad*».

Solo teníamos un reloj de arena, un medallón, un par de cartas y un viejo diario. No teníamos ninguna aguja como él se refería. Pero la visita que habíamos hecho días antes captó nuestra atención una zona característica del castillo, y era un patio semicircular. Conocido como el patio del calendario. A través del cual los rayos del sol entran por unos pequeños ventanucos cuadrados y lo hacen de forma diferente dependiendo de la hora, del día y de la estación del año en la que nos encontremos. Ya que varía la inclinación de los rayos. Además, en el centro del mismo hay un viejo reloj solar, tallado en la piedra del suelo.

Nos dirigimos directamente a ese lugar. La brisa marina es más intensa y se oye el vaivén de las olas con el romper tan característico contra las rocas en la orilla. Es casi indescriptible el encanto que se concentra en este punto exacto. Se siente una energía inmensa y enigmática difícil de describir solo con palabras.

—Mirad, tenéis que ver esto. —Nos dice Raquel observando a través de una de las ventanas.

Asomándonos por los ventanucos, imitamos la acción de Raquel. La marea baja había revelado un tesoro inesperado… La calzada romana que en tiempos remotos unía el islote con la ciudad de Cádiz. Imaginamos las pisadas de personajes históricos como Julio César o Aníbal resonando sobre las piedras milenarias. Era una joya cargada de historias, un lugar testigo de acontecimientos inimaginables. Tras el paso del tiempo, solo algunos vestigios quedaban de su antiguo esplendor, pero su aura de grandeza permanecía intacta.

—Presiento que hoy vamos a cambiar la historia chicos. —Apremia con voz victoriosa mi hermano.

—Ha llegado el momento —añade Dam.

—Haz los honores cariño. —Me pide Cronos robándome una sonrisa.

Me pongo de rodillas frente al deteriorado reloj solar, que está desgastado por el paso del tiempo y carece de gnomon, pero se puede apreciar las líneas y se nota el orificio en el cual debería de ir el gnomon.

Raquel me ofrece un palo de madera convencida de que servirá, lo clavo en el orificio y vemos como la luz que entra por los ventanucos de la pared hacen que la sombra del reloj se proyecte sobre la piedra indicando un punto en concreto del círculo. La sombra hemos pensado que puede ser la aguja de la que habla Elcano en sus cartas. Llevamos un rato observándola en silencio, hasta que Cronos habla.

—¿No veis rara la sombra? —Nos pregunta y todos nos fijamos en ella.

—No le veo nada extraño —dice su hermano.

—Tal vez no has puesto bien el gnomon —comenta mi hermano agachándose a mi lado, mientras que toca el palo. —Está bien situado.

—Sí, pero el tiempo pasa y la sombra no se mueve —añade Raquel.

—Esto tarda en moverse no nos va a mostrar los segundos —comenta divertido Dam.

—Sí, pero lleva razón Raquel. —Le digo.

Saco el reloj de arena de la mochila y lo sitúo en el centro del reloj solar. El polvo dorado comienza a caer de forma impasible y el polvo de su interior brilla por la luz que lo baña. La sombra del reloj solar sigue igual y los minutos van pasando. Pero un brillo más intenso se refleja en el centro del reloj, en la unión de las dos partes. Entonces, recuerdo una de las frases de aquellas cartas, que decía así: «*Porque el día que la aguja corone sobre el polvo dorado, vos estará frente al templo olvidado*».

—Tal vez hay algo que no estamos haciendo bien. —Les digo.

Cronos se rasca la barbilla pensativo, sigue de pie y camina a lo largo del patio mirando por los pequeños cubículos. Todos observamos y nos preguntamos qué puede estar fallando. El sol va decreciendo y la luz va variando. Sin embargo, la sombra sigue inamovible, como si de una flecha se tratara y en ese instante siento una corazonada.

—La sombra es la aguja. —Les digo.

Me giro y mentalmente dibujo una línea invisible, en el caso que la sombra del reloj fuese más larga habría una línea perpendicular. Me pongo en pie y me sitúo tras el palo y veo como la luz del sol alarga mi sombra. Alzo mi mano para que sea aún más extensa y veo como termina en un punto del patio. Raquel camina hasta el lugar que señala la sombra, es una pared llena de verdín, con plantas a su alrededor. Mi hermano se acerca junto con su novia y toca la piedra.

—¡Vamos tiene que haber algo! —Exclama Dam.

Yo sigo proyectando la sombra a un punto en concreto de la roca, Cronos llega hasta la piedra y con una navaja rasga el verdín que la cubre hasta dejar la piedra despejada. Entonces descubrimos que tiene tallado un dibujo de un navío con tres palos y velas cuadradas con una cruz en el centro cada una de ellas.

—Esto es… —comienza a decir Raúl.

—Lo más parecido a un barco de la corona española… —Termina de decir Raquel, que acaricia con los dedos el dibujo de la piedra.

—Podría ser la nave Victoria, en la que regresó Elcano —añade Dam.

—¡No me lo puedo creer! —Exclamo ilusionada.

—Elcano debió de tallarla como una marca de guía para regresar, han pasado quinientos años y ha quedado como un dibujo olvidado —comenta Cronos.

—Las líneas son irregulares. —Les digo acercándome a ellos y viendo mejor el dibujo.

—Esto es otra pista… —Advierte mi hermano y no nos cabe duda de ello.

—Tal vez haya alguna más. —Declara Dam.

Me giro de nuevo para fijarme como el polvo dorado del reloj está llegando a su fin. Así que le doy la vuelta para que comience de nuevo. Estoy distraída ocupándome del reloj, cuando un golpe estrepitoso hace que me sobresalte y me gire para ver a Cronos golpeando la piedra y haciendo que esta se quiebre en la superficie.

—¿Qué haces? —Le pregunto, pero no me oye cuando da otro golpe.

—Suena a hueco —afirma Raquel.

—¿Y ese martillo? —Le pregunto y Dam me sonríe como un granuja.

—Hombre precavido vale por dos. —Me responde guasón elevando las cejas y robándome una sonrisa de complicidad.

Después de varios golpes, esta se va deshaciendo en arena y trocitos diminutos. Escarbamos en la piedra y vemos que brilla. Dam le coje el relevo a Cronos para golpearla y profundizar un poco más. Conforme más van escarbando en el pedrusco, más se va concentrando el brillo. Hasta

que queda al descubierto un trozo del tamaño de una moneda un cristal púrpura que recoge la luz solar y el cristal intensifica el brillo.

—Esta piedra es un mineral. —Dice Raúl.

—Es cuarzo. —Le respondo—. Como el que abundaba en la laguna de *Jeli*. —Les informo.

No puedo evitar recordar aquella laguna, de la que a día de hoy solo queda el nombre. Debido a las sequías que llevamos sufriendo en las últimas décadas y a pesar de ello, sigue siendo una de las zonas más bonitas para hacer senderos en Chiclana.

Recuerdo cuando iba algunos domingos soleados de invierno con mi familia. Aquel lugar campestre está alejado del bullicio de la ciudad. Es una zona de campiñas y abundante vegetación, que te guían hasta lo que era la cuenca que formaba la laguna de agua dulce. Me fascinaba aquel lugar, jugaba con Raquel y Raul y saltábamos las grietas que se abrían en la tierra. Las cuales albergaban abundante cuarzo de color amatista y este brillaba con todo su esplendor por la luz del sol. Justo como está pasando ahora mismo, con el que acabamos de descubrir. La luz del reloj se extiende hasta el mineral y se hace un ángulo recto que proyecta la luz hasta un punto exacto del suelo. Raquel saca la brújula de su mochila y la pone en el suelo.

—Allí donde el mar besa la tierra, el tiempo quedará parado hasta que no llegue a su legado. Cuando regrese, comprenderás por qué el norte siempre marcará el sur de tu corazón… —Recita mi amiga haciendo referencia a una de las frases que escribió Elcano.

Nos fijamos en la brújula que marca al norte y la luz que se proyecta en el suelo señala el sur.

—Si el tiempo queda parado es que está oculto —sugiere Raúl.

—Hay que hacer girar la piedra —añade Cronos.

—El norte siempre marcará al sur… —Repito—. El norte que señala la brújula es justo donde está el palo que hace de gnomon y el sur, es este punto de luz que proyecta el reloj y el cuarzo. —Les digo sintiendo un nerviosismo crecer en mí.

—Pues llevaremos el norte al sur. —Sugiere Dam a la vez que agarra con ambas manos el palo que hace de gnomon del reloj.

—¿Estás seguro? —Le pregunta con voz trémula Raquel.

—No perdemos nada por intentarlo. —Aclara Dam que ejerce fuerza para mover el palo.

Cronos se suma a ello y pone sus manos sobre las de su hermano y juntos empujan para sí mismos. Un crujido desconocido se produce bajo nuestros pies cuando el palo comienza a moverse y consiguen llevar hasta el sur que marca la brújula. Cuando se detienen nos miramos alarmados al sentir un temblor efímero bajo nuestros pies.

—¡Joder! —Masculla Dam.

—Ya ha parado. —Le digo alterada.

—La luz ha dejado de brillar —comenta Raquel.

—El sol se está poniendo, no tenemos mucho tiempo —añade Raúl.

—No ha pasado nada… —murmura Cronos con cierta decepción en su mirada.

—¿Tú crees? —Le pregunta Dam guasón y dobla su cabeza mínimamente indicando que nos giremos para mirar detrás de nosotros.

—¡Oh Dios mío! —Exclamo alucinada al ver como en el suelo se ha abierto un hueco. Un retortijón de nerviosismo me atraviesa la barriga y trago saliva para intentar calmar la inquietud que siento.

—Recuerda que lo encontrarás, siempre que camines veintiún peldaños bajo el mar para iluminar en la oscuridad. —Recita Cronos con voz profunda otra de las frases de Elcano.

Guardo el reloj de arena en la mochila y todos nos situamos frente al gran abismo que se muestra

a nuestros pies. Cronos entrelaza sus dedos con los míos y me aprieta con cariño para infundir seguridad.

—Que astuto fue Elcano. —Bromea Dam dirigiéndose decidido hacia el pasadizo. Pero mi hermano lo sujeta de la camiseta y tira de él hacia atrás deteniéndolo.

—¿Estás loco? —Le pregunta—. No podemos lanzarnos así como así al vacío. —Le advierte Raúl.

—Bueno podemos ir de la manita si quieres. —Se burla Dam.

—¡Callaros los dos! —Les exige Raquel y ambos obedecen—. Escuchad con atención.

Nos pide llevándose el dedo índice a los labios para que guardemos silencio y el misterio crece. La soledad del lugar parece agigantarse y a pesar de oír el romper de las olas tras las murallas del castillo, el sonido de estas parece intensificarse en la oscuridad del pasadizo.

—Hay agua —afirma Cronos y todos estamos de acuerdo en ello.

—Veintiún peldaños bajo el mar. —Recalco y doy un paso atrás asustada.

—Hay que bajar —comenta convencido Dam.

—Preparad las linternas y no os separéis. —Ordena Cronos.

—En el momento en que algo no vaya bien, nos volvemos y nos olvidamos de esta locura. —Les digo preocupada por lo que pueda suceder y todos están de acuerdo.

Vamos descendiendo por pequeños escalones empinados que nos van adentrando a la oscuridad. La luz del exterior cada vez es más débil y nos iluminamos con las linternas. La humedad crece conforme vamos bajando. La maresía se intensifica al estar en este cubículo cuadrado de pequeñas dimensiones. Alumbro con mi linterna las paredes que están llenas de algas y cientos de bellotas de mar, de color blanquecino, colonizan casi por completo las paredes. Lo único que se oye son nuestros pasos irregulares, mezclados con nuestras respiraciones y con el sonido del mar que cada vez se oye más de cerca. Seguimos bajando y el agua comienza a subir por nuestros tobillos hasta llegar a nuestras rodillas y entonces me detengo.

—Veintiún peldaños bajo el mar. —Recalco con cierta preocupación—. Es demasiada profundidad.

—A no ser que ahora mismo estemos por debajo del nivel del mar. —Aclara Raúl.

—Los escalones acaban aquí y hemos bajado veintiuno. —Me da la razón mi amiga.

—No tiene sentido —comenta pensativo Cronos, que con su linterna alumbra a su alrededor, pero no hay nada que nos guíe.

Bajo el par de escalones que me quedan y me sitúo al lado de Dam y Raúl. Alumbro con la linterna a mis pies y veo que lo que continúa al final de los escalones es arena. La roca que nos hace de pared, como si estuviésemos en un callejón sin salida, tiene un arco en la parte inferior que está sumergida por el agua.

—Hay que bucear. —Les digo atemorizada y miro a Cronos que me observa pensativo.

—Necesitamos equipos de buceo. —Aclara Raquel.

Pero tal como mi amiga pronuncia esas palabras, Dam se lanza al agua y comienza a bucear a pulmón hasta pasar por el arco de piedra y desaparece de nuestra vista.

—¡Dam! —Grita exasperado Cronos.

La tensión crece en el ambiente cuando los segundos pasan y el silencio junto con la incertidumbre crece. Cronos baja los escalones que le quedan decidido a sumergirse para buscar a su hermano y le sujeto de la muñeca para detenerlo. Nos fijamos en que una débil luz llega por debajo del arco y Dam, emerge del agua con una sonrisa radiante. Cronos se lanza a él y lo coge del pecho de la camiseta furioso.

—¿Estás loco? Podrías haber muerto… —Le gruñe lleno de angustia. Dam lo mira con

desobediencia y sigue respirando de forma rápida.

—Tranquilo hermanito, yo también te quiero. —Le responde y fija sus ojos en mí—. Elisabeth el tesoro está al otro lado, la roca solo impide el acceso, pero ahí detrás hay una cueva repleta de oro —afirma maravillado.

—Es peligroso. —Le respondo atemorizada.

—No pasará nada. —Intenta calmarme mi amiga acariciando mi brazo.

—Hemos llegado hasta aquí y no podemos abandonar Elisabeth. —Me recuerda mi hermano.

—Está bien, id yendo. —Les digo y doy un par de pasos atrás para ganar tiempo.

Dam encabeza la inmersión, y luego lo siguen Raquel y mi hermano. Cronos me observa de una forma indescifrable y me ofrece su mano pero me niego a sumergirme bajo el agua.

—Sé que te da miedo las profundidades… Te prometo que no te voy a soltar de la mano. —Me declara con voz calmada y sé que recuerda aquel día que me lanzó a la piscina y casi me ahogo.

—No puedo —murmuro tragando saliva y me humedezco los labios nerviosa.

—Si que puedes, porque eres la mujer más valiente que conozco —afirma Cronos.

Se acerca a mí con una mirada llena de cariño y una sonrisa sincera. Sus labios se encuentran con los míos que tiemblan por el terror que siento. Pero su beso está lleno de amor, confianza y serenidad. Su lengua acaricia con deleite la mía y poco a poco, el miedo va desvaneciéndose para dar paso a un calor que comienza a brotar en mi estómago y hace que deje de tiritar. Sigo con los ojos cerrados y a pesar de ello, siento su mirada turquesa observarme cuando nuestros labios se separan.

—Respira cariño. —Me pide y entonces abro los ojos un poco más tranquila—. No te voy a soltar ni un segundo, ¿vale? —Me pide.

—Está bien, pero no puedo negar que sigo teniendo miedo a las profundidades. —Le respondo con una sonrisa débil.

—La mejor forma de vencer al miedo es plantándole cara. Estaré contigo y no dejaré que nada te pase. —Me promete acariciándome la mejilla.

—No me sueltes, ¿vale? —Le pido con una sonrisa nerviosa.

—Jamás lo haría. —Me confiesa, entrelazando nuestros dedos y el calor de su piel me calma—. ¡Allá vamos! —Me anima a la vez que bajamos los peldaños que nos quedan y saltamos juntos al agua.

CAPÍTULO 37
ELISABETH

Ante nosotros se muestra una imagen que me deja sin aliento, ¿cómo es posible? Al otro lado del pasadizo, el nivel del agua es menor y nos llega a la altura de las pantorrillas. Debemos de estar justo debajo del castillo. Es como si todo el islote estuviera hueco, para ocultar este lugar. La luz de nuestras linternas nos permite ver como todo el suelo está cubierto por un manto dorado de oro. Centenares de piezas se agolpan a los pies de dos enormes figuras de más de tres metros de altura. Me fijo en mi hermano, Raquel y Dam, que ríen mientras cogen piezas de oro. Su felicidad es contagiosa y siento como mi corazón late lleno de satisfacción. Miro a Cronos, que está fascinado contemplando el tesoro que tenemos ante nosotros y cuando su mirada se encuentra con la mía me lanzo hacia él eufórica.

—¡Lo conseguimos! —Exclamo riéndome feliz.

—Claro que sí pequeña —afirma cobijándome con sus brazos y me alza en el aire.

Nuestras risas se mezclan con las del resto y siento que todo lo que hemos pasado hasta hoy ha merecido la pena, porque nos guiaba a este instante.

—¡Somos ricos! —Oigo como grita Dam.

Cuando Cronos me deja en el suelo, me agacho y cojo una moneda de oro la cual tiene la efigie de un caballo.

—Mira. —Llamo la atención de Cronos que está guardando en su mochila un par de estatuas de elefantes dorados con sus trompas entrelazadas.

—Parece oro fenicio —afirma pensativo y sus palabras llaman la atención a Dam que lo mira con el ceño fruncido.

—Es mejor que vengáis a ver esto parejita. —Nos apremia.

Le hacemos caso y vamos ascendiendo por una montaña de alhajas, por cada paso que damos el agua es menor hasta que hay una parte de piezas sin cubrir. Me sitúo frente a la figura dorada con diferentes dibujos que parecen representar escenas. Me fijo con detenimiento y admiración cuya parte inferior está cubierta de algas, me pongo en cuclillas y las quito, entonces leo en voz alta los nombres de «Melkart y Megara».

—*Melkart* y Hércules son lo mismo. Solo que los fenicios lo llamaban *Melkart* y los romanos Hércules —afirma mi hermano que se rasca el cuello confuso y se agacha junto a mí para acariciar con sus dedos las letras talladas en oro de la figura femenina—. Pero Megara… —Pronuncia confuso en voz alta.

—Fue la primera mujer de Hércules —añade Dam.

—Él la mató por celos —dice confusa Raquel.

—Cuenta la leyenda que Megara era su única debilidad, era como su *kriptonita* y

Hércules fue tan egoísta, que para no ser derrotado por sus enemigos, él mismo acabó con lo único que lo hacía vulnerable. —Nos cuenta Cronos.

—¿Cómo lo sabes? —Le pregunto, pero antes de que responda Raquel se adelanta.

—Entonces, ¿por qué hay una figura de ella? Si este es el templo al que hacían culto los fenicios y los romanos al semidiós que tenía una fuerza sobrehumana.

—Porque cuando Hércules mató a Megara, fue castigado a servir a su mayor enemigo, al rey de Micenas. Este quería acabar con Hércules, por ello le encomendó realizar doce trabajos a cuál más peligroso.

»Él cumplió con todos victoriosamente y consiguió el respeto en el Olimpo. Entonces volvió a casarse. —Hace una pausa Cronos—. Pero su segunda esposa lo mató y fue entonces, cuando Zeus lo convirtió en un Dios. —Nos informa Cronos que toca la tabla tallada en oro, dividida en doce rectángulos.

—Esta tabla representa las doce tareas que tuvo que hacer Hércules —afirmo apartando las plantas que cubren una de ellas dejando al descubierto una figura que representa a Hércules luchando con un león.

—Esa fue la primera tarea, matar al León de Nemea —añade Cronos, a la vez que saca de su bolsa estanca un taco de folios enrollados y nos muestra una imagen similar—. Si veníamos ante la búsqueda de un tesoro en el mismísimo templo de Hércules, tenía que informarme. —Nos comenta con sonrisa pícara y sonrío orgullosa de él.

—Vale, muy bien por traer los deberes hechos —comenta con ironía Dam—. Pero, ¿qué me decís de esto? —Nos pregunta señalando con la luz de su linterna, uno de los rectángulos de la zona superior de la tabla en la que parece que falta algo circular.

—El medallón de Victoria, representa una de las doce tareas —afirmo pensativa.

Saco de mi mochila el colgante que descubrí oculto en el diario de Victoria, se lo muestro a Cronos que mira en los folios impresos antes de hablar.

—Robó el cinturón de Hipólita. —Nos confirma mostrándonos que la imagen coincide con el medallón que pensábamos que era de Victoria.

—Tal vez Sebastián lo robó para regresar —comenta Raquel dando un paso atrás para ver mejor la figura que señala Dam con la luz de su linterna.

—Es cierto, porque hizo mención en su última carta… Decía algo sobre que este colgante era la clave para regresar, donde los olvidos llegan bajo la espuma del mar. —Les recuerdo en voz alta—. Pero algo no me cuadra, también dijo…

—El colgante debéis retornar porque jamás debí sacarlo de su lugar. —Termina de recitar mi hermano.

—Déjame la moneda de oro que te encontraste antes. —Me pide Cronos y se la entrego.

Él la mira en silencio durante unos segundos, acaricia con la yema de su dedo pulgar el relieve de la misma y entonces vuelve a mirarme.

—Recuerdas, que me contaste que a Juan Sebastián Elcano le hablaron de este tesoro…

—Sí, por eso vino hasta el poblado de Sancti Petri, habló con los cargadores de India que más tarde partiría con él en la expedición. Conoció a la hija de uno de ellos, con la que tuvo un romance del que nació su hija Victoria. —Resumo la historia pensativa queriendo juntar las piezas de este puzle—. Elcano hablaba en sus cartas de que esta tierra era dorada, de un tesoro sin descubrir en el templo olvidado, que es este castillo… Seguramente no fue el único en buscar el tesoro. —Les digo.

Cronos asiente, pero sigue mirando con atención la moneda. Miro a mi amiga que está igual de intrigada que yo y me acerco a ella con necesidad.

—En los tiempos de Elcano… Muchos conquistaban tierras indígenas para explotarlas, saquearlas y someterlas a su cultura y religión. Gente que habían podido llegar a esas tierras antes que Elcano y conocían también la leyenda. —Opina mi hermano.

—¡Exacto Raúl! —Lo interrumpe Dam chasqueando los dedos como si hubiese tenido una gran revelación y sonríe satisfecho antes de pronunciarse—. Pero no tenían forma de llegar a este lugar, por eso Elcano buscó el reloj de arena en aquella expedición, porque era la llave para entrar en este lugar y luego robó el medallón como una garantía para regresar.

—¿Y por qué no se llevó nada más? —pregunta Cronos—. ¿Qué se lo impedía?

—¿Quién sabe si se llevó algo más? —pregunta mi hermano.

—Porque no dejáis las preguntas para luego y pasamos a la acción. —Propone Raquel.

—Estoy con ella, se hace tarde y pronto hay que regresar. —Les comento.

—Muy bien, completemos la tabla con la pieza que falta. Si te subes a mis hombros llegas para colocarla. —Me sugiere Cronos, que me ofrece su mano y se pone de rodillas para que me suba a él.

—No estoy segura de llegar. —Le comento insegura a la vez que le sostengo su mirada llena de templanza.

—Inténtalo y que ellos te ayuden a subir sin perder el equilibro —añade dándome un beso en la frente y arrodillándose frente a mí.

Mi hermano une sus manos y entrelaza sus dedos para formar una base en la que pongo mi pie y cojo impulso para subir sobre los hombros de Cronos. Cuando lo hago, mi amiga y Dam me ayudan a mantener el equilibrio sosteniendo mis piernas.

Cronos se pone en pie, me tambaleo y hago aspavientos con los brazos hasta conseguir recuperar el equilibrio. Cronos estira con cuidado su brazo y me ofrece el medallón. Oigo los latidos de mi corazón palpitar en mis oídos, la tensión se palpa en el ambiente y todos estamos concentrados en cada gesto que hacemos. Trago saliva y busco las manos de Cronos, cojo el colgante rozando sus dedos y le quito el cordón, quedando solo el medallón con la silueta del rostro femenino.

Extiendo mis brazos al máximo hasta llegar al rectángulo que representa una de las tareas de Hércules. Con la mano que tengo libre acaricio maravillada la fría placa tallada en oro y detengo mis dedos en el hueco libre, y justo entonces coloco el medallón. La figura encaja a la perfección en el hueco y un crujido a nuestro alrededor rompe el silencio que nos envuelve.

—¡*Buah* qué chasco! Ahora pensaba que esto se venía abajo. —Bromea Dam, que está afanado cogiendo joyas y guardándolas en su mochila.

Al ver que estamos fuera de peligro todos nos reímos ante su comentario y liberamos un poco de tensión. Cronos sigue recto bajo mis pies y me sujeta por los tobillos, voy bajando con cuidado poco a poco. Me abraza con firmeza las piernas a medida que me voy deslizando sobre él, hasta que nuestros rostros quedan a la misma altura. Sus ojos azules llenos de emoción están rebosantes de felicidad y le beso con necesidad.

De nuevo un ruido estridente nos sobresalta, Cronos me rodea con protección y entierro mi rostro en su pecho. El suelo se estremece y el sonido de las joyas deslizándose por el montículo me erizan la piel. El temblor solo dura un par de segundos y enseguida cesa, quedando todo como si nada. Me aparto de mi chico y todos nos miramos alarmados, siento que tengo el corazón en un puño.

—¡Joder! —Gruñe Cronos.

—Nos hemos cagado pensando que esto se iba a la mierda—añade riéndose Dam, quitándole importancia mientras sigue guardando joyas en la mochila.

—¿Qué diablos ha sido eso? —pregunta Raúl poco convencido, a la vez que guarda un objeto brillante en un saco.

Sé que sigue hablando, pero dejo de escucharle cuando mis ojos quedan atrapados en una imagen que me deja sin aliento. Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando lo veo y doy un paso atrás, tropiezo con algo y Cronos me sujeta para que no me caiga. Él me mira confundido y acto seguido, observa que es lo que me tiene tan asustada.

—Chicos sé que os puede sonar estúpido… Pero, ¿y si Elcano llevaba razón en su carta? Cuando dijo que era mejor olvidar para que la historia siga sin contar. —Les sugiero con voz temblorosa con la mirada fija en el esqueleto desplomado en la parte trasera de la enorme escultura de oro.

—¡Oh Dios mío! —Exclama Raquel, tapándose la boca impresionada.

—Tranquila, tal vez solo sea el único. —Intenta convencerla mi hermano, que se acerca a ella.

—O puede ser que solo sea el primero que hemos visto —añade Cronos, que avanza un poco más por la colina de alhajas e ilumina la oscuridad de la cueva y ante nosotros, se muestra un valle de esqueletos que descansan a los pies de la enorme escultura.

—Esto no me gusta —murmuro asustada dando un paso atrás.

—Creo que tenemos ante nosotros a hombres que encontraron el tesoro, pero que no pudieron salir. —Nos informa Dam y no nos queda duda alguna.

Tal como pronuncia esas palabras, vuelve a producirse de nuevo un ruido ensordecedor que hace crujir cada rincón de este lugar. Un temblor que retumba como si del latido de la tierra se tratase. El crujido que produce el sonido, hace que el suelo tiemble a nuestros pies con agresividad. Centenares de piezas se deslizan por la colina y un nuevo sonido ensordecedor me araña las entrañas. La inquietud y el miedo van llegando de forma galopante e intento mantener la calma. Busco la mano de Cronos que me la sujeta con firmeza, a la vez que me examina con preocupación.

—¡Es mejor que salgamos de aquí! —Grita con sensatez, cuando vemos cómo se desploma ante nosotros una enorme roca del tamaño de un coche ante nuestras narices.

Corremos despavoridos, intentando esquivar los desprendimientos. El agua empieza a entrar a presión entre las grietas que se van marcando en la pared y el nivel del agua va aumentando en cuestión de segundos.

Todo sucede demasiado rápido. La tierra a nuestros pies vuelve a temblar, siento pánico, tensión y horror al notar como el agua me va cubriendo a la altura del pecho y todavía nos falta una distancia considerable para llegar a nuestra salida. Una piedra enorme cae tras nosotros produciendo una ola que nos sumerge y nos empapa. Nuestros cuerpos luchan por avanzar contra la corriente del agua. Los segundos son agónicos conforme el desasosiego va creciendo y las posibilidades de salir de aquí con vida van reduciéndose. Delante de nosotros va mi hermano con Raquel, que están a punto de llegar a la salida. Pero de repente mi hermano grita de forma desgarradora.

—¡Mi pierna! —Se queja con un alarido de dolor.

Dam que está cerca se sumerge para auxiliarlo. El agua va subiendo y nos cubre los hombros, nos impide avanzar todo lo rápido que queremos. Cronos y yo, comenzamos a nadar con vehemencia en su dirección y Dam emerge inhalando aire con desesperación.

—Tiene la pierna atrapada entre dos rocas. —Nos informa sofocado.

—Sácalas de aquí, yo me quedo con Raúl. —Le ordena Cronos a su hermano que asiente sujetando a mi amiga que llora desconsolada.

—Yo me quedo. —Me impongo nerviosa, cuando Dam me ofrece su mano.

—No hay tiempo que perder Elisabeth. —Me advierte dolorido mi hermano, pero ignoro su orden.

—No pienso dejaros aquí a los dos. —Le grito con voz rota, sé que Cronos no me oye porque se ha sumergido para intentar liberarle la pierna—. Id yendo. —Le suplico a Dam.

Me mira atormentado, pero me hace caso. Coge a mi amiga de la mano y comienza a nadar con ella hacia la salida que está a escasos metros de nosotros. Veo como se pierden debajo del agua y no vuelven a salir. Me muevo con necesidad de mantenerme a flote y veo que mi hermano emite un quejido de dolor.

—¡Raúl! —Me acerco a él que me abraza y me muestra una sonrisa rota a la vez que Cronos sale a la superficie.

—¿Puedes nadar?

Su pregunta suena más a una orden que a otra cosa, mi hermano asiente con dolor y comienza a nadar. Cronos se sorprende al verme todavía allí y me observa enfadado, a la vez que se pasa la mano por el rostro para apartarse el agua.

—¡Tendrías que haberte ido con Dam! ¡Vamos! —Me exige y veo el miedo reflejarse en sus ojos.

Nadamos tras mi hermano y el agua está dejando la cueva sepultada. El pánico se instala en mi interior y va creciendo dejando oscuridad a su paso. Siento latir mi corazón como un caballo desbocado. No puedo respirar, me quema el pecho al expulsar el aire que estaba conteniendo. Dejo de nadar, me quedo bloqueada y me voy yendo al fondo, convirtiéndome en un peso muerto, como una naufraga en la tempestad que nos fustiga. Oigo la voz de Cronos como un rayo de luz que va haciendo desaparecer la tiniebla que nubla mi mente, siento sus dedos clavados en mis mofletes.

—¡Cariño respira! ¡Vamos! Estamos a punto de conseguirlo. —Grita con voz quebrada —. Todo va a salir bien, estamos al otro lado. Solo tienes que coger aire y agarrarte a mí, ¿de acuerdo? —No soy capaz de gesticular palabra, pero asiento. Él me sujeta por las muñecas y las lleva a su cuello para que lo rodee—. ¡Abrázame fuerte y no te sueltes!

Hago caso de lo que me dice, cojo aire y aguanto la respiración debajo del agua. Mis brazos rodean su pecho y voy agazapada sobre su espalda. Cronos bucea como un campeón por los dos, no me queda mucho oxígeno, pero veo la luz que está cada vez más cerca. Los segundos no dejan de ser agónicos cuando salimos a la superficie y ante nosotros está Dam tendiéndonos la mano. Cronos respira fatigado y yo pongo los pies en el suelo aliviada. Raquel y mi hermano están subiendo los últimos escalones.

—¡Vamos hermano, esto se viene abajo! —Le advierte Dam a Cronos.

Cronos va primero, yo voy en el medio y por último va Dam. No nos soltamos de la mano ninguno de los tres y vamos tirando los unos de los otros, cuando las fuerzas comienzan a flaquear. Mi respiración se mezcla con el ruido inarmónico que nos pisa los talones.

El pasadizo por el que vamos ascendiendo comienza también a desmoronarse. Llegamos a lo justo al patio del castillo y a nuestra espalda queda sepultada la garganta rocosa que nos llevaba al templo olvidado.

Cuando vemos que estamos a salvo, nos desplomamos sobre el suelo del patio junto a mi hermano y a Raquel. El silencio comienza a reinar de nuevo y la tranquilidad se respira en el ambiente. Oímos el romper de las olas en la muralla del castillo y el graznido de las gaviotas nos hace sentir más vivos que nunca. Busco la mano de Cronos y la entrelazo aún jadeante.

—Lo conseguimos —afirmo feliz.

Cronos tiene una sonrisa victoriosa en los labios y cuando me mira, sé que ambos somos conscientes de que este castillo anclado sobre el mar, esconde más de lo que a simple vista puede mostrar. Pues es un lugar que oculta una historia que es mejor que siga sin contar.

EPÍLOGO
CRONOS

Siempre me he sentido afortunado de tener la suerte de vivir en un lugar como Chiclana. Un pueblo que se ha convertido en una ciudad de referencia a nivel internacional. Porque el arte brota con el viento de levante, las noches de verano te llevan a disfrutarlas en las calles y la alegría de su gente te hace sentir que no las puedes olvidar. En esta ciudad, los días parecen no querer terminar. El cielo está siempre cubierto por un manto de estrellas, que la hace brillar aún más con la luna llena y su inigualable playa de arenas blancas tiñe el mar turquesa. Pero lo que más te atrapa de este lugar, es que se pueden coleccionar atardeceres a cuál más bello y único. Ver como el sol desciende desde lo más alto y va pigmentando el cielo con tonos anaranjados hasta desaparecer detrás del castillo que corona en el horizonte, es una imagen digna de postal. Este lugar ha sido testigo de cientos de historias que son desconocidas para la humanidad. Nosotros somos conscientes de ello y lo guardamos como nuestro mayor tesoro.

Siempre oiremos las leyendas que se cuentan de este lugar sobre el santuario dedicado a Hércules. Es por ello que actualmente en la entrada al antiguo poblado pesquero de Sancti Petri, hay una enorme estatua que hace honor al mismo y a sus pies, descansan varias figuras de atunes como símbolo del antiguo asentamiento almadrabero del poblado. De aquel santuario no queda nada y de esas leyendas, solo quedan historias. Como la que va contando cada tarde, mi chica a los turistas que navegan en mi embarcación.

Sí, al fin he cumplido mi sueño.

Desde que tengo uso de razón, quería tener mi propio barco y ahora se ha cumplido. Un sueño que había quedado postergado durante años, hasta que sentí que mi vida tocaba fondo, y resurgí como un ave fénix. Reinventé los repartos de paquetería de mi empresa con drones, siendo actualmente la empresa del gremio con mayor facturación del país.

Además, me atreví a seguir cumpliendo sueños. Me arriesgué en un proyecto que ha superado con creces todas mis expectativas. Estoy orgulloso de mis dos empresas y mis dos nuevas embarcaciones, las cuales las he adquirido para visitas turísticas y recreación náutica aquí en mi querido Sancti Petri.

No puedo sentirme más afortunado con la vida.

Si hace un año alguien me hubiese dicho que todos mis sueños se cumplirían, me reiría en su cara pensando que era algo imposible. Pero los sueños están para cumplirse.

Por fin la temporada de verano ha llegado y con ella se da el pistoletazo de salida al proyecto que había estado preparando durante meses. La verdad que está teniendo una acogida sublime y contar con la ayuda de mi cuñado Raúl es de agradecer. Él es el encargado de la otra

embarcación, pero hoy es un día especial. No es una de esas tardes en las que Elisabeth cuenta a los visitantes la magia de este pintoresco rinconcito del sur. Hoy no hay ruta turística. El barco, en este día, es exclusivamente para nosotros.

Estamos toda la familia reunida. Este momento es extraordinario, el sol brilla en lo más alto e ilumina con su luz todo el caño de Sancti Petri. Suelto los amarres del catamarán y comenzamos a navegar para salir en dirección al castillo.

Miro a Elisabeth y me siento pleno, ella está en la proa sonriendo junto con Linda que le ladra una vez más para que le lance la pelota para ir en su busca.

Elisabeth me pilla observándola y me saca la lengua divertida. Lanza la pelota adrede contra la espalda de Dam, para llamar su atención pues está distraído con el móvil. Mi hermano se gira diciéndole algo que hace que Elisabeth rompa en carcajadas. Seguramente se estuviera mensajeando con su novia. Sí, lo que leéis, el ligón de campeonato de mi hermano se ha enamorado y va en serio con la abogada que llevó el caso del robo de la galería. Pero mi chica le estaba avisando de que debe de estar atento, para cumplir con su labor de poner la música en el momento clave.

Desde donde estoy, tengo la suerte de poder ver todo lo que acontece en la embarcación. Mi cuñado está sentado junto a Raquel y cerca está mi abuelo con Felisa. Todos parecen disfrutar de la conversación excepto él, que finge una tranquilidad que no siente. Me lanza una mirada fugaz y elevo mi dedo pulgar, infundiéndole tranquilidad e indicándole que todo está preparado. Porque sé que nuestras madres están junto a las escaleras que dan acceso al barco, con María y Marcos que esperan impacientes. Los pequeños están deseando contribuir en el plan. Me fijo en que mi madre le da a María la caja con las dos alianzas de oro, para cuando Raul les haga la señal. Yo había ido esta mañana junto con Elisabeth a recogerlas.

Quería contaros que de aquel tesoro, no nos vinimos con las manos vacías. Nos trajimos algunas joyas y piezas de oro que son el recuerdo latente de que no había sido ningún sueño, porque lo que habíamos visto y vivido era real.

Éramos afortunados por haber sido partícipes en descubrir el tesoro de la leyenda que contaba Elcano y su hija Victoria en su diario. Pero además de dichosos, también habíamos hecho realidad el sueño de muchas generaciones ancestrales de la familia de Elisabeth. Felisa se sentía satisfecha con lo que descubrimos y no sé la de veces que le había agradecido a mi chica que la hubiese escuchado y no la hubiese tenido por una vieja delirante.

Gracias a esa historia familiar, mis lazos se unieron más a Elisabeth. Pero, sobre todo, éramos tremendamente bienaventurados, por haber podido vivirlo juntos. Por ello, estas alianzas son de aquella aventura y serán nuestro regalo de bodas. Liz había mandado a fundir la moneda de oro que cogió, y de ahí se habían hecho las alianzas para la pedida de mano de su hermano Raúl a su mejor amiga.

Sabíamos que la historia del tesoro que se ocultaba bajo el castillo, era mejor que siguiese siendo solo una leyenda para aquellos que se atrevían a soñar y a creer en la magia que irradiaba este lugar. Porque sería una lástima que la verdad saliera a la luz y que la codicia humana destruya este lugar sagrado.

Toco la bocina del catamarán como señal de que todo está listo y nos situamos en nuestros puestos. Mi hermano le da a reproducir y la canción de *«Perfect»* de Ed Sheeran, comienza a sonar en una dulce melodía por los amplificadores del barco.

Mi chica llega junto a mí y me abraza por la espalda, rodeándome con sus brazos la cintura. La observo maravillado y veo como tiene los ojos cerrados mientras inhala mi perfume. Me roba una sonrisa y suelto una mano del timón para girarme un poco y abrazarla con la mano

que tengo libre. Ambos contemplamos la romántica escena de Raúl arrodillándose frente a Raquel, la cual enmudece cuando ve a los pequeños caminar hasta ellos. Cuando Raúl le muestra las alianzas, ella se lanza a sus brazos emocionada y todos aplaudimos felices.

Estar justo en este lugar, con esta puesta de sol tan fascinante hace que sienta el deseo de besar a mi chica. La atraigo hacia mis labios y la beso con delirio. Sus labios dulces acarician los míos sin prisa y se mueven con una lentitud torturadora a la vez que lo hace la mano de Elisabeth, que se mete bajo mi camisa de algodón y me acaricia la piel, deteniéndose sobre mi corazón que late frenético por ella.

—Sabes que tenemos una labor que cumplir y besándome así, hace que mis fuerzas flaqueen. —Le susurro sobre los labios con una sonrisa pícara.

Ella me observa con esos ojos profundos que me hacen perder la cordura y se muerde el labio inferior complacida.

—Lo sé, y seríamos unos anfitriones horribles si nos escapáramos un ratito —añade a la vez que me araña sensualmente mi vientre y hace que mi cuerpo reaccione a ella. Suspira relajada y apoya su mejilla en mi pecho—. Te amo Cronos Montalvo.

—Te amo mi ladrona del tiempo. —Le respondo feliz, apoyando mi barbilla sobre su cabeza.

Agradezco cada día que nuestras vidas se cruzaran aquella noche. No cambiaría nada de nuestra historia, porque el destino nos estaba esperando. El secreto de su familia y el robo de juventud de mi abuelo, nos habían unido y conducido a este instante en el que ahora estábamos todos.

La vida tiene sus propios planes y es inútil que nos empeñemos en querer cambiarlos. Porque lo que hoy sucede y no comprendes, te está guiando al lugar dónde debes estar mañana. Así lo siento cada mañana al despertarme y ver a los pies de nuestra cama un par de estatuas de elefantes, dorados con sus trompas entrelazadas, junto al reloj de arena con polvo dorado. Ambas figuras son el recordatorio de que gracias a esta historia he comprendido lo más importante de la vida. Porque lo realmente valioso no se puede comprar y es invisible a simple vista. Es intangible, pero se siente en el latir del corazón.

Tener a Elisabeth a mi lado es el prefacio de que esto, solo es el comienzo de todo lo bueno que está por venir. Me siento el hombre más próspero del universo. No por poseer parte del tesoro del que nadie excepto nosotros conocemos, sino porque no hay mayor riqueza que ir sumando momentos junto a ella. Porque si algo he aprendido de esta aventura, es que hay que vivir el momento, cada instante, cada minuto y cada día… Porque al final, en esta vida tenemos que ser nuestros propios ladrones del tiempo, pensando menos y arriesgando más.

Gracias *por leer está novela, espero que la hayas disfrutado. Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla dejando una valoración y un cometario en Amazon. Para facilitarte el trabajo, solo necesitas escanear este código* ***QR*** *y accederás directamente a la valoración.*

Mil gracias por todo.

Cada libro es una aventura en la que hay que saber ir descifrando las pistas y colocando en su lugar los engranajes para que comience a fluir. A veces el mejor amigo para todo ello es el tiempo, así me lo ha demostrado la historia de Elisabeth y Cronos.

Casi cuatro años he tardado en contar esta historia, sin duda alguna la que más tiempo me ha llevado, quería que fuera especial. Una historia que te transportase a otro mundo, que te hiciera sentir y que te hiciera pensar. Para mí, Elisabeth y Cronos son más que personajes, porque han estado años a mi lado y ahora son parte de mí. Admito que el viaje ha sido una montaña rusa de emociones, pero ha merecido la pena para llegar hoy hasta aquí.

Sinceramente nunca me doy por satisfecha cuando acabo una novela, he perdido la cuenta de las vueltas que le he dado a la historia, porque esta es la décima desde que comencé a escribir y quería que la sintierais tan vuestra como mía. Por ello, he puesto todo mi corazón y mi alma, y espero que la hayan disfrutado tanto como yo.

Muchas gracias a todas mis lectoras y a las nuevas que os sumáis a la familia Laurels, os doy la bienvenida. Para mí es una suerte que cada vez seamos más y espero que las letras siempre nos unan. Algún día las conoceré a todas en persona y podremos compartir cientos de anécdotas, mientras tanto estoy a un *click* en un mensaje directo en redes sociales o en mi web.

Muchas gracias a mis lectores beta por su comprensión en los plazos. Han sido mis guías y mis críticos, y sin ellos esta novela no sería lo que es. Es una suerte inmensa teneros. Gracias a mi madre por estar siempre a mi lado desde el primer instante en que brotan las ideas. Gracias a mi pareja que cuando le he hablado de esta historia, me ha animado a publicarla y a que no la volviese a guardarla en el cajón. Gracias a mi familia, amigos y compañeras escritoras que me animan a seguir, y a los *bookstagramers* que me recomiendan como si mi libro fuera el tesoro más preciado. Gracias por su apoyo incondicional, por sus palabras de aliento y por creer en mí.

Debo admitir que he sentido vértigo al publicar esta novela, pero me siento muy afortunada del apoyo que le habéis dado a « La Ladrona del tiempo » incluso antes de que saliera a la venta.

Gracias a todos los que estáis desde siempre y los que acabáis de llegar avisaros de que el viaje continúa. Muy pronto, prontísimo, vendrá una nueva novela un tanto diferente, pero es ligera, fresca y amena. Porque tengo muchas historias que contarles y estoy deseando compartirlas con vosotros.

Y por último os dejo una reflexión que he tenido al escribir « La Ladrona del tiempo » y es que nos pasamos la vida persiguiendo grandes objetivos, que conllevan mucho esfuerzo y dedicación, pero en el camino perdemos la verdadera razón de la felicidad que no es más que disfrutar de la experiencia. Por eso, cuando empiezas a valorar las pequeñas cosas, es

cuando realmente comienzas a vivir. Disfruta de lo que realmente te haga feliz, sin importar el valor que los demás le den a ello. No pierdas el tiempo, porque de eso es de lo que está hecha la vida. Nos vemos pronto, en otras historias que aún quedan por descubrir.

Un abrazo.
Kayla L.

Otras novelas que te pueden gustar.

CONSIGUELAS AQUÍ